

Lectulandia

Las cosas no van bien para Zenith House, Editores. Sus ventas están fallando y la empresa está a punto de hundirse cuando se les acerca Carlos Detweiller con un libro llamado *Verdaderos Cuentos de Plagas Demoníacas* que le gustaría le publicasen. Después de que la editorial rechazara su libro, Carlos les envía un «regalo»: una planta de hiedra que es recibida y cuidada por Riddley Walker (el asistente de correo de la empresa que pretende ser menos educados de lo que es). Entonces, la empresa experimenta un repentino cambio de destino, pero, como siempre, el éxito no viene sin un precio.

Lectulandia

Stephen King

# La planta

## Libro 1: El surgimiento de Zenith

**ePub r1.0**
**leandro** 21.11.13

Título original: *The Plant: Zenith Rising*
Stephen King, 2000
Traducción: Richard Dees et al.
Imagen de portada: Darek Kocurek
Retoque de portada: leandro

Editor digital: leandro
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

# Nota del autor

Querido Lector Constante:

A comienzos de los ochentas, comencé una novela epistolar llamada *La Planta*. Publiqué ediciones limitadas de los tres primeros cortos volúmenes, y los regalé a amigos y parientes (que usualmente, pero no siempre, resultan ser los mismos) como graciosas tarjetas navideñas. La idea era sustituir con *La Planta* las tarjetas navideñas que me parecen inútiles. La gente las compra al mayoreo y no les da importancia en la mayoría de los casos, porque no requieren ningún esfuerzo, salvo los cinco o diez centavos que uno le paga a la Chicas Scout…

*La Planta* es como casi todas mis novelas en un aspecto. Pienso que sabía hacia donde iba cuando la comencé, pero aún así, ciertos personajes —como el general loco— de repente cobraron vida propia y se destacaron. También es diferente de las otras en un aspecto. La tomaba en junio, trabajaba en ella durante un mes o algo así, y la dejaba por un año. Parecía que no había problema con esto, como usualmente lo hay con una novela con la que estoy presionado a entregarla. Hay otra cosa: escribí el primer borrador de *La Planta* a mano, cosa que no hacía desde que era un niño. Es tedioso, pero también reconfortante —es difícil de explicar, pero es una manera más intimista de escribir.

Dejé, entonces, pendiente *La Planta* no porque pensara que era una mala

historia, sino porque intervinieron otros proyectos. Al momento de dejarla, el trabajo terminado iba por unas 25.000 palabras. Se trataba de la historia de una planta siniestra —una clase de viña vampírica— que se apodera de la oficina de una compañía editorial de libros de bolsillo, ofreciendo éxito económico a cambio de sacrificios humanos. La historia me atrapó porque me parecía al mismo tiempo espeluznante y cómica.

Más tarde, a mediados de este año (2000), se me ocurrió que podría ser divertido colocarla en mi website en fragmentos de 5.000 palabras cada uno… o algo por el estilo. La idea era la publicación de un episodio mensual, a ser pagado mediante un sistema de honor. Mi inspiración fueron los vendedores de diarios de la Ciudad de Nueva York durante la primera mitad del siglo XX. Muchos de los contratados para dicho trabajo eran ciegos, porque los distribuidores sentían que aún la gente más deshonesta no le robaría a un diariero ciego. Mi experimento no siguió ni de cerca el mismo derrotero.

Debo admitir que tenía además otra agenda. Estaba intrigado por el éxito de *Montando en La Bala* (sorprendido sería probablemente la palabra más adecuada), y desde entonces estaba ansioso por intentar algo similar. Además de que le había estado dando vueltas a los temas de la propiedad autoral cuando se trata de trabajo creativo. Por un lado, aplaudo la decisión de Metallica de tratar de poner un par de clavos en ese gran neumático radial que es Napster, porque los creativos deberían ser pagados por su trabajo igual que se les paga directamente a los fontaneros, los carpinteros y los contadores. Pero por otro lado, creo que la tecnología actual se está convirtiendo rápidamente la idea de los derechos de autor en una propuesta arriesgada… casi en un chiste, o algo parecido. Les tomó a los hackers entre 48 y 72 hrs desencriptar «La Bala» (como dice Tabitha, echando al traste las muchas horas invertidas para obtener un producto que se vendió a $2.50 y que fue en muchos sitios regalado). Así que intenté vender *La Planta* mediante un sistema basado en el honor. Los episodios no estarían encriptados. Si querían imprimir el material, lo podían hacer. Pero algo tendrían que dar; un dólar por cada episodio parecía ser justo para mí…

Después de la publicación mensual de las primeras cinco partes, como forma de agradecimiento a aquellos lectores (que estuvieron entre el 75 y el 80 por ciento) que se subieron al viaje y pagaron su deuda, la parte 6 de *La Planta* estuvo disponible en forma gratuita. Luego de la parte 6 de esta historia —la

parte más extensa—, *La Planta* ha vuelto a hibernar para que yo pueda seguir trabajando en *Casa Negra* (la continuación de *El Talismán*, escrito en colaboración con Peter Straub). Además necesito completar el trabajo de dos nuevas novelas (la primera, *El cazador de sueños*, que estará disponible el próximo marzo en Scribner), y ver si puedo continuar con *La Torre Oscura*. Y mi agente insiste en que necesito tomarme un respiro para la traducción y publicación de *La Planta* en el extranjero —también en Internet— igual que la publicación norteamericana. A no desesperarse. La última vez que *La Planta* abrió sus hojas, la historia permaneció en suspenso durante diecinueve años. Si pudo sobrevivir tanto, estoy seguro de que podrá sobrevivir uno o dos años más mientras trabajo en otros proyectos.

Aprendí gran cantidad de cosas interesantes en el transcurso de la andadura de *La Planta* en Internet (una andadura que, por cierto, no ha acabado, sólo es una pausa). Quizás la más decepcionante es el profundo desconocimiento que la mayoría de la gente de los negocios parece tener sobre cómo el entretenimiento —que es producido mayoritariamente por tontos con talento— se interrelaciona con el potencial de negocios que ellos ven (o piensan que ven) en la Red. Una cosa resulta clara para mí: lo que funciona en la TV, en las películas y en la literatura popular, no funciona de igual forma en la Red. Un montón de uniones comerciales (y no pocas fortunas) se han estrellado como resultado de esa errónea asunción.

El entretenimiento popular tiene un lugar en la Red, pero encontrar las formas más eficientes para que funcione es un proceso de ensayo y error. La mayor parte de la gente que invierte mucho dinero en flojos websites de entretenimiento se va a encontrar en la ruina y rascándose la cabeza. Los que comienzan un proyecto sólo para divertirse —para arriesgarse, en otras palabras — encontrarán calderos de oro del tamaño de Napster. Sin embargo, los beneficios nunca llegan al principio. Al principio, lo que llega es algo parecido a «*Dios, tengo una idea y mi tío tiene un granero, pongámoslo a la vista*». Hay un montón de espacio disponible en Internet, y un montón de gente va a ponerlo a la vista. Yo estaba encantado de ser uno de los primeros, y aún no he abandonado. Cielos, ¿por qué habría de hacerlo? Me lo estoy pasando muy bien.

*La Planta* terminará con unos ingresos de por lo menos 600.000 dólares, y puede que de más de un millón. No son unas grandes cifras en el actual mercado

del libro, pero *La Planta* —presten atención ahora, porque ésta es la parte importante— no es un libro. En estos momentos no existe sino como bits y bytes electrónicos bailando alegremente en el ciberespacio. Sí, ha sido descargada por 100.000 personas más o menos, y algunos de ellos han imprimido copias (o, por lo que sé, las han copiado a mano como los manuscritos medievales), pero principalmente es sólo un milagro electrónico flotando por ahí fuera por sí mismo, sin costes de imprenta, rebajas de los editores o comisiones de los agentes que lo hagan descender. Aparte de la publicidad (y encontrar las vías publicitarias apropiadas para los usuarios de Internet es otro asunto importante en sí mismo), los costes son inexistentes y el beneficio potencial, ilimitado.

Veo tres problemas principales. Uno es que la mayoría de los usuarios de Internet parecen tener la atención dispersa de los saltamontes. Otro es que los usuarios de Internet se han acostumbrado a la idea de que la mayoría de las cosas disponibles en la Red o son gratis o deberían serlo. El tercero —y más importante— es que los lectores de libros no reconocen a los libros electrónicos como libros reales. Son como la gente que dice, «*Adoro el maíz en la mazorca, pero el maíz sin grasa me hace vomitar*». Desde que el experimento de *La Planta* comenzó en julio, docenas de personas me han dicho que no pueden esperar a que se imprima en un libro para leer la historia. Ellos tampoco entran en la Red para otra cosa que no sea el correo electrónico, o simplemente es que piensan que leer on-line, o incluso si lo que leen ha sido impreso en la privacidad de su hogar, no es una lectura real. Para ellos, es maíz sin grasa. Y les hace vomitar.

En este último hecho, veo una gran oportunidad. En verdad, no creo que la publicación on-line de *La Planta* haya hecho más que un arañazo en el potencial que podría haber tenido como libro. Los dos mercados no son como manzanas y naranjas, pero por el momento sólo hay una pequeña zona común. Dicho de otro modo, parece que hemos descubierto una nueva dimensión en lo que solíamos llamar «adelanto de los derechos». Sólo que en lugar de generar 10 o 20 o tal vez incluso 50.000 dólares por los derechos de pre-publicación (digamos que en una revista como *Cosmopolitan* o *Rolling Stone*), estamos hablando de cantidades mucho mayores.

Nada de esto es bueno o malo. Tampoco algo a prueba de fuego. Como en los más tradicionales asuntos artísticos, es una cosa divertida. No estamos

hablando ni de la suma generada ni del futuro de la edición. El asunto es intentar algunas cosas nuevas; pulsar algunos botones nuevos y ver qué ocurre.

La parte 6 es el punto más lógico para detenerse. En un libro impreso tradicional, sería el final de la primera sección larga (a la que probablemente llamaría «El surgimiento de Zenith») ¿Las Partes 1 a 6 constituyen una novela entera? En el sentido de que hay un comienzo, una mitad y una resolución, sí. Los lectores estarán tan satisfechos como lo estarían con, digamos, el primer volumen de una trilogía como *His Dark Materials*, de Philip Pullman (no es que esté reclamando la misma calidad literaria; nunca piensen eso).

Encontrarán un desenlace de la historia de varios de los personajes, y si bien no todas sus preguntas serán respondidas —no todavía, al menos— los destinos de algunos de ellos se resolverán.

Agresivamente.

Permanentemente.

Así que disfruten de lo hasta ahora escrito… pero no se relajen demasiado.

Cuando *La Planta* vuelva, lo hará una vez más al estilo paga-y-tómalo. Mientras tanto, prepárense… creo que van a sorprenderse. Tal vez hasta asustarse.

Saludos (y Felices Fiestas).

Stephen King

# Parte 1



# 1

4 de enero de 1981

Zenith House, Editores
Avenida South Park 490
Nueva York, Nueva York 10017

Señores:

He escrito un libro que quizás acepten publicar. Es muy bueno, todo es terrorífico y real. Se llama *Verdaderos Cuentos de las Plagas Demoníacas*; conozco todas las cosas de primera mano. El volumen incluye historias tales como «El Mundo de la Brujería», «El Mundo del Éter», y «El Mundo de los Muertos Vivientes». También incluyo algunas recetas para pociones, pero éstas podrían ser «censuradas» si les llegara a parecer que son demasiado peligrosas, a pesar de que a la mayoría de las personas no le funcionarían en absoluto, y en un capítulo llamado «El Mundo de los Hechizos» explico las razones.

Ahora les estoy ofreciendo este libro para su publicación. Estoy ansioso por vender todos los derechos (salvo los de la película; yo mismo haré el film). Si lo desean también hay fotografías. Si están interesados en este libro (ningún otro editor lo ha visto, estoy enviándoselos porque ustedes son los editores de *Casas Sangrientas*, que fue bastante bueno), por favor contesten con el franqueo postal pago que he adjuntado. Enviaré el manuscrito con estampillas de retorno por las dudas de que el libro no les guste (o no lo entiendan). Por favor respondan lo más pronto posible. Opino que es inmoral enviar un manuscrito a varias editoriales, pero quiero vender *Verdaderos Cuentos de las Plagas Demoníacas*

cuanto antes. ¡En este libro hay algo «jodidame**e asustadizo»! ¡Si entienden lo que quiero decir!

Sin otro particular,

Carlos Detweiller
147 E. Calle 14, Depto. E
Central Falls, R. I. 40222

# 2

*memorándum interno de oficina*

PARA: Roger
DE: John
REF: Presentaciones / 11-15 Enero, 1981

Un nuevo año, y la nieve fangosa en el montón de lodo sigue creciendo ininterrumpidamente. No sé cómo le estará yendo al resto de tus esforzados favoritos de la editorial, pero yo continúo empujando la piedra existencial de los ambiciosos inéditos norteamericanos, o al menos la parte de ellos que me toca. Lo cual sólo es para decir que ya leí mi porción de basura de esta semana (y no, no he estado fumando lo que W. C. Fields llamaba «la sustancia ilícita», es simplemente que estoy teniendo un día pesado).

Con tu aprobación, estoy devolviendo 15 largos manuscritos que llegaron sin ser solicitados (ver *Devoluciones*, en la próxima página), 7 «borradores y capítulos de muestra» y 4 inclasificables que se parecen un poco a textos mecanografiados. Uno de ellos es un libro de algo llamado «poesía de sucesos gay» titulado *Succiona Mi Gran Pija Negra*, y otro titulado *La Pequeña Lolita*, que trata de un hombre enamorado de su alumna de primer grado. Al menos eso creo. Está escrito con lápiz y es difícil decirlo con seguridad.

También con tu aprobación, te estoy pidiendo que veas borradores y capítulos de muestra de 5 libros, incluyendo al nuevo destripador-de-corpiños de ese bibliotecario de mal genio de Minnesota (los autores nunca curiosean en tus

archivos, ¿no, jefe?). Podría considerarse como una sumisión llana, pero el pobre desempeño de *Sus Besos Ardientes* no lo justifica ni siquiera nuestro desastroso sistema de distribución: a propósito, ¿ni una palabra de qué está pasando con los Distribuidores Unidos de Novedades?). Sinopsis para tus archivos (más abajo).

Por último, y probablemente no tenga importancia, estoy añadiendo una curiosa carta de un tal Carlos Detweiller de Central Falls, Rhode Island. Si yo regresara a la Universidad Brown, especializándome alegremente en Lengua Inglesa, planeando escribir grandes novelas, y trabajando bajo la premisa errónea de que todos quienes publicamos debemos ser brillantes o por lo menos «realmente inteligentes», tiraría la carta del Sr. Detweiller en seguida. (¿Carlos Detweiller, —me pregunto ahora a mi mismo, mientras sacudo las teclas de esta vieja Royal— puede que sea un nombre real? ¡Ciertamente no!) Probablemente utilizaría unas tenazas para manipular esta carta, por las dudas de que la obvia dislexia del hombre fuese contagiosa.

Pero dos años en Zenith House me han cambiado, Roger. Las vendas se han caído de mis ojos. No podrás tener realmente a los pesos pesados como Milton, Shakespeare, Lawrence, y Faulkner en potencia hasta que hayas almorzado en Hamburguesas Cielo con el autor de *Ratas del Infierno* o hayas ayudado al creador de *Acuchíllame, Querido* a superar su actual bloqueo de escritor. Llegas a comprender que el gran edificio de la literatura tiene un jodido montón más de subsótanos del que te imaginabas cuando te escondiste tu primer libro bajo la remera para toquetearte (¡no, no he estado fumando hierba!).

Está bien. Este tipo escribe como un alumno de tercero ligeramente brillante (todas las frases lo confirman; su carta tiene el encanto de un tipo pesado bajando las escaleras con botas de la construcción), pero también lo hace Olive Barker, y considerando nuestro endeble sistema de distribución, a su serie de *Viento Flotante* le fue bastante bien. La frase en el primer párrafo, donde dice que él conoce todas estas cosas «de primera mano» sugiere que está algo ding-dong. Ya sabes lo que quiero decir. Su afirmación de que piensa dirigir la película sugiere que es un ding-dong con delirios de grandeza. Creo que ambos sabemos eso. Además, apostaría mi último par de calzoncillos (¡estoy usándolos, y eso que están más que gastados!) que, a pesar de su negativa, cada editor de New York ha visto *Verdaderos Cuentos de las Plagas Demoníacas*. La lealtad a una compañía sólo puede llegar hasta cierto punto, colega; ni un alumno de

tercero ligeramente brillante empezaría en Zenith House. Supongo que esta carta ha sido vuelta a escribir pacientemente y vuelta a enviar por el infatigable (y probablemente obsesionado) Sr. Detweiller por lo menos cuarenta veces, empezando con Farrar, Straus & Giroux, o quizá incluso con Alfred A. Knopf.

Pero creo que hay una posibilidad —aunque extremadamente remota— de que este Sr. Detweiller pueda haber investigado el suficiente material como para crear realmente un libro. Tendría que ser reescrito, por supuesto —su carta de presentación lo deja perfectamente claro— y el título apesta, pero tenemos varios escritores en nuestro staff que estarían más que contentos de hacerse un poco el escritor-fantasma y llevarse unos fáciles $600. (Te vi hacer una mueca de dolor; digamos $400. Probablemente la infatigable Olive Barker sea la mejor de ellos. También creo que Olive se da con Valium. Los toxicómanos trabajan más duro que las personas normales, jefe, como creo que ya sabes. Al menos hasta que se mueren, y la pendenciera de Olive es fuerte. Ella no luce demasiado bien desde su ataque de apoplejía —odio la forma en que el lado izquierdo de su cara simplemente *cuelga* allí— pero ella *es* fuerte.)

Como decía, las oportunidades escasean, y siempre es un poco arriesgado alentar a un loco evidente, ya que luego resulta muy difícil librarse de ellos (¿recuerdas al General Hecksler y su libro *Veinte Flores Psíquicas de Jardín*? Durante algún tiempo pensé que el hombre podría llegar a ser genuinamente peligroso, y, desde ya, él fue la razón principal de que el pobre viejo Bill Hammer renunciara). Pero en realidad, *Casas Sangrientas* anduvo bastante bien, y la cosa completa —fotografías borrosas y todo— nos llegó desde la Biblioteca Pública de New York. Así que dime: ¿agregamos a Carlos a *Devoluciones*, o lo invitamos a que envíe un borrador y capítulos de muestra? Decida rápido, o gran líder, para poder mantener en equilibrio el destino del universo.

John

# 3

de la oficina del editor en jefe

PARA: John Kenton
FECHA: 15/1/81

MENSAJE: ¡Por Cristo, Johnny! ¿Alguna vez te callaste *en tu vida*? ¡Ese memorándum tenía más de *tres páginas de largo*! Si *no* estabas drogado, no tienes ninguna excusa. Rechaza la maldita carta de presentación, dile a este Carlos Como-Se-Llame que envíe su manuscrito, o cómprale un pony, haz lo que quieras. Pero ahórrame la puta tesis. No las recibo ni de Herb, ni de Sandra, ni de Bill, y tampoco las quiero de ti. «Empala la mierda y cállate», ¿por qué no haces de esta frase un lema?

Roger

P. D. Harlow Enders llamó de nuevo hoy; parece que vamos a seguir recibiendo los cheques del sueldo por lo menos durante otro año. Después de ese tiempo, ¿quién lo sabe? Dice que en junio va a haber una «valoración de posición», y en enero próximo una «revisión total de la posición global de Zenith en el mercado»; traduzco estas dos frases empalagosas diciendo que podríamos estar en venta en el próximo enero a menos que mejore nuestra posición en el mercado, y, dado nuestro actual sistema de distribución, no veo cómo esto pueda llegar a suceder. Mi cabeza va a explotar. Tal vez tenga un tumor cerebral. Por

favor, no me envíes más memorándums largos.

r.

P. P. D. ¿No te parece que *La Pequeña Lolita* es de verdad un título bastante bueno? Nosotros podríamos comisionarlo. Quizá esté pensando en Mort Yeager, él tiene cierto toque para esa clase de cosas. ¿Recuerdas *La Muestra de Lencería Adolescente*? La muchacha de *La Pequeña Lolita* podría tener once años, pienso, ¿no tenía doce la Lolita original?

# 4

*memorándum interno de oficina*

PARA: Roger
DE: John
REF: Posible tumor cerebral

Me suena más como un dolor de cabeza por ansiedad. Toma cuatro Quaaludes y llámame por la mañana. A propósito, Mort Yeager está en la cárcel. Por encubrimiento de propiedad robada, creo.

John

# 5

de la oficina del editor en jefe

PARA: John Kenton
FECHA: 16/1/81

MENSAJE: ¿No tienes trabajo para hacer?

Roger

# 6

*memorándum interno de oficina*

PARA: Roger
DE: John
REF: Agresividad sin piedad por parte de superior insensible

Sí, le escribiré una carta a Carlos Detweiller, el ganador del Premio Nacional del Libro del año próximo.

John

P. D. Y no te molestes en agradecerme.

# 7

16 de enero de 1981

Sr. Carlos Detweiller
147 E. Calle14, Depto. E
Central Falls, Rhode Island 40222

Estimado Sr. Detweiller:

Le agradezco la interesante carta del 4 de enero, con la breve pero intrigante descripción de su libro, *Verdaderos Cuentos de las Plagas Demoníacas*. Le daría la bienvenida a una sinopsis más completa del libro, y lo invito a que nos envíe capítulos de muestra (preferiría capítulos 1-3) con su resumen. Tanto la sinopsis como los capítulos de ejemplo deben estar tipeados a doble espacio, en una resma de papel de buena calidad (y *no* del que se borra fácil, ya que capítulos enteros tienen la costumbre de desaparecer en el correo).

Como usted ya sabe, la Zenith es una pequeña casa de libros de bolsillo, y nuestras listas actualmente emparejan nuestro tamaño. Como nosotros publicamos sólo originales, recibimos varias grandes propuestas; como somos una editorial pequeña, las propuestas que leemos son, en la mayoría de los casos, devueltas, porque no parecen encajar con nuestras necesidades actuales. Todo lo cual es mi manera de advertirle que no interprete esta carta como un convenio a publicar su libro, porque ése no es definitivamente el caso. Le sugeriría que mande por correo la sinopsis y los capítulos de muestra con la idea de que rechazaremos finalmente su libro. Entonces usted estará preparado para lo peor… o agradablemente sorprendido si encontramos que es apropiado para

Libros Zenith.

Por último, aquí tiene las *advertencias* normales en que insiste nuestro departamento legal (y los departamentos legales, hasta donde yo sé, de todas las editoriales): debe usted adjuntar la estampilla adecuada para asegurar el retorno de su manuscrito (pero por favor *no* envíe el efectivo que cubra la estampilla), debe comprender que Zenith House no acepta ninguna responsabilidad en el retorno seguro de su manuscrito, aunque nosotros tendremos todo el cuidado razonable, y que, como le dijera anteriormente, nuestro acuerdo en leerlo no es de ninguna manera un convenio para publicarlo.

Espero tener noticias suyas, y confío encontrarlo bien.

Atentamente,

John Kenton
Editor asociado
Zenith House, Ediciones
Avenida South Park 490
Nueva York, Nueva York 10017

# 8

*memorándum interno de oficina*

PARA: Roger
DE: John
REF: después de considerarlo…

… estoy de acuerdo. *Escribo* demasiado. Añadido a esto hay una copia de mi carta a Detweiller. Parece una sinopsis de *El Desnudo y el Muerto,* ¿no te parece?

John

# 9

21 de enero de 1981

Zenith House, Editores
Avenida South Park 490
Nueva York, Nueva York 10017

Estimado Sr. Kenton:

Le agradezco su carta del 16 de enero que acabo de recibir. Mañana le estoy enviando el manuscrito entero de *Verdaderos Cuentos de las Plagas Demoníacas*. Hoy tengo poco dinero, pero mi jefa, la señora Barfield, me debe como cinco dólares de la lotería. ¡Muchacho, ella no puede resistirse ante esas tarjetitas para raspar!

Le enviaría una «sinopsis más completa», tal como usted le dice, pero no hay ninguna razón para hacerlo cuando usted puede leerlo por sí mismo. Como dice el Sr. Keen, de mi edificio, «Por qué describir a un invitado cuando usted mismo puede ver a ese invitado». El Sr. Keen realmente no tiene una profunda sabiduría pero de vez en cuando dice algo así de ingenioso. Traté de instruirlo en una ocasión (al Sr. Keen) en los «misterios más profundos» y él sólo dijo, «Cada uno a lo suyo, Carlos». Creo que usted probablemente estará de acuerdo en que éste es un comentario tonto que sólo *parece* ingenioso.

Debido a que no tenemos que preocuparnos por la «sinopsis más completa», emplearé mi carta para contarle algo sobre mí. Tengo veintitrés años (aunque todos dicen que parezco más viejo). Trabajo en la Casa de Flores de Central Falls para la señora Tina Barfield, que conoció a mi madre cuando ella todavía

vivía. Nací el 24 de marzo, lo que me hace un Ariano. Las personas de Aries, como usted sabe, son muy psíquicas, pero *salvajes*. Por suerte para mí, yo estoy en la «cúspide» de Piscis, lo que me da el control que necesito para tratar con el universo psíquico. He intentado explicarle todo esto al Sr. Keen, pero él sólo responde: «Hay algo de *pescado* en ti, Carlos», él siempre está bromeando de esa manera y a veces puede llegar a ser muy irritante.

Pero ya es suficiente sobre mí.

He trabajado en los *Verdaderos Cuentos de las Plagas Demoníacas* durante siete años (desde que tenía 16). Mucha de la información que hay allí la recibí de la tabla «OUIJA». Yo usaba la «OUIJA» con mi madre, con la señora Barfield, con Don Barfield (él ahora está muerto), y a veces con un amigo mío llamado Herb Hagstrom (que también murió, pobre muchacho). De vez en cuando también se unían otros a nuestro pequeño «círculo». ¡Allá en nuestros días en Pawtucket, mi madre y yo éramos bastante «sociales»!

Algunas de las cosas que averiguamos de la «OUIJA» están descriptas con «detalles horripilantes» en *Verdaderos Cuentos de las Plagas Demoníacas*:

1. ¡La desaparición de Amelia Earhart fue realmente el trabajo de *demonios*!
2. Las Fuerzas demoníacas que operaron en el *H. M. S. Titanic*.
3. El «tulpa» que infestó a Richard Nixon.
4. ¡Habrá un Presidente de ARKANSAS!
5. Y más.

Claro que esto no es «todo». «No me enfríes, recién estoy precalentándome», como diría el Sr. Keen. En cierta forma, los *Verdaderos Cuentos de las Plagas Demoníacas* son como *El Necronomicón*, sólo que ese libro era de ficción (inventado por H. P. Lovecraft, que también era de Rhode Island) y el mío es *de verdad*. Tengo historias asombrosas de «aquelarres» de magia negra a los que he asistido, tomando una pócima y volando a ellos a través del éter (recientemente he ido a los aquelarres de Omaha, Nebraska; Flagstaff, Arizona, y Fall River, Massachusets, sin abandonar «el confort de mi propio hogar»). Probablemente esté usted preguntándose, «Carlos, ¿esto significa que es un estudiante de las «Artes Negras»?» ¡Sí, pero no se preocupe! Después de todo, usted es mi «conexión» para conseguir la publicación de mi libro, ¿no es así?

Tal como le dije en mi última carta, también hay un capítulo, «El Mundo de los Hechizos», que la mayoría de las personas encontrará muy interesante. Trabajar en un invernadero y tienda de flores ha sido especialmente bueno para trabajar con hechizos, puesto que la mayoría de ellos requieren hierbas y plantas *frescas.* Soy muy bueno con las plantas, incluso la señora Barfield se lo diría, y ahora estoy cultivando algunas muy «extrañas» en la parte trasera del invernadero. Probablemente sea demasiado tarde para ponerlo en este libro, pero como el Sr. Keen a veces me dice, «Carlos, el momento de pensar en mañana es ayer». Quizá podríamos hacer una continuación, *Plantas Extrañas*. Hágame llegar su opinión al respecto.

Concluiré ahora. Hágame saber que recibió el manuscrito (con una postal será suficiente), y póngame al corriente lo más pronto posible sobre los porcentajes de derechos de autor, etc. Yo puedo ir a N. Y. C. cualquier miércoles en el tren o en el autobús de la Greyhound si usted quiere tener un «almuerzo de publicación», o puede venirse hasta aquí y le presentaré a la señora Barfield y al Sr. Keen. También tengo más fotografías que las que le estoy enviando. Estoy feliz por la publicación de *Verdaderos Cuentos de las Plagas Demoníacas.*

Su nuevo autor,

Carlos Detweiller
147 E. Calle 14, Depto. E
Central Falls, R. I. 40222

# 10

*memorándum interno de oficina*

PARA: Roger
DE: John
REF: *Verdaderos Cuentos de las Plagas Demoníacas*, por Carlos Detweiller

Acabo de recibir una carta de Detweiller con respecto a su libro. Creo que, al invitarlo a presentarla, cometí el peor error de mi carrera editorial. Oooh, la piel me está empezando a arder…

John

# 11

de la oficina del editor en jefe

PARA: John Kenton
FECHA: 23/1/81

MENSAJE: Te hiciste la cama. Ahora métete en ella. Después de todo, siempre podemos conseguir un escritor-fantasma, ¿no es cierto? Je-je.

Roger

# 12

25 de enero de 1981

Querida Ruth:

Me siento casi como si estuviera en el medio de un maldito arquetipo; hay segmentos del *New York Times* del domingo en el suelo, un viejo álbum de Simon y Garfunkel en el estéreo, y un Bloody Mary al alcance de mi mano. La lluvia golpeando en el vidrio lo hace todo más acogedor. ¿Estoy intentando ponerte nostálgica? Bien… tal vez un poco. Después de todo, la única cosa que falta en la escena eres tú, y probablemente estés montando una tabla de surf más allá de la línea de las grandes olas mientras escribo estas palabras (y llevando una bikini casi inexistente).

En realidad, sé que estás trabajando duro (probablemente no demasiado) y estoy convencido de que tu doctorado va a ser un récord mundial. Lo que pasa es que la semana pasada fue un verdadero show del horror para mí, y tengo miedo de que pueda haber más por llegar. Entre otras cosas, Roger me acusó de ser un pesado (bueno, realmente eso fue la semana anterior, pero ya sabes lo que quiero decir), y creo que siento acercarse un ataque real de pesadez. Trata de soportarme, ¿de acuerdo?

Básicamente, el problema es Carlos Detweiller (con un nombre como ése no podía ser otra cosa que un problema, ¿verdad?). Va a ser un problema a corto plazo, el viejo Carlos, como hiedra venenosa o una llaga en la boca, pero tal como sucede con estas dos cosas, *saber* que el problema es a corto plazo no alivia todo el dolor… sólo te salva de que te vuelvas loco.

Roger tiene razón; tiendo a aburrir de tan pesado que soy. Sin embargo, eso

no será lo mismo que tener logorrea[1]. Intentaré evitarlo. A los hechos, entonces. Como ya sabes, todas las semanas nos llegan presentaciones «por encima de la ventanita». Son las que están dirigidas a los «Caballeros», «Estimado Señor», o «A Quien Corresponda»; en otras palabras, un manuscrito que nadie solicitó. Bien… no *todos* son manuscritos; al menos la mitad de ellas son las que nosotros, editores modernos, llamamos «cartas de presentación» (¿todavía no te cansaste de tantas comillas? Deberías leer la última carta de Carlos; te cansarías de ellas de por vida).

Sin embargo, *todas* ellas serían cartas de presentación si esta bola de fango realmente fuera el mejor de todos los mundos posibles. Como el 99% de los otros editores en Nueva York, nosotros ya no leemos manuscritos no solicitados; al menos, ésa es nuestra política oficial. Lo decimos tanto en el *Mercado del Escritor*, como en el *Anuario del Escritor, El Independiente*, y en *La Gacetilla de la Pluma*. Pero, aparentemente, del montón de aspirantes a Wolfes y a Hemingways que hay allá afuera, ninguno lee estas cosas, no las creen cuando las leen, o simplemente las ignoran; escoje lo que mejor te parezca.

Al menos, en la mayoría de los casos le echamos una mirada al lodo, si éste está escrito a máquina (por favor que no se te escape ni una palabra de esto o nos veremos inundados de manuscritos y Roger probablemente me mate; ya le falta poco para hacerlo, creo). Después de todo, *Gente Común* apareció de la nada y la primera persona que lo leyó fue un asistente editorial que de casualidad se dio cuenta de que era una historia genial. Pero ésa, por supuesto, fue una oportunidad en un millón. Yo nunca he visto un manuscrito no solicitado que parezca algo más que el trabajo de un brillante alumno de quinto. Claro que Zenith House apenas se acerca a Alfred A. Knopf (nuestro título líder para febrero es *Escorpiones del Infierno*, por Anthony L. K. LaScorbia, su continuación a las *Ratas del Infierno*), pero a pesar de eso… uno tiene esperanzas…

Detweiller, por lo menos, siguió el protocolo y envió una carta de presentación. Herb Porter, Sandra Jackson, Bill Gelb y yo nos distribuimos las que entran en la semana antes de cada lunes, y yo tuve la desgracia de que me tocara ésta. Después de leerla y reflexionar durante unos veinticinco minutos (tiempo más que suficiente para escribirle a Roger un largo y jadeante memorándum sobre el asunto que, bajo las actuales circunstancias,

probablemente nunca vaya a repetir), le escribí una carta a Detweiller pidiéndole que nos mandara unos capítulos de muestra y un borrador del resto. Y el viernes pasado recibí una carta que… bueno, para abreviar, no estoy seguro de cómo describirla. Él tiene veintitrés años y parece ser el empleado de una vieja floricultora de Central Falls, con una fijación por su madre y la convicción de que asiste a sabbats de brujas por toda América drogándose con nuez moscada, o algo así. Ya me estoy imaginando aquelarres en las playas de estacionamiento de los Moteles Six.

Pensé que los *Verdaderos Cuentos de las Plagas Demoníacas* de Carlos (ya he logrado superar el punto en que sólo el título tenía el poder de hacerme empalidecer y estremecerme en mis zapatos) podría ser una investigación aficionada de algún chico; algo que podría recortarse, exprimirse y venderse al público de *Amityville Horror*. Es que su carta original era corta, y tan llena de esas meticulosas oraciones objeto-predicado, como para que uno pudiera creerlo. Y mientras que nunca tuve ninguna ilusión de que el hombre fuera un escritor, asumí que por lo menos era capaz de leer y escribir, lo que resultó ser un pensamiento totalmente infundado. Es más, el solo hecho de releer la carta original de Detweiller me hace preguntar cómo pude alguna vez garrapatear la frase *Esto tiene cierto encanto aún a medio cocer* en el margen… y aún así, ahí está.

¿Y qué hay con eso? te estarás preguntando. Podía darle una mirada al manuscrito cuando llegara y luego enviarlo de vuelta con una carta con la leyenda: «Zenith House lamenta informarle», etc. Eso estaría correcto… pero también equivocado. Está equivocado porque los tipos como Carlos Detweiller demasiado a menudo resultan ser un mal caso de piojos; fácil de contraer, pero del que ni el mismo diablo te cura. Lo peor de todo esto es que le mencioné este mismo hecho a Roger en mi más que largo memorándum original sobre el libro, recordándole al General Hecksler y su *Veinte Flores Psíquicas de Jardín*; debes acordarte de que te conté cómo el General nos bombardeó con cartas documento y llamadas telefónicas luego de que le rechazáramos el libro (no puedes estar enterada, sin embargo, acerca del correo que Herb Porter recibió de él, en el que Hecksler se refería a Herb como «el Judío Señalado», una referencia que ninguno de nosotros ha descifrado hasta el momento). Se puso cada vez más agresivo, y justo antes de que su hermana lo encerrara en un asilo del estado,

Sandra Jackson me confesó que tenía miedo de irse sola a su casa; dijo que temía que el General saltara desde una puerta oscura con un cuchillo en una mano y un ramillete de flores psíquicas en la otra. Me dijo que lo peor de todo aquello era que ninguno de nosotros sabía cual era su *aspecto*; habríamos necesitado una pericia caligráfica en lugar de una fotografía para poder identificarlo en una ronda policial.

Y por supuesto todo esto suena divertido ahora, pero *no fue* gracioso cuando ocurrió; sólo después de que su hermana nos escribiera descubrimos que éramos simplemente una de sus obsesiones menores, y desde ya él resultó *ser* peligroso; sino pregúntale al chofer de autobús de Albany al que apuñaló.

Y sabiendo todo esto —incluso se lo mencioné a Roger— invité despreocupadamente a Detweiller a que me enviara una copia de su libro.

Por supuesto, el otro asunto (y conociéndome tanto como me conoces, probablemente ya lo has adivinado) es muy sencillo: me disgusta errar tan alevosamente. Si un ignorante como Carlos Detweiller pudo engañarme tan bien (imaginé que su libro debía de ser fantasmal, cierto, pero aún así no es ninguna excusa), ¿cuánto material *bueno* me estoy perdiendo? Por favor no te rías; estoy hablando en serio. Roger siempre está haciendo jirones mis «aspiraciones literarias», y supongo que tiene derecho a eso (ningún progreso en la novela esta semana si es que te interesa; este asunto de Detweiller me ha deprimido demasiado), considerando dónde terminó el antiguo director de la Sociedad Milton de la Universidad Brown (terminó alentando a Anthony LaScorbia para que se pusiera a trabajar en su nueva obra épica, *Avispas del Infierno*). Pero creo que aceptaría gustosamente seis meses de cartas del evidentemente loco Carlos Detweiller, repletas de amenazas veladas que se vayan volviendo un poco menos veladas con cada misiva, si me pudieran asegurar que no dejé pasar algo bueno debido a una respuesta crítica totalmente equivocada.

No sé si esto es más o menos desalentador, pero Roger mencionó en uno de sus Famosos Memorándums que la Corporación Apex va a darle a Zenith al menos un año más para que deje de personificar a un perro muerto y empiece a mostrar algún aumento en las ventas. Él recibió las noticias de Harlow Enders, el jefe interventor de Apex en New York, así que probablemente sea cierto. Supongo que es una buena noticia cuando consideras que en estos días no cualquiera en el mundo de la publicación tiene una oficina adonde ir, ni siquiera

con una compañía cuyo más constante y más grande serie leída es la del *Macho Man* y cuyo problema interno más grande no son los espías que hacen copias de manuscritos para que los estudios cinematográficos puedan conseguir una vista previa, si no que tiene cucarachas en el refrigerador. Quizá no sea tan bueno cuando piensas en qué poco dinero tenemos para gastar (quizá te *merezcas* los Carlos Detweillers del mundo cuando lo máximo que puedes ofrecer como adelanto por derechos de autor es $1800) y la distribución de mierda que tenemos. Pero nadie en Apex entiende de libros o del mercado de libros, incluso dudo si en primer lugar alguien allí sabe por qué eligieron comprar Zenith House el año pasado, excepto que lo hicieron porque se les presentó una compra barata. Las oportunidades de que podamos mejorar nuestra posición (2% del mercado del libro de bolsillo, decimoquintos en una lista de quince) en el transcurso del año próximo no son demasiadas. Quizá terminemos casándonos en California después de todo, ¿eh, nena?

Bien, suficiente calamidades y pesimismo —mañana mandaré esto por correo y con suerte volveré a trabajar en mi libro— y la próxima carta que te escriba será de la variedad «locuaz y llena de noticias». ¿Quieres que le pida a Carlos que te envíe flores desde Central Falls?

Olvida que pregunté eso.

***Con amor,***

***John***

P. D. Y dile a tu compañera de cuarto que no creo que fabricar «el Frisbee comestible más grande del mundo» tenga ningún mérito en absoluto, Libro Guinness de los Récords o no. ¿Por qué no le preguntas si tiene algún interés en sentarse en una bañera llena de fideos para los Récords Mundiales? El primero que la reviente se gana un viaje con todos los gastos pagos a Central Falls, Rhode Island…

J.

# 13

*memorándum interno de oficina*

PARA: Roger
DE: John
REF: *Verdaderos Cuentos de las Plagas Demoníacas*, por Carlos Detweiller

El manuscrito de Detweiller llegó esta mañana, envuelto en bolsas de la compra, asegurado con cinta (roto en su mayor parte), y aparentemente tipeado por alguien con terribles problemas de control motriz. Es todo tan malo como me lo temía: pésimo, más allá de toda esperanza.

Este puede y debe ser el fin, pero algunas de las fotografías que él adjuntó son *intensamente* perturbadoras, Roger, y éste no es ningún chiste, así que por favor no te lo tomes como si lo fuera. Ellas son una rara conglomeración de fotos en blanco y negro (sacadas con una Nikon, supongo), en color (también con la Nikon), y unas Polaroid SX de 70 tiros. La *mayoría* de ellas son de ridículos hombres y mujeres maduros, vestidos con batas negras con signos cabalísticos cosidos en ellas, o de hombres y mujeres maduros con nada en absoluto, exhibiendo zancas flacas, pechos caídos, y barrigas enormes. Se ven exactamente como uno supone que las personas de Central Falls imaginarían a qué debiera parecerse una Misa Negra (en algunas de ellas hay un hombre mucho más joven que probablemente sea el mismo Detweiller; este joven siempre está enfocado de atrás o con su cara en las sombras), y el escenario parece ser, en la mayoría de los casos, un invernadero; me imagino que

relacionado con la floricultora donde Detweiller dijo que trabajaba.

Hay un paquete de seis fotos etiquetadas como «La Reunión Sagrada» que muestra manifestaciones plásmicas tan obviamente falsificadas que dan lástima (lo que parece ser un globo escarchado con pintura Day-Glo está flotando desde las yemas de los dedos del médium). Un tercer paquete de fotografías (todas de SX-70) son del estilo de libro de «exposición», con tomas de varias plantas que pretenden ser hierba mora mortal, belladona, pelo de virgen, etc. (es imposible para mí decir si las etiquetas están correctas, ya que no puedo diferenciar a un arce de un pino ponderosa sin ayuda; Ruth probablemente lo sepa).

De acuerdo, ahora la parte perturbadora. Algunas de las fotografías con las escenas de la «Misa Negra» (cuatro, para ser rigurosamente exactos) pretenden mostrar un sacrificio humano… *y a me parece que ellos quizá realmente mataron a alguien*. La primera fotografía muestra a un viejo con una sumamente realista expresión de terror en la cara, acostado sobre una mesa en el invernadero que mencioné. Varias personas vestidas con túnicas están sujetándolo. El hombre joven que pienso que es Carlos Detweiller está de pie a la izquierda, desnudo, con lo que parece ser un cuchillo Bowie. La segunda foto muestra el cuchillo enterrándose en el pecho del viejo compañero; en la tercera, el hombre que yo presumo pueda ser Detweiller está metiendo la mano en la cavidad del pecho; en la última está sosteniendo una cosa chorreante para que los demás puedan verla. La cosa chorreante se parece muchísimo a un corazón humano.

Las fotos podrían ser completamente falsas, y yo sería el primero en admitirlo; supongo que un hombre con efectos especiales medio decentes podría recrear algo así, sobre todo con calma… pero los esfuerzos por engañar en las otras fotografías son tan dolorosamente obvios que me pregunto si eso pueda ser así.

Solamente con ojearlas tengo suficiente como para vomitar las galletitas, Roger; ¿qué pasaría si nos hemos tropezado con un grupo de personas que realmente están practicando sacrificios humanos? ¿Asesinatos en masa, tal vez? Estoy asqueado, aunque por el momento más asustado que otra cosa. Todo esto podría decírtelo personalmente, por supuesto, pero parecía importante notificártelo por escrito, por las dudas de que termine siendo una cuestión legal. Cristo, ojalá nunca me hubiese enterado de la existencia de Carlos Jodido Detweiller.

¿Por qué no vienes y le echas un vistazo a las fotos en cuanto puedas, si? Ni siquiera sé si debo tomar el teléfono y llamar a la policía de Central Falls o no.

John

# Parte 2



# 14

30 de enero de 1981

Querida Ruth:

Sí, para mí también fue estupendo hablar contigo anoche. No sé lo que haría sin ti, aunque estés en la otra punta del país. Creo que éste ha sido el peor mes de mi vida, y sin tus palabras y tu cálido apoyo, no sé si lo podría haber superado. La revulsión y el terror iniciales que me produjeron esas fotos fueron bastante desagradable, pero he descubierto que puedo lidiar con el terror; y Roger puede encasillarse en su personificación de algún rudo editor salido de una historia de Damon Runyon (o quizá, ahora que lo pienso, esté actuando como ese Ben Hecht), pero lo realmente divertido es que tiene un corazón de oro. Cuando toda aquella mierda se nos cayó encima, él permaneció como una piedra; su fuerza nunca vaciló.

El terror es malo, pero he descubierto que la sensación de que te comportaste como un pelotudo es mucho peor. Cuando estás asustado, puedes recurrir a tu valentía. Cuando estás humillado, supongo que lo único que puedes hacer es llamar a tu novia por larga distancia y berrear en su hombro. Todo lo que te estoy diciendo, creo, es gracias; gracias por estar allí y gracias por no reírte… o tomarme como si fuera una vieja histérica asustándose de las sombras. Anoche, luego de haber hablado contigo, tuve una última llamada telefónica, de Barton Iverson, Jefe del Departamento de Policía de Central Falls. Él también fue extraordinariamente compasivo, pero antes de que te cuente la esencia final del asunto, permíteme intentar aclararte toda la serie de acontecimientos que siguieron a mi recepción del manuscrito de Detweiller el miércoles pasado. Tu

confusión estaba justificada; creo que puedo llegar a estar un poco más despejado ahora que he tenido una noche de sueño (¡y sin Mamá Bell[2] en mi oreja, descontando dólares de mi desnutrido sueldo!).

Tal como *creo* que te conté, la reacción de Roger a las «Fotos del Sacrificio» fue todavía más fuerte y más inmediata que la mía. Se apareció en mi oficina como si tuviera cohetes en los talones, dejando a dos distribuidores esperando en su oficina exterior (y, como me parece que señaló Flannery O'Connor alguna vez, un buen distribuidor es algo difícil de encontrar), y cuando le mostré las fotos se puso pálido, se llevó una mano a la boca, y emitió unos sonidos *amordazados*, como de arcadas. Así que supongo que se podría decir que yo estaba más que en lo cierto acerca de la *calidad* de las fotos (considerando el tema, «calidad» es una palabra extraña para usar, pero es la única que parece encajar).

Se tomó un minuto o dos para pensar; luego me dijo que haría mejor llamando a la policía de Central Falls, pero que no le dijera nada a nadie más. «Todavía podrían ser falsificaciones», dijo, «pero lo mejor es no arriesgarse. Ponlas en un sobre y ya no las toques más. Podrían tener huellas digitales.»

—No *parecen* falsificaciones —le dije—. ¿A ti te lo parecen?

—No.

Él volvió con los distribuidores y yo llamé a los polis de Central Falls; fue mi *primera* conversación con Iverson. Él escuchó la historia entera y luego tomó nota de mi número telefónico. Dijo que me volvería a llamar en cinco minutos, pero no me dijo por qué.

Me llamó en tres minutos, aproximadamente. Me dijo que llevara las fotografías a la Comisaría 31, en el 140 de Park Avenue South, y que la Policía de New York transmitiría las «Fotos del Sacrificio» a Central Falls.

—Deberíamos tenerlas para esta tarde, a eso de las tres —dijo—. Puede que antes, incluso.

Le pregunté qué se proponía hacer hasta entonces.

—No mucho — respondió—. Voy a enviar a un agente de civil a rondar esta Casa de Flores y tratar de determinar si Detweiller todavía está trabajando allí o no. Espero que lo haga sin despertar ninguna sospecha. Hasta que no vea las fotos, Sr. Kenton, eso es realmente todo lo que puedo hacer.

Tuve que morderme la lengua para no decirle que yo pensaba que había

*mucho más* que podía hacer. No quería que me desdeñara como un típico neoyorquino insistente, ni tampoco quería tener al compañero exasperado conmigo desde un comienzo. Y me recordé que Iverson no había visto las fotos. Supongo que dadas las circunstancias él iba tan rápido como podía en base a la llamada de un extraño; un extraño que podría estar chiflado.

Conseguí que prometiera volver a llamarme en cuanto tuviera las fotografías, y luego yo mismo las acerqué a la Comisaría 31. Ellos estaban esperándome; un tal Sargento Tyndale me encontró en el área de recepción y tomó el sobre con las fotos. También me hizo prometer que me quedaría en mi oficina hasta tener noticias de ellos.

—El Jefe de Policía de Central Falls…

—No *el* —dijo Tyndale, como si yo le estuviera hablando de un mono amaestrado—. *Nosotros*.

Todas las películas y novelas tienen razón, nena; no pasa mucho tiempo antes de que empieces a sentirte como un delincuente. Esperas que alguien gire una luz brillante en tu cara, ponga una pierna por encima de un viejo escritorio, se recline, te sople el humo del cigarro en tu cara, y diga «Bien, Carmody, ¿dónde escondiste los cadáveres?» Ahora puedo reírme de esto, pero te aseguro no estaba riéndome entonces.

Yo quería que Tyndale le echara un vistazo a las fotografías y que me dijera lo que pensaba de ellas —si eran o no auténticas— pero lo único que hizo antes de largarse fue recordarme que «permaneciera cerca». Había empezado a llover y no pude conseguir un taxi, y cuando ya había llegado a siete calles de Zenith House estaba empapado. También me había tragado medio rollo de Tums.

Roger estaba en mi oficina. Le pregunté si los distribuidores se habían ido, y él agitó una mano en su dirección. —Mandé uno a Queens y al otro a Brooklyn —dijo—. Motivados. Van a vender otras cincuenta copias de *Hormigas del Infierno* entre los dos. Imbéciles —encendió un cigarro —. ¿Qué dijeron los polis?

Le conté lo que Tyndale me había dicho.

—Inquietante —dijo—. Jodidamente inquietante.

—Te parecieron reales, ¿no es así?

Lo consideró, luego asintió. —Tan reales como la lluvia.

—Bien.

—¿Qué quieres decir con bien? No hay nada bueno en *todo* esto.

—Yo sólo quise decir…

—Sí, ya sé lo que quisiste decir —se levantó, agitó las perneras de sus pantalones de esa manera en que siempre lo hace, y me dijo que le llamara si tuviera noticias de alguien—. Y no le digas nada a nadie más.

—Herb ha pasado por aquí un par de veces— le dije—. Creo que se piensa que vas a despedirme.

—La idea tiene algo de mérito. Si él pregunta…

—Le miento.

—Exacto.

—Siempre es un placer mentirle a Herb Porter.

Se detuvo de nuevo en la puerta, comenzó a decir algo, y entonces llegó Riddley, el chico del correo, empujando un cesto con manuscritos rechazados.

—Se pasó aquí casi toda la ma'ana, Seor'Adler —dijo—. ¿ Va'eshpedir al Seor'Kenton?

—Lárgate de aquí, Riddley —le dijo Roger —o te despediré a *ti* si no dejas de insultar a toda tu raza con ese repugnante acento Rasta.

—¡Siuro, Seor'Adler! —dijo Riddley, e hizo rodar de nuevo el carro del correo—. ¡M'voy! ¡M'voy!

Roger me miró y giró los ojos desesperadamente. —Tan pronto como tengas noticias— repitió, y salió.

En las primeras horas de la tarde tuve noticias del Jefe Iverson. Su hombre había comprobado que Detweiller *estaba* en la Casa de Flores, trabajando como de costumbre. Dijo que la Casa de Flores es una construcción muy elegante en una calle que se está «yendo pendiente abajo» (la frase es de Iverson). Su hombre entró, compró dos rosas rojas, y volvió a salir. Lo atendió la señora Tina Barfield, la propietaria del negocio según los papeles del archivo del Ayuntamiento. El tipo que realmente tomó las flores, las cortó, y las envolvió llevaba una etiqueta con la palabra CARLOS en ella. El hombre de Iverson lo describió como de unos 25 años, moreno, no mal parecido, pero corpulento. El hombre dijo que daba la impresión de tomárselo todo muy seriamente; apenas sonreía.

Hay un invernadero excepcionalmente grande detrás de la tienda. El hombre de Iverson hizo un comentario sobre él y la señora Barfield le dijo que era tan

profundo como la manzana; ella dijo que lo llamaban «la pequeña selva».

Le pregunté a Iverson si ya había recibido las telefotos. Dijo que no las tenía, pero quería confirmarme que Detweiller estaba allí. El solo hecho de saber que él estaba me produjo cierto alivio; no me molesta decirte eso, Ruth.

Así que aquí está el Acto Tercero, Escena Primera, y una trama nauseabunda, como nos gusta decir a nosotros, los tipos del negocio editorial. Recibí una llamada del Sargento Tyndale, de la Comisaría 31. Me dijo que Central Falls había recibido las fotos, que Iverson les había echado un vistazo, y que había ordenado que le trajeran a Carlos Detweiller para un interrogatorio. Tyndale me quería de inmediato en la 31 para tomarme declaración. Debía llevar conmigo el manuscrito de *Plagas Demoníacas*, y toda mi correspondencia con Detweiller. Le dije que estaría encantado de ir la 31 tan pronto como hablase de nuevo con Iverson; de hecho, estaba deseando tomar «El Peregrino» en la Estación Penn y de allí derecho en tren a…

—Por favor no llame a nadie —dijo Tyndale—, y no vaya a ninguna parte —a *ninguna parte*, Sr. Kenton— hasta que ponga sus pies aquí y haga la declaración.

Me había pasado el día sintiéndome descompuesto e inquieto. Mi estado nervioso empeoraba en lugar de mejorar, y supongo que le hablé con cierta brusquedad al tipo.

—Pareciera como si yo fuera el sospechoso.

—No —dijo él—. No, Sr. Kenton —una pausa—. No por el momento —otra pausa—. ¿Pero él le envió las fotos, no es así?

Por un momento quedé tan asombrado que sólo pude boquear como un pez. Luego le dije —Pero ya expliqué eso…

—Sí, lo hizo. Ahora venga aquí y explíquelo para el expediente, por favor—. Tyndale colgó, dejándome tanto enfadado como en una especie de existencialismo —pero te mentiría, Ruth, si no te dijera que lo que principalmente me sentía era asustado—. Me había metido hasta el fondo y en muy poco tiempo.

Irrumpí en la oficina de Roger, le conté lo que estaba pasando tan rápida y cuerdamente como pude, y luego me dirigí hacia el ascensor. Riddley salió de la habitación del correo haciendo rodar su carrito Dandux; vacío, esta vez.

—¿Está usted en p’oblema con l’ley, Seor’Kenton? —me susurró

roncamente mientras lo dejaba atrás; te aseguro, Ruth, que esto no logró en lo absoluto mejorar mi paz mental.

—¡No! —le respondí, tan fuerte que dos personas que venían por el pasillo echaron una mirada en mi dirección.

—Porque si lo está, mi primo Eddie es un shtupendo abogado. ¡Siuro!

—Riddley —le dije— ¿a qué universidad fuiste?

—¡Co'nell, Seor'Kenton, y era shtupenda! —Riddley sonrió abiertamente, mostrando unos dientes tan blancos como teclas de piano (y estoy tentado a pensar que casi tan numerosos).

—Si fuiste a Cornell —le pregunté— ¿por qué, en el nombre de Dios, hablas de esta forma?

—¿Qué forma es'sa, Seor'Kenton?

—Olvídalo —le dije, ojeando el reloj—. Siempre está bien tener una de estas discusiones filosóficas contigo, Riddley, pero tengo una cita y debo apurarme.

—¡Siuro! —me dijo, lanzando esa mueca obscena de nuevo—. Y si usted quiere el nume'o telefónico de mi primo Eddie…

Pero por entonces ya me había perdido en el vestíbulo. Siempre es un alivio poder librarse de Riddley. Supongo que es horrible decirlo, pero desearía que Roger lo despidiera; miro esa gran sonrisa de teclas de piano y, Dios me asista, me pregunto si Riddley no habrá hecho un pacto para beberse la sangre del hombre blanco cuando llegue el fuego la próxima vez. Junto con su primo Eddie, por supuesto.

Bien, olvídate de todo esto; he estado más de una hora y media pegándole a las teclas de la máquina de escribir, y esto está empezando a parecerse a una novela corta. Mejor me doy prisa con el resto. De manera que… Acto Tercero, Escena Segunda.

Llegué tarde y empapado de nuevo a la estación de policía; no había taxis y la lluvia se había convertido en un fuerte aguacero. Sólo una lluvia de enero en la ciudad de Nueva York puede ser así de fría (¡California me parece cada día mejor, Ruth!).

Tyndale me echó una mirada, me dedicó una fina sonrisa sin humor visible en ella, y dijo: —En Central Falls acaban de soltar a su autor. ¿Ningún taxi allí afuera, eh? Nunca están cuando llueve.

—¿Dejaron ir a Detweiller? —pregunté sin poder creerlo—. Y él no es

nuestro autor. No lo tocaría ni con un palo para plagas de tres metros de largo.

—Bien, sea él lo que sea, la cosa es que no es nada más que una tempestad en un vaso de agua —me dijo, y me ofreció la que puede haber sido la taza de café mas repugnante que alguna vez haya tomado en mi vida.

Me condujo hasta una oficina libre, lo cual fue una especie de favor; esa sensación de que todos los demás en la comisaría estaban mirando de reojo al editor prematuramente calvo, vestido con un empapado saco de lana, probablemente fuera paranoia, pero de todas formas era poderosa.

Para no hacer que una historia larga lo sea aun más, aproximadamente cuarenta y cinco minutos después que llegaron las telefotos, y alrededor de quince minutos después de la llegada de Detweiller (no esposado, pero flanqueado por dos corpulentos hombres con traje azul), volvieron los hombres de civil que habían sido despachados a la Casa de Flores después de mi primera llamada. Él había estado en otra parte de la ciudad durante toda la tarde.

Tyndale me dijo que habían dejado a Detweiller solo en una pequeña sala de interrogatorios para que se ablandara; para que tuviera todo tipo de pensamientos sucios. El policía de civil que había verificado el hecho de que Detweiller todavía trabajaba en la Casa de Flores estaba mirando las «Fotos del Sacrificio» cuando el Jefe Iverson salió de su oficina y se encaminó a la sala de interrogatorios donde tenían a Detweiller.

—Jesús —le dijo el de civil a Iverson—, éstas se ven casi reales, ¿no le parece?

Iverson se detuvo. —¿Tiene usted alguna razón para creer que no lo son? —le preguntó.

—Bueno, esta mañana, cuando entré en esa tienda para inspeccionar a ese tipo Detweiller, este fulano al que le hicieron la cirugía de corazón informal estaba sentado a un lado, detrás del mostrador, jugando un solitario y mirando *La Esperanza de Ryan* en la tele.

—¿Está usted *seguro* de eso? —le preguntó Iverson.

El de civil dio uno golpecitos sobre la primera de las «Fotos del Sacrificio», donde se mostraba claramente la cara de la «víctima».

—Ningún error —dijo—. Este era el tipo.

—Pero ¿por qué en el nombre de Dios no me *dijo* usted que él se encontraba allí? —le reclamó Iverson, sin ninguna duda con visiones de Detweiller

presentando cargos por detención falsa y maliciosa comenzando a bailar lúgubremente en su cabeza.

—Porque nadie me preguntó por *este* tipo —dijo el detective, de manera bastante razonable—. Se suponía que yo debía reconocer a Detweiller, y lo hice. Si alguien me hubiera pedido que reconociera a este tipo, lo habría hecho. Nadie lo hizo. Hasta luego—. Y se alejó, dejando a Iverson sosteniendo las fotos. De manera que así fue.

Yo miré a Tyndale.

Tyndale me devolvió la mirada.

Tras unos instantes, la desvió. —De todas formas, señor Kenton, esa foto en particular *se veía* real… tan real como el infierno. Pero así hacen los efectos en algunas de esas películas de horror. Hay un tipo —se llama Tom Savini— que hace unos efectos…

—De modo que lo dejaron marchar—. Cierto temor estaba emergiendo dentro de mi cabeza, como uno de esos pequeños submarinos rusos que los suecos nunca consiguen atrapar.

—Por si le sirve de algo, su culo está cubierto con tres pares de calzoncillos y cuatro de pantalones, con los dos del medio acorazados —dijo Tyndale, y luego agregó, con una seriedad que sin dudas era Alexander Haigiana—: le estoy hablando desde el punto de vista legal, usted me entiende. Actuó de buena fe, como un ciudadano. Si el tipo pudiera demostrar que hubo malicia, eso sería otra cosa… pero, rayos, usted ni siquiera lo conocía.

El submarino ascendió un poco más. Porque sentí como si justo desde entonces estuviera *empezando* a conocerlo, Ruth, y mis sentimientos sobre Carlos Detweiller ni fueron entonces ni lo son ahora algo que pudiera describir como joviales o benignos.

—Además, nunca es al *informante* al que ellos quieren demandar por un falso arresto, sino al poli que vino y les leyó sus derechos y luego lo llevó al centro de la ciudad en un automóvil sin manijas en las puertas traseras.

*Informante*. Ésa era la fuente del temor. El submarino estaba bien arriba y flotando en la superficie como un pez muerto a la luz de la luna.

*Informante*. No conocí a Carlos Detweiller gracias a una begonia psíquica… aunque *él* sí sabe algo sobre *mí*. No que fui la cabeza de la sociedad literaria de la Universidad Brown, ni que estoy prematuramente calvo, ni que estoy

comprometido con una bonita señorita de Pasadena llamada Ruth Tanaka… ninguna de estas cosas (y, gracias a Dios, tampoco la dirección de mi casa, que *nunca* conozca la dirección de mi casa), pero él sabe *que yo soy el editor que hizo que lo detengan por un asesinato que no cometió*.

—Sabe usted —le pregunté— si Iverson o algún otro del Departamento de Policía de Central Falls le mencionó a él mi nombre? —Tyndale encendió un cigarrillo—. No lo sé —respondió—, aunque estoy bastante seguro de que nadie lo hizo.

—¿Por qué no?

—Habría sido poco profesional. Cuando usted está trabajando en un caso —incluso uno que se muere tan rápido como éste— cada nombre que el sospechoso no conoce o que incluso no *llega* a conocer se convierte en una carta de póker.

Cualquier alivio que pude haber sentido me duró poco.

—Pero el tipo tendría que ser un perfecto idiota para *no* saberlo. A menos que, eso es, le enviara las fotografías por correo a cada editorial de Nueva York. ¿Piensa que pudo haber hecho eso?

—No —dije desconsoladamente—. En primer lugar, ningún otro editor en Nueva York habría respondido a su carta de presentación.

—Ya veo.

Tyndale se levantó, arrugando los vasitos plásticos de café, haciendo esos gestos de se-acabó-la-fiesta que significaban que esperaba que yo pusiera un huevo en mi zapato y lo pisara.

—Una pregunta más y lo dejaré en paz —dije—. Las otras fotografías eran obvias falsificaciones. Penosas. ¿Cómo esas parecen tan malas y las falsificadas parecen tan malditamente buenas?

—Quizá el propio Detweiller preparó las fotos de la «Sagrada Reunión» y algún otro —el equivalente a Tom Savini en Central Falls, por ejemplo— preparó la «víctima del sacrificio». O quizá Detweiller las preparó todas e intencionalmente hizo que las otras se vieran mal para que usted tomara éstas más en serio.

—¿Por qué haría eso?

—Para que usted metiera la pata, tal y como ha hecho. Tal vez es así cómo él se coloca.

—¡Pero le arrestaron en el proceso!

Él me miró, casi compadeciéndome. —Suponga que hay un tipo en un bar, Sr. Kenton, y que tiene esos petardos de broma que se meten en los cigarrillos. Así que, sólo para divertirse, mete uno de ellos en el cigarrillo de su colega mientras éste se encuentra en el servicio o escogiendo algunas canciones en la gramola. Le parece la idea más divertida del mundo en ese momento, aunque el sentido del humor de su colega sólo se manifiesta cuando un petardo explota en el cigarrillo de *algún otro*, y el tipo que mete el petardo debería saberlo. Así que el colega regresa, y enseguida toma el cigarrillo trucado. Da dos caladas y… *¡ka-bang!* Toda la cara llena de tabaco, quemaduras de pólvora en sus dedos, y se tira la cerveza encima. Y su colega —su *ex-colega*— está sentado en el taburete de al lado, partiéndose de risa. ¿Entiende la situación?

—Sí —dije de mala gana, porque la entendí.

—Ahora bien, el tipo que metió el petardo en el cigarrillo no era un imbécil, aunque tengo que decir que, según mi criterio, un tipo que cree que es divertido meter un petardo en el cigarrillo de otro, es un un poco deficiente en la sección del sentido del humor. Pero incluso si su sentido del humor se activase con algún tipo llevándose un susto de muerte y derramando su cerveza encima de sus pelotas, pensarías que un tipo que no fuese un imbécil al menos tendría interés en conservar todos los dientes y no lo haría. Y sin embargo, lo hacen. Lo hacen todo el puto tiempo. Así que, siendo usted un hombre literario… —(Ruth, él, obviamente, no sabía nada acerca de *Acuchíllame*, *Hormigas del Infierno*, ni del próximo a salir, *Moscas del infierno*)— ¿puede decirme por qué él sigue adelante, y acaba recogiendo sus dientes por todo el bar y pidiendo un crédito con el que poder pagarse los empastes?

—Porque no tiene ningún sentido de lo futurible —dije desconsoladamente, y, por primera vez, Ruth, sentí como si realmente pudiera *ver* a Carlos Detweiller.

—¿Eh? No conozco esa palabra.

—Él no lo sabe… es incapaz de anticipar las consecuencias.

—Sí… usted es un hombre literario, de acuerdo. Yo no hubiera podido decirlo tan bien ni en mil años.

—¿Y esa es mi respuesta?

—Ésa es su respuesta —. Me palmeó el hombro y me acompañó hasta la

puerta—. Váyase a casa, Sr. Kenton. Tómese un trago, una ducha, y después otro trago. Mire algo en la tele. Duerma toda la noche. Cumplió su deber como ciudadano. La mayoría de la gente simplemente habría tirado esas fotos… o las habría guardado para sus álbumes de recortes. Suena raro, pero yo soy del tipo policial, no del tipo literario, y sé que algunas personas lo hacen. Váyase a casa. Olvídelo. Y conténtese con esto: si el libro del tipo es tan malo como usted dijo, entonces le envió una carta de rechazo de la puta madre.

De manera que hice lo que él me dijo, querida; vine a casa, tomé un trago, me duché, comí algo, tomé otro trago, miré un poco de tele, y me fui a la cama. Entonces, después de alrededor de tres horas de tortura de no poder dormir —seguía viendo esa foto, la de la abertura en el pecho y el corazón chorreante— me levanté, tome como tres copas más, miré en la tele una película de John Wayne llamada *La Estela de la Bruja Roja* (te diría que John Wayne se ve mucho mejor con un casco de soldado que con un casco de buzo), me acosté de nuevo, y me desperté con resaca.

Todo estará mejor en un par de días, y creo —*creo*— que las cosas están comenzando a volver a la normalidad, tanto en Zenith House como dentro de mi cabeza. Pienso (*pienso*) que todo terminó; pero que va a ser uno de esos Incidentes que me perseguirán durante toda la vida, supongo, como los sueños que tenía de chico en el que me ponía de pie para saludar la bandera y se me caían los pantalones. O, aún mejor, algo que una vez me contó Bill Gelb, mi ilustre co-editor en Zenith. Dijo que le contó este chiste a un tipo en una fiesta: *¿Cómo haces para impedir que cinco negros violen a una chica blanca? Respuesta: les das una pelota de básquet.* «Yo pensé que el tipo al que se lo conté sólo tenía un buen bronceado hasta que me arrrjó la bebida en la cara y se marchó», dijo Bill. Ésa es la clase de historia que yo nunca podría contar de mí mismo, lo cual pienso que puede ser una de las razones por las que no haya perdido todo mi respeto por Bill, aunque es un intolerante y fanático pelotudo. Con esto quiero decir que me siento un poco como un pelotudo… pero por lo menos se ha terminado. Si todo esto me hace parecer un histérico —alguien que testificaría entusiasmado en los juicios contra las brujas de Salem— por favor escribe y rompe nuestro compromiso cuanto antes… porque si ése fuera el caso, yo tampoco me casaría conmigo.

En cuanto a mí, estoy aferrado a lo que me dijo Tyndale; eso de que actué de

buena fe, como un ciudadano. La único que no haré es enviarte las fotografías, que hoy me fueron devueltas. Podrían ocasionarte la clase de sueños que he estado teniendo; y esos sueños son, sin ninguna duda, malévolos. He llegado a la conclusión de que todos esos magos de los efectos especiales deben ser cirujanos frustrados. De hecho, si Roger me da el visto bueno, voy a quemarlas.

***Te amo, Ruth.***

***Tu adorado pelotudo,***

***John***

# 15

de la oficina del editor en jefe

PARA: John Kenton
FECHA: 2/2/81

MENSAJE: Prosigue y quémalas. No quiero volver a oír hablar de Carlos Detweiller nunca más.

Escúchame, John; un poco de excitación está bien, pero si no comenzamos a hacer algo aquí en Zenith, estaremos todos saliendo a buscar trabajo. He oído que Apex puede estar buscando compradores. Que es como buscar pájaros dodo o pterodáctilos.

Tenemos que conseguir el libro o libros que hagan algo de ruido en este verano, y eso significa que sería mejor empezar buscando desde ayer. Comienza a sacudir los árboles, ¿de acuerdo?

Roger

# 16

*memorándum interno de oficina*

PARA: Roger
DE: John
REF: Sacudida de árbol

¿*Qué* árboles? Zenith House está ubicado en las Grandes Planicies de la publicación norteamericana, y tú lo sabes condenadamente bien.

John

# 17

de la oficina del editor en jefe

PARA: John Kenton
FECHA: 3/2/81

MENSAJE: Encuentra un árbol o encuentra un trabajo. Así están las cosas, encanto.

Roger

# 18

4 de febrero de 1981

Sr. John «Judas Iscariote» Kenton
Zenith Agujerodelculo-House, Editores de Kaka
Avenida de la Mierda-de-Perro 490
Nueva York, Nueva York 10017

Estimado Judas:

Éste es el agradecimiento que recibo por ofrecerle mi libro. De acuerdo, lo entiendo. Debería haber sabido qué esperar. Usted piensa que es TAN LISTO. De acuerdo, lo entiendo. Usted no es más que un sucio y traicionero bastardo. Cuánto habrá robado. Un montón, supongo. Usted piensa que es TAN LISTO pero no es nada más que un «Tablón Torcido» en «EL GRAN SUELO DEL UNIVERSO». Hay formas de tratar con los TIPOS COMO USTED. Probablemente piense que voy a ir y buscarlo. Pero no lo haré. Yo «no mancharía las manos con su suciedad», como decía el Sr. Keen. Pero puedo ajustarle las cuentas si quiero. ¡Y quiero! ¡¡¡Lo QUIERO!!!!

Mientras tanto, usted lo ha estropeado todo, así que supongo que estará satisfecho. Eso no me importa. Me he ido al Oeste. Le diría «ojalá se lo jodan» pero quién sería capaz de hacerle eso. Yo no. No lo haría ni siquiera si yo fuera una niña y usted Richard Gear. No lo haría ni aunque usted fuese una de esas lindas chicas de buena figura.

Bueno, me marcho, pero mi material es copywright y solo espero que usted sepa qué significa copywright, aun cuando no sepa distinguir la «mierda» del

«betún de zapatos». Así que nada más métase eso en su pipa y fúmeselo todo el puto día, Sr. Judas Kenton. Adiós.

Lo odia,

Carlos Detweiller
De Viaje
E. U. de A.

# 19

7 de febrero de 1981

Querida Ruth:

Me esperaba una carta del estilo «váyase-a-la-mierda» de Carlos Detweiller —la esperaba inconscientemente, en cualquier caso— y la recibí el otro día. Utilicé la crujiente máquina Xerox pre-Guerra Mundial que tenemos en Zenith House para hacerte una fotocopia, y la he adjuntado con esta carta. En su cólera, él es casi lírico, sobre todo en la parte en que dice que soy un tablón torcido en el suelo del universo… una frase que hasta Carlyle admiraría. Deletreó mal el nombre de Richard Gere, pero quizá fuera una licencia artística[3]. En general, diría que me siento aliviado; al menos, esto ya se terminó. El tipo se ha largado al Gran Oeste Americano, sin duda con sus tijeras de podar rosas colgándole de la cadera (¿de una cadera rosa? oh, olvídalo).

«Sí, pero ¿se ha ido realmente?» te preguntarás. La respuesta es: sí, lo hizo.

Recibí la carta ayer y casi en seguida puse al corriente a Barton Iverson de la Policía de Central Falls (luego de conseguir que Roger autorizara de mala gana la llamada de larga distancia, he de añadir). Pensé que a Iverson le interesaría mi requerimiento de salir a comprobar el asunto, y lo hizo. Parece que también él pensaba que las «fotos del sacrificio» eran demasiado reales como para quedarse tranquilo, y la última comunicación de Detweiller *tenía* más bien un tono amenazante.

Envió a un hombre llamado Riley —creo que el mismo hombre que fue antes — a comprobar la salida de Carlos, y él (Iverson, no Riley) me volvió a llamar en noventa minutos. Al parecer, Detweiller renunció casi enseguida de ser puesto

en libertad, y Barfield incluso ha puesto un anuncio en los periódicos locales pidiendo un nuevo ayudante de floristería. Algo ligeramente interesante: Riley reconoció al tipo de las «fotos del sacrificio», y mencionó un nombre que yo ya conocía: era el Sr. Norville Keen, el mismo tipo, estoy bastante seguro, que Detweiller mencionó en sus primeras dos cartas («Por qué describir a un invitado cuando usted puede ver a ese invitado», y otras perlas de sabiduría). El poli le hizo algunas preguntas sobre la puesta en escena de esas fotografías, y la Barfield se entrometió, ka-bang, inmediatamente. Le preguntó si era una investigación oficial, o qué. No lo era, por supuesto, así que eso fue todo… y en mi mente, el todo el asunto está cerrado. Iverson me dijo que Riley no pudo identificar a la Barfield en *ninguna* de las fotografías, de modo que no hubo ninguna base como para interrogarla más adelante… ni tampoco nadie allí en Central Falls quiere realmente hacerlo, me parece. Iverson fue muy franco conmigo. «Deje descansar lo sobrenatural», fue lo que realmente me dijo, y yo estoy de acuerdo en un doscientos por ciento.

Si la nueva novela de Anthony LaScorbia terminara llamándose *Plantas del Infierno,* renuncio.

Te escribiré una carta más normal durante la semana, espero, pero pensé que querrías saber cómo terminó todo. Mientras, vuelvo a pasarme las noches en mi novela y los días buscando un bestseller que podamos comprar por $2500. Como creo que dijo el Presidente Lincoln alguna vez, «Jodida buena suerte, pavo».

A todo esto, gracias por tu llamada telefónica, y tu última carta. Y en respuesta a tu pregunta, sí, yo también estoy E*X*C*I*T*A*D*O.

***Te ama,***

***John***

# 20

*19 de febrero de 1981*

*Estimado Sr. Kenton:*

*Usted no me conoce, pero yo sí a usted. Mi nombre es Roberta Solrac, y soy una ávida lectora de la serie de novelas de Anthony LaScorbia. ¡¡¡Al igual que el Sr. LaScorbia, siento que la ecología está a punto de sublevarse!!! De cualquier modo, el mes pasado le escribí una «carta de admiración» al Sr. LaScorbia ¡y él me contestó! Como estaba muy entusiasmada y honrada, le envié una docena de rosas. Él dijo que estaba entusiasmado y honrado (por las rosas) ya que nadie le había enviado flores antes.*

*Sin embargo, en nuestra correspondencia, él mencionó su nombre y dijo que usted era el responsable de sus éxitos literarios. No puedo enviarle rosas ya que estoy «en quiebra», pero le mando una pequeña plantita para su oficina, vía UPS. Se supone que trae buena suerte. ¡¡¡Espero que se encuentre bien, y prosiga con su estupendo trabajo!!!*

*Suya atentamente,*

*Roberta Solrac*

# 21

*memorándum interno de oficina*

PARA: Roger
DE: John
REF: La locura continúa

Echa una mirada a la carta adjunta, Roger. Luego deletrea «Solrac» al revés. Creo que realmente me estoy volviendo loco. ¿Qué he hecho para merecerme a este tipo?

John

# 22

de la oficina del editor en jefe

PARA: John Kenton
FECHA: 23/2/81

MENSAJE: Puede que te estés internando en las sombras. Si no es así, ¿qué pretendes hacer? ¿Reabrir las cosas con el D. de P. de Central Falls? Asumiendo que sea Detweiller —y admito que el último nombre sobrevuela los límites de la coincidencia y que el estilo tiene una cierta similitud, aunque obviamente sea una tipografía diferente— es, si me permites la aliteración, una inofensiva muestra de una pataleta infantil. Mi consejo es que te *olvides de él*. Si «Roberta Solrac» te envía una planta por correo, tírala por el tubo del incinerador. Probablemente sea hiedra venenosa. Estás dejando que esto te ataque los nervios, John. Y te lo digo en serio: *Olvídate de él.*

Roger

# 23

*memorándum interno de oficina*

PARA: Roger
DE: John
REF: Roberta Solrac

Hiedra envenenada, las pelotas. El tipo trabajaba en un invernadero. Probablemente sea belladona, o hierba mora mortal, o algo parecido.

John

# 24

de la oficina del editor en jefe

PARA: John Kenton
FECHA: 23/2/81

MENSAJE: Pensé en mover el culo por el pasillo para hablar contigo, pero estoy esperando una llamada de Harlow «Hombre del Hacha Cometh» Enders en unos minutos, y no quiero salir de mi oficina. Pero quizá sea mejor que te lo diga por escrito, porque da la impresión de que no crees realmente en algo hasta que esté impreso.

*John, déjalo pasar.* El asunto Detweiller está acabado. Entiendo que todo el asunto te haya afectado —rayos, también a mí— pero tienes que dejarlo pasar. Tenemos algunos serios problemas aquí en casa, en el caso de que no te hayas enterado. En junio va a llevarse a cabo una re-evaluación de nuestra situación, y lo que tenemos no es demasiado. Esto significa que en septiembre podemos tener el culo en la calle. Nuestro «año de gracia» ha empezado a acortarse. Deja de preocuparte por Detweiller y, por el amor de Cristo, encuentra algo que se pueda publicar y que haga dinero.

No puedo decírtelo más claro. Te aprecio, John, pero abandona esto y vuelve al trabajo, o me veré obligado a tomar medidas drásticas.

Roger

# 25

*memorándum interno de oficina*

PARA: Riddley
DE: John Kenton
REF: Posible paquete entrante

Es muy probable que reciba un paquete de la UPS desde alguna parte del medio oeste durante la próxima semana o en unos diez días. El nombre del remitente es Roberta Solrac. Si ves tal paquete, asegúrate de que yo no lo vea. En otras palabras, tíralo inmediatamente por el tubo del incinerador más cercano. Sospecho que ya sabes la mayoría de lo que hay que saber sobre el asunto de Detweiller. Esto puede estar asociado con eso, y el contenido del paquete puede ser peligroso. Es improbable, pero existe una posibilidad.

Gracias,

John Kenton

# 26

*memorándum interno de oficina*

PARA: John Kenton
DE: Riddley
REF: Posible paquete entrante

¡Siuro, Seor’Kenton!

Riddley / Sección Correo

# 27

*de EL LIBRO SAGRADO DE CARLOS*

SAGRADO MES DE FEBRE (Entrada N.º 64)

Sé cómo atraparlo. He puesto las cosas en movimiento, alabado sea Abbalah. Alabada sea la Démeter Verde[4]. Los atraparé a todos. ¡Verde Verde «debe verse»! ¡Ja! ¡So Judas! ¡Qué poco que sabes! ¡Pero yo sí lo sé! ¡También sé todo sobre tu novia; solo que tu novia, es ahora una DIABLEZA[5]. ¡Qué poco sabes de lo que ella es capaz! ¡Hay otro mulo coceando en tu establo, Sr. Editor Pez-Gordo Judas! ¡La OUIJA dice que el nombre de este mulo es GARY!

¡En mis sueños los he visto y GARY es PELUDO! ¡No como tú, pequeño y enclenque JUDAS! ¡Muy pronto te estaré enviando un presente! ¡Todo el mundo medra! ¡Cada Judas a salvo en los brazos de Abbalah! ¡Ven Abbalah!

VEN GRAN DÉMETER!

¡VEN VERDE!

# Parte 3



# 28

25 de febrero

Querida Ruth:

Como las cosas no andan muy bien por aquí, se me ocurrió contarte algunas de ellas: mira las fotocopias adjuntas, que terminan con una comunicación típicamente atrevida de Riddley, el de la piel negro carbón y trescientos enormes dientes blancos.

Notarás que Roger le dio de puntapiés a mi culo, bastante y duro; no se comportó como Roger suele hacerlo, y el hecho es doblemente grave precisamente por esa razón. No creo que uno necesite estar muy paranoico para darse cuenta que se refirió a la posibilidad de despedirme. Si esto lo hubiera conversado con él después del trabajo, en lo de Flaherty y delante de algunos martinis, dudo muchísimo que se hubiera enfadado tanto y, obviamente, yo no tenía ni idea de que estaba esperando una llamada de Enders. Indudablemente me merecía la patada en el culo que recibí —es cierto que *no he estado* haciendo mi trabajo— pero es que él no tiene ni idea del susto que me produjo esa carta cuando comprendí que era Detweiller de nuevo. Para mi desgracia, soy demasiado sensible, o eso es lo que Roger piensa… pero Detweiller me da miedo por otras razones menos fáciles de entender. Ser la *idée fixe* en la cabeza de un demente debe ser uno de los sentimientos más inquietantes en el mundo; creo que si conociera a Jody Foster le daría una palmada y le diría que sé exactamente cómo se siente. Hay una viscosa textura casi palpable en las cartas de Detweiller y, oh muchacha, oh sí, desearía *poder* quitármelo de la cabeza, pero todavía tengo pesadillas con esas fotos.

De todas formas, me he ocupado de las cosas lo mejor que he podido, y no, no tengo intención de llamar a Central Falls. Mañana tenemos una reunión editorial. Intentaré sacar lo mejor de mi limitado talento para volver al buen sendero… excepto que en Zenith House el sendero es tan estrecho que casi no existe.

Te amo, te echo de menos, suspiro porque vuelvas. Puede que el que te hayas ido sea parte del problema. No quiero hacerte sentir culpable.

***Todo mi amor,***

***John***

# 29

*De los diarios privados de Riddley Walker*

23/2/81

Como una piedra tirada en una gran charca estancada, el asunto de Detweiller ha provocado cualquier cantidad de ondas en mi trabajo. Creí que todas habían desaparecido; pero una más ha pasado esta tarde y ¿quién puede decir que fuera la última?

He incluido una fotocopia de un memorándum sumamente curioso que recibí de Kenton a las 2:35 de la tarde, más mi propia contestación (el memo llegó justo después que Gelb se largara, algo enfadado; no comprendo por qué habría de estar picado ya que hoy trajo sus propios dados y yo tuve la cortesía de ni siquiera examinarlos, pero, ah, shupongo que *nunca* entenderé a estos blancuchos). Creo que he cubierto con precisión el asunto de Detweiler en estas páginas, aunque debo agregar que nunca me sorprendió en lo más mínimo que Kenton fuera el único que pudiera atraer a Detweiller, el cometa vagabundo, a la errática (y, me temo, declinante) órbita de Zenith House.

Él es más brillante que Sandra Jackson; más brillante que William Gelb, el bocazas y encorbatado diablo de la Ivy League[6]; *mucho* más brillante que Herbert Porter (Porter, tal como señalé previamente, es capaz de meterse en la oficina de la señorita Jackson cuando ella no está, para ponerse a olfatear el asiento del sillón; es un hombre extraño, pero no soy quien para juzgarlo), y es el único del personal que *podría* ser capaz de reconocer un libro comercial si lo

tuviera delante de sus narices. En estos momentos lo está devorando la culpa y la vergüenza por el *affaire Detweiller*, y lo único que puede ver es que cometió un *faux pas* bastante cómico. Sería incapaz de ver que su decisión de *prestar* atención al libro de Detweiller ha demostrado que sus oídos editoriales todavía están abiertos, y que todavía armonizan con los mas dulces de todos los tonos, las notas celestiales de las cajas registradoras Sweda de farmacias y librerías anunciando las ventas, aun cuando no fueran producidas por él.

Es incapaz de ver que eso prueba que él lo intenta.

Los otros se han rendido.

Sin embargo, aquí está este memo encantador; entre sus líneas puedo escuchar a un hombre cuyos nervios están temporalmente destrozados, un hombre que *sería* capaz de enfrentar a un león pero que por el momento ni siquiera puede mirar a un ratón; un hombre que está, en consecuencia, chillando «¡Iiiiiik! ¡Deshazte de él! ¡Deshazte de él!» y lo amenaza con la escoba más a mano, que en'eta ocasión resulta ser Riddley, el repartidor del correo, con un limpiador de ventanas. ¡Siuro, Seor'Kenton, yo me libraré de él po'usted! ¡Yo me libraré del paquete de esa mujer Solrac si le llega a enviar uno!

Quizá.

Por otro lado, puede que John Kenton tenga que enfrentar las consecuencias de sus propios actos; es decir, pegarle a su propio ratón. Después de todo, si no eres tú quien lo golpea bien fuerte, quizá nunca comprendas realmente que un ratón es una cosita inofensiva… y es que, además, no puede ser que los días útiles de Kenton como editor hayan terminado porque es incapaz de enfrentarse a un loco ocasional como Carlos «Roberta» Detweiller.

Meditaré sobre el asunto. Creo que lo más probable es que no llegue ningún paquete, pero igual meditaré sobre todo esto.

27/2/81

¡Hoy llegó algo de la misteriosa «Roberta Solrac»! No sabía si sentirme divertido o disgustado por mi propia reacción, que fue un espantoso y visceral retorcijón intestinal, seguido por un impulso casi demente de arrojar la cosa al incinerador, exactamente como dijo Kenton en su nota. Fue impresionante la reacción *física* que se produjo en cuanto vi la dirección del remitente y relacioné

ese nombre con el memorándum de Kenton. Tuve un súbito espasmo de temblores. La carne de gallina me corrió por la espalda. Escuché un claro tañido resonando en mis oídos, y pude sentir cómo se me erizaban los pelos de la nuca. Esta sinfonía de atavismo fisiológico no duró más de cinco segundos hasta calmarse un poco; pero me dejó agitado, como con una súbita y profunda lanza de dolor clavada en la superficie del corazón. Floyd se burlaría y lo llamaría «una reacción de negro», pero no fue nada de eso. Fue una reacción *humana*. No hacia el objeto en sí mismo —el contenido del paquete fue algo así como un anticlímax luego de todo el sonido y la furia— aunque sí, estoy convencido de que fue una reacción a las manos que pusieron la tapa a la pequeña caja de cartón blanco en la que llegó la planta; a esas manos que ataron con cinta bramante esa caja y luego cortaron una bolsa de compras de papel marrón para envolverla y enviarla por correo; a las manos que la etiquetaron y la cargaron. Las manos de Detweiller.

¿Estoy hablando de telepatía? Sí… y no. Sería más exacto decir que estoy hablando de una especie de psicoquinesis pasiva. Los perros se alejan de las personas con cáncer; ellos lo huelen en ellos. Así, por lo menos, lo afirmaba mi vieja y querida Tía Olympia. De la misma manera yo olí a Detweiller en esa caja, y ahora entiendo mejor el trastorno de Kenton y siento una mayor simpatía por él. Pienso que Carlos Detweiller está totalmente loco… pero que la propia planta no es ninguna belladona mortal ni hierba mora ni Hongo Venenoso de Culebra (aunque supongo que podría haber sido cualquiera o todas esas cosas en la febril mente de Detweiller). Es tan sólo una pequeña y muy aburrida hiedra común en una maceta de arcilla roja.

Ya sea por la «reacción de negro» (Floyd Walker) —o por la «reacción humana» (su hermano Riddley)— realmente podría haber tirado esa cosa… pero después de ese ataque de temblores, me pareció que tenía que abrir la encomienda o considerarme poco hombre. Así lo hice, a pesar de cualquier cantidad de imágenes repugnantes —un potente explosivo unido a un dispositivo especial sensible a la presión, dañinos diluvios de arañas viuda negra, una camada de crías de víbora—. Y allí estaba, apenas una plantita, una hiedra con hojas amarilleándose en sus bordes (cuatro de ellas), inclinándose por encima de un combado y cansado tallo. La propia tierra es de un color marrón ceroso. Desprende un olor pantanoso y desagradable.

Tenía un pequeño letrero de plástico clavado en la tierra que decía:

**¡HOLA!**
**ME LLAMO ZENITH**
**SOY UN REGALO PARA JOHN**
**DE ROBERTA**

Fue ese ramalazo de miedo el que me llevó a abrir el paquete.

Del mismo modo, fue ese mismo miedo el que me decidió a asegurarme de que Kenton no la recibiera después de todo, cosa que habría sido bastante fácil de hacer («*¿E'ta* planta, Seor' Kenton? ¡Oh, diablos! O'vidé lo que u'ted dijo. Soy el hombre mas *o'vidado*!»). Dejaré que pasen las ondas; dejaré que se olvide de Detweiller, si eso es lo que él quiere. He puesto a Zenith la Hiedra Común en un estante en mi cubículo de conserje, un estante bien por encima de la vista de Kenton (no es que él pase mucho por aquí de todas formas, a diferencia de Gelb con su fijación por los dados). La guardaré hasta que muera, y recién entonces la tiraré por el tubo del incinerador. Ése será el fin de Detweiller.

Tengo que lograr escribir cincuenta páginas de la novela durante el fin de semana.

Gelb ahora me debe 75.40 dólares.

# 30

Del *The New York Post*, página 1, 4 de marzo de 1981:

**¡¡GENERAL LOCO ESCAPA DEL ASILO OAK COVE, Y MATA A TRES PERSONAS!!**

(Especial para el *Post*)

El Comandante General (ret.) Anthony R. Hecksler, conocido por los comandos y guerrilleros que lo siguieron a través de Francia durante la Segunda Guerra Mundial como «Tripas de Hierro» Hecksler, escapó anoche del Asilo Oak Cove, apuñalando a muerte a dos ordenanzas y a una enfermera en su lucha para liberarse.

El General Hecksler fue confinado en Oak Cove, del pequeño condado de Cutlersville veintisiete meses atrás, cumpliendo una condena por causas de locura, con los cargos de ataque con arma mortal y asalto con intento de asesinato. La víctima fue un chofer de autobús de Albany llamado Herman T. Schneur, de quien afirmó Hecksler en una declaración firmada ser «uno de los doce apóstoles norteamericanos del anticristo.»

Los muertos de Oak Cove fueron identificados como Norman Ableson, de veintiséis años; John Piet, de cuarenta; y Alicia Penbroke, de treinta y cuatro.

El Teniente de la Policía Estatal, Arthur P. Ford, fue inesperadamente pesimista cuando le preguntaron si esperaba recapturar pronto al General Hecksler. «Esperamos un rápido arresto, naturalmente», dijo, «pero éste es un hombre que entrenaba unidades de guerilla en la Segunda Guerra Mundial y en Corea, y que fue consultado en más de una ocasión por el General Westmoreland

en Viet Nam. Ahora tiene setenta y dos años, pero todavía es fuerte e increíblemente ágil, como lo demostró su huida de Oak Cove.»

Ford se refirió al probable método de fuga de Hecksler: un salto desde una ventana del segundo piso del Ala Administrativa de Oak Cove, hasta el jardín de abajo (ver fotografías en páginas 2, 3, y en la sección central).

Ford continuó advirtiendo a todos los residentes del área inmediata de permanecer alertas a la aparición del desequilibrado General, a quien describió como «extremadamente listo, extremadamente peligroso, y extremadamente paranoico.»

En una breve conferencia de prensa, Ellen K. Moors, la doctora a cargo del caso Hecksler, estuvo de acuerdo. «Él tiene muchos enemigos», dijo, «o así lo imagina. Sus delirios paranoicos son sumamente complejos, pero él nunca olvidó sus ajustes de cuentas. Él era, a su manera, un interno modelo… pero nunca olvidó sus ajustes de cuentas.»

Una fuente reservada en la investigación dice que Hecksler pudo haber apuñalado hasta la muerte a Ableson, a Piet, y a Pembroke con un par de tijeras de peluquero. La fuente le dijo al Post que no hubo gritos; los tres fueron apuñalados en la garganta, al estilo comando.

(Sigue en pág. 12)

# 31

*De los diarios privados de Riddley Walker*

5/3/81

¡Cómo cambian las cosas en un día!

Ayer Herb Porter era el mismo gordo de siempre, desaliñado, fumándose un puro junto al dispensador de agua, explicándole a Kenton y a Gelb cómo correría el gran tren del mundo si él, Herbert Porter, fuera el maquinista. El hombre es un *Reader's Digest* ambulante, un compendio de acertadas respuestas que son despachadas entre el efluvio de humo de su cigarrillo y un exquisito mal aliento: ¡Cerremos las fronteras y mantengamos fuera a los espías! ¡Exijamos el fin del aborto! ¡Construyamos más prisiones! ¡Hagamos que la posesión de marihuana sea un crimen de una vez por todas! ¡Vendamos las acciones de empresas bioquímicas! ¡Compremos emisiones de TV por cable!

Él es, a su manera —o lo fue, al menos hasta hoy— un hombre maravilloso: redondo y perfecto en sus convicciones, chapado con prejuicios, hipócrita en sus acciones, y poseído del suficiente sentido común como para mantener su empleo en un lugar como éste, Porter es una evocación de la Clase Media Americana. Incluso me gustan sus ocasionales expediciones subrepticias a la oficina de Sandra Jackson para olfatear el asiento de su sillón; una entrañable y pequeña tronera en el castillo ambulante de complacencia que es el Seor'Po'té.

¡Ah, pero hoy! ¡Qué diferente el Herbert Porter que se arrastró hasta mi cubículo de conserjería! La cara rubicunda, satisfecha de sí misma, se había

vuelto pálida y temblorosa. Los ojos azules se movían tanto de un lado para el otro que Porter parecía un hombre mirando un partido de tenis, incluso cuando intentaba mirarme directamente. Sus labios estaban tan brillantes de saliva que parecían como barnizados. Y aunque seguía siendo gordo, desde ya, también parecía como si de alguna manera hubiera perdido su tensión superficial… como si la esencia de Herb Porter se hubiera encogido más allá de los bordes de su piel y dejara que esa piel se hundiera en los lugares donde antes se veía lisa y tirante.

—Él se escapó —susurró Porter.

—¿De quién e'tá'blando, Señó Po'té? —le pregunté. Estaba sinceramente intrigado; no podía imaginar qué poderosa catapulta o motor podía haber abierto semejante brecha en el Castillo Herbert. Aunque supongo que debería haberlo adivinado.

Me mostró el diario; el *Post*, por supuesto. Él es el único que lo lee por aquí. Kenton y Wade leen el *Times*, Gelb y Jackson *traen* el *Times* pero en secreto leen el *Daily News* (la mano que mece la cuna puede gobernar el mundo, pero e'ta mano que vacía los cestos de los blancuchos conoce e'tos secretos del mundo), pero el *Post* se constituyó en el compañero inseparable de Herb Porter. Él juega Wingo religiosamente y dice que si alguna vez llega a ganar el monto se va a comprar un Winnebago, va a pintar la palabra WINGOBAGO en un costado, y va a salir a recorrer el país.

Yo lo tomé, lo abrí, y leí el titular.

—El General ha escapado —susurró. Por un momento, sus ojos dejaron de rebotar de un lado para el otro y me miró fijamente con un espantado y absoluto terror—. Es como si ese condenado Detweiller nos hubiera maldecido. ¡El General ha escapado *y yo rechacé su libro*!

—Tranqui', tranqui, Seor'Po'te —le dije—. No hay ninguna necesidad de tomárselo así. E'te hombre proba'lemente tenga sinco o sei docenas de cuentas que saldar ante'de venir a por usté.

—Pero yo podría ser el número uno —susurró—. Después de todo, yo rechacé su maldito *libro*.

Era cierto, y es irónico ver cómo se las arreglaron, en este tardío invierno, dos hombres tan radicalmente distintos como Kenton y Porter para estar en una situación similar: cada uno el blanco de un autor rechazado (el rechazo de Detweiller un poco más dramático que el del General, de acuerdo, pero ése fue

indudablemente el error del propio Detweiller) que terminó siendo un demente. La diferencia —sé cual es, aun cuando nadie más lo sabe (y creo que Roger Wade también)— es que, mientras que Kenton pensó que realmente existía el germen de un libro en la obsesión de Detweiller, Porter tenía otra idea con respecto al General. Pero Porter es uno de esos hombres que han leído omnívoramente —e indirectamente— sobre la Segunda Guerra Mundial, aquella Carga de Lanceros del hombre occidental (del hombre *blanco* occidental) en el siglo 20, y supo quién era Hecksler. En una guerra llena de celebridades militares, Hecksler era, lo concedo, del tipo Esquinas Hollywoodenses (si entiendes lo que quiero decir), pero para Porter él era alguien. De manera que le pidió ver el manuscrito completo de *Veinte Flores Psíquicas de Jardín* a pesar del pésimo bosquejo, alentando de ese modo a un hombre que era, por la calidad y el contenido de sus propios escritos, un evidente psicópata. Sentí que el resultado y su terror actual, aunque imprevistos, eran en parte por su propia culpa.

Coincidí en que podría ser cierto que él fuera el primero en la lista de golpes del General (si de hecho a estas alturas el pobre loco no está haciendo alguna otra cosa que no sea acurrucarse en cunetas de desagüe o revolviendo latas de basura en un callejón en busca de desperdicios), pero insistí que lo creía improbable. Agregué que bien podría ser capturado antes de que lograra llegar a cincuenta millas de New York, incluso si había decidido venir en busca de Porter, y terminé diciéndole que varios psicópatas se quitaron la vida al verse repentinamente libres en un entorno que no pueden controlar… aunque no lo dije exactamente con esas palabras.

Porter me miró desconfiadamente por un instante y luego me dijo —Riddley, no te ofendas por esto…

—¡No seor!

—¿De *verdad* fuiste a la universidad?

—¡*Si seor*!

—¿Y tomaste cursos de psicología?

—Si seor, los tomé.

—¿Psicología *anormal*?

—¡Siuro, seor, y e’toy muy familiarizado con’el síndrome del suicidia ’sociado con la personalidad paranoico—psicótica! ¡Porque mientras nosotros

’tamos acá’ablando, ese Gen’ral Hecksler podría estar cortándose las venas o haciendo gárgaras con una lamparita, Seor’ Po’té!

Me miró por un largo rato y luego dijo: Si fuiste a la universidad, Riddley, ¿por qué hablas de esa forma?

—¿Qué forma es’a, Seor’Po’té?

Me contempló durante un rato más largo y luego dijo —No importa—. Se inclinó hacia mí, lo suficientemente cerca como para que pudiera oler sus puros baratos, el fijador de pelo, y el hedor del sudor de miedo—. ¿Puedes conseguirme una pistola?

Por un segundo me quedé literalmente sin respuesta, que es como decir (lo diría Floyd, de todas formas) que China se quedó sin mano de obra. Pensé que había cambiado repentinamente de tema, y que lo que yo había oído como *¿Puedes conseguirme una pistola?* en realidad había sido *Puedes conseguirme una trola*, como una pelandusca, por ejemplo. Definición de una pelandusca: muh’er de piel o’cura que lo hace cobrando, antiguamente cupones de racionamiento y ahora una dosis que calentar en la cuchara. Mi reacción no podía ser otra que tirarme al piso, riendo como loco, o estrangularlo hasta que la cara se le pusiera tan roja como la corbata. Entonces, un poco tarde, empecé a entender que realmente *había* dicho una pistola, un arma… mientras tanto, había sobrecargado mi panel de distribución mental, lo suficiente como para responderle con una negativa. La decepción se dejó traslucir en su rostro.

—¿Estás seguro? —me preguntó—. Creía que allí en Harlem…

—¡Ah, vivo en Dobbs Ferry, Seor’Po’té!

Señaló hacia cualquier lado, como si ambos supiéramos que mi dirección de Dobbs Ferry fuera tan sólo una conveniente mentira; una que incluso podía mantener después del trabajo, aunque, desde ya, yo regresara arrastrándome a las aterciopeladas calles de más allá de la 110 tan pronto como el sol bajara.

—Podría conseguirle a usted un arma, Señó Po’te, siuro —le dije —pero no sería mejor que la que pudiera conseguirse po’uted mismo; una .32… puede que una .38… —le guiñé un ojo—. ¡Y nunca se sabe si el arma que uno se compra clandestinamente, le puede llegar a exsplotar en la cara la primera vez que tire del gatiyio!

—Sin embargo no busco algo de ese estilo —dijo Porter malhumoradamente —. Quiero algo con una mira láser. Y balas explosivas. ¿Alguna vez viste *El Día*

*del Chacal*, Riddley?

—¡Si seor, y estuvo buena!

—Cuando él le disparó a la sandía… *plowch*! —. Porter separó los brazos a los lados para indicar cómo había explotado la sandía cuando el asesino probó en ella una bala explosiva en *El Día del Chacal*, y una de sus manos golpeó la hiedra que la misteriosa Roberta Solrac le enviara a Kenton. Yo me había olvidado de ella, a pesar de que hacía menos de dos semanas que la había puesto allí. Traté nuevamente de asegurarle a Porter de que él probablemente estaba muy lejos de ser el primero en la quizás infinita lista de paranoias favoritas de Hecksler, y que el hombre tenía, después de todo, setenta y dos años.

—Ni te imaginas las cosas que él hizo en la Segunda Guerra— dijo Porter, con sus ojos espantados comenzando a moverse de un lado para el otro de nuevo —. Si esos tipos que contrataron al Chacal hubieran contratado en cambio a Hecksler, DeGaulle nunca se habría muerto en cama—. Entonces se fue a vagabundear por ahí, y yo me alegré de que se marchara. El olor de los cigarrillos estaba empezando a hacerme sentirse ligeramente enfermo. Bajé a Zenith la Hiedra Común y la miré (es ridículo tratar a una hiedra como a una persona y, sin embargo, lo hice de forma automática; yo, que normalmente escribo con el cuidado regañón de una *petit bourgeoise* ama de casa francesa que elige una fruta en el mercado). Comencé esta entrada diciendo cómo cambian las cosas en un día. En el caso de Zenith la Hiedra Común, cómo cambiaron las cosas en *cinco* días. El tallo combado se enderezó y ensanchó, las cuatro hojas amarillentas se volvieron casi totalmente verdes, y dos nuevas empezaron a brotar. Todo esto con ninguna ayuda de mi parte. La regué, arranqué el pequeño y ridículo cartel y lo tiré, y noté dos detalles más en mi buena y vieja compañera Zenith: primero, que incluso había desarrollado su primer zarcillo —apenas llega al borde de la barata maceta de plástico, pero está ahí— y segundo, que el olor pantanoso y desagradable parece haber desaparecido. De hecho, tanto la planta como la tierra en la que está enterrada huelen bastante bien.

Quizás sea una hiedra psíquica. ¡Si el General Hecksler se llega a presentar aquí, en el viejo y querido 490 Park, tendré que preguntárselo, je—je! Esta semana logré escribir veinte páginas de la novela; no es mucho, pero pienso (¡así lo espero!) que me estoy acercando a la mitad. Gelb, que ayer tuvo una modesto golpe de suerte, intentó repetirlo hoy; esto fue aproximadamente una hora antes

de que apareciera Porter en busca de armamentos. Gelb ahora me debe 81.50 dólares.

# 32

25 de febrero

Querida Ruth:

Últimamente has sido más difícil de ubicar en el teléfono que el Presidente de los Estados Unidos; ¡juro ante Dios que estoy empezando a odiar tu contestador automático! Debo confesarte que esta noche —la tercera noche de «Hola, habla Ruth y ahora no puedo llegar hasta el teléfono, pero…»— que me puse algo nervioso y llamé al otro número que me diste, el del administrador. Creo que si él no me hubiera dicho que te había visto salir a eso de las cinco con una gran pila de libros bajo el brazo, le habría pedido que comprobara que te encontrabas bien. Lo sé, lo sé, es sólo la diferencia de horario, pero últimamente por aquí las cosas se han puesto tan paranoicas que no me lo creerías. ¿Paranoicas? Quizá *extrañas* sea la palabra más conveniente. Probablemente hablemos antes de que tú recibas esta carta, volviendo obsoleto el noventa por ciento de su contenido (a menos que la envíe por Federal Express, que hace que la larga distancia parezca una medida de austeridad), pero me parece que voy a explotar si no te lo cuento de una manera u otra. Me enteré por Herb Porter, que está cerca de la apoplejía (un estado con el que simpatizo más de lo que hubiera pensado en otro tiempo, luego del *l'affair* Detweiller), de la fuga del General Hecksler y de los asesinatos que cometió, tan cubiertos por las noticias nacionales en estas dos últimas noches, aunque supongo que no te enteraste —o no las relacionaste— porque en ese caso hubiera tenido noticias tuyas por medio de Ma Tinkerbell[7] (soy tan pesado como siempre, como puedes ver; ¡desearía ser tan breve como Riddley, el fiel custodio de Zenith!). Si *no* las escuchaste, el

recorte del *Post* que adjunto con esta carta (no me molesté en incluir el plano del asilo con la obligatoria línea punteada que señala la ruta del General chocho y las obligatorias equis que marcan las ubicaciones de sus víctimas) te pondrá al corriente tan rápida y pavorosamente como sea posible.

Debes recordar que te mencioné a Hecksler en una carta hace sólo seis semanas, más o menos. Herb rechazó su libro, *Veinte Flores Psíquicas de Jardín*, y provocó un paranoico aluvión de cartas amenazantes. Dejando las bromas de lado, su sangrienta fuga ha creado aquí en Z. H. una auténtica atmósfera de inquietud. Esta noche, luego del trabajo, tomé un trago con Roger Wade en el Four Fathers (Roger afirma que el dueño es un *mafioso*, un hombre genial llamado Ginelli, de voz suave y curiosos ojos alegres) y le conté sobre la visita que Herb me hizo esa tarde. Le dije a Herb que era ridículo que estuviera tan asustado como obviamente estaba (resulta divertido; después de todo, debajo de su dura Fachada de Joe Pyne, el Neanderthal que lleva dentro termina siendo Walter Mitty) y Herb estuvo de acuerdo. Luego, tras una charla breve y evidentemente artificial, me preguntó si yo sabía donde podía conseguir un arma. Desconcertadamente —a veces, querida, tu fiel corresponsal es increíblemente lento para hacer las relaciones más obvias— le mencioné la tienda de artículos deportivos que hay a cinco calles de aquí, en Park y la 32.

—No —me dijo con impaciencia—. No busco una escopeta de caza ni nada de eso— aquí bajó la voz—. Quiero algo que pueda llevar encima.

Roger asintió y dijo que Herb había estado en su oficina a eso de las dos por el mismo asunto.

—¿Y qué le dijiste? —le pregunté.

—Le recordé que en este estado las multas por llevar armas ocultas sin permiso son condenadamente duras —respondió Roger—. En ese punto Herb se irguió en toda su estatura (que debe estar, Ruth, cerca del metro setenta) y dijo: «Un hombre no necesita un permiso para protegerse, Roger.»

—¿Y entonces?

—Entonces él se fue. Y lo intentó contigo. Probablemente también probó con Bill Gelb.

—No te olvides de Riddley —dije yo.

—Ah, si, y Riddley.

—Quien podría ser capaz de ayudarlo.

Roger pidió otro bourbon, y mientras yo pensaba que comenzaba a verse algo más viejo que sus verdaderos cuarenta y cinco años, sonrió con esa juvenil sonrisa de muchacho ganador que te cautivó cuando lo viste por primera vez, en aquel cóctel en julio del 80, en casa de Gahan y Nancy Wilson, en Connecticut, ¿lo recuerdas? —¿Has visto el nuevo juguete de Sandra Jackson? —me preguntó —. *Ella* es la única que podría mandar a Herb a comprar municiones al mercado negro —. Roger soltó una fuerte carcajada, un sonido del que muy raramente he tenido noticias en los últimos ocho meses o así. Oirlo, Ruth, me hizo comprender de nuevo cuánto lo aprecio y lo respeto —realmente podría ser un gran editor en cualquier otra parte— quizás incluso en la liga de Maxwell Perkins. Es una lástima que haya terminado piloteando un barco tan resquebrajado como Zenith House.

—Ha conseguido algo llamado el Amigo de las Noches Lluviosas —me dijo sin dejar de reír—. Es plateado, y casi del tamaño de una bala de mortero. La jodida cosa casi no le entra en la cartera. Tiene una linterna en el otro extremo. Por el lado mas angosto emite una nube de gas lacrimógeno cuando aprietas un botón; Sandra dice que por solo diez dólares extra consiguió reemplazar el tubo de gas lacrimógeno por uno de Hi—Pro—Gas, que es una versión reforzada de Mace. En la mitad del dispositivo, muchacho, hay un anillo que al accionarlo pone en marcha una sirena de muchos decibeles. No le pedí una demostración. Habrían evacuado el edificio.

—Por la manera en que lo describes, parece como si pudiera llegar a usarlo como consolador cuando no hay ladrones por los alrededores —le dije. Estalló en un vendaval de risas semi histéricas. Me uní a él —habría sido imposible dejar de hacerlo— aunque también me sentí algo preocupado. Creo que está muy cansado y demasiado cerca del límite de su resistencia; El apoyo meramente formal de la corporación dueña a la empresa ha empezado a afectarle realmente.

Le pregunté si algo como el Amigo de las Noches Lluviosas pudiera ser ilegal.

—No soy abogado para poder asegurártelo —me respondió Roger—. Mi impresión es que una mujer que usa una lapicera con gas lacrimógeno sobre un ladrón o violador en potencia está jugando al borde de la ley. Pero el juguete de Sandra, cargado con un híbrido de Mace… no, no creo que algo así pueda ser judío.

—Pero ella lo consiguió, y lo lleva encima —dije yo.

—No sólo eso, sino que parece más tranquila con ello — asintió Roger—. Es gracioso; ella era la que estaba tan asustada cuando el General enviaba sus cartas venenosas, mientras que Herb apenas parecía

consciente de lo que podía pasar… al menos hasta que el chofer del autobús fue apuñalado. Creo que lo que aterrorizó a Sandra aquella vez fue que nunca llegó a verlo.

—Sí —le dije—. Incluso me lo comentó alguna vez.

Él pagó la cuenta, ignorándome cuando le propuse pagar mi mitad.

—Es la venganza de los amantes de las flores —dijo—. Primero Detweiller, el jardinero loco de Central Falls, y luego Hecksler, el jardinero loco de Oak Cove.

Eso me proporcionó lo que los escritores británicos de misterio denominan un comienzo grosero; ¡hablando de no hacer conexiones obvias! Roger, que está lejos de ser un tonto, vio mi expresión y sonrió.

—No habías pensado en eso, ¿verdad? —me preguntó—. No es más que una coincidencia, por supuesto, pero supongo que es suficiente como para poner en funcionamiento una pequeña campana paranoica en la cabeza de Herb Porter; no puedo imaginar que sucediera de otro modo. Podríamos tener aquí la base de una buena novela de Robert Ludlum. *El Hortícola* o algo así. Vamos, salgamos de aquí.

—*La convergencia* —le dije cuando pisamos la calle.

—¿Huh? —Roger parecía alguien regresando desde un millón de millas de distancia.

—*La Convergencia Hortícola* —dije yo—. El perfecto título Ludlum. Incluso la perfecta intriga Ludlum. Resulta que este Detweiller y Hecksler realmente son hermanos —no, considerando las edades, supongo que padre e hijo sería mejor— en la nómina de la NKVD. Y…

—Tengo que tomar mi autobús, John —me dijo, un poco bruscamente. Bien, tengo mis problemas, querida Ruth (¿quién lo sabe mejor que tú?), pero entender cuándo estoy aburriendo nunca fue uno de ellos (excepto cuando estoy borracho). Lo vi irse calle abajo hacia la parada del autobús y me marché a casa.

Lo último que me dijo fue que probablemente lo próximo que sabríamos del General Hecksler sería un informe de su captura… o de su suicidio. Y Herb

Porter sentiría tanto desilusionado como alivio.

—No es del General Hecksler de quien Herb y el resto de nosotros tenemos que preocuparnos —dijo; su pequeño estallido de buen humor lo había abandonado y parecía menudo y deprimido, allí de pie en la parada de autobús y con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta—. Son

Harlow Enders y el resto de los contadores quienes vienen por nosotros. Ellos nos apuñalarán con sus lápices rojos. Cuando pienso en Enders, casi desearía tener el Amigo de las Noches Lluviosas de Sandra Jackson.

No he adelantado nada en mi novela esta semana —repasando esta carta puedo ver la razón— toda la narrativa que esta noche tendría que haber ido a parar a *Maymonth*, terminó sin embargo aquí. Aunque si me extendí demasiado y con muchos detalles novelísticos, no se debe a mi prolijidad, querida; a lo largo de los últimos seis meses me he vuelto un auténtico Tipo Solitario. Escribirte no es tan bueno como hablar contigo, y hablarte no es tan bueno como verte, y verte no es tan bueno como tocarte y estar contigo (¡calor—calor! ¡arf—arf!), pero una persona tiene que hacer lo que debe. Yo sé que estás ocupada y estudiando muy duro, pero tanto tiempo sin hablar contigo me está volviendo loco (y además, por Detweiller y Hecksler, más loco de lo que debería estar). Te amo, querida.

***Te extraña y te necesita,***

***John***

# 33

9 de marzo de 1981

Sr. Herbert Porter
Judío Señalado
Zenith House
Park Avenue 490
Nueva York, Nueva York 10017

Estimado Judío Señalado:

¿Creías que me había olvidado de ti? Apuesto que sí. Bien, pues no es así. Un hombre no se olvida del ladrón que rechazó su libro luego de copiarle todas las partes buenas. Ni de cómo intentaste desacreditarme. Me pregunto cómo lucirás con tu *pene* metido en la *oreja*. Ja—ja. (Aunque no es broma.)

Estoy yendo por ti, «muchachote.»

General Mayor Anthony R. Hecksler (Ret.)

P. D. Las rosas son rojas.
Las violetas son azules.
Y estoy llegando para castrar.
A un Judío Señalado.

G. M. A. R. H. (Ret.)

# 34

**TELEGRAMA DEL SR. JOHN KENTON A RUTH TANAKA**

**SEÑORITA RUTH TANAKA**
**10411 CRESCENT BOULEVARD**
**LOS ANGELES, CA 90024**

**10 DE MARZO DE 1981**

**QUERIDA RUTH**

**ÉSTE PROBABLEMENTE SEA UNA FRASE ESTÚPIDA PERO LA PARANOIA ENGENDRA PARANOIA Y TODAVÍA NO PUDE ENCONTRARTE. ESTA MAÑANA FINALMENTE LOGRÉ PASAR DEL CONTESTADOR AUTOMÁTICO A TU COMPAÑERA DE CUARTO QUE DIJO QUE NO TE HABÍA VISTO EN LOS ÚLTIMOS DOS DÍAS. SONABA DIVERTIDA. CONFÍO EN QUE SÓLO COLOCADA. LLÁMAME PRONTO O ESTARÉ GOLPEANDO TU PUERTA ESTE FIN DE SEMANA. TE AMO.**

**JOHN**

# 35

*10 de marzo de 1981*

*Querido John:*

*Imagino —mejor dicho, sé— que debes estar preguntándote por qué no has tenido noticias mías durante las últimas tres semanas. La razón es bastante simple; me he estado sintiendo culpable. Y la razón de que ahora te esté escribiendo en lugar de llamarte es que soy una cobarde. También pienso, aunque no puedas creerme cuando leas el resto, que es la carta más dura que alguna vez haya tenido que escribir, porque te amo muchísimo y te quiero, tanto como para no desear herirte. De todas formas supongo que esto te lastimará y saber que no puedo evitarlo me hace llorar.*

*John, he conocido a un hombre llamado Toby Anderson y me he enamorado locamente de él. Por si te interesa —y probablemente no—, lo conocí en uno de los dos cursos dramáticos de Restauración Inglesa que estoy siguiendo. Lo rechacé lo mejor que pude por un largo tiempo —quiero y necesito que me creas eso— pero a mediados de febrero ya no pude seguir rechazándolo. Mis fuerzas se acabaron.*

*Las últimas tres semanas han sido una pesadilla para mí. No espero realmente que simpatices con mi actitud, aunque confío en que entiendas que te estoy contando la verdad. A pesar de que tú estés en la costa este y yo a casi 5000 kilómetros al oeste, me sentía como si estuviera saliendo furtivamente a tus espaldas. Y lo hacía. ¡Lo hacía! Oh, no lo quiero decir en el sentido de que tú pudieras llegar temprano una*

*noche a casa desde el trabajo y me encontraras con Toby, pero me sentía terrible de todas maneras. No podía dormir, no podía comer, no podía hacer mis posiciones de yoga ni seguir el Entrenamiento de Jane Fonda. Mis cursos se estaban viniendo abajo, pero al infierno con las clases: era mi corazón el que se estaba derrumbando.*

*He estado esquivando tus llamadas porque no podía soportar oír tu voz —me parecía como si toda la casa se me viniera encima— por la manera en que seguía mintiendo y engañándote.*

*Lo entendí todo hace dos noches cuando Toby me mostró el hermoso anillo de compromiso de diamantes que me había comprado. Quería que me lo probara y confiaba que lo aceptara, aunque me dijo que no podía dármelo hasta que yo no te escribiera o hablara contigo. Es un hombre muy honrado, John, y lo irónico es que estoy segura de que bajo circunstancias diferentes hubieras simpatizado muchísimo con él.*

*Me derrumbé y lloré en sus brazos y muy pronto sus lágrimas se fundieron con las mías. El resultado fue que le dije que el fin de semana estaría lista para ponerme ese brillante anillo en el dedo. Creo que vamos a casarnos en junio.*

*Ya ves que al final opté por el camino del cobarde, escribiéndote en lugar de telefonearte, e incluso así me tomó los últimos dos días lograr escribirte esto; he abandonado todas las clases y prácticamente echado raíces en la biblioteca, donde tengo que estudiar para un examen de Gramática Transformacional. ¡Pero al infierno con Noam Chomsky y la estructura profunda! Y aunque no puedas creérmelo, cada palabra de la carta que estás leyendo ha sido como una espina atravesándome el corazón.*

*Si quieres hablar conmigo, John —entiendo si no lo deseas, pero si quieres hacerlo— podrías llamarme dentro de una semana… después de que hayas tenido la oportunidad de pensar en todo esto y de considerarlo con cierta perspectiva. Estoy muy acostumbrada a tu dulzura, a tu encanto y bondad, y tengo miedo de que te encuentres enfadado y acusador; aunque sabiendo cómo eres, supongo que sólo me dirías algo como «tendrás lo que te mereces». Pero necesitas ese tiempo para serenarte y tranquilizarte, y yo también lo necesito. Deberías*

*estar recibiendo esta carta para el día 11. Estaré en mi apartamento de siete a nueve treinta en las noches del 18 al 22, ambos sufriendo y esperando tu llamada. No quisiera hablarte antes de entonces, y espero que lo comprendas… y creo que lograrás hacerlo, ya que siempre fuiste el mas comprensivo de los hombres, a pesar de tu continua falta de confianza en ti mismo.*

*Una cosa mas; tanto Toby como yo coincidimos en lo siguiente: no te lo tomes a la tremenda, subiéndote de golpe a un avión para «lanzarte al camino hacia el dorado oeste»; no me gustaría verte si lo hicieras. No estoy preparada para encontrarte cara a cara, John; mis sentimientos todavía están demasiado turbulentos y la imagen que tengo de mí misma en un estado de transición. Volveremos a encontrarnos, claro. Y ¿me atrevería a decir que incluso espero que vengas a nuestra boda? ¡Debo atreverme, ya que veo que lo he escrito!*

*Oh, John, en verdad te amo, y espero que esta carta no te haya causado demasiado dolor —incluso tengo la esperanza que Dios haya sido bueno y de que hayas encontrado tu propio «alguien» en el último par de semanas—. Mientras tanto, por favor, recuerda que siempre (¡siempre!) serás alguien para mí.*

*Con amor,*

*Ruth*

*P. D. Y aunque sea un tópico, no deja de ser cierto:*
*espero que siempre podamos ser amigos.*

# 36

*memorándum interno de oficina*

PARA: Roger Wade
DE: John Kenton
REF: Renuncia

Es una tontería que sea tan formal, Roger, ya que ésta es en realidad una carta de renuncia, ya sea con forma de memo o no. Me marcharé al final del día; de hecho, espero empezar a limpiar mi escritorio en cuanto haya terminado de escribirla. Preferiría no entrar en razones; son demasiado personales. Comprendo, por supuesto, que abandonarlos sin previo aviso es una muy mala manera de hacerlo. Si te ves obligado a elevar el asunto a la Apex Corporation, me sentiría feliz por pagar una indemnización razonable. Lamento esto, Roger. Me caes bien y te tengo un gran respeto, pero es que tiene que ser así.

# 37

16 de marzo de 1981

No he llevado un diario desde que tenía once años, cuando mi tía Susan —muerta desde hace ya varios años— me regaló un pequeño diario de bolsillo para mi cumpleaños. Era sólo una cosita barata; como la propia tía Susan, ahora que lo pienso. Llevé ese diario, de vez en cuando (no muy seguido en realidad) durante casi tres semanas. No podría igualar esa marca, pero en realidad no interesa. Fue idea de Roger, y las ideas de Roger a veces son buenas.

He tirado la novela; oh, no pienses que hice algo tan melodramático como lanzarla al fuego para conmemorar la combustión espontánea de Mi Primer Amor Serio; en realidad, estoy escribiendo esta primera (y quizá última) anotación en mi diario en el dorso de las páginas del manuscrito. Pero, de todas maneras, abandonar una novela no tiene nada que ver con las hojas propiamente dichas; lo que está en las páginas no es otra cosa que un montón de piel muerta; en realidad, la novela se desmorona dentro de tu propia cabeza. Puede que lo único bueno de la cataclísmica carta de Ruth sea que puso fin a mis grandiosas aspiraciones literarias. *Maymonth*, por John Edward Kenton, comió de la legendaria planta del olvido.

¿Se necesita comenzar un diario informando de lo que ha sucedido anteriormente? Ésta no era el tipo de pregunta que se me cruzara por la mente cuando tenía once años; o al menos que lo recuerde. Y es que a pesar de la gran cantidad de cursos de mierda de Literatura Inglesa que estudié en mis tiempos, no recuerdo haber asistido nunca a ninguno que tratara sobre el Protocolo de los Diarios Personales. Notas a pie de página, sinopsis, bocetos, la colocación

apropiada de modificadores, el correcto formato de las cartas comerciales… éstas son todas las cosas en las que me instruí. Pero sobre cómo dar comienzo a un diario estoy tan en blanco, digamos, como en de qué manera continuar tu vida luego de que la luz se apague

Y aquí está mi decisión, luego de treinta segundos repletos de importantes consideraciones: unos breves antecedentes no harán ningún daño. Mi nombre, como lo mencioné arriba, es John Edward Kenton; tengo veintiséis años de edad; asistí a la Universidad Brown, donde me especialicé en Inglés, oficié como Presidente de la Sociedad Milton, y estaba plenamente satisfecho de mí mismo; creía que, a la larga, todo en la vida me saldría bien; desde entonces he aprendido. Mi padre está muerto, mi madre vive y está bien y viviendo en Sanford, Maine. Tengo tres hermanas. Dos están casadas; la tercera vive en casa y en junio terminará su último año en la Sanford High.

Vivo en un departamento de dos habitaciones en el Soho que parecía bastante agradable hasta estos últimos días; ahora me parece lúgubre. Trabajo para una andrajosa compañía de libros que publica originales en edición de bolsillo, la mayoría de ellos sobre bichos gigantes y veteranos de Viet Nam que salen a reformar el mundo con armas automáticas. Hace tres días descubrí que mi chica me dejó por otro hombre. Como esto parecía exigir algún tipo de respuesta, intenté renunciar a mi trabajo. No tiene sentido describir mi estado mental, tanto entonces como ahora. En primer lugar, no estaba demasiado calmado, debido a un brote de algo que sólo se me ocurre llamar Fiebre de Locos en el trabajo. Tengo que abundar en esos asuntos más adelante, pero, por el momento, la importancia de Detweiller y Hecksler parece haber pasado a un segundo plano.

Si alguna vez fuiste abandonado de repente por alguien a quien amabas profundamente, entenderás la clase de dispersión que he experimentado. Si nunca te pasó, no podrás entenderlo. Es así de simple. Quisiera poder decir *me siento igual que cuando murió mi padre*, pero no puedo. A una parte de mí (la parte que, escritor o no, quiere construir metáforas constantemente) le gustaría considerarme un desamparado, y pienso que Roger tenía razón cuando hizo esa comparación en la cena, líquida en su mayor parte, que mantuvimos la noche de mi renuncia, pero es que hay otros elementos, también. Se trata de una separación; como cuando alguien te dice que ya no podrás seguir probando tu comida favorita, o como si consumieras una droga a la que ya te habías vuelto

adicto. Y hay algo peor. Llámalo como quieras, pero he descubierto que mi propio ego —la autoestima y la confianza en mí mismo— se han confundido de alguna manera, y eso duele. Duele mucho. Y parece dolerte todo el tiempo. Siempre pude escapar del dolor mental y la angustia al dormir, pero eso no funciona esta vez. También entonces sigue doliendo.

La carta de Ruth (pregunta: ¿cuántas cartas encabezadas con Querido John han sido enviadas a todos los John de este mundo? ¿Deberíamos formar un club, como la Sociedad Jim Smith?) llegó el día once: cuando llegué a casa estaba esperándome en el buzón como una bomba de tiempo. Garrapateé mi renuncia en un memo a la mañana siguiente y la envié a la oficina de Roger Wade por medio de Riddley, nuestro *insoportable* encargado del correo y empleado en Zenith house. Roger se presentó en mi oficina como si tuviera cohetes en los talones. A pesar del dolor que experimentaba y del aturdimiento en que me parecía estar viviendo, me sentí absurdamente conmovido. Después de una breve e intensa conversación (para mi vergüenza, me quebré y lloré, y aunque me abstuve de decirle cual era/es el problema, creo que lo adivinó) estuve de acuerdo en aplazar mi renuncia, al menos hasta esa tarde, porque Roger sugirió que saliéramos juntos para conversar sobre la situación. «Un par de tragos y un bistec poco cocido pueden ayudar a poner la situación en perspectiva», fue la manera en que lo expuso, aunque creo que en realidad terminaron siendo como una docena de tragos… cada uno. Perdí la cuenta. Y fue de nuevo en el Four Fathers, naturalmente. Por lo menos es un lugar que no asocio con Ruth.

Tras aceptar la invitación a cenar de Roger volví a casa, dormí durante el resto del día, y me desperté con jaqueca, sintiéndome pesado y aturdido, con esa ligera sensación de resaca con la que me despierto cuando duermo más de lo necesario. Eran las 5:30, estaba casi oscuro y, bajo la luz crepuscular de un invierno tardío no me pude explicar por qué en el nombre de Dios había permitido que Roger me comprometiera a postergar mi renuncia, incluso por doce horas. Me sentía como una mazorca de maíz en la que alguien hubiera ejecutado un fabuloso truco de magia: quitar el maíz y el troncho y dejar intactas la capa de hojas verdes y los amarillos y blancos granos de polen.

Soy consciente —Dios sabe que he leído lo suficiente como para estarlo— de cuan Byroniano—Keatsiano—Lamento—de—Joven—Werther suena eso, pero uno de lo placeres de llevar un diario que descubrí a los once y que tal vez

esté redescubriendo ahora es que escribes sin tener un público —ni real ni imaginario— en la mente. Puedes decir cualquier puta cosa que se te ocurra.

Me tomé una ducha muy larga, casi todo el tiempo de pie y aturdido bajo la lluvia con una barra de jabón en la mano y luego, tras secarme y vestirme, me senté delante de la tele hasta alrededor de las siete menos cuarto, cuando ya era la hora de salir para encontrarme con Roger. Justo antes de largarme tomé la carta de Ruth de mi escritorio y me la metí en el bolsillo, creyendo que Roger tenía derecho a saber lo que me había hecho descarrilar. ¿Estaba buscando compasión? ¿Un oído atento, como dijo el poeta? No lo sé. Creo que lo que más deseaba que él estuviese seguro, realmente seguro, de que yo no era una rata que abandona el barco antes del hundimiento. Porque Roger me cae bien de verdad, y lamento que esté metido en un aprieto.

Podría describirlo —supongo que si fuera un personaje de una de mis ficciones lo haría con cariño, con muchos detalles— pero ya que este diario es sólo para mí y conozco perfectamente bien cuál es el aspecto de Roger, luego de haber pisado las metafóricas uvas codo a codo con él durante los últimos diecisiete meses, no es realmente necesario. Encuentro el hecho inexplicablemente liberador. Los aspectos más destacables de Roger son que tiene cuarenta y cinco años, que parece de ocho a diez años más viejo, que fuma demasiado, que se divorció tres veces… y que me cae muy bien.

Una vez instalados en una mesa al fondo del Fathers, con unas copas delante, me preguntó qué era lo que iba mal, aparte de las obvias desgracias de este fatídico año. Saqué la carta de Ruth de mi bolsillo y la arrojé sobre la mesa hacia él. Mientras la leía yo terminé mi trago y pedí otro. Cuando el mozo lo trajo Roger terminó su propia bebida de un trago, pidió otra, y puso la carta de Ruth junto a su plato. Sus ojos aún seguían fijos en ella.

—¿«Muy pronto sus lágrimas se fundieron con las mías»? —dijo en voz baja, como si estuviera hablándose a sí mismo—. ¿«Cada palabra de la carta que estás leyendo ha sido como una espina atravesándome el corazón»? Jesús, me pregunto si ella alguna vez se le ocurrió escribir como una destripadora-de-corpiños. Podría haber algo allí.

—Déjalo, Roger. No es gracioso.

—No, supongo que no —me dijo, y me miró con una expresión de simpatía que fue al mismo tiempo muy reconfortante y muy embarazosa—. Dudo que

algo te resulte gracioso ahora.

—Ni siquiera un poco —asentí.

—Sé cuánto la amas.

—No puedes saberlo.

—Sí, sí que puedo. Se te vé en la cara, John —. Bebimos sin decir nada durante un rato. El *maitre d'* llegó con el menú y Roger lo mandó a mudar con sólo una mirada.

—He estado casado tres veces y tres veces divorciado —dijo—. Las cosas no mejoraron, ni se hicieron mas fáciles. En realidad parecen empeorar, como si le pegara a la misma herida una y otra vez. Los de la J. Geils Band tenían razón. El amor apesta—. Llegó su nuevo trago y lo tomó un sorbo. Casi esperaba que dijera *¡Mujeres! ¡No puedes vivir con ellas, no puedes vivir sin ellas!*, pero no lo dijo.

—Las mujeres —le dije, empezando a sentirme como un producto de mi propia imaginación—. No puedes vivir con ellas, no puedes vivir sin ellas.

—Oh, sí que puedes —agregó, y aunque sus ojos estaban fijos en mí, en realidad parecían estar viendo alguna otra cosa—. Puedes vivir sin ellas con bastante facilidad. Pero vivir sin una mujer, aun si es una mandona y una loca, amarga al hombre. Convierte en barro una parte esencial de su alma.

—Roger…

Levantó una mano. — Puede que no lo creas, pero casi hemos terminado de hablar de esto —dijo—. Podemos emborracharnos y lloriquear y darle mil vueltas al asunto, pero de lo único que hablaremos será de cómo conseguir el alcohol suficiente, que es del único tema del que siempre hablan los borrachos, en realidad. Sólo quiero decirte que lamento profundamente que Ruth te haya dejado, y me entristece tu dolor. Lo compartiría si pudiera.

—Gracias, Roger —le dije, con la voz un poco ronca. Durante un segundo hubo tres o cuatro Rogers sentados al otro lado de la mesa y me tuve que restregar los ojos—. Te lo agradezco mucho.

—No hay de qué—. Tomó un sorbo de su bebida—. Olvidemos por un momento que soy incapaz de revertir o aliviar las cosas y hablemos de tu futuro. John, quiero que te quedes en Zenith House, al menos hasta junio. Hasta fin de año, tal vez, pero por lo menos hasta junio.

—No puedo —dije—. Si me quedara sería sólo otra piedra de molino más

alrededor de tu cuello, y creo que ya tienes suficientes.

—No me haría nada feliz verte partir —me dijo como si no me hubiera escuchado. Había sacado el paquete de cigarrillos que llevaba encima —estaba demasiado viejo, arrugado y golpeado como para parecer una afectación— del bolsillo interno de su chaqueta y estaba seleccionando un Kent de entre lo que parecían ser varios porros—. Pero podría dejar que te marcharas en junio si pareciese que estamos mejorando. Si Enders revolea el hacha, me gustaría que te quedaras hasta fin de año y me ayudases a envolver las cosas de manera ordenada—. Me miró con algo en sus ojos que estaba muy cerca de ser una pura súplica—. Salvo yo, tú eres la única persona sensata *en* Zenith House. Oh, supongo que ninguno de los demás está tan loco como el General Hecksler —aunque a veces tengo mis dudas con Riddley— pero es sólo una cuestión de grado. Te estoy pidiendo que no me dejes solo en este purgatorio, ya que eso es Zenith House este año.

—Roger, si pudiese… si yo…

—Entonces ¿has hecho planes?

—No… no exactamente… aunque…

—¿No pensaste en ir y enfrentarla, a pesar de lo que dice esta carta? —la golpeó con una uña y luego encendió su cigarrillo.

—No—. Indudablemente la idea se me había cruzado por la mente, pero no hacía falta que Ruth me dijera que era una mala idea. En una película, la muchacha se daría cuenta de su error cuando viera de repente al héroe de su vida de pie ante ella, con un bolso hecho a toda prisa en la mano, con los hombros caídos y con el rostro cansado por el vuelo transcontinental, pero en la vida real sólo conseguiría ponerla en mi contra completamente y para siempre, o le provocaría una reacción de extrema culpabilidad. Y muy bien podría provocar una reacción de pugilismo extremo en el Sr. Toby Anderson, cuyo nombre ya he llegado a odiar cordialmente. Y aunque nunca lo he visto (la única cosa que ella olvidó incluir, dijo amargamente el amante al que le dieron calabazas, fue un retrato de mi sustituto), sigo imaginándome un joven de barbilla hendida, muy corpulento, con el aspecto, al menos en mi imaginación, de haber nacido para vestir el uniforme de los Rams de Los Angeles. No me importaría morder el polvo por mi amada —de hecho, la parte masoquista en mí probablemente lo agradecería— pero me sentiría avergonzado, y terminaría llorando. Me disgusta

admitirlo, pero lloro con bastante facilidad.

Roger me miraba con los ojos entrecerrados pero sin decir nada, tan sólo jugueteaba con su copa.

¿Y había más, verdad? O puede que fuese realmente lo único, y las demás tan sólo suposiciones. En el último par de meses he contraído una gran dosis de locura. No como la de esa ocasional señora del carrito que te para por la calle, ni como la de los borrachos de los bares que quieren contarte todo sobre los nuevos e ingeniosos métodos con los que piensan tomar por asalto Atlantic City, sino una verdadera locura. Y estar expuesto a eso es como estar de pie delante de la puerta abierta de un horno en el que se está quemando un montón de basura apestosa.

¿Podría dominar la furia al verlos juntos, a su nuevo compañero —al del odioso nombre de jugador de fútbol— tal vez acariciándole el culo con la despreocupada indiferencia del que reconoce lo que es suyo? ¿Yo, John Kenton, graduado en Brown y presidente del bla—bla—bla? ¿El anteojudo John Kenton? ¿Acaso me vería empujado a una situación realmente irrevocable, una acción que podría ser muy probable si él resultara ser tan grande como lo sugiere su odioso nombre? ¿El viejo gritón John Kenton, el que confundió un puñado de efectos especiales con fotografías genuinas?

La respuesta es: no lo sé. Pero sí sé esto: anoche me desperté de un sueño terrible, un sueño en el que yo había arrojado ácido de batería en su cara. Eso fue lo que me asustó de verdad, me asustó tanto que tuve que dormir el resto de la noche con la luz encendida.

No en la de él.

En la de *ella*.

En la cara de Ruth.

—No —dije de nuevo, y vertí lo que me quedaba en el vaso sobre la sequedad que escuché en mi voz—. No, creo que eso sería muy estúpido.

—Entonces *podrías* quedarte.

—Sí, pero no podría *trabajar*—. Lo miré algo irritado. La cabeza me empezaba a zumbar. No era un zumbido muy alentador, pero igual le hice una seña al camarero, que había estado acechando cerca, y le pedí otro trago—. Por el momento tengo problemas para recordar cómo atarme mis propios cordones —. No. Mentira. Sonó bien, pero no era verdad; mis cordones no tienen nada que

ver—. Roger, estoy deprimido.

—Los desconsolados deudos no deberían vender la casa luego del funeral —dijo Roger, y en mi estado de ebriedad me pareció muy ingenioso; de hecho, algo digno de H. L. Mencken. Me reí. Roger sonrió, pero podría decir que estaba serio—. Es cierto —me dijo—. Uno de los pocos cursos interesantes a los que alguna vez asistí en la universidad se llamaba Psicología de la Depresión Humana; era uno de esos pequeños rollos que te dan para completar las ocho semanas finales de tu último año, después de terminar las prácticas docentes.

—¿*Ibas* a ser profesor? —pregunté sobresaltado. No podía imaginar a Roger enseñando; y entonces, de repente, lo hice.

—*Di* clases durante seis años —respondió Roger—. Cuatro en la escuela secundaria y dos en la elemental. Pero eso es otra historia. Este curso trataba de situaciones de estrés como el matrimonio, el divorcio, la encarcelación, y la soledad. En realidad el curso no era Consejos para Vivir Mejor ni mucho menos, pero si mantenías tus ojos bien abiertos podías darte cuenta de algunas cosas. Uno de los temas era el de vivir los primeros seis meses en una soledad muy profunda, en la misma casa que tú y la persona amada compartían cuando la muerte tuvo lugar.

—Roger, esto no es lo mismo—. Le di un sorbo a mi nuevo trago, que tenía el mismo sabor que el anterior. Comprendí que ya me estaba quedando frito. También comprendí que no me importaba en lo más mínimo.

—Pero lo *es* —me respondió, inclinándose solemnemente hacia mí—. En cierta forma, Ruth ahora está muerta para ti. Podrás verla de vez en cuando con el correr de los años, pero si la ruptura es tan definitiva y completa como dice en esa carta, la Ruth que podríamos llamar tu Amante, esa Ruth está muerta para ti. Y tú estás afligido.

Abrí la boca para decirle que se fuera a la mierda, aunque luego la cerré de nuevo porque, a fin de cuentas, tenía parte de razón. Eso es lo que realmente significa seguir enamorado, ¿no? Es estar afligido por el amante que murió; el amante que está muerto, al menos para ti.

—La gente tiende a pensar en el «dolor» y la «depresión» como en términos intercambiables —dijo Roger. Su tono era algo más pedante que de costumbre, y sus ojos estaban enrojecidos. Me di cuenta de que Roger también estaba frito—. En realidad no lo son. Hay una parte de depresión en el dolor, por supuesto, pero

también hay otros sentimientos, que van desde la culpa y la tristeza hasta la ira y el alivio. Una persona que huye de la escena de esos sentimientos es una persona que escapa de lo inevitable. Cuando llega a un nuevo lugar descubre que siente exactamente la misma mezcla de emociones que llamamos dolor o aflicción, salvo que ahora también experimenta cierta nostalgia, y la sensación de haber perdido la unión esencial que, con el paso del tiempo, convierte esa aflicción en recuerdos.

—¿Recuerdas todo eso de un aburrido curso de psicología de ocho semanas al que asististe hace dieciocho años? —Roger bebió a sorbos su bebida—. Claro —dijo modestamente—. Obtuve una A.

—Mierda que lo hiciste.

—También me follé a la licenciada que impartió el curso. Y qué bien follaba.

—No es mi *departamento* el que pensaba abandonar —agregué, aunque no tenía ni idea si pensaba dejarlo o no… aunque bien sabía que el no se estaba refiriendo a eso.

—No importaría si dejas o no esas dos habitaciones llenas de cucarachas —respondió—. Sabes de lo que te estoy hablando. Tu *trabajo* es tu casa.

—¿Síií? Pues el techo tiene sus buenas goteras —dije, y hasta *eso* me sonó muy ingenioso. Ya estaba frito, de acuerdo.

—Quiero que me ayudes a tapar las goteras, John —dijo, inclinándose hacia adelante con seriedad—. Eso es lo que estoy diciendo. Por eso te invité a salir esta noche. Y el que tú aceptes sería la única cosa capaz de mitigar la que indudablemente va a ser una de las resacas más bestiales de mi vida. Ayúdanos a los dos. Quédate.

—Me perdonarás si te digo que eso suena un poco egoísta y traído de lo pelos.

Se echó hacia atrás. —Yo te respeto —dijo, un poco fríamente —pero además me agradas, John. Si no, no me estaría rompiendo el culo para que sigas adelante—. Él dudó, pareció a punto de decir algo más, pero no lo hizo. Sus ojos lo dijeron por él: *Ni me estaría humillando por suplicártelo tanto.*

—No puedo entender por qué te esfuerzas tanto —dije yo—. Es decir, estoy halagado, pero…

—Porque si alguien puede conseguir un libro o tener una idea que evite que Zenith desaparezca, ése eres tú —me interrumpió. Había en sus ojos una

intensidad que encontré casi aterradora—. Sé lo jodidamente avergonzado que estuviste por todo el asunto de Detweiller, pero…

—Por favor —dije—. No le echemos más leña al fuego.

—No pretendía traerlo a colación —me contestó—. Es sólo que tu amplitud de miras ante una propuesta tan inusual…

—Fue inusual, de acuerdo…

—¿Quieres callarte y *escuchar*? Tu respuesta a la carta de Detweiller demostró que aún estás abierto a una idea potencialmente comercial. Herb o Bill simplemente habrían tirado su carta en la papelera.

—Y todos nosotros habríamos estado muchísimo mejor —le dije, pero vi adónde quería llegar y estaría mintiendo si no dijera que me sentí halagado… y que por primera vez me sentía un poco mejor sobre el asunto de Detweiller desde mi humillación en la comisaría.

—*Esta* vez —asintió—. Pero esos tipos también le habrían devuelto a V. C. Andrews su serie de *Flores en el Ático,* o alguna brillante idea nueva. ¡Bum! a la papelera y de vuelta a contemplarse los ombligos—. Hizo una pausa—. Te necesito, Johnny, y creo que sería bueno que te quedes; para ti, para mí, y para Zenith. No hay otra forma de poder expresarlo. Piensa en ello y dame una respuesta. La aceptaré, sea cual sea.

—Me estarías pagando por el equivalente de recortar pajaritas de papel, Roger.

—Ésa es un riesgo que estoy dispuesto a aceptar.

Pensé en ello. Aquel día había comenzado a vaciar mi escritorio y no había llegado muy lejos; parafraseando a Poe, ¿quién habría pensado que el viejo escritorio pudiera esconder tanta basura? O puede que fuera cosa mía, y ese chiste sobre no ser capaz ni de atarme los cordones de mis zapatos no estaba tan errada, después de todo. Había conseguido dos cajas de cartón vacías en el cuarto de Riddley (que últimamente huele singularmente a hierba, como a marihuana fresca… pero no, no vi nada de eso por allí) y no hice otra cosa que contemplarlas. Puede que, con un poco más tiempo, podría terminar la sencilla tarea de desempolvar mi antigua vida antes de comenzar una nueva e inimaginable. Es sólo que me he sentido tan jodidamente *triste*. —Supongamos que postergo la renuncia hasta fin de mes —dije—. ¿Eso te tranquilizaría?

Sonrió. —No es lo mejor que esperaba —me respondió— pero tampoco es

lo peor que me temía. Lo aceptaré. Y creo que mejor ordenemos la cena ahora que todavía podemos sentarnos derecho.

Pedimos bistecs, y los comimos, pero para ese entonces tenía la boca demasiado adormecida como para saborear mucho. Supongo que debería agradecer que nadie haya tenido que realizar la Maniobra Heimlich en ninguno de los dos.

Cuando nos íbamos, sujetándonos el uno al otro, ayudados por el preocupado *maitre d'* (quien sin duda sólo quería sacarnos de allí antes de que rompiéramos algo), Roger me dijo: —Otra cosa que aprendí en ese curso de psicología…

—¿Cómo dijiste que se llamaba? ¿La Psicología de las Almas Averiadas?

Para entonces ya estábamos afuera, y sus carcajadas flotaron a la deriva en pequeñas y heladas nubes de vapor. —Era la Psicología de la Depresión Humana, pero en realidad me gusta más el tuyo— Roger hizo enérgicas señas a un taxi, cuyo chofer lamentaría en breve habernos recogido—. También decía que ayuda llevar un diario personal.

—Mierda —respondí—. No he tenido un diario desde que tenía once años.

—Bien, qué rayos —me dijo— *búscalo*, John. Quizá todavía lo tengas por ahí, en alguna parte—. Y cayó en otra violenta serie de carcajadas que sólo acabaron cuando se inclinó y vomitó con indiferencia sobre sus propios zapatos.

Lo hizo dos veces más durante el trayecto a su edificio de departamentos en la 20 y Park Avenue South, asomándose por la ventana todo lo que podía (que no era demasiado puesto que era uno de esos Plymouths donde las ventanillas traseras sólo bajan hasta la mitad y que tienen un severo cartelito amarillo y negro que dice ¡NO FORCE LA VENTANA!) y vomitando contra el viento, para luego volver a sentarse con esa misma expresión de indiferencia en el rostro. Nuestro conductor, un Nigeriano o Somalí por su acento, estaba horrorizado. Acercó el auto al bordillo y nos ordenó que bajáramos. Yo estaba dispuesto, pero Roger permaneció sentado.

—Amigo mío —le dijo—, me bajaría si pudiera caminar. Ya que que no puedo, usted tiene que llevarnos.

—Lo quiero fuera mi tacsi, señó.

—Hasta ahora he tenido la cortesía de vomitar por la ventana —le respondió Roger con esa misma expresión indiferente y casi complacida en su cara—. No ha sido fácil debido a la postura, pero lo he hecho. Me parece que en unos pocos

segundos voy a vomitar de nuevo. Si usted no nos lleva, voy a hacerlo en su cenicero.

En el edificio, ayudé a Roger en el vestíbulo y lo metí en el ascensor con la llave del apartamento en una mano. Luego volví al taxi.

—Tome otro tacsi, señó —me dijo el conductor—. Sólo págueme y tómese otro. No pienso llevarlo má.

—Es sólo hasta el Soho —le dije—, y te daré una propina del demonio. Además, no siento que fuera a vomitar—. Me temo que esa fue una pequeña mentira.

Me llevó, y al fijarme en la billetera al día siguiente descubrí que efectivamente le di una propina del demonio. Y en realidad me las arreglé para llegar arriba antes de vomitar. Aunque una vez que empecé no me detuve por un largo rato.

No fui a trabajar al día siguiente; hice todo lo que pude por salir de la cama. Sentía la cabeza monstruosa, hinchada. Llamé a eso de las tres y me atendió Bill Gelb, quien dijo que Roger tampoco había aparecido.

Desde entonces he tenido un montón de llantos y de noches sin dormir, pero quizás Roger no estaba tan equivocado: las únicas horas en las que me siento casi como la mitad de mí mismo son las que paso en el noveno piso de la calle 490 Park. Las últimas dos noches, Riddley casi ha tenido que barrerme a la calle junto con el aserrín rojo. Tal vez haya algo de cierto en esa mierda de «se dedicó de lleno a su trabajo». Incluso esta idea del diario me parece buena… a pesar de que pueda ser solamente el alivio de haber abandonado finalmente mi espantosa novela pastoral.

Quizá me quede después de todo. Hacia adelante y arriba… si es que queda algún arriba para mí. Hombre, todavía no puedo creer que ella se haya ido. Y es que aun no he perdido la esperanza de que ella pueda cambiar de idea.

# 38

21 de marzo de 1981

Sr. John «Soretito» Kenton
Zenith House, Editores, Hogar de los *Sacos de Pus*
Avenida de la Caca 490
Nueva York, Nueva York 10017

Estimado «Soretito»:

¿Pensaste que me había olvidado de ti? ¡Mis planes para la venganza se realizarán sin importar ¡QUÉ! suceda conmigo! ¡Tú y todos los «Bolsa de Pus» de tus compañeros pronto sentirán la ¡IRA! de ¡CARLOS!!

He conjurado los poderes del Infierno,

Carlos Detweiller
De Viaje
E. U. de A.

P. D. ¿Todavía no huele algo «verde», Sr. «Soretito» Kenton?

# 39

22 de marzo de 1981

Hoy recibí una carta de Carlos. Me desternillé de la risa. Herb Porter vino corriendo, para saber si me estaba muriendo o qué. Se la mostré. La leyó y frunció el entrecejo. Quiso saber de qué me reía, ¿acaso no me estaba tomando en serio al tal Detweiller?

—Oh, me lo tomo en serio… en cierto modo —le respondí.

—¿Entonces por qué rayos te estás riendo?

—Supongo que porque no debo ser más que un tablón torcido en el gran suelo del universo —respondí, y luego empecé a reírme a carcajadas.

Frunciendo el entrecejo tan profundamente que las líneas de su cara ya se habían vuelto grietas, Herb dejó la carta en la esquina de mi escritorio y retrocedió hasta la puerta, como si yo tuviese algo contagioso. —No sé por qué estás tan raro últimamente —me dijo—, pero de todas formas te daré un buen consejo. Consíguete algo para tu protección personal. Y si necesitas ayuda psiquiátrica, John…

Yo sólo seguía riendo; para ese entonces había caído en un frenesí casi histérico. Herb me contempló un rato más, luego dio un portazo y se alejó. Así fue como también, en realidad, terminé llorando.

Espero poder hablar con Ruth esta noche. Echando mano de toda mi fuerza de voluntad he conseguido no llamarla, esperando cada día que fuera ella la que me llame. Enloquecedoras imágenes de ella y el odioso Toby Anderson retozando juntos; la escena recurrente es una bañera. Así que la llamaré. Se me terminó la fuerza de voluntad.

Si tuviera el remite de Carlos Detweiller le enviaría una tarjeta postal: «Estimado Carlos: lo sé todo sobre conjurar los poderes del Infierno. Tu Fiel Sirviente, «Soretito» Kenton.»

Porqué me molesto en anotar todo esta basura, o porqué sigo abriéndome paso entre las pilas de viejos manuscritos sin devolver que están junto al armario de Riddley, en la sala del correo, son un misterio para mí.

23 de marzo de 1981

Mi llamada a Ruth fue un desastre absoluto. El hecho de estar aquí, sentado y escribiendo cuando ni siquiera quiero *pensarlo*, es algo que desafía la razón. Es perseverar más y más en el error. En realidad, *sé* porqué; tengo la difusa idea de que si lo escribo perderá algo de su poder sobre mí… de manera que déjame confesar, aunque cuanto menos diga, mejor.

¿Ya he escrito aquí que lloro con mucha facilidad? Creo que sí, pero no tengo el coraje para mirar atrás y comprobarlo. Pues bien, lloré. Quizá eso lo explique todo. O quizá no. Supongo que no. Me había pasado el día —los últimos dos o tres días, para ser sincero— diciéndome a mí mismo que no tenía que *a)* llorar, ni *b)* rogarle que vuelva. Terminé haciendo *c)* las dos cosas. Estos últimos dos días he mantenido varias malhumoradas charlas a puertas cerradas con mí mismo (y sobre todo las desveladas noches) sobre el tema del Orgullo. Al estilo, «Incluso luego de perderlo todo, lo único que le queda a un hombre es su Orgullo». Saqué cierto triste consuelo de este pensamiento y fantaseé ser como Paul Newman, en aquella escena de *Manos Frías Luke* donde él se sienta en su celda tras la muerte de su madre, se pone a tocar el banjo y llora en silencio. Desgarrador, pero tranquilizador, definitivamente tranquilizador.

Pues bien, la tranquilidad me duró hasta unos cuatro minutos después de oír su voz y de tener una súbita y total remembranza de Ruth, algo así como un tatuaje en la imaginación. Lo que quiero decir es que no entendí que la había perdido hasta que la escuché decir «¿Hola? ¿John?» —tan sólo esas dos palabras — y tuve ese punzante y repentino recuerdo ¡Dios, cómo notaba su presencia cuando estaba aquí!

¿Incluso luego de perderlo todo, lo único que le queda a un hombre es su Orgullo? Sansón podría haber tenido una opinión similar con respecto a su

cabello.

De cualquier modo, lloré y supliqué, y poco después ella lloró y finalmente tuvo que colgar para librarse de mí. O quizá el odioso Toby —al que nunca oí pero que sé de algún modo que estaba allí en el cuarto con ella; casi podía oler su colonia Brut— le quitó el teléfono de la mano y lo colgó en su lugar. Así podrían hablar de su compromiso, o de su boda en junio, o quizás para que él pudiera fundir sus lágrimas con las suyas. Es resentimiento —un amargo resentimiento— lo sé. Pero he descubierto que incluso luego de que el Orgullo se haya ido, un hombre mantiene su Resentimiento.

¿Descubrí algo más esta noche? Sí, creo que sí. Que lo nuestro está terminado, auténtica y definitivamente terminado. ¿Esto impedirá que la llame de nuevo o que me rebaje aún más (si acaso eso es posible)? No lo sé. Espero que sí; Dios, de verdad lo espero. Y siempre queda la posibilidad de que ella cambie su número telefónico. De hecho, creo que incluso es probable, gracias a las alegrías de esta noche.

Así que ¿qué me queda ahora? El trabajo, supongo. Trabajo, trabajo, y más trabajo. Sigo escarbando sin descanso entre la pila de manuscritos de la sala del correo, escritos no solicitados que, por una u otra razón, nunca se devolvieron (después de todo, como bien dice en la placa, nosotros no nos hacemos responsables de esos niños huérfanos). En realidad, no espero encontrar allí la próxima *Flores en el Ático*, ni a un John Saul o Rosemary Rogers en ciernes, pero si Roger estuviera equivocado en eso, al menos tiene toda la razón en algo mucho más importante: el trabajo me mantiene cuerdo.

Orgullo… luego el Resentimiento… y después el Trabajo.

Oh, a la mierda con todo. Voy a salir, me voy a comprar una botella de bourbon, y me voy a agarrar una borrachera de la gran puta. Éste es John Kenton, firmando y yendo por una gran bomba.

# Parte 4



# 40

*De los diarios privados de Riddley Walker*

25/3/81

Luego de lo que fueron como diez semanas de pura excitación —de la variedad más enfermiza— las cosas en Zenith House finalmente parecen haber vuelto a su acostumbrado holgazaneo. Porter entra furtivamente en la oficina de Jackson y olfatea el asiento de su sillón durante el periodo de cinco minutos en que cada mañana, entre las diez y las diez y media, el sillón queda libre (lo está durante esa media hora porque todas las mañanas la señorita Jackson desaparece en el baño de señoras con un ejemplar de *Vogue* o de *Las Mejores Casas y Jardines*, lugar donde ella realiza su vertedero diario); Gelb ha continuado con sus visitas subrepticias al Casino de Riddley Walker y luego de proponerme un imprudente doble-o-nada, me terminó debiendo ya 192.50 dólares; Herb Porter, tras su breve fuga, se ha subido una vez más al asiento de la gran locomotora política de la que solo él se imagina capaz de conducir, de entre todos los millones de personas en la Tierra; y yo he recomenzado a escribir estas páginas luego de una pausa de tres semanas en las que me las pasé barriendo tranquilamente la mugre durante el día y los relatos desparramados por la noche; y si ésa no es pomposidad disfrazada de elocuencia, entonces nada lo es.

¿Pero es el acostumbrado holgazaneo realmente el mismo de antes, o no? Existen dos importantes razones para preguntárselo. Una de ellas se encuentra bajando por el pasillo y la otra justo aquí, en mi pequeño cubículo de conserje…

o quizás sólo lo estén en mi mente. Daría cualquier cosa para saber donde están, y por favor créeme que no estoy exagerando cuando lo digo. El cambio pasillo abajo es, por supuesto, John Kenton. El cambio aquí (o en mi mente) es Zenith la Hiedra Común.

Herb Porter ni se percató de que algo anda mal con Kenton. Bill Gelb lo ha notado pero le tiene sin cuidado. Fue Sandra Jackson quien me preguntó ayer si yo tenía la menor idea de por qué John había decidido revolver los viejos manuscritos de ese rincón de la sala de correo a la que yo llamo La Isla de las Novelas Olvidadas.

—¡Ninguna, s'ita! —le dije—. ¡Yo no saber na'a!

—Bien, pues preferiría que terminara con eso —masculló. Abrió ruidosamente su polvera, se miró en ella, y empezó a atizarse el pelo con un peine afro—. Ya ni siquiera puedo entrar allí sin estornudar hasta ponerme azul. Está todo cubierto de polvo y de toda esa sustancia seca y repulsiva que sale cuando se abren esos sobres baratos. Tú debes detestarlo.

—¡Son rea'mente polvorientos, sita Jackson, y es un hecho!

—¿Está devolviéndolos por correo?

—Yo no saber si lo hace ni si no lo hace.

—Bueno, pero tú eres el encargado del correo, ¿no? —me preguntó, mientras guardaba su polvera y sacaba un tubo de lápiz labial. Al girarle la tapa apareció algo con la forma y el tamaño del pene de un niño y del color de la gorra de un cazador. Empezó a aplicárselo en grandes y brillantes manchones. Aspiré una bocanada e inmediatamente entendí porqué Porter olfatea su asiento en lugar de su cara.

—¡Sí, s'ita, eso soy!

—De modo que si no has visto que estén saliendo, entonces no están saliendo. Es así de simple. Si él los estuviera devolviendo, tendría que quejarme a Roger o incluso enviar un memo sobre el asunto al señor Enders. —Le dio otro giro a su lápiz de labios, lo cerró, y lo dejó caer en la boca del enorme y deforme baúl al que ella llama su cartera. Ninguno de esos manuscritos estaba acompañado por una estampilla de reembolso. Esa es la razón de que estén allí. Nuestro negocio no es devolverlos —ni la mayoría ni todos— pero él lo hace pagándolo con su propio bolsillo, y ese no es para nada negocio de La Jackson.

—Preferiría que se detenga, aunque esté tirándolos por el incinerador —

reconoció ella, haciendo aparecer ahora un bote de plástico que, cuando lo abrió, reveló un desempolvador y un bollo esponjoso un poco desteñido. A continuación, Sandra Jackson desapareció en una sofocante nube rosa que me produjo el mismo efecto que el que a ella le producía la oficina de Kenton—. Está haciendo que el resto de nosotros parezcamos malos y no hay ninguna maldita necesidad de hacer eso— concluyó desde el interior de la nube.

—Ninguna s'ita —le dije, y estornudé.

—¿Estás cultivando marihuana aquí, Riddley? —preguntó—. Huele bien.

—¡No, s'ita, para na'a!

—Ah —dijo ella, y se guardó el bollo. Empezó a desabotonarse la blusa justo cuando yo empezaba a confiar en que iba a poder escapar. Se la abrió, revelando dos pequeños y decorosos pechos de señora blanca, como panecillos crudos con una cereza clavada en cada uno. Empezó a bajarse el cierre de la falda y luego se detuvo de repente, dándome otro momento de esperanza fugaz —. ¿Qué otra cosa anda mal en él, Riddley?

—Ah, yo no saber, s'ita Jackson —le contesté, pero lo sé, muy bien, y Roger Wade también lo sabe; es casi increíble que haya podido convencer a semejante romántico para que se quedara, pero de algún modo lo hizo. Porter no lo sabe, a Gelb no le importa, y Jackson es demasiado egoísta para ver lo que está justo enfrente de sus ligeramente caídas tetitas de señora blanca: su chica le dijo que él simplemente desapareció del ranking de los Cuarenta Principales de su vida. Y Kenton ha reaccionado (con una pequeña ayuda de Roger Wade, lo concedo) de una forma que me parece tanto aceptable como honorable, de la forma en que me gusta pensar que yo reaccionaría: poniendo a trabajar su jodido culo.

Su falda formó un montón alrededor de sus pies y salió de él.

—¿Quieres jugar al camionero y al autostopista hoy, Riddley? — me preguntó.

—¡Sí, s'ita Jackson! —exclamé cuando sus manos buscaron la hebilla de mi cinturón y tironearon hasta desabrocharla. Para momentos como éste recurro a unas cuatro fantasías que nunca fallan. Una, lamento decirlo, es la de pensar en mi hermana Deidre, primero poniéndome los pañales y luego acomodándome después de que yo me hiciera pipí encima. Ah, el sexo es una gran comedia, seguro. Que no te quepa la menor duda.

—¡Oh, señor camionero, es tan grande y duro! —alabó Jackson con una

chillona voz de muchacha cuando me lo agarró. Y, gracias a Deidre y a los pañales, allí estaba.

—¡Esa de ahí es mi palanca de cambios, s'ita Au'topista! —gruñí yo—, y ahora mismo la e'toy poniendo en sobremarcha!

—Lléveme al menos diez minutos, señor camionero —pidió ella, recostándose—. Quiero al menos tres y usted sabe cómo hacerme… —suspiró satisfecha cuando hundí mi árbol de levas en su juntura universal— …alcanzar velocidad crucero en seguida.

Justo antes de salir (se dio unos buenos tirones más al pelo con el

peine afro antes de dejarlo caer en su cartera, sobre las bragas) echó una aguda mirada alrededor y me preguntó de nuevo si yo no estaba cultivando una pequeña cannabis aquí.

—¡No, s'ita! —respondí; entonces supe con certeza que era a Zenith lo quien estaba oliendo, así como sé que Zenith la Hiedra Común no huele como ninguna hiedra que yo haya encontrado en mi vida.

—Porque si lo estás haciendo —dijo—, quiero mi parte.

—¡Pero s'ita Jackson! Yo ya decirle a usted…

—Lo sé. Pero simplemente recuerda que si lo estás haciendo, quiero mi parte. —Y se fue. Tal como resultaron las cosas, ella consiguió cuatro en lugar de tres, y con algo de suerte volverá a probarlo en una o dos semanas, cuando reaparezca repentinamente para jugar al Camionero y la Autostopista o a la Virgen y el Chofer o posiblemente a la Editora Blanca Adolescente y el Gran Conserje Negro, que es, en definitiva, de lo que se tratan todos estos juegos.

Pero no importa; estamos aquí para otra cosa, y es la planta, la hiedra enviada por el némesis de Kenton. Me plantea una pregunta que nunca he logrado responderme satisfactoriamente, quizás porque durante mucho tiempo, mi vida y mis ambiciones la han considerado intrascendente. Lo que quiero decir es que se trata de una pregunta que, como no la he meditado con seriedad, ni tan constantemente ni con el interés necesario, hizo que mantenga una apuesta personal en la respuesta desde que tenía… oh, once años o algo así, calculo. La pregunta es muy simple: ¿Hay un mundo invisible o no? ¿Son posibles los eventos sobrenaturales en un mundo donde todo parece perfectamente explicado o absolutamente razonable? Todo, es decir, salvo el Sudario de Turin…

… y, quizás, Zenith, la Hiedra Común.

Me encuentro pensando una y otra vez en las sensaciones de profundos presentimientos que parecieron abalanzarse sobre mí cuando toqué la caja…

No; no, en realidad no fue así. Para explicar cualquier otra experiencia estaría bien, pero éste no es definitivamente el caso. Las horribles sensaciones que me produjo esa caja —temor, repulsión, una íntima e ingobernable impresión de haber traspasado una frontera claramente limitada, hacia tierra tabú — no vinieron desde afuera. El escalofrío que sentí no me cayó encima ni me sofocó ni me corrió por la columna como si se tratara de frías pisadas de gato. Esa sensación vino de adentro, elevándose como la primavera de la tierra, un pequeño y frío círculo en el que puedes vislumbrar tu cara, o la cara de la luna. O aún mejor, llegó de la forma en que Faulkner dice que llega la oscuridad, no cayendo desde el cielo, si no subiendo inexorablemente desde la tierra. Sólo que en este caso creo que la tierra (Floyd se burlaría) viene a ser mi propia alma.

Pero bueno, no interesa; dejémoslo. No importan las sensaciones, los vapores, los megrims… ni «los fenómenos subjetivos», si quieres decirlo de manera cortés.

Permitámonos tener en cuenta algunos datos prácticos.

Primero: Luego de investigar en todas las referencias a la hiedra de las Enciclopedias Grolier y Collier, más las fotografías que hay en el libro de botánica de cuando Floyd fue a la universidad, estoy en condiciones de decir que Zenith no se parece a ninguna de las hiedras allí fotografiadas. Lo que quiero decir es que se les parece tanto como un Ford se parece a un Bugatti —ambos son vehículos impulsados por gasolina con cuatro neumáticos de caucho— pero no se parecen en más nada.

Segundo: Aunque el pequeño cartel clavado en la tierra de la maceta identificaba a Zenith como «la Hiedra Común», aparentemente no existe tal cosa. Están la hiedra venenosa, la Enredadera de Virginia, la Hiedra de la Tierra, la Hiedra de Boston, y la Hiedra Japonesa; también está la Hiedra Inglesa, y supongo que podría ser conocida como Hiedra Común por algunas personas, pero Zenith se parece más a una cruza entre la Hiedra Japonesa y la hiedra venenosa que a la Hiedra Inglesa. El hecho de enviarle a Kenton una hiedra venenosa pareciera ser algo acorde con el sentido del humor de un tipo como Carlos Detweiller, pero yo la he manipulado, toqué sus hojas y ramas, y no tengo ningún salpullido. Ni tampoco soy inmune. He tenido algunos terribles casos de

hiedra venenosa cuando Floyd y yo éramos niños.

Tercero: Tal como comentó Jackson, huele igual que una *cannabis sativa*. Esta noche, camino a casa, pasé por lo de un floricultor y olfateé una Hiedra de Boston y un híbrido llamado Hiedra de Marion. Ninguna olía como hierba. Le pregunté al propietario si conocía alguna hiedra que oliera como marihuana y dijo que no; agregó que la única planta que sabía que apestaba como la *cannabis* se llamaba aguileña oscura.

Cuarto: Está creciendo a una velocidad que encuentro poco menos que aterradora. He revisado cuidadosamente mis pocas referencias a la planta que escribí en este diario —y créeme cuando digo que si hubiera sabido de qué forma iba a obsesionarme habría habido muchas más— y noté lo siguiente: el 23 de febrero, cuando llegó, creí que probablemente se moriría; el 4 de este mes le noté una apariencia más saludable, un mejor olor, cuatro hojas abiertas y dos más desplegándose, además de un único zarcillo que llegó al borde de la maceta. Ahora tiene como dos docenas de hojas, bien anchas, de un color verde oscuro y de aspecto aceitoso. El zarcillo que había alcanzado el borde de la maceta ahora se ha adherido a la pared y se extendió unos quince centímetros hacia el techo. Casi parecería una antena de radio FM si no fuera por los estirados rizos de las nuevas hojas a lo largo de su extensión. Otros zarcillos han empezado a arrastrarse sobre el estante donde puse la planta, y están enredándose entre ellos a la manera en que lo hacen las hiedras. Arranqué uno de estos zarcillos sueltos (tuve que pararme sobre mi balde de limpieza puesto al revés para alcanzar la altura de Zenith) y se soltó… pero me produjo cierta repugnancia. Los zarcillos se han pegado al estante de madera con una fuerza sorprendente. Pude oír el leve sonido rasgante del zarcillo cuando se separó de la madera, y no le presté mucha atención al sonido. Dejó una pequeña marca en la pintura. Tiene, cerca de la maceta, una única flor azul oscuro: ni muy bonita ni demasiado notable. Es un tipo de flor, me parece, producida por la clase de hiedra llamada comúnmente agalla-sobre-el-suelo. ¿Pero… todo esto en tres semanas?

Tengo un desagradable presentimiento con respecto a esta planta. Se debe tanto a la manera en que tan fácil e inconscientemente me refiero a eso como «él», creo, como por su extraordinario y rápido crecimiento. Sería bueno que un botánico le eche un vistazo. Floyd debe conocer alguno. Hay algo más pero no pienso ni anotarlo. Creo q

(*más tarde*)

La de recién fue mi tía Olympia, llamando desde Babylon, Alabama. Mi madre murió. Fue muy súbito, me dijo a través de sus lágrimas. Un ataque cardíaco. Durante su siesta. No sintió dolor, me dijo a través de sus lágrimas. Como cualquiera lo sabe. Oh mierda, mi madre. Yo la amaba. Tía O. dijo que estaba tratando de comunicarse con Floyd pero que nadie le contesta, oh yo la amaba, a mi dulce, gorda y quejosa madre que vio mucho más de lo que contaba y supo mucho más de lo que decía. Oh yo la amaba y la amo.

Ahora lo mejor es ponerse en movimiento. Primero Floyd, luego todos los arreglos; la familia; el entierro. Oh mamá, te amo.

Tenía whisky. Tomé dos tragos largos. Ahora sí voy a escribirlo. Esa planta. Zenith. Zenith la Hiedra Común. No puede ser una hiedra. La puta cosa es carnívora. Hoy vi enrolladas dos hojas que se abrieron hace tres días. Así que las desenrollé. Esto pasó mientras estaba parado sobre el cubo de la limpieza, mirándola. Había una mosca muerta dentro de una hoja. Lo que me temo que era una araña bebé, descompuesta en su mayor parte, dentro de la otra hoja. Ahora no es el momento. Me ocuparé de eso en otra oportunidad.

Cristo, desearía haber podido decirle adiós a mi mamma. ¿Alguna vez en la vida tenemos una oportunidad para decir adiós?

# 41

Del *The New York Post*, página 1, 27 de marzo de 1981:

**¡GENERAL LOCO MUERE EN LA FUNERARIA DEL HORROR!**

(Especial para el *Post*)

Ayer por la tarde fueron recuperadas las cenizas mezcladas de un hombre y una mujer del exterior del crematorio de la Funeraria Descanso Sombrío (L. I.), y las cenizas y huesos de un segundo hombre, que se sospecha que pertenecen al General Mayor Anthony R. Hecksler (Ret.), quien escapó hace veintitrés días del Asilo de Oak Cove del estado de New York, y que fueron encontradas dentro del propio horno del crematorio.

Los otros dos cuerpos eran los del señor Hubert D. Leekstodder y su esposa, los propietarios de Descanso Sombrío.

Fuentes cercanas a la investigación dijeron ayer al Post que Hecksler había tenido tratos comerciales con el señor y la señora Leekstodder hace algunos años, y que ellos estaban en su «lista de rencores». Un oficial de la policía que pidió no ser identificado dijo que el loco dejó una nota señalando a los Leekstodders como «apóstoles del anticristo» y como «los auténticos perdedores de los alrededores.»

La nota se encontró clavada al lóbulo de la oreja de un cadáver en el cuarto de reposo de la Funeraria.

«Perdedores o no, ellos ahora están más que crujientes», dijo el Teniente de Policía Rodney Marksland del Departamento de Policía de Long Island.

Según la fuente policial del *Post*, los detalles de lo que ahora se cree que es un suicidio y un doble asesinato son sumamente espantosos. «Creemos que primero mató a los Leekstodders y luego quemó los cuerpos en el crematorio, más que nada porque es demasiado horrible pensar que pudiera quemarlos mientras todavía estaban vivos», dijo la fuente. «Pero no hay muchas dudas sobre lo que hizo luego; barrió las cenizas, encendió el gas, se arrastró al interior del horno —a pesar de que la temperatura debe haber sido muy alta— y simplemente accionó su Bic. ¡Puf! 1,500 grados de temperatura. Los chorros de llamas todavía estaban ardiendo cuando las alarmas de calor se escucharon en la calle y la nuera de los Leekstodders fue a ver qué estaba pasando.»

No fue un encendedor Bic el que el General loco realmente accionó, sino un Zippo plateado con el Emblema del Ejército en él y en el que estaba grabado PARA TONY DE DOUG/AG. 7, 1945. Se cree que el «Doug» es el más íntimo amigo de Hecksler, el General Douglas MacArthur.

«Era Tripas de Hierro, seguro», afirmó la fuente del Post, agregando que además del encendedor, los investigadores encontraron varios artículos entre los montones de huesos manchados de cenizas en el horno de la muerte, que fueron positivamente identificados como pertenecientes a Hecksler. Aunque rechazó describir todos estos elementos, nuestra fuente exclusiva reveló al Post que dos de ellos eran dientes de oro implantados luego de finalizada la Segunda Guerra Mundial. Hecksler fue brevemente capturado por los alemanes durante un operativo de inteligencia en noviembre de 1944, y dos de sus dientes le fueron arrancados durante un interrogatorio. Fueron los reemplazos para esos dos dientes los que encontraron los investigadores en el horno del crematorio, según la fuente del Post.

Historias relacionadas: «Los Neoyorquinos Respiran un Suspiro de Alivio» (pág. 4); «La Pintoresca Carrera de Tripas de Hierro Hecksler» (página central).

# 42

DE *LAS INCURSIONES DE «TRIPAS DE HIERRO» HECKSLER*

[Nota del Editor: Estas anotaciones fueron escritas en varios borradores S & H Green Stamp que aparentemente el General llevaba consigo en todo momento.]

29 de Marzo del 81
1990 hrs
Localización Clasificada

Operación Pie Caliente completada con éxito. Dos nuevos apóstoles del Anticristo exitosamente despachados al infierno del que vinieron. Además de un vagabundo. Afligido por tener que sacrificar el encendedor. Duele bastante, pero estoy bien. Puedo soportar el dolor. Siempre he podido. ¡¡JA!! Los periódicos dicen que estoy muerto. Uniforme quemado. Tras las líneas enemigas. El tiro dio en el blanco. He estado antes allí, ¡¡JA!! Irse se pone duro. El rufián continúa. Debo infiltrarme en la ciudad. El Judío Señalado sin duda se siente aliviado por los informes sobre mi muerte. La guardia baja. El próximo fin de semana comenzará la Operación Lombriz-de-Libro. Un abril tramposo para el Judío Señalado, ¡¡JA!! He tenido un sueño. Alguien llamado CARLOS está buscándome. ¿Significa una amenaza para mí? Sí pienso que sí. CARLOS=nombre sudaca. Los sudacas condenaron a los buenos luchadores. Son astutos. La ciudad llena de rufianes mongoloides-políglotas. Peor que nunca. El aire lleno de transmisiones mata-cerebros. ¿Hubo un terrorista llamado CARLOS? No importa. Zenith House es mi objetivo. Me infiltro este fin de semana. Asesinar al Judío Señalado.

Asesinar a todo el personal si es posible. Asesinar a CARLOS si es que CARLOS existe. A todos los apóstoles del Anticristo. Podré pensar mejor en el Anticristo y en otras cosas luego de conseguirme algunos supositorios.

# 43

*Memorándum de Harl*

FECHA: 30/3/81
PARA: Roger Wade, Editor en Jefe, Zenith House
ASUNTO: ¡¡Tres Libros!! ¡¡La Ley de la Gravedad!!

Escucha, nene, me entrevisté este último vier. con Teddy Graustark, el vip de Apex a cargo de Medios Impresos. Los temas principales fueron: *Herramientas Calientes*, *El Ciclo Crudo*, *El Mercenario del Tercer Mundo*, *Tu Embarazo*, y *Las Nenas Calientes*. Ya los desechamos a todos salvo a *El Mercenario del Tercer Mundo* y a *Tu Embarazo*. También tocamos el asun. de Zenith House. Te conseguí un poco más de tiempo, nene, pero mejor olvídate del año que te prometí (que de todas formas ya estaría promediando los nueve meses, ¿quieres editar a *Tu Embarazo*?; es una broma). Graustark te dará hasta el 30 de junio para encontrar tres (3) libros que *garantices* que sean hits en la lista de Bestsellers del *New York Times*. Creo que si no lo logras tendrás el trabajo asegurado sólo hasta el verano de 1982. Si estos libros realmente *se convierten* en bestsellers, estarás a salvo hasta la mitad de la década o incluso por mucho más tiempo. Pero si fallas, para finales de octubre, la permanencia de Zenith seguirá el mismo camino que *Herramientas Calientes* y *El Ciclo Crudo*.

Puede no interesarte, Roger, nene, pero Graustark me azuzó con su propia versión de la Ley de la Gravedad, que me sonó a algo así como ¡CIERTO, CIERTO, CIERTO!: *¡LA MIERDA RUEDA CUESTA ABAJO!* Como una avellana. Y aunq' sea triste,

es la verdad. Esta bola de mierda en particular empezó con el Gran Jefe Número Uno de Apex, Sherwyn Redbone, después rodó hasta mí. Ahora estoy haciéndola rodar hacia ti, Rog, y supongo que tú la seguirás haciendo rodar hacia abajo, a tu personal de redacción, los únicos que podrían detenerla antes de que recorra todo el camino hasta el fondo de la colina. Si ellos *no pueden* detenerla, tu cómoda y pequeña casita en el fondo de la colina va a terminar sepultada bajo una enorme y apestosa bola de mierda.

Recapitulando (que eso no suene como una rendición, ¿estamos?), aquí está tu misión, tu única opción es aceptarla (una broma). Tres (3) libros que puedas *garantizar* que sean bestsellers, entregados para el 30 de junio. Los tres deben aparecer en la lista del *Times este año*, lo que significa que lo mejor sería que los empieces a producir lo más pronto posible.

Lamento la prisa, nene, pero como dice El Jefe de las Tablas (o sea Frank Sinatra, no el señor Redbone), «Así es la vida, así es como se pasa.»

Tuyo,

Harl Enders
Interventor, Apex

# 44

de la oficina del editor en jefe

PARA: John Kenton, Herb Porter, Bill Gelb, Sandra Jackson
FECHA: 30/3/81

MENSAJE: Bien, mi intrépida redacción, el globo se ha soltado. Querrán leer la obra maestra de Harlow Enders por sí mismos, pero el desafío que nos han planteado está bien claro: ubicar tres libros de bolsillo en la lista del *Times*, donde nunca antes ha estado ningún producto de Zenith House, para el 31 de diciembre o antes. Esto es absurdo, por supuesto —es como desafiar a alguien a escalar el Everest en bermudas y zapatillas— pero eso no cambia nada. Hoy a la tarde tenemos reunión editorial, como siempre, aunque esta vez me gustaría por escrito: ¿tiene alguno de ustedes un libro que podamos considerar un bestseller? Quiero los memorándums para el mediodía.

*Memos*, por favor, no llamadas. Desde ahora y hasta el fin, quiero transcripciones de todo lo que hagamos. Aunque no sirva para otra cosa, podría necesitar un gran fajo de papel para meterle a alguien en el culo.

Roger

# 45

*memorándum interno de oficina*

PARA: Roger
DE: Bill Gelb
REF: ¿¿¿Posible Bestseller???

Estás bromeando, por supuesto. Esto es una locura. Tengo la nueva novela de Mort Yeager (la escribió en la biblioteca de la prisión de Attica) y sólo sería publicable si le recortamos la brutalidad (en la mitad del libro, y no te estoy cagando, el villano tiene sexo con el gato de la casa), pero es así. También conseguimos los derechos para novelar *Lesbo Drácula* (se vé tan pictórico como *Las Nenas Calientes* de este mes), aunque ahora aparecieron ciertas dudas sobre si distribuirlo en cualquier parte que no sean las tiendas de pornografía. Más allá de eso, el armario está vacío.

B. G.

P. D. ¿Este memorándum de Enders es una broma, no? Una broma cruel.

P. P. D. ¿Cuándo vuelve Riddley de Alabama?

# 46

*memorándum interno de oficina*

PARA: Roger
DE: Herb Porter
REF: Posible Bestseller

La idea de que este lugar pueda generar un bestseller, y no hablemos de tres, es absurda. Habiendo dicho eso, tengo una idea un poco alocada, y puedes ignorarla si quieres, pero aquí va. Hagamos que Olive Barker —quien en mi opinión sigue siendo nuestra mejor escritora fantasma— escriba una rápida biografía de «Tripas de Hierro» Hecksler, centrada en su desbarajuste final. Ahora que el tipo está muerto, tenemos el cuento completo: el comienzo, el nudo, y el ardiente desenlace. Incluso podría agregar en un capítulo lo que pasó aquí, quizá sacándole un poco el jugo. ¿Qué te parece?

Herb

P. D. Creo que debes agarrar a Enders y matarlo, solamente por llamarte «nene». Las malas noticias ya son lo suficientemente malas. El tipo está siendo condescendiente.

P. P. D. ¿Has tenido alguna noticia de nuestro cartero y personal de conserjería? Riddley, en otras palabras. Hoy pasé por su cuarto. Algo allí huele muy bien. Como a tostada caliente y mermelada.

# 47

*memorándum interno de oficina*

PARA: Roger Wade
DE: SANDRA JACKSON
REF: Petición absolutamente idiota

Roger (¿o tendría que llamarte «Nene»?):

Zenith House nunca ha publicado un bestseller y nunca PUBLICARÁ un bestseller. Aunque YO tengo una idea bastante interesante. Tiene que ver con Anthony L. K. LaScorbia, nuestro escritor de *Inmundas Criaturas del Infierno*. Aparentemente la gente le ha estado enviando *chistes* a Tony. Por ejemplo: «¿Cómo le dicen a 5 millones de hormigas rojas brasileñas marchando?» Respuesta: La hora del almuerzo en Río. O si no: «¿Cuántos bebés se necesitan para saciar a una horda de escorpiones alborotados?» Respuesta: ¿Cuántos conseguiste? Sé que no parecen muy cómicos, pero yo me reí hasta casi mearme encima, y varias personas a las que se los conté también se rieron (y algunas contra su voluntad, por el aspecto de sus caras). ¿Por qué no dejamos que lo intente? No puede ofender a nadie. Piensa llamarlo *Chistes del Infierno*. Insiste en que se trata de un nuevo estilo de humor, lo que él llama el «Chiste Enfermo.»
¿Y tú qué piensas?

Sandi

P. D. ¿Cuándo vuelve Riddley? ¡Mi cesto está *desbordado*! Hoy me asomé en su cuarto, ¿y sabes qué? Huele *bien*. De la misma forma que olía la cocina de mi abuela cuando cocinaba galletitas. Quizá me las esté perdiendo.

# 48

*memorándum interno de oficina*

PARA: Roger
DE: John
REF: Petición demente
REF: Respuestas de Bill, Herb, y Sandra

Herb fue el que mejor lo expuso, nene: la idea es absurda. No obstante, continúo abriéndome paso a través de los manuscritos viejos. Por el momento no he encontrado ninguno bueno, y ya voy por los últimos dos estantes. Aunque no sirva para nada, al menos vamos a quedarnos sin empleo, pero sabiendo que el cuarto del correo está limpio para la próxima compañía que se mude aquí.

Habiéndote dicho eso, déjame agregar que me desalenté (más de lo normal, quiero decir) al comprender que debo contarme, junto con Bill, entre las cabras en lugar de las ovejas. Quiero decir que, al menos, Herb y Sandra propusieron ideas, ¿no es así? Lo cual me lleva al propósito real de este memo. Tú eres el jefe, no yo, pero realmente creo que ambas ideas tienen mérito. Un libro sobre el General se vendería, sobre todo si nos apresuramos a lanzarlo. Sé que no tenemos la capacidad como para producir un «libro del momento» como los que siguieron al descubrimiento de las grabaciones de Watergate, pero Olive podría trabajar rápido, sobre todo si Herb se pusiera a trabajar con ella. Estoy seguro de que él se daría un papel estelar, pero hasta *eso* podría funcionar.

La idea del libro de chistes es algo más difusa, pero tengo que reconocer que

cuando la leí, sentí que algún oscuro circuito en mi interior (probablemente uno del que debiera sentirme avergonzado) se calentaba. ¿Sería posible que pudiéramos extender el alcance, es decir, publicar los chistes más enfermos de cada tema? ¿Y buscarle un nombre cómico al autor, algo así como Ima Enfermo o I. B. III? Sé cómo suena esto —en una palabra, inmaduro— pero sin embargo me parece que podría haber algo allí.

Mi primera reacción fue *desearía haber sido yo el que pensara en eso*. Un chiste enfermo en sí mismo. Está claro que hemos alcanzado el fondo del barril, pero creo que debe quedarte algún cartucho. Entretanto, yo continuaré con los últimos manuscritos sin devolver. Llegué demasiado lejos como para echarme atrás justo ahora.

John

P. D. Un libro de chistes sería más rápido de terminar que un libro ficticio sobre el viejo Tripas de Hierro. Lo tendríamos listo en algo así como una semana. Todos tendríamos que ponernos a trabajar para encontrar la mayor cantidad de chistes escabrosos que podamos recordar. P: ¿Cómo le dicen a un niño que no tiene ni brazos ni piernas? R: Segunda base.

P. P. D. Realmente *fui* presidente de la Sociedad Literaria en la Brown, aunque todo aquello ahora me parece como si fuera un sueño. De hecho, todo este *año* me parece un sueño.

P. P. P. D. ¿Por qué están todos tan preocupados por Riddley? ¿Que es eso de buenos olores saliendo de su armario? La última vez que estuve allí olía a moho y a Lysol. Tendré que comprobarlo. Además, estoy tentado de decirle a Sandra que sé exactamente donde puede meterse su cesto. Me encantaría poder ayudarla con el procedimiento de inserción, además.

P. P. P. P. D. ¿Cuándo vuelve Riddley? ¡Lo extraño a e’te tipo! ¡Sí seor!

# 49

de la oficina del editor en jefe

PARA: Herb
FECHA: 30/3/81

MENSAJE: El libro sobre Hecksler tiene luz verde. Título provisorio: *El General del Diablo.* Comunícate de inmediato con Olive Barker. Estás autorizado a ofrecerle 2,500 dólares más gastos, a 150 dólares semanales, durante cuatro semanas. Si nos estamos hundiendo, al menos vayámonos a pique gastando el dinero de Apex tan rápido como podamos. Necesitaremos fotografías para una sección en medio del libro. Tú trabajarás con Olive a cada paso del camino, Herb. Dile a ella que tendrá que dejar los barbitúricos durante el trabajo.
Los antidepresivos son mejores.

Roger

# 50

de la oficina del editor en jefe

PARA: Sandra
FECHA: 30/3/81

MENSAJE: El libro de chistes tiene luz verde, pero olvídate de LaScorbia; déjalo que se concentre en sus avispas y sus moscas. Nosotros cinco vamos a escribir este pequeño y escabroso tomo. Título provisorio: *Los Chistes Más Enfermos Del Mundo*. Esta tarde tendremos nuestra primera sesión editorial acerca de este proyecto, en la Taberna de Flaherty, calle abajo. esto es lo más cercano a un ganador que tenemos, así que tomémoslo en serio. Tendremos que decidir si queremos (o nos atrevemos) a ser racistas, como en «cuántos polacos se necesitan» o «a cuántos mexicanos les toma.» Mi impresión es que si vamos a bucear en la cloaca, tendremos que hacer todo el trayecto hasta el fondo. Y que ni tú ni ningún otro me hable de compartir los derechos de autor de un libro de chistes sobre bebés muertos y sodomía. Aquí estamos salvando nuestros trabajos, o al menos intentándolo.

Quizás debamos invitar a Riddley a nuestra pequeña reunión de cerebros. Él regresará la semana próxima, y espero que lo hagas circular entre tus colegas. Acá estamos todos medio muertos, y lo único que parece importarles es el maldito conserje.

Roger

P. D. Además, mantente alejada de su armario. Me parece que allí guarda sus cachivaches personales.

P. P. D. A menos que quieras limpiar algunas ventanas o encerar algunos suelos, por supuesto. En ese caso, tienes mi permiso.

# 51

*memorándum interno de oficina*

PARA: Roger
DE: Bill Gelb
REF: La posible contribución de Riddley Walker al delirante y ofensivo libro de chistes

Herb fue el que mejor lo expuso, nene: la idea es absurda. No obstante, continúo abriéndome paso a través de los manuscritos viejos. Por el momento no he encontrado ninguno bueno, y ya voy por los últimos dos estantes. Aunque no sirva para nada, al menos vamos a quedarnos sin empleo, pero sabiendo que el cuarto del correo está limpio para la próxima compañía que se mude aquí.

Hagámoslo entrar en el proyecto apenas vuelva, por todos los medios. Tal vez pueda contribuir con algunos chistes sobre la mamá muerta.

John

# 52

de la oficina del editor en jefe

PARA: Bill Gelb
FECHA: 30/3/81

MENSAJE: Para ser alguien que no ha propuesto la más *mínima* idea, ni siquiera para un libro de *cualquier* clase, sugiero que te guardes tus chistes para ti mismo. O si no, baja hasta el armario de R. W. y aspira un poco de ese aire. Parece haber hecho maravillas en Herb y Sandra. No se trata de una sugerencia seria. Tal como le dije a Sandra, el armario del conserje es es del estricto dominio de Riddley.

# 53

de la oficina del editor en jefe

PARA: John Kenton, Herb Porter, Bill Gelb, Sandra Jackson
FECHA: 30/3/81

MENSAJE: Bien, mi intrépida redacción, el globo se ha soltado. Querrán leer la obra maestra de Harlow Enders por sí mismos, pero el desafío que nos han planteado está bien claro: ubicar tres libros de bolsillo en la lista del *Times*, donde nunca antes ha estado ningún producto de Zenith House, para el 31 de diciembre o antes. Esto es absurdo, por supuesto —es como desafiar a alguien a escalar el Everest en bermudas y zapatillas— pero eso no cambia nada. Hoy a la tarde tenemos reunión editorial, como siempre, aunque esta vez me gustaría por escrito: ¿tiene alguno de ustedes un libro que podamos considerar un bestseller? Quiero los memorándums para el mediodía.

*Memos*, por favor, no llamadas. Desde ahora y hasta el fin, quiero transcripciones de todo lo que hagamos. Aunque no sirva para otra cosa, podría necesitar un gran fajo de papel para meterle a alguien en el culo.

Roger

# 54

*Del diario privado de John Kenton*

30 de marzo de 1981

Esta noche me arrastré hasta mi departamento bastante borracho, desde la sesión de tormenta de ideas más rara de mi vida (el lugar: la Taberna de Flaherty; el asunto: cómo le dicen a un leproso en una tina caliente, etc., etc.). Últimamente estoy tomando *demasiado*, y sería un gran mentiroso si no dijera que sentí una extraña y vergonzosa excitación. No es sólo la bebida la que domina mis emociones, al menos no creo que así sea. No sé si un libro de chistes podrá entrar en la lista de bestsellers del *New York Times* —probablemente no— pero creo que todos percibimos esa sensación de que realmente algo estaba *sucediendo*. Antes de que nos largáramos, la mitad de las personas que había en la taberna contribuyeron con chistes, siendo mi favorito el anteriormente mencionado sobre cómo le dicen a un leproso en una tina caliente (Stu, por supuesto). Si sirve como consuelo, tanto Sandra como Bill terminaron más borrachos que yo, Roger quizás un poco menos. Herb Porter no bebe. Creo que tiene un problema con la bebida, y va a esas reuniones donde te presentas por tu primer nombre.

Una reunión rara, muy rara. Pero no tan rara como la carta que encontré esperándome en el buzón cuando finalmente buceé hasta casa. Esta noche tengo una jaqueca demasiado fuerte como para seguir escribiendo, todo lo que quiero hacer es comer algo poco sustancioso y acostarme, pero sujetaré la carta de la

señorita Barfield a esta página del diario, y mañana la llevaré a la oficina. Quizás para ese entonces el frío que me corre por la espalda ya se haya ido.

Roger sabrá qué hacer. Por lo menos eso espero. Y quizás también sepa algo más: cómo hizo una mujer que maneja una tienda de flores y un invernadero en Central Falls, Rhode Island, para conocer mi dirección. La dirección de mi *casa*.

Y a Kevin.

¿Cómo, en el nombre de Dios, pudo haberse enterado de lo de Kevin? Y no *sólo* Kevin. Kevin Anthony, escribe ella.

*Kevin Anthony, 7/7/67.*

También dice que no le gusta Carlos Detweiller —que tiene miedo de él— y que hay mucho por lo que estar agradecido, pero yo encuentro que no estoy muy aliviado.

Después de todo, podría estar mintiendo.

Que se vaya a la mierda, me voy a la cama. Con algo de suerte, se mantendrán todos fuera de mis sueños. Ruth Tanaka, sobre todo. Hay algo curioso: en un momento dado, durante nuestra reunión en Flaherty, fui al baño. Mientras estaba de pie frente al urinario, el nombre de Ruth estalló en mi mente. Su nombre pero no su cara. Durante un par de segundos no pude verle cara en absoluto. En cambio, lo que me vino fue la última de las «fotografías del sacrificio.» Carlos Detweiller, con su cara en las sombras, sosteniendo un corazón chorreante.

Cristo

# 55

*28 de marzo del ’81*

*Estimado Sr. Kenton:*

*Usted no me conoce de la Víspera de la Primera Madre pero yo sí lo conozco. Ambos tenemos a Carlos en común, y sabe exactamente a quién me refiero. Me llano Tina Barfield, y soy la propietaria de la Casa de Flores de Central Falls. Usted piensa que está a salvo de Carlos pero Carlos no se olvidó de usted. Está en peligro. Yo estoy en peligro. Todos en la editorial donde usted trabaja están en peligro. Pero también tienen una gran oportunidad. Los Poderes Oscuros tienen que dar antes de poder recibir. Podría contarle ciertas cosas.*

*Venga y véame en cuanto reciba esta carta. Tan pronto como la lea. Mi tiempo aquí acabará pronto. Algunas de las Lenguas han empezado a menearse.*

*Tal vez piense que estoy loca. La respuesta es: sí, lo piensa. Pero yo puedo ayudarle a encontrar lo que está buscando. Ha estado en ese cuarto todo el tiempo. ¿Por qué hago esto? En parte porque mi alma, a pesar de estar consagrada a la Cabra, todavía puede ser redimida. Principalmente porque le temo y aborrezco a Carlos Detweiller. ¡Odio a ese hijo de puta! Habría que hacer algo para ver sus planes Explorados y Arruinados. Créame cuando le digo que exagerarán bastante las noticias sobre su muerte. Como la del General.*

*Si puede, venga el martes. Traiga al Aguatero, si lo prefiere. Usted puede hacer más que un paso al costado en la venganza de Carlos, señor John Kenton. Con mi ayuda puede valerse de él para lograr su sueño. Si duda de mí, piense en*

*esto: Kevin Anthony 7/7/67. Lamento si esto lo inquieta, pero no podemos perder tiempo convenciéndolo de que sé lo que sé.*

*Atentamente,*

*Tina Barfield*

# 56

journal

31 de marzo de 1981

Éste ha sido un largo día; un día terrible; un día maravilloso… un día no-sé-qué. Lo único que sé con seguridad es que estoy temblando hasta los huesos. Hasta mi propia alma. Uno puede citar despreocupadamente a Hamlet —«hay más cosas en el cielo y en la tierra que las que nunca soñaste en tu filosofía»— y no pensar nunca en lo que esas palabras significan. Y quizá un día toda la mierda se te venga encima, como la que hoy nos sepultó a Roger y mí. Y ese suelo que tan confiado caminaste durante toda tu vida de repente se vuelve transparente y comprendes que hay un pavoroso abismo allá abajo. Y lo peor de todo es que *el abismo no está vacío*. Hay *cosas* en él. No sé qué son esas cosas, pero me dan la impresión de estar hambrientas. Preferiría estar fuera de todo este lío. Y todavía queda lo que dijo Roger. Siento algo de la loca excitación que pude ver en sus ojos. Yo

Oh, muchacho, esto no está nada bien. Me estoy yendo por las ramas. Tomemos un poco de tiempo para respirar profundamente, para poder tranquilizarme, y empezar por el principio. Voy a escribirlo aunque me lleve toda la noche. De todas formas, tengo la impresión de que no me podría dormir. ¿Y sabes lo que me obsesiona? ¿Qué es lo que me sigue rondando por la cabeza como alguna especie de loco mantra? *Los Poderes Oscuros tienen que dar antes de poder recibir*. ¡Las posibilidades que encierra una declaración tan simple! ¡Si semejante y simple declaración fuera cierta!

Bien. Desde el principio.

Normalmente a la alarma le lleva cinco minutos de ininterrumpido rebuzno lograr despertarme, pero esta mañana mis ojos se abrieron de golpe por sí solos a las 6:58 AM, dos minutos antes de que sonara. Tenía la mente despejada, el estómago recuperado, no tenía señales de resaca, pero cuando me levanté dejé mi silueta oscura dibujada en la sábana; por la noche debo haber sudado más de un litro de alcohol mezclado con agua salada. Tuve sueños feos, intrincados; en uno de ellos perseguía a Ruth con alguna clase de planta venenosa, gritándole que si se comía las hojas, viviría para siempre.

—¡Tú sabes que lo quieres, perra! —le gritaba— ¡Huele las hojas! ¡Como las galletas que cocinaba tu abuela! ¿Cómo puede ser malo algo que huela así?

Me tomé una ducha rápida, unos pocos tragos de jugo directamente del cartón, y luego abrí la puerta y me fui. Roger siempre llega temprano, pero esta mañana quería ganarle.

En el autobús releí la carta de esta mujer, Barfield. Anoche, confundido por la bebida y por aproximadamente dos mil chistes de lesbianas, negros, y monjas sordas, lo único que pude ver fue el nombre de mi hermano muerto. A la monótona luz gris de una nublada mañana en New York, sentado entre la última ola de collares azules y la primera ola de collares blancos y rosas —extrañamente sereno en esa mezcla inquieta de *Posts* y *Wall Street Journals*— leí la carta de nuevo, esta vez un poco más capaz de apreciar sus múltiples rarezas. Era al nombre de mi hermano al que mis ojos aún seguían volviendo.

Caminé desde el ascensor hacia el quinto piso del 409 Park Avenue South a las 7:50 AM, seguro de haberle ganado a Roger al menos por media hora… pero las luces de su oficina ya estaban encendidas, y pude oír el lejano claqueteo de su IBM. Resultó que estaba copiando los chistes. Y aunque sus ojos estaban algo enrojecidos, no parecía más ansioso de lo que yo me sentía. Mirándolo allí sentado, sentí cierto odio aturdido hacia Harlow Enders y todos aquellos como él, tipos que —apostaría por eso—nunca leen ni uno solo de los libros que publican. La idea que tienen de un giro de página es de un informe anual de fuertes ganancias.

—Ellos no se merecen a alguien como tú —declaré.

Él miró a su alrededor, sobresaltado, y luego sonrió.

—Llegaste temprano. Pero me alegro. Tengo algo para mostrarte, John.

—Yo también tengo algo para mostrarte.

—Bien. —Empujó hacia atrás la máquina de escribir, y luego la miró disgustado—. El libro sobre el General Hecksler *va* a ser desagradable, pero el libro de chistes… hombre, este material es horrible. —Miró la hoja que estaba copiando y leyó: —«¿Cuántos Biafarans hambrientos puedes meter en la cabina de un ascensor?»

—A todos ellos —le respondí. Ahora que estábamos lejos del humo y de la risa y de los gritos que pedían bebidas y de la rockola sonando que, combinados, hacían que Flaherty sea Flaherty, el chiste no era cómico en absoluto. Era triste, feo y peligroso. El hecho de que las personas se rieran de él era lo peor de todo.

—A todos ellos —asintió suavemente—. A todos ellos.

—No tenemos porqué hacer este libro —sugerí—. Todavía no existe ningún documento, salvo un par de memos, y éstos podrían desaparecer.

—Si no lo hacemos nosotros, lo hará algún otro —explicó Roger—. Es una idea a la que le llegó la hora. Es brillante, a su propia apestosa manera. ¿Y sabes qué?

Negué con la cabeza.

—¿Quieres saber algo más? Opino que va a ser un bestseller. Y pienso que la docena o así de continuaciones que haremos van a ser bestsellers. Creo que durante los próximos dos años, los chistes sobre negros, *kikes,* ciegos, y minorías agonizantes van a estar en… boga. —Su boca dio un tirón hacia abajo… y luego se rió. Fue horrible, esa risa. Ultrajada y codiciosa. Entonces escuché que yo también me reía, y eso fue aun más horrible.

—¿Qué querías mostrarme, John?

—Esto. —Le alcancé la carta. Sus ojos fueron primero a la firma, y entonces se dilataron. Me miró y yo asentí—. La jefa de Carlos en Central Falls. Quizá no terminamos con él después de todo.

—¿Cómo consiguió tu dirección?

—No tengo ni idea.

—¿Piensas que pudiera obtenerla de Detweiller?

—Ella dice que lo odia.

—No significa que sea así. ¿Quién es Kevin Anthony? ¿Alguna idea?

—Kevin Anthony era mi hermano. Cuando tenía diez años, empezó a perder la vista en un ojo. Era un tumor. Le sacaron el ojo, pero el cáncer ya había penetrado en su cerebro. A los seis meses ya estaba muerto. Mis padres nunca lo

superaron.

El color abandonó la cara de Roger.

—Dios, lo siento. No lo sabía.

—No, claro. Hasta donde sé, nadie en New York lo sabe. Dejando de lado Central Falls. Ni siquiera se lo había dicho a Ruth.

—¿Y la fecha? Fue el…

Asentí.

—El día que murió, exacto. Por supuesto, nada de esto es *top secret*. La mujer *pudo* haberlo averiguado. Los mediums hacen su trabajo investigando el material que se supone que no conocen, y al final no termina siendo otra cosa que un trabajo de búsqueda y de investigación. Pero…

—Tú no lo crees. Y yo tampoco —Roger señaló la carta—. «Traiga al Aguatero si lo prefiere.»

—Me pregunté qué quiso decir —le dije.

—Cuando estaba en la escuela secundaria, me quedé afuera del equipo de fútbol. Me lo tomé muy en serio, y fui un tonto. No pesaba más de sesenta kilos, pero tenía la esperanza de ser… no sé… de ser la versión de Knute Rockne de la Escuela Secundaria Reading, supongo. Yo me lo tomé muy en serio, pero nadie más lo hizo. Los demás casi se mueren de la risa. El equipo, las animadoras, el grupo estudiantil completo. Seguí entrenando con el resto. Terminé siendo el aguatero del equipo. Se convirtió en mi apodo. Incluso está en el anuario. Roger Wade, Clase del ’68, Club de Drama, Club de la Alegría, Periódico. Ambición, escribir la Gran Novela Americana. Apodo, el Aguatero.

Por un momento ninguno de los dos dijo nada. Luego tomó la carta de nuevo.

—Parece dar a entender que Tripas de Hierro Hecksler todavía está vivo. ¿Crees que eso es posible?

—No veo cómo pueda ser. Pero sí *lo* comprendí, al menos un poco. No fue más que un fuego, después de todo. No quedó nada excepto cenizas y unos pocos dientes. Podría hacerse. Sugiere un grado de astucia en el que no me agrada demasiado pensar, pero sí… podría hacerse.

—Ella nos quiere en Central Falls —dijo Roger, apagando su máquina de escribir y poniéndose de pie—. Démosle lo que quiere. Aún tenemos tiempo suficiente como para mover el culo hasta la Estación Penn y tomar El Peregrino.

Podemos estar en Rhode Island para el mediodía.

—¿Y qué pasa con el libro de chistes? ¿Y con *El General del Diablo*?

—Dejemos que esos tres inútiles trabajen un poco, para variar—dijo Roger, señalando con el pulgar el corto corredor que llevaba a los despachos de los editores.

—¿En serio?

—Tan serio como un ataque cardíaco.

Y así fue. A las 9:40 estábamos caminando hacia el Peregrino de Amtrak en las entrañas de la Estación Penn, armados con revistas y rosquillas; a las 12:15 estábamos caminando en Central Falls; a la una salíamos de un taxi en la Calle Alden, delante de la Casa de Flores de Central Falls. El lugar es un saltbox de Nueva Inglaterra bastante decadente que se destaca detrás de un jardín muerto, todavía manchado con algunos copos de nieve derritiéndose. La parte trasera es un *enorme* invernadero que en realidad se extiende todo el camino hasta la calle siguiente. Sin tener en cuenta los Jardines Botánicos en d. C., es el invernadero más condenadamente grande que alguna vez haya visto. Pero a diferencia del Botánico que hay d. C., éste está sucio: las ventanas están mugrientas, algunas de ellas remendadas con cinta. Pudimos ver pequeños resplandores de calor elevándose por encima del techo; del ápice[8], si me perdonas la expresión. Durante el extraño Mardi Gras de locura de Detweiller, alguien se refirió a este edificio como una jungla —no recuerdo quién lo hizo, probablemente uno de los polis— y hoy Roger y yo pudimos ver por qué. No era sólo por el calor que subía desde los paneles de vidrio hacia el frío gris de marzo; principalmente lo era por la oscura mata de plantas que se vislumbraba detrás de esos paneles. En la deslucida luz parecían negras en lugar de verdes.

—Mi tío se volvería loco —dijo Roger—. Si aún viviera, quiero decir. El tío Ray. Cuando yo era un chico, siempre me saludaba con un «Hey, soy el tío Ray de Green Bay.» A lo cual yo tenía que contestar, «Hey, Ray, de qué me estás hablando?» Y *él* continuaba con «¿Puedes quedarte, o tienes que salir hoy?»[9]

Escuché este recuerdo un tanto extraño en silencio. Lo importante era que no podía quitar los ojos de la oscuridad, atestada de toda esa cantidad de plantas.

—De todas maneras, él era un horticultor aficionado, y tenía un invernadero. Uno pequeño. Nada que ver con esto. Vamos, John.

Yo pensé, siguiendo con el humor en verso, que se podría agregar una

estrofa, como ser: *vayamos adentro*[10], pero él siguió caminando por el sendero. Los escalones del porche estaban manchados con un poco de sal de invierno. Más allá de ellos, en la ventana de la puerta, había un anuncio de FTD con un Mercurio alado en él, y con una leyenda en que se leía ¡ENTREN, TENEMOS ABIERTO! Las palabras estaban flanqueadas por rosas.

Cuando alcanzamos los escalones me detuve por un segundo.

—Acabo de recordarlo; dijiste que tú también tenías algo para mostrarme. Allá en la oficina. Pero nunca lo hiciste.

—Así es. Creo que sería mejor mostrártelo cuando volvamos.

—¿Tiene algo que ver con el cuarto de Riddley? —No sé de dónde me vino esa idea, exactamente, pero una vez que la formulé supe que tenía razón.

—Sí. Así es. —Me miró fijamente. Allí de pie al comienzo de las escaleras, con el cuello de su gabán levantado encuadrando su rostro, y con un poco de color en las mejillas, se me ocurrió que Roger Wade era un tipo bastante guapo. Mejor parecido ahora, probablemente, que muchos de los compañeros que se burlaban de él en la escuela secundaria, llamándolo Aguatero y Dios sabe cuántas otras cosas más. Roger incluso podría averiguarlo, si volvía a alguna de sus reuniones de clase… pero esas voces de la secundaria en realidad nunca abandonan nuestras mentes, ¿no es así? Quizá lo hacen si amasas suficiente dinero y te llevas a la cama a bastantes mujeres (no sé nada sobre estas cosas, ya que soy tan pobre como tímido), pero dudo que estas voces te abandonaran incluso entonces.

—John —me dijo.

—¿Qué?

—Nos estamos demorando.

Y como supe que era cierto —ninguno de los dos quería entrar en el lugar del antiguo empleo de Carlos Detweiller, dije: —No más demoras— y subí primero los escalones.

Una campanilla tintineó sobre la puerta cuando entramos. Lo siguiente que noté fue el olor de las flores… pero no sólo flores. El pensamiento que cruzó mi mente fue *Una sala fúnebre. Una sala fúnebre en lo profundo del sur, durante una ola de calor.* Y aunque nunca he estado en el sur durante una ola de calor —nunca he estado en el sur en definitiva— supe que estaba en lo cierto. Porque había otro olor bajo el pesado perfume de rosas y orquídeas y claveles y Dios

sabe qué más. Era un olor carnoso, que bordeaba lo rancio. Desagradable. La boca de Roger se torció bruscamente hacia abajo por las comisuras. Él también lo sintió.

Probablemente por los años cuarenta y cincuenta, cuando el lugar había sido una casa de familia, el cuarto en el que entramos formaba dos habitaciones: la entrada y el pequeño salón delantero. En algún punto había sido derribada una pared, formando una gran área de ventas con un mostrador atravesado a casi tres cuartos del recorrido. Había un panel para pasar a través del mostrador, ahora levantado, y más allá de él una puerta abierta que llevaba al invernadero. Era de allí de donde venía lo peor del olor. El cuarto estaba muy caliente. Detrás del mostrador había un compartimiento de vidrio en frío (no sé si le llaman refrigerador a ese tipo de cosas; supongo que deben llamarlo así). Allí había ramilletes de flores cortadas y arreglos florales, pero el vidrio estaba tan empañado —supongo que por la diferencia de temperatura entre los dos ambientes— que apenas podía diferenciarse a las azucenas de los crisantemos. Era como mirar a través de una pesada niebla inglesa (y no, nunca he estado allí, tampoco).

A la izquierda y detrás del mostrador, sentado bajo un pizarrón en el que estaban anotados varios precios, se encontraba un hombre con el *Providence Journal* abierto delante de la cara. Solamente alcanzábamos a ver unos pocos rastros de pelo blanco flotando como hierba mala sobre un cráneo calvo. De la señorita Tina Barfield no había ni rastros.

—¡Hola! —dijo Roger vigorosamente.

El hombre del periódico no respondió. Tan sólo estaba sentado allí mostrando los titulares: REAGAN SALDRÁ DE ESTO, PROMETEN LOS DOCTORES.

—¿Hola? ¿Señor?

Ningún movimiento. Una rara idea se me ocurrió entonces: que en realidad no era un hombre sino un maniquí posando con el periódico levantado. Para cubrirse de los ladrones de tiendas, quizás. No es que los ladrones frecuentaran demasiado las florerías, pensé.

—¿Perdón? —dijo Roger, hablando aun más ruidosamente—. Vinimos para ver a la señorita Barfield.

Ninguna respuesta. El diario ni siquiera se movió.

Sintiéndome un poco como una criatura en un sueño (aunque todavía no me

había separado completamente de la realidad; a esa parte estaré llegando en breve), caminé hasta el mostrador, donde había una campanilla al lado de una tarjeta que decía POR FAVOR TOQUE PARA SER ATENDIDO. La golpeé brevemente con la palma, produciendo un único y agudo ¡*ding*! Tenía el loco impulso de anunciar «¡Al Frente, por favor!» con mi mejor voz de empleado-de-escritorio-snob-de-New-York, pero lo reprimí.

Despacio, muy despacio, el diario bajó. Cuando lo hizo, deseé que se hubiera quedado arriba. El *Journal* descendente reveló una cara que yo ya había visto antes, en las «Fotografías del Sacrificio.» En ellas aparecía distorsionada por el dolor, el horror, y la incredulidad. Ahora, la cara de Norville Keen, autor de perlas tales como «Para qué describir a un invitado cuando puedes verlo a ese invitado», era un absoluto espacio en blanco.

No. Eso no es lo correcto.

Mierda

(*más tarde*)

Permanecí sentado delante de esta pequeña y piojosa Olivetti durante casi cinco minutos, tratando de imaginar cuál podría ser la mejor manera de describirlo, y la mejor que pude encontrar es laxo. La cara del hombre no estaba simplemente desprovista de expresión, me entiendes, sino aparentemente desprovista también de la tensión muscular. Acaso siempre fue una cara larga, pero ahora parecía absurdamente larga, casi como una de esas caras que se vislumbran en uno de aquellos engañosos espejos de feria. Colgaba de su cráneo como masa colgando del borde de un cuenco de mezcla.

Noté que Roger contuvo la respiración a mi lado. Más tarde me dijo que al principio pensó que estábamos viendo un caso de Alzheimer, pero creo que fue una mentira. Somos hombres modernos, Roger y yo, un par de cristianos que vivimos en la gran ciudad, que pasamos nuestros días bajo los principios de la ley y la suposición de… ¿como podría explicarlo? De que existe una realidad material. No creemos que la realidad sea benigna, pero tampoco la encontramos verdaderamente maligna. Todavía tenemos nuestra memoria racial, por supuesto, y está íntimamente relacionada con los órganos de nuestro instinto animal. Ese órgano que se alimenta de lo suprarrenal dormita la mayor parte del tiempo, pero está allí. El nuestro despertó en el despacho de la Casa de Flores de Central Falls y nos dijo a ambos la misma cosa: que el hombre que nos miraba desde esos

inexpresivos y polvorientos ojos negros no estaba para nada vivo. Que era, de hecho, un cadáver.

(*más tarde*)

No he cenado y tampoco quiero nada; tal vez me vuelva el apetito cuando haya terminado con esto. De todas formas, recién fui a la vuelta de la esquina por un exprés doble, y ya me está despabilando. Hizo que me reanimara un poco. Y sin embargo —para hablar con la verdad, y que se avergüencen los demonios — me encontré prácticamente corriendo de farol en farol, escapándomele a la oscuridad, sintiéndome observado. No por alguna otra persona (por cierto que no percibí que Carlos Detweiller me acechara, tal vez con un par de buenas y afiladas tijeras de podar) sino por la misma oscuridad. Esos órganos del instinto que mencioné están ahora totalmente despiertos, como puedes ver, y lo que menos les gusta es la oscuridad. Pero ahora que estoy de nuevo en mi confortable cocina, bajo el brillo de la luz fluorescente, y con media taza de un cargado y caliente café en mi mano derecha, las cosas mejoraron.

Porque, sabes, *hay* un lado bueno en todo esto. Ya lo verás.

¿Bien, dónde estaba? Ah sí, ya sé. El periódico bajo y la pálida mirada fija. La mirada fija y *laxa*.

Al principio ni Roger ni yo pudimos decir nada. Al hombre —al señor Keen — no parecía importarle; él solo estaba sentado en su taburete junto a la caja registradora, mirándonos fijamente con el periódico arrugado en el regazo en vez de adelante de su cara. La página en que lo tenía abierto parecía ser un anuncio a doble página de un distribuidor de automóviles. Pude ver las palabras REHÚSESE A SER ESTAFADO.

Finalmente reaccioné.

—¿Es usted el señor Keen? ¿El señor Norville Keen?

Nada. Tan sólo esos ojos fijos. Me parecían tan polvorientos como piedras en un foso seco.

—Usted vive en el edificio de Carlos, verdad? —pregunté— ¿De Carlos Detweiller?

Nada.

Roger se inclinó hacia adelante y habló muy despacio y claramente, como lo haría alguien que se dirige a un hombre del que se cree que es sordo, retrasado mental, o ambas cosas.

—Estamos… buscando… a… Tina… Barfield… ¿Está… aquí?

Al principio tampoco hubo respuesta. Estuve a punto de probar mi suerte (todo el tiempo pensando en algún lugar en el fondo de mi mente que no estaba nada bien tratar de extraer información de un muerto; la gente lo ha estado intentando durante años sin éxito), cuando, muy despacio, el señor Keen levantó una mano. Llevaba una camisa blanca de mangas cortas, y los músculos de su antebrazo colgaban flojos, como si se bambolearan desde el hueso. Señaló con un largo y amarillo dedo, y pensé El Fantasma de la Navidad Acaba de Llegar, señalando implacablemente a la tumba olvidada de Ebeneezer Scrooge. No era una tumba a la que el señor Keen estaba apuntando, sino a la puerta abierta del invernadero.

—¿Allí está ella? —preguntó Roger en un demencialmente cordial tono de voz; era como si compartiéramos un chiste muy poco gracioso. P. ¿Cuántos hombres muertos se necesitan para manejar un invernadero? R. Sólo Norv.

No hubo respuesta por parte del señor Keen. Salvo por el dedo que apuntaba, claro está. Es imposible comunicar cuán misterioso era. Me he preguntado una y otra vez si respiraba, *y simplemente no lo sé*. Es el dedo señalando lo que mejor recuerdo: la uña estaba mellada y astillada, como si se la hubiera roído. Y sus ojos. Esas polvorientas, inexpresivas piedras que eran sus ojos.

—Vamos —dijo Roger, y pasó a través del panel levantado.

Comencé a decir, «¿De verdad te parece que está bien…» pero era obvio que Roger pensaba que *era* una buena idea, porque siguió caminando. O quizá sólo decidió que era la única idea. Y, como no quería quedarme bajo la mirada fija y sin parpadeos del señor Keen, lo seguí.

Me precipité a través del hueco en el mostrador con la cabeza ligeramente baja, y como resultado corrí derecho a la espalda de Roger y por poco no lo choqué. Algo lo detuvo de golpe unos tres metros dentro del invernadero, y cuando levanté la cabeza para mirar, vi de qué se trataba.

Y aquí descubro que las habilidades descriptivas de John Kenton son absolutamente inadecuadas para expresar lo que vimos en ese condenado lugar. Obtuve una A en todos mis cursos de composición, he publicado una buena cantidad de historias sentimentales en un buen número de «pequeñas revistas» sentimentales (aunque ninguna últimamente, como si el hecho de publicar los libros de Macho Man y Viento Flotante hubiera adormecido de manera

considerable mi apetito por la escritura), y en la Brown fui considerado como el principal candidato a ser uno de los leones literarios de América, en los últimos años del siglo veinte. Uno puede seguir creyéndolo hasta que se pone a prueba. Hoy fui probado, y esta noche tuve lo que quería. Incluso creo que si un Mailer o un Roth o un Bellow hubieran estado esta tarde con nosotros, cuando entramos en el invernadero que corre entre Alden Steet y Isle Avenue (donde termina en un alto cerco de tablas cubierto con carteles de PROHIBIDO EL PASO), cualquiera de ellos se habría sentido igual de acobardado ante la tarea de describir lo que había del otro lado de esa puerta. Quizás sólo un poeta —un Wallace Stevens o un T. S. Eliot— hubiera podido realizar la tarea. Pero como ellos no están aquí, tendré que hacer lo mejor que pueda.

La sensación predominante fue la de haber traspasado la frontera a otro mundo, hacia un pesadillesco ecosistema de helechos gigantes, árboles prehistóricos, y lujurioso verdor alienígena. No estoy diciéndote que no reconocí ninguna de las plantas, porque lo hice. Bordeando el pasillo central, por ejemplo, tan atestado que caminar de otra manera que no fuera en fila hubiera resultado casi imposible, estaban lo que tomé como helechos comunes, aunque crecidos hasta un tamaño y altura descomunales (Roger lo confirmó al decirme que en su mayor parte eran Boston anormalmente crecidos y helechos cabellos de doncella). Además de rematar el pasillo en cuyo comienzo estábamos parados, sus presuntos vástagos —rizomas, si recuerdo la palabra que Roger utilizó— serpenteaban como una mata de tentáculos de algún tipo, por entre los agrietados azulejos de un color naranja sucio.

Más allá de ellos y a ambos lados, sobresaliendo en algunos casos toda la distancia que los separaba de los sucios paneles de vidrio del tejado, había palmeras con plantas de bananas (algunas de ellas repletas de diminutos manojos de colgantes plátanos verdes que parecían capullos de insectos), y grandes rododendros, verdes en su mayor parte, aunque florecidos aquí y allá en retorcidas masas de azalea. De alguna manera, estos colosales grupos de vegetación asustaban por su vitalidad; su atestado verdor parecía amenazar, prometiendo provocar en tu cabeza y nariz cada alergia dormida… no sin antes envolverte y aplastarte hasta la muerte, claro. Y estaba caliente. Podría haber treinta grados o así en la oficina, pero aquí rondaba los treinta y cinco o quizá incluso cuarenta. Humeante, además, el aire desprendía humedad.

—Uau —dijo Roger con una voz diminuta, casi jadeante. Se quitó el gabán con los lentos movimientos de un sonámbulo, y yo lo imité. —Por Cristo, Johnny. Por Cristo nuestro Señor. —Empezó a bajar por el pasillo, rozando las ramas que colgaban de los grandes helechos con su chaqueta, que se había echado sobre el brazo, y echando una mirada a su alrededor con ojos dilatádos, incrédulos.

—Roger, quizá no sea una buena idea —dije—. A lo mejor deberíamos… —Pero no me prestaba atención, así que me apresuré detrás de él.

Alrededor de diez metros más allá, un nuevo pasillo cruzaba el que habíamos empezado a recorrer. Como para agregarle un surrealista toque final, había una señal de tránsito plantada en el barro, de este lado de la intersección. Una flecha que apuntaba directamente hacia adelante decía AQUÍ. La otra que apuntaba a ambos caminos a lo largo del cruce del pasillo decía ALLÍ y ALLÁ. Habría sido agradable creer que alguien tenía cierto sentido del humor, quizás inspirado por Lewis Carroll, pero yo, de hecho, no lo creí. Por alguna razón, las señales parecían mortalmente serias. (Aunque admito sin problemas que pudo haber sido tan sólo mi percepción; digamos que no estaba en un estado mental capaz de apreciar el ingenio).

Alcancé a Roger y le sugerí de nuevo que regresáramos. Él pareció no oírme.

—Esto es irreal—dijo—. Johnny, esto es absolutamente *irreal*.

No podría decidir si me agradó que me llamara Johnny; es un diminutivo que no escucho desde la primaria. En cuanto a la calidad irreal del invernadero de la señorita Barfield, no pareció requerir ningún comentario. Era algo evidente, y no sólo ante nosotros, sino también a nuestro alrededor. Ya sudaba a través de la camisa, y los latidos del corazón me retumbaban en los oídos como un tambor.

—Allí hay un heliotropo —dijo, señalándolo—. Un hibisco está creciendo por detrás él. Absolutamente *florecientes*. ¿Puedes sentir el olor del ’bisco?

Sentía al hibisco, claro, mas una docena de otras fragancias florales y/o herbáceas, algunas tan suaves como un atardecer en la Polinesia, otras ásperas y amargas. Un abeto enano y un gran árbol de tejo crecían en la esquina donde estábamos parados, pareciendo querer alcanzarnos con sus espesas ramas. Pero por debajo de toda la mezcla de olores estaba aquel otro, ese olor mortuorio y carnoso.

*Una ola de calor allá en el sur*, pensé. *Primero el choque de trenes, luego la*

*falla de energía. Ahora hay cuarenta cuerpos allí abajo, mutilados y comenzando a apestar. Incluso con todas las flores. Algunos de los cadáveres con sus ojos abiertos, polvorientos y blancos, como piedras en un foso seco…*

—Roger…

Dejé de mirar el enredo de tejos y abetos (no podía entender por qué razón alguien querría plantar árboles como esos en un invernadero, pero allí estaban) y descubrí que Roger se había ido. Estaba solo.

Entonces vi apenas un atisbo de su gabán a mi derecha, a lo largo del pasillo marcado ALLÍ. Empecé a correr detrás suyo, luego me detuve, metí la mano en mi bolsillo, y saqué un papel arrugado. Era, de hecho, mi copia del memo de Harlow Enders, el de la maníaca petición en que nos decía que o ubicábamos tres bestsellers en el *New York Times* o salíamos a ventilar nuestros culos flacos a la calle, lo que fuera que resultara más productivo. Arranqué un pedazo del borde del memo, lo estrujé, y lo tiré en el centro de la intersección de AQUÍ, ALLÍ, y ALLÁ. Lo observé rebotar hasta detenerse en los sucios azulejos, y después corrí en busca de Roger. Me sentí como un absurdo Hansel abandonado por Gretel.

En la Calle ALLÍ, los helechos y la hiedra de Boston se apiñaban aun más juntos unos con otros; las hojas hicieron un desagradable sonido susurrante cuando rozaron la tela de mi cada vez más húmeda camisa. Vi delante mío otro revoloteo del gabán, y uno de los zapatos de Roger antes de que girara de nuevo, esta vez a la izquierda.

—¡*Roger*! —grité— ¿*Por el amor de Dios, puedes esperarme*?

Arranqué otro pedazo de papel del memo de Enders, lo dejé caer, y troté a lo largo de la nueva senda, siguiendo a Roger. Aquí el camino no estaba flanqueado por helechos pero sí por cactus sobredimensionados, de un verde brillante en sus bases, marchitándose hasta una desagradable sombra amarilla en sus extremos, echando ramas como si fueran brazos corvos, todas ellas acorazadas con gruesas agujas que terminaban en unas puntas asquerosas. Como las ramas de los helechos, éstas parecían meter la mano en el camino. Sin embargo, el rozar de los brazos del cactus no produciría sólo un bajo y susurrante sonido; si llegaras a tocarlos, correría la sangre. *Si crecieran un poco más cerca, una persona no podría atravesar el camino*, pensé, y entonces se me ocurrió que si Roger y yo intentábamos desandar este sendero, encontraríamos el pasillo obstruido. Este

lugar era un laberinto. Una trampa. Y estaba *vivo*.

Me di cuenta de que podía escuchar algo más que los latidos de mi corazón. También había un sonido bajo, gorgoteante, como si alguien de pocos modales estuviera sorbiendo una sopa. Sólo que parecían ser un *montón* de «alguien».

Entonces se me ocurrió otra idea: aquel de adelante no era Roger en absoluto. Roger había sido atrapado en la selva, y yo estaba persiguiendo a alguien que había robado su abrigo y uno de sus zapatos. Estaba siendo atraído, atraído al centro, donde alguna gigantesca planta carnívora esperaba por mí, una boca voladora de venus, una planta carnívora, tal vez algún tipo de parra homicida.

Pero llegué a la esquina siguiente (un cartel señalaba esta triple intersección como AL OTRO LADO, ATRÁS, y MÁS ALLÁ) y Roger estaba allí parado, con el saco ahora colgando de una mano, y con la camisa mojada en su espalda, formando una oscura forma de árbol. Casi esperaba verlo de pie en la orilla de un río selvático, un perezoso afluente del Amazonas o del Orinoco que atravesara lentamente el centro de Central Falls, Rhode Island. No había ningún río, pero los olores eran más densos y picantes, y ese tufo a carne corrompida era aun más fuerte. La combinación era lo suficientemente amarga para hacerme picar la nariz y lagrimear los ojos.

—No te muevas hacia tu derecha —me dijo Roger, hablando de forma casi distraída—. Zumaque venenoso, roble venenoso, e hiedra venenosa. Todos creciendo juntos.

Yo miré y alcancé a ver un aglutinado montón de brillantes hojas, muy verdes, con un poco de malsano color escarlata, que casi parecían gotear sus venenosos aceites. *Toca esa mierda y te rascarás durante un año*, pensé yo.

—Johnny.

—Tenemos que salir de aquí —dije. Luego agregé: —Es decir, si podemos encontrar nuestro camino.

¿Por qué habíamos entrado aquí, en primer lugar? ¿Por qué, cuándo el tipo que nos señaló el camino estaba tan evidentemente muerto? No tenía ni idea. Debíamos estar embrujados.

Por cierto que Roger Wade parecía embrujado. Pronunció mi nombre de nuevo.

—Johnny —como si yo no hubiera dicho nada.

—¿Qué? —le pregunté, mirando con desconfianza la brillante masa mezclada de roble venenoso, zumaque, y hiedra. Ese sonido absorbente y baboso parecía más cerca ahora. Era la planta devoradora de hombres, sin duda, ansiosa por su comida. *Tarta* de editores de New York, qué rico.

—Son todas venenosas —dijo con esa misma voz soñadora—. Veneno o alucinógeno o ambos. Ésa es una datura, allí, una mala hierba comúnmente llamada jimson… —señalaba una sucia maraña verde que parecía una piscina de agua estancada— y darlingtonia… un hierbajo joe-pye… allí hay una nicotiana y una belladona… foxglove… euphorbia, la versión peligrosa de una poinsettia… Cristo, me parece que aquella es una cereus de flores nocturnas. —Señalaba una inmensa planta de flores herméticamente cerradas en esa opaca luz gris. Roger se volvió hacia mí—. Y muchas otras que no conozco. Montones de ellas.

—Puede reconocer el anthurium, por supuesto —dijo una voz divertida detrás nuestro.

Nos dimos vuelta y allí estaba esa pequeña mujer de cara varonil y cuerpo bajo y rechoncho, de pelo encanecido. Llevaba puesta una boina de gamuza gris y fumaba un cigarrillo. No parecía acalorada en lo más mínimo.

—*Esa* no es peligrosa, aunque desde ya, las hojas del ruibarbo podrían cortarle la digestión —y no me sorprendería que de manera permanente— y las vainas de la wisteria también son bastante asquerosas. ¿Quién de ustedes es John Kenton?

—Soy yo —le dije—. Y usted es la señora Barfield.

—Señorita —corrigió ella—. No compro esa mierda educadamente correcta. Nunca lo hice. Y su colega no debería estar aquí.

—Lo sé —dije desconsoladamente.

Podría haber agregado algo más, pero antes de que lo hiciera, Tina Barfield hizo algo asombroso. Levantó un pie calzado con un sobrio zapato negro, inhaló del cigarrillo, y lo sostuvo a su lado, donde una pesada rama con vainas de algún tipo que colgaban sobre el sendero (yo ya no podía pensar en él como en un pasillo, por más que estuviera embaldosado con esos resquebrajados restos de azulejos anaranjados; estábamos en la selva, y cuando estás allí son senderos los que sigues, no pasillos… si, es decir, tienes la suerte suficiente como para encontrar uno). Una de las vainas se hendió, transformándose en una boca pequeña, ávida. Se comió el extremo del cigarro que todavía ardía en su mano y

luego se cerró de nuevo.

—Buen Dios —dijo Roger con voz ronca.

—Es del tipo de las atrapamoscas —dijo la mujer con indiferencia—. Un bicho tonto que se come cualquier cosa. Uno se imaginaría que podría ahogarse, pero no. Ya que están aquí, permítanme mostrarles algo.

Ella se adelantó y siguió por el sendero, sin siquiera mirar atrás para asegurarse de que la estuviéramos siguiendo… lo cual estábamos haciendo. Dobló a la izquierda, a la derecha, luego a la derecha de nuevo. En todo ese rato aquellos desacompasados sonidos absorbentes se volvieron más poderosos. Noté que ella vestía un traje con pantalones color arándano, todo tan sobrio como sus zapatos. Está vestida, pensé, como una mujer que tiene lugares adonde ir y cosas que hacer.

Puedo recordar ahora lo asustado que estaba, pero sólo de manera imprecisa. Cuán seguro estaba de que nunca saldríamos de ese horrible lugar humeante. Entonces la mujer dobló una última esquina y se detuvo. Nos reunimos con ella.

—Mierda… santa —susurré.

El caminó terminó delante nuestro. O quizás estaba demasiado cubierto de vegetación. Las plantas que bloqueaban el camino eran de un sucio negro grisáceo, y de las flores de sus ramas brotaba —*supongo* que eran flores— el rosa rojizo de las heridas infectadas. Eran largas, como las azucenas a punto de florecer, y se abrían y cerraban muy despacio, emitiendo esos sonidos succionantes. Sólo que ahora que estábamos allí, ya no sonaba como si succionaran. Parecía como si estuvieran *hablando*.

Aquí llega un punto en el que la mente se derrumba o se cierra sobre sí misma. Ahora lo sé. Me vi repentinamente colmado de una especie de calma surrealista que nunca antes había experimentado. En cierto nivel, yo sabía que me encontraba allí, observando esas flores horrorosas, que hablaban lentamente. Pero en otro, lo rechacé por completo. Yo estaba en casa. En mi cama. Tenía que estarlo. La alarma no me había despertado, era así de simple. No iba a llegar a la oficina antes que Roger como hubiera querido, pero igual estaba bien. *Más* que bien. Porque cuando finalmente *me* despertara, todo esto habría desaparecido.

—En el nombre de Dios… ¿Qué son esas cosas? —preguntó Roger.

Tina Barfield me miró con las cejas levantadas. Era la expresión que pone un maestro al preguntarle al estudiante que debería conocer la respuesta.

—Esas son las Lenguas —dije—. ¿Recuerdas la carta? Decía algo sobre las Lenguas que habían empezado a menearse.

—Bien dicho —dijo la mujer—. Quizá no sea tan estúpido como cuando Carlos entró en contacto con usted.

Por un momento nadie dijo nada. Simplemente nos quedamos los tres mirando esas flores que se abrían y se cerraban, con sus entrañas escarlata parpadeando. El suave sonido susurrante, sin dientes, me hizo sentir como si presionara mis manos sobre los oídos. Casi eran palabras, verás. Una charla casi real.

Oh, mierda. Olvídalo. Era una charla real.

—¿Lenguas? —preguntó Roger por fin.

—Son la lengua de la viuda —respondió Tina Barfield—. Conocida en algunos países europeos como lengua de bruja o la perdición de la vieja arrugada. ¿Tiene idea de sobre qué están hablando, señor Kenton?

—Sobre nosotros —dije—. ¿Podemos salir de aquí? Me siento como si estuviera por desmayarme.

—Y yo también, de verdad —agregó Roger.

—Irnos sería lo más prudente. —Ella señaló con el brazo a su alrededor, como para abarcar a todo ese mundo de plantas húmedas y poderosos hedores—. Éste es un lugar hechizado, y siempre lo fue. Ahora está más hechizado que nunca. De hecho, es bastante peligroso. Pero necesitaban verlo para poder entender. Los Poderes Oscuros se han desatado. El hecho de que fuera un tonto del culo sin cerebro como Carlos quien los liberara da lo mismo. Él lo pagará, por supuesto. Pero mientras tanto, es imprudente provocar demasiado a ciertas fuerzas. Vengan, muchachos.

No me gustó que me llamara muchacho, pero estaba más que ansioso por seguirla, créeme. Ella nos condujo rápidamente y sin vacilaciones. En cierto momento pude ver claramente cómo una raíz que llegaba serpenteando desde el follaje del costado izquierdo de la calle ALLÍ se le enroscaba alrededor del zapato. Ella le dio un tirón impaciente, zafando el pie de la raíz sin echarle siquiera un vistazo. Y durante todo el tiempo podíamos oír ese bajo, susurrante, y absorbente sonido detrás nuestro. Las Lenguas, meneándose.

Yo buscaba los arrugados bollitos de papel que había dejado caer, pero habían desaparecido. Algo los había agarrado, así como la raíz había agarrado el

zapato de Tina Barfield, y había arrojado mis señales lejos, en algún lugar entre la maleza.

No estaba sorprendido. Si en ese momento hubiera aparecido entre los arbustos John F. Kennedy paseando del brazo con Adolf Hitler, no creo que me hubiera sorprendido.

Se me terminó el café exprés. Prometí que esta noche me mantendría apartado de la bebida, pero en la cocina tengo una botella de escocés y necesito un poco, después de todo. Ahora mismo. Para propósitos medicinales. Si no logra otra cosa, quizás al menos acabe con el temblor de mis manos. Me gustaría terminar de escribir esto antes de la medianoche.

(*más tarde*)

Aquí estoy. Gracias a los poderes restauradores del Dewers, terminaré a la medianoche. Y no es que esté siendo demasiado minucioso, créeme. Estoy escribiendo tan rápido como puedo, poniendo todo aquello que siento que es absolutamente esencial… y escribirlo me hace sentir extrañamente bien, como si recuperara alguna emoción que creía perdida para siempre. Todavía estoy devanando los eventos del día, y tengo cierta sensación de haberme librado de mil cosas que siempre asumí como afianzadas —toda una manera de pensar y percibir— pero también siento una innegable alegría. Aunque más no sea, al menos tengo algo que agradecer: el recuerdo de Ruth Tanaka apenas se me cruzó por la mente. Esta noche, cuando pienso en Ruth, me parece muy pequeña, como una persona vislumbrada a través del extremo equivocado de un telescopio. Cosa que, me parece, es un alivio.

Regresamos a la oficina en poco tiempo, siguiendo bien de cerca los talones de Tina Barfield. La oficina parecía calurosa al entrar desde la calle, pero después de volver del invernadero se sentía indudablemente helada. Roger volvió a ponerse su abrigo, y yo lo imité.

El viejo estaba sentado exactamente donde lo habíamos dejado, sólo que con el diario otra vez alzado delante del rostro. Barfield nos llevó más allá de él (lo esquivé al pasar a su lado, recordando esa película de horror donde la mano sale disparada de la tumba y agarra a uno de los adolescentes) hasta una oficina más pequeña.

Este cuarto contenía un escritorio, una silla plegable metálica, y un tablón de anuncios. La superficie del escritorio estaba vacía salvo por un cenicero con un

par de colillas aplastadas y un cesto de ENTRADAS/SALIDAS con nada en ambas bandejas. El tablón de anuncios estaba vacío salvo por un pequeño grupo de chinchetas en la esquina inferior. Había unos pocos ganchos para cuadros alrededor de las paredes, cada uno localizado en un cuadrado de empapelado de un color crema vagamente más lustroso. Situadas junto a la puerta había tres maletas preparadas, del mismo color arándano que el traje de la mujer, pero apenas necesité mirarlas para entender que Tina Barfield no se quedaría mucho tiempo más en la Casa de Flores… ni en Central Falls. Supongo que hay algo en el viejo «Soretito» Kenton que hace que las personas quieran ponerse sus zapatos boogie para largarse del pueblo. Se trata de una tendencia que comenzó con Ruth, ahora que lo pienso.

Barfield se sentó en la silla junto al escritorio y buscó intensamente sus cigarros en el bolsillo de su chaqueta.

—Les pediría que se sentaran, muchachos —dijo—, pero como pueden ver, los asientos son limitados. —Mientras sacaba un cigarrillo del paquete, miró críticamente a Roger—. Usted se ve como la mierda, señor… no conozco su nombre.

—Roger Wade. Y me siento como la mierda.

—¿No estará por desmayarse, verdad?

—No lo creo. ¿Podría convidarme un cigarrillo?

Ella lo consideró, y luego le ofreció el atado. Roger tomó uno con una mano que estaba bastante lejos de aparentar firmeza. Ella me ofreció el atado. Empecé a rechazarlo, pero tomé uno. En la universidad fumaba como una chimenea —parecía ser lo que tenías que hacer si eras alguien creativo, como dejarte el pelo largo y usar vaqueros— pero no volví a hacerlo desde entonces. Éste parecía ser un buen momento para empezar de nuevo. Como podría decir en el *Necronomicón* de H. P. Lovecraft, Cuando las Lenguas se menean, verás, el antiguo fumador volverá a sus malignos hábitos; incluso hasta a tres atados un día, él volverá. Y ya que estoy con este tema, también podría confesar que ese exprés doble no fue lo único que compré en la pequeña fiambrería coreana de la vuelta de la esquina; también me anoté un atado de Camels. Sin filtros. Si no elige Ir, si no junta los doscientos dólares, vaya directamente al Cáncer Pulmonar.

La antigua jefa de Carlos sacó una carterita de fósforos de debajo del celofán

del paquete, encendió uno, y luego prendió el cigarrillo de John y el mío. Hecho esto, agitó el fósforo, lo dejó caer en el cenicero, rascó otro, y encendió su propio cigarrillo.

—Nunca enciendas tres con un solo fósforo —dijo—. Trae mala suerte. Sobre todo cuando te vas de viaje. Cuando viajen, muchachos, necesitarán toda la suerte que puedan conseguir.

Aspiré una profunda bocanada, esperando que me doliera la cabeza. No me dolió. Ni siquiera tosí. Fue como si nunca lo hubiera dejado. Puede que eso sea todo lo que se necesite decir sobre el estado de mis emociones y de mi mente.

—¿A dónde se va? —le preguntó Roger.

Ella lo miró fríamente.

—No necesita saberlo, amigo mío. Lo que necesita saber puedo decírselo en cosa de cinco minutos. Lo cual es bueno. —Echó un vistazo a su reloj—. Ahora es justo la una y cuarto…

Sobresaltado, miré mi propio reloj. Ella tenía razón. Sólo había pasado una hora desde que nos bajáramos de El Peregrino. Muchas cosas habían pasado desde entonces. Éramos hombres más viejos y más sabios. Y también hombres más asustados.

—… y le dije a la compañía de taxis que mande rápidamente a alguien aquí a la una y media. Cuando esa bocina suene, muchachos, la conferencia habrá terminado.

—¿Usted es una bruja, no es cierto? —pregunté—. Usted es una bruja, Carlos es un brujo, y de verdad hay una especie de aquelarre funcionando en Central Falls. Es como en… —Pero en lo único que podía pensar era en *El Bebé de Rosemary*, y parecía estúpido.

Agitó su mano con impaciencia, dejando detrás un sendero de humo azul grisáceo.

—No perderemos el tiempo repitiendo siempre lo mismo ¿no? Eso sería *tonto*. Si quiere llamarme bruja, bien, sí, soy una bruja. Y si quiere llamar aquelarre a un grupo de personas que utilizaban juntos la tabla Ouija y que comían endemoniados sandwiches de jamón, puede hacerlo. Pero no cometa el error de llamar brujo a Carlos. Carlos es un idiota. Pero un idiota *peligroso*. Un idiota *poderoso*. Por suerte para ustedes, muchachos, también es una especie de ganso dorado. O podría serlo. Carlos es como alguna de las cosas que hay allí en

el invernadero. Como el foxglove, por ejemplo. Cómetelo en los bosques, y tu corazón se detendrá como un reloj de bolsillo barato. Pero si lo procesas y le inyectas…

—Abracadabra —dijo Roger.

—Alcáncele a este chico su muñeca —dijo ella, disgustada—. No tengo tiempo como para contarles la historia completa de las Artes y los Poderes de la Oscuridad, y no lo haría incluso si lo tuviera. Salvo por los geeks y los dweebs, es tan aburrida como cualquier otra. Además, no me creerían ni la mitad.

—Después de lo que vimos allí dentro, un poco le creería —murmuró Roger.

Inhaló el cigarrillo, expulsando el humo por sus fosas nasales, como si fueran dos jets gemelos.

—¡Bolchevique! La gente siempre está diciendo algo así, pero no lo dicen en serio. No lo creerían ni por un minuto. Acéptemelo, muchachote, que usted no se tragaría ni la mitad de la historia. Pero quizá en este momento crea lo suficiente como para prestar atención a lo que le digo. La cual es la razón por la que lo traje aquí, ¿de acuerdo?

Aplastó el cigarrillo en el cenicero y nos miró a través de la nube de humo.

—Lección uno, chicos: sea lo que sea lo que Carlos les haya dicho, tómenlo como la pura verdad. Es demasiado tonto como para mentir. Cualquier cosa que hayan visto en esas fotos que él les envió, considérenlo la pura verdad, también. En cuanto a la planta que les mandó… ¡úsenla! ¿Por qué carajo no? Ustedes tendrían que conseguir *algo* de este asunto, al menos por la molestia que les causó. Úsenla, tengan cuidado con ella, y no le permitan que crezca demasiado. La Ouija dice A SALVO —yo la consulté— así que, por el momento, ustedes están bien. Habrá derramamiento de sangre, es inevitable, pero a menos que consigan ayuda, las fuerzas oscuras sólo pueden atraparse a si mismas. Con tal de que su nueva planta no obtenga sangre inocente, todo estará tranquilo… por lo menos en el corto plazo. La Ouija dice A SALVO. Aunque claro que si juegan con cuchillos demasiado tiempo, tarde o temprano alguien va a cortarse. No es más que un hecho de la vida. El punto es este: una vez que tengan lo que necesiten, denle a esa planta una buena ducha de DDT. No sean ambiciosos. Y *adiós* hiedra. *Adiós* Carlos.

—Pero no *hay* ninguna planta —dije—. Es decir, él me escribió una carta en la que prometía enviarme una, pero usó un seudónimo bastante penoso que

descubrí en seguida. Le envié a Riddley, el encargado de nuestra sección del correo, un memo en el que le ordené que la tirara al incinerador, si llegara. Hasta donde yo sé, nunca llegó.

—Vino —dijo Roger disimuladamente.

—¿Lo hizo? ¿Cuándo? Debe haber sido después de que Riddley se fuera al funeral de su mad…

—No —dijo Roger—. Llegó antes. Riddley la tiene en una pequeña maceta, que está casi totalmente desbordada. La maldita cosa se está extendiendo como una cizaña —miró a Tina Barfield—. Si me disculpa la expresión.

—¿Por qué no? *Es* una cizaña. Una forma de hiedra bastante particular, importada de… bueno, de otro lugar. Dejémoslo ahí, muchachos, ¿qué les parece?

—En el transcurso del discurso rápido, supongo que Buttwheat dijo otay —replicó Roger, y yo solté una sincera y sorprendida carcajada. Uno o dos segundos después, Tina Barfield se nos unió. No nos hizo amigos, Dios sabe que no, pero tranquilizó un poco el ambiente. Restauró el sentido de la lógica, sin importar qué tan ilusorio pudo haber sido.

Roger se volvió a mí, luciendo ligeramente ensalzador.

—Eso era lo que pensaba a mostrarte esta mañana —me dijo—. La planta en el cubículo de Riddley. Sentía curiosidad sobre los memos de Herb y Sandra… y sobre los agradables olores que dijeron que venían de allí… y bajé a echar un vistazo. Yo…

—Quizá, muchachos, puedan ponerse al día con sus cosas cuando vuelvan a New York en el Metropolitano —dijo Barfield—. Estoy segura de que hará que los kilómetros se pasen volando. Yo haría lo mismo. Y el *tempus* sigue *fugit*. ¿Alguien quiere un poco más de nicotina?

Ambos aceptamos otro cigarrillo; así que nos convidó. Acto seguido, el ritual de los dos fósforos.

—¿Cómo sabe que nos volvemos en el tren? —le pregunté—. ¿Se lo dijo la OUIJA?

—Leí aquellos libros de *Viento Flotante* —reveló, sin que viniera a cuento —. El romance está bien, pero lo que realmente me gusta es el sexo rudo. —Nos examinó con ojos brillantes, quizás intentando decidir si alguno de nosotros sería capaz de tener sexo rudo—. Sin embargo, no necesito la tabla Ouija para saber

que un par de tipos que trabajan para la compañía que publica *eso* probablemente no vendrían hasta aquí en avión.

—Muchas gracias, querida —dijo Roger. No parecía divertido; se veía genuinamente enfadado.

—Lo que quiero saber —dije— es por qué está ayudándonos.

—Buena pregunta —coincidió Roger—. Tengan cuidado con los regalos producidos por los griegos y todo eso. Como mínimo, usted se debe estar cagando de risa de nosotros. Después de todo… —echó una mirada a la oficina desnuda— …por cómo luce esto, parece como si hubiera cambiado su estilo de vida.

—Si —convino, y mostró una sonrisa con dos filas de diminutos pero afilados dientes—. Déjeme fuera de la cárcel, eso es lo que usted quiso decir. Lo que estoy tratando de hacer es retribuirle. También intentar ponerme a salvo de Carlos. De quien, a propósito, muy pronto estarán leyendo la noticia de su muerte. Me sorprende que todavía no haya muerto. Ha salido del círculo protector. Hay *cosas* allí afuera —señaló con su cigarrillo hacia el invernadero… y también, sospecho, a algún horrible lugar más allá de él—, y están todas hambrientas. Cuando Carlos le envió esas fotos, y su estúpido manuscrito, y finalmente la planta, él se entregó a esas cosas. Pero vivo o muerto, todavía puede atraparme. A menos que, es decir, yo haga un Buen Giro genuino. —Oí claramente las mayúsculas en su voz. Lo mismo hizo Roger; se lo pregunté más tarde—. Que justamente es lo que estoy intentando hacer.

Ojeó de nuevo su reloj.

—Escúchenme, muchachos, y no hagan preguntas. El poder de Carlos le vino de su madre, que no era ninguna tonta… salvo por el ciego amor que sentía por su hijo, quien finalmente consiguió matarla. Desde 1977, cuando pasó aquello, nuestro grupo —el aquelarre, si les gusta, aunque nunca nos llamamos así— ha estado en poder de Carlos Detweiller. Hay una historia de un hombre llamado Jerome Bixby titulada «Es una *Buena* Vida.» Léanlo. La situación en esa historia era igual a la nuestra. Carlos asesinó a su madre; por accidente, estoy casi segura, pero de todas formas lo hizo. Mató a Don, mi marido, y ése no fue ningún accidente. Ni tampoco lo que le ocurrió a Herb Hagstrom. Supuestamente, Herb era el mejor amigo de Carlos, pero tuvieron una discusión y hubo un accidente de auto. Herb terminó decapitado.

Roger hizo una mueca. Noté que mi cara hacía lo mismo.

—El resto de nosotros sobrevivió siguiéndole la corriente a Carlos… continuando con sus así llamadas reuniones sagradas, aunque se volvían cada vez más y más peligrosas… y sobrevivimos. Pero sobrevivir no es lo mismo que vivir, muchachos. Nunca lo fue, y nunca lo será.

—El viejo de allí afuera no parece ni siquiera un sobreviviente —dijo Roger.

—Norville —asintió ella—. La última víctima de Carlos. Parece algo sacado de los libros que publican ustedes, ¿no es verdad? Él tenía el corazón latente colgándole directamente del pecho, ¿y saben por qué? ¿Saben cual fue su pecado más grande contra Carlos? Una noche Norv tenía un agasajo —esto fue para finales del año pasado— y renegó de Carlos tres veces, largándose hacia el Crazy Eights. A Carlos le gusta ganarle al Crazy Eights. Él se lo tomó como una… ofensa.

—El señor Keen está bien muerto —murmuré. Es decir, supe que lo estaba, creo que lo supe desde el momento en que bajó su periódico y nos miró con esos horribles y polvorientos ojos, si bien poseían esa dura racionalidad muerta. Al menos de día. Ahora, después de cinco horas en esta Olivetti, descubro que no tengo ningún problema en creérmelo todo. Cuando el sol salga de nuevo eso puede cambiar, pero por ahora no tengo ningún problema en creerlo, para nada.

—Está *menos* que muerto —corrigió la mujer—. Es un zombie. Es mi fuerza psíquica la que lo mantiene vivo en cierta forma. Cuando me haya ido, él se derrumbará. No es que él vaya a enterarse o sentirse preocupado, Dios lo bendiga.

—¿Y las plantas del invernadero? —preguntó Roger—. ¿Qué hay con ellas?

—Con el tiempo, Rhode Island Electric cortará la electricidad por falta de pago. Cuando las luces se van, el calor se va. Todo allí se morirá. De todas formas, estoy cansada de vender hongos mágicos a un manojo de ciclistas y viejos hippies. A la mierda ellos y los caballos rosas que monten de aquí en adelante.

De afuera llegaron los largos quejidos de una bocina. Tina Barfield se levantó inmediatamente, apagando con vivacidad el resto de su cigarrillo en el cenicero.

—¡Me voy! —dijo—. Los anchos espacios abiertos me esperan. Simplemente llámenme Buckarú Banzai.

—¡No puede irse todavía! —dijo Roger—. Tenemos preguntas…

—Sí-sí-seguro-seguro —dijo ella—. ¿Si un árbol se desploma en el bosque y no hay nadie alrededor para oírlo, hace algún sonido? ¿Si Dios creó al mundo, quién creó a Dios? ¿Realmente John Kennedy se acostó con Marilyn Monroe? Ayúdenme con mis maletas y quizá reciban una respuesta más.

Yo tomé una y Roger dos. Tina Barfield abrió la puerta y entró en la oficina. Norville Keen, el Floricultor Semimuerto de Central Falls, había bajado su periódico de nuevo y estaba mirando fijamente hacia adelante. No, su pecho no se movía. Ni un poco. El hecho de mirarlo me hirió la mente en algún profundo lugar que nunca hasta hoy había sido herido, por lo menos que pudiera recordar.

—Norv —le dijo, y como él no la miró ella dijo algo breve y gutural. ¡*Uhlahg*! fue como sonó. Fuera lo que fuera, funcionó. Él miró fijo a su alrededor—. Ábrete la camisa, Norv.

—No —dijo Roger, inquieto—. Está bien, no necesitamos…

—A mí me parece que sí —dijo ella—. Mientras vuelvan en el tren, sus formas normales de pensar van a reafirmarse y empezarán a dudar de todo lo que les dije. Esto, creo… esto les pegará directamente en las costillas. —Entonces, aun más nítidamente: —¡*Uhlahg*!

El señor Keen se desabotonó la camisa, despacio pero con firmeza. La abrió de un tirón y expuso su pecho gris. Corriéndole hacia abajo por su parte central había una horrorosa herida pálida, como una larga boca vertical. Pudimos ver en ella la barra gris y ósea del esternón.

Roger se dio vuelta, con una mano en la boca. Detrás de ella llegó un sonido de tos seca. En cuanto a mí, yo sólo miraba. Y me lo creí todo.

—Abotónate —dijo Tina Barfield, y Norville Keen comenzó a hacerlo, con unos largos dedos que se movían tan despacio como lo hicieran antes. La mujer se volvió a Roger y dijo, con apenas un toque de malicioso humor en su curiosidad: —¿No estará por desmayarse *ahora*, no?

Muy lentamente, Roger se incorporó. Dejó caer la mano desde su boca. Su rostro estaba blanco pero sereno. No había temblor en sus labios. Entonces me sentí orgulloso de él. Yo estaba aturdido más allá de una reacción como esa, ya lo ves; Roger no lo había logrado, aunque igual consiguió mantener adentro su café y sus rosquillas.

—No —dijo—, pero le agradezco por su preocupación. —Hizo una pausa y

luego agregó: —Perra.

—La perra está intentando ser su hada madrina —le dijo ella—. ¿Puede llevarme aquéllas, camarada?

Roger recogió las dos maletas y se tambaleó. Yo tomé una y él me dirigió una sonrisa agradecida y enfermiza. La seguimos hacia el porche. El aire estaba húmedo y friolento —no más de quince grados— pero nunca saboreé un aire que fuera más dulce. Respiré grandes bocanadas de él, aspirando tan sólo los habituales tufos de la polución industrial. Después del invernadero, unos pocos hidrocarburos me parecieron maravillosos. En el bordillo, estaba holgazaneando el Taxi de la Red Top.

—Sólo un par de cosas más —dijo Barfield. Toda ella se veía tan hosca y afectada como una ejecutiva —la misma Sherwyn Redbone, quizás— que estuviera cerrando un trato comercial. Mientras hablaba recorrió el camino, primero los escalones manchados de sal y luego a lo largo de la vereda de concreto resquebrajado—. Primero, cuando escuchen que Carlos está muerto, sigan comportándose como si estuviera vivo… porque por un rato lo estará. Como un *tulpa*.

—Como el que infestó a Richard Nixon —dije yo.

—Correcto, correcto. —Ella se detuvo junto a los tres escalones que bajaban hacia la acera y me miró muy bruscamente—. ¿Cómo sabe eso? —Y antes de que pudiera contestarle, se contestó a sí misma—. Carlos, por supuesto. Cuando estaba vivo, Norv le decía, «Carlos, hablarás hasta caerte muerto si no tienes cuidado.» Que está condenadamente cerca de lo que está haciendo. Sin embargo, Carlos no esperará mucho tiempo; no sería capaz de una cosa así. Dos meses, quizá tres a lo sumo. Porque él es tonto. Los cerebros mandan, incluso en el Otro Lado.

Una vez más escuché las mayúsculas. Ella bajó los escalones hasta la acera. El chofer del taxi salió y abrió su portaequipajes. Guardamos las maletas dentro, junto a algunas video caseteras embaladas que parecían, según mi ojo reconocidamente inexperto, que fueran robadas.

—Vuelva para el auto, muchachote —le dijo Tina al conductor—. Pronto estaré con usted.

—El tiempo es dinero, señora.

—No —le dijo ella—, el tiempo no es más que tiempo. Aun así, baje la

banderita si lo hace sentir mejor.

El taxista se retiró al asiento del conductor del Red Top. Tina se volvió una vez más a nosotros; una pulcra y pequeña mujer, baja pero ancha de caderas y de espaldas, vestida con su mejor traje de viajes y con su boina de gamuza.

—Trátenlo como si todavía estuviera vivo —recalcó—. En cuanto a la planta, pronto empezará su trabajo…

—Ya comenzó —dije, porque entonces entendí mucho de lo que estaba pasando. Ni siquiera la había visto, pero lo entendí. Herb inhaló un poco de ella y se le ocurrió *El General del Diablo*. Sandra aspiró otro poco de ella y propuso la idea para un libro de chistes escabrosos.

Barfield enarcó hacia mí una ceja cuidadosamente depilada.

—Como dijo el hombre, «Hijo, todavía no has comprendido nada.» Necesita sangre para ponerse realmente a funcionar, pero no se preocupe. La sangre invocada es la sangre del mal o la sangre de la locura. Al contrario de nuestras putas cortes, los poderes de la oscuridad no distinguen entre ambas. Y cualquier sangre *inocente* que beba sólo puede venir de tipos como ustedes. De modo que no se la da cualquiera.

—¿Por quién nos toma? —preguntó Roger.

Ella le lanzó una mirada cínica pero no dijo nada… sobre ese tema, al menos. En cambio, se volvió hacia mí.

—Va a crecer como una hija de puta. Y se va a extender por todas partes, pero nadie lo notará salvo aquéllos que ya estén en su círculo. A cualquier otro, le parecerá nada más que una pequeña e inocente hiedra en una maceta, no muy saludable. Ustedes tienen que mantener a las personas alejadas de ella. Si tienen un área de recepción, refrieguen todo con ajo, entre la puerta y las oficinas editoriales. Eso debería mantener a la maldita cosa en su lugar. La gente que quiera ir a sus oficinas más allá del área de recepción deberá ser disuadida. A menos que ustedes no quieran hacer eso, por supuesto; en ese caso invítenlos a tomar una cerveza.

—Una planta invisible —dijo Roger. Parecía estar digiriéndolo.

—Una planta invisible *psíquica* —agregué, pensando en el General Hecksler.

—Ambas acotaciones son apropiadas —dijo ella—. Y ahora, muchachos, voy poner un huevo en mi zapato y voy a pisarlo. Que tengan un buen día, una buena vida y… oh, casi lo olvido. —Se volvió de nuevo hacia mí—. La OUIJA

dice que deje de perder el tiempo. El que usted está buscando se encuentra en la caja púrpura en el estante del fondo. Casi en la esquina. ¿Bien? ¿Lo tiene?

Dio la vuelta hasta la puerta trasera del taxi y la abrió antes de que ninguno de nosotros pudiera decir algo más. No sé Roger, pero a mi me parecía que tenía al menos mil preguntas para hacerle. Apenas sabía cuáles eran.

Se dio vuelta una vez más.

—Escuchen, muchachos. Con esa cosa no se jode. Cuando tengan lo suficiente, *mátenla*. Y tengan cuidado. Puede leer las mentes. Cuando piensen en matarla, ella lo sabrá.

—¿Cómo, en el nombre de Dios, sabremos cuando tenemos lo suficiente? —dije bruscamente—. No se trata de algo que la gente pueda darse cuenta tan fácilmente.

—Buena pregunta —respondió ella—. Lo admiro por preguntarlo. ¿Y sabe qué? Tengo una respuesta para darle. La OUIJA dice ESCUCHEN A RIDDLEY. Un Riddley con dos «d». Quizá la ortografía esté equivocada, pero la tabla raramente…

—No es un error —dije —él es…

—Riddley es el conserje, señorita Barfield —concluyó Roger.

—Ya le dije que odio esa mierda educadamente correcta —le dijo ella—. ¿No *escucha* cuando le dicen las cosas? —Y luego ya estaba dentro del taxi. Asomó la cabeza por la ventanilla y dijo: —No me importa si se trata del conserje o de Chester el Molesto. Cuando él les diga que es hora de *abandonar*, ustedes muchachos se hacen un gran favor y lo dejan todo. —Su cabeza volvió adentro. Un momento después estaba fuera de nuestras vidas. Al menos eso creo.

Me voy a tomar una pausa para un baño, para algún trago más, y después intentaré ponerle un final a esto. Con un poco de suerte, esta noche voy a poder dormir un poco.

11:45 P. M.

Bien, fueron *dos* tragos, así que denúnciame. Y ahora llegó el momento de ese legendario final.

Roger y yo no hablamos mucho sobre lo sucedido en el camino de regreso. No sé si eso le podrá parecer extraño al que lea estas páginas (ahora que Ruth está fuera de mi vida, no me puedo imaginar quién pueda hacerlo), pero me

pareció absolutamente natural, la más normal de todas las reacciones. Nunca he estado en una guerra, pero imagino que las personas que estuvieron en una terrible batalla y salieron indemnes probablemente se comporten como lo hicimos Roger y yo mientras volvíamos a la ciudad en el Metropolitano. Hablamos más que nada sobre cosas que no nos involucraban personalmente. Roger dijo algo sobre el chiflado que le disparó a Ronald Reagan y yo mencioné que leería una galera del nuevo libro de Peter Benchley y que no me gustaba demasiado. Hablamos un poco sobre el clima. La mayor parte del tiempo, sin embargo, permanecimos callados. No comparamos impresiones; no hicimos ningún esfuerzo por reconstruir o racionalizar nuestra visita a la Casa de Flores. De hecho, creo que sólo una vez mencionamos nuestro loco viaje a Central Falls durante todo el paseo de dos horas en el tren. Roger volvió del vagón confitería con bocadillos y Cocas. Me pasó mi parte y yo le di las gracias. También me ofrecí a pagarle. Roger se rió y dijo que hoy lo anotábamos en la cuenta de gastos: «visitando a un autor potencial» era cómo pensaba documentarlo. Y entonces dijo con un tono de sólo-pregunto-casualmente:

—¿Ese viejo estaba realmente muerto, no?

—No —dije—. Estaba *semi*muerto.

—Un zombie.

—Exacto.

—Como en *Macumba Love*.

—No sé qué es eso.

—Una película —dijo—. La clase de cosa que sin duda Zenith House habría novelado si hubiéramos existido en los años cincuenta.

Y eso fue todo.

Un taxi nos llevó desde la Estación Penn hasta el 409 de Park Avenue South, con Roger una vez más exigiendo un recibo y guardándolo cuidadosamente en su billetera. Yo estaba impresionado, créeme.

El taxista nos dejó en la vereda de enfrente, delante de Smiler’s. Hay un vagabundo nuevo allí, una vieja señora de áspero pelo blanco, con las dos habituales bolsas de plástico llenas de posesiones improbables, con una taza para que los transeúntes dejaran algo de cambio, y con una guitarra que parecía tener como mil años. Alrededor del cuello llevaba un cartel que decía DEJA QUE JESÚS CREZCA EN TU CORAZÓN. Me estremecí al verlo. Recuerdo haber pensado, *espero*

*que un zombie piojoso no me haya vuelto supersticioso*, y luego haberme volteado para ocultar una sonrisa. Roger había entrado en la tienda de comestibles, y yo no quería que la señora pensara que me estaba riendo de ella. Esto podría hacer que fuera incómodo el esperar a Roger. A ellos, a la gente sin hogar, no les importa reírse en tu cara. De hecho, creo que les gusta.

—Eh-usted —me dijo con una voz chillona, casi varonil—. Déme-dólar-tocaré-canción.

—Te diré qué —le respondí—. Te daré dos si no lo haces.

—Mierda-sí-trato-hecho —me dijo ella, y por eso fue que Roger me pescó echando dos dólares duros de ganar en la taza de estaño de la señora, justo cuando él salía de la tienda. Tenía una bolsa marrón en una mano y un tubo de aspirinas en la otra. Cuando se acercó a la esquina, abrió el tubo de estaño y sacó varias tabletas. Se las metió en la boca y empezó a masticarlas. El sólo pensar en el sabor me hizo doler los ojos.

—No deberías darles dinero —opinó mientras esperábamos la luz de CAMINAR—. Eso los provoca.

—No deberías masticar aspirinas, tampoco, pero estás haciéndolo —le repliqué. No estaba de humor para sermones.

—Es cierto —respondió, y me ofreció el tubo cuando cruzamos a nuestro lado de la calle—. ¿Quieres probarlas?

Cosa curiosa, lo hice. Tomé un par y me las metí en la boca, odiando y paladeando el sabor amargo de las píldoras, que se disolvían de forma pareja. De detrás nuestro vino un cencerreo discordante de cuerdas de guitarra, seguidas por una voz alta y presumiblemente femenina que empezó a chillar «Sólo Un Paseo a Solas Contigo.»

—Adentro, rápido —dijo Roger, sosteniendo la puerta del vestíbulo para dejarme pasar—. Antes de que me empiecen a sangrar los oídos.

El Metropolitano partió tarde de Central Falls y llegó tarde a la Estación Penn —siempre pasa— y el vestíbulo de nuestro edificio estaba casi desierto. Cuando le eché un vistazo a mi reloj en el ascensor, vi que estaba marcando las seis menos cuarto.

—A Bill, a Sandra, y a Herb —dije— ¿qué piensas a decirles?

Roger me miró como si estuviera chiflado.

—Todo —afirmó—. Es lo único que *puedo* hacer. La planta en el armario de

Riddley no es precisamente el Dulce William. Lo cual me recuerda, entre otras cosas, que mañana tenemos que conseguir un cerrajero que cambie la cerradura de esa puerta. ¿Quieres saber en qué consiste mi pesadilla? Que Riddley vuelva del Dulce Hogar de Alabama, muy confiado, dejándose caer por la tarde del domingo…

—¿Por qué lo haría? —le pregunté.

—No tengo ni idea —dijo Roger irritadamente—. Es una *pesadilla*, ¿no te lo dije? Y las pesadillas muy rara vez tienen sentido. Eso es parte de lo que las hace tan tenebrosas. Quizá quiera verificar que vaciamos los cestos en su ausencia, o qué se yo. De todos modos, entra en su cuarto, y mientras está tanteando el interruptor de la luz, algo se le desliza por el cuello.

No tenía que preguntarle qué clase de cosa. Todo lo que tenía que hacer era recordar la raíz que había deslizado su delgada ramificación alrededor del zapato de Tina Barfield.

Las puertas del ascensor se abrieron en el cinco y caminamos por el corredor, pasando BARCO NOVEL-TEAZ y CRANDALL & OVITZ (un par de antiguos pero aun canibalísticos abogados especializados en litigios y seguros) y mis favoritos, la Agencia de Viajes Dame El Mundo. En el otro extremo, custodiadas por un par de benditos helechos de plástico, estaban nuestras puertas dobles con ZENITH HOUSE y UNA COMPAÑÍA APEX grabado en letras doradas, de un oro tan falso como los helechos.

Roger sacó sus llaves y abrió la puerta. Dentro estaba la oficina de la recepcionista, con un escritorio, una alfombra gris que por lo menos trataba de no parecer industrial, y paredes con carteles de viaje en ellas, que Sandra había conseguido de Rita Durst, de Dame El Mundo. Sin duda otros editores decoraban sus áreas de recepción con las tapas de sus libros ampliadas hasta un tamaño poster, pero una oficina decorada con la portada sobredimensionada de *Macho Man: Tormenta de Fuego en Hanoi,* con *La Luna del Violador,* y con *Ratas del Infierno* seguramente no le habría levantado el ánimo a nadie.

—Mañana es uno de los días de LaShonda —le recordé a Roger. LaShonda McHue viene tres días por semana: lunes, miércoles, y viernes. Raramente se aventura más allá de su escritorio (donde generalmente está limándose las uñas, llamando a sus amigos, o retocándose el pelo con un peine Afro), y cuando Tina Barfield nos habló de «el círculo», no creo que se refiriera a nuestra

recepcionista de media jornada.

—Lo sé —dijo Roger—. Por suerte, el cuarto de señoras está pasillo abajo, pasando Novel-Teaz, y ése es el único sitio al que suele ir.

—Pero si algo puede salir mal…

—… saldrá mal —completó él—. Sí, sí. Lo sé—. Lanzó un profundo suspiro.

—¿De modo que vas a mostrarme a nuestra nueva mascota?

—Supongo que sería lo mejor, ¿no?

Me llevó por el pasillo, pasando su oficina y las demás oficinas editoriales. Hicimos un pequeño giro a mano izquierda, donde había dos puertas con la fuente de agua entre ellas. En una de ellas decía CONSERJE; en la otra CORREO Y ALMACÉN. Roger revolvió de nuevo entre sus llaves y puso la correcta en la cerradura del cubículo de Riddley.

—Cerré con llave esta mañana, antes de que nos fuéramos —explicó.

—Dadas las circunstancias, fue una buena medida —dije.

—Ya lo creo —convino. Yo era consciente de que me miraba con curiosidad cuando abrió la puerta. Pero entonces no fui consciente de otra cosa que no fuera el olor. Ese olor celestial.

Mi abuela solía llevarme con ella a la tienda cuando hacía sus compras —esto fue en Green Bay— y lo que más me gustaba era apretar el botón que hacía funcionar el molinillo de café en el pasillo tres. Lo que sentí entonces fue el maravilloso aroma de un fresco Five O’Clock Dark Roast. Casi podía ver la bolsa con su etiqueta roja, y tuve el recuerdo, tan claro que casi era realidad, de un niñito metiendo su nariz en esa bolsa para hacer una profunda inspiración final antes de cerrarla.

—Oh, es maravilloso —dije con una suave voz que estaba cerca de las lágrimas. Mi abuela ha estado muerta durante casi veinte años, pero durante ese único instante estuvo viva de nuevo.

—¿A qué te sabe a ti? —me preguntó Roger. Parecía algo ansioso—. Para mí es como la tarta de fresa, recién sacada del horno. Aún lo bastante caliente como para fundir la crema del baño.

—A café —le dije, mientras caminaba—. A frescos granos de café. —Incluso podía ver la máquina con su armazón de cromo y sus tres opciones: Fino, Extra-Fino, y Grueso.

Entonces vi el hueco de la puerta, y no pude decir más nada.

Se había transformado en una selva, como el invernadero de Central Falls. Pero mientras que en la selva de Tina Barfield había plantas de muchas clases, aquí sólo había hiedra, hiedra, y más hiedra. Creciendo por todas partes, retorciéndose sobre los mangos de las escobas y limpiadores de ventanas de Riddley, trepando a lo largo de los estantes, corriendo de las paredes al techo, donde se extendía furiosa sobre los azulejos, ramas zigzagueantes de las que colgaban hojas verdes y brillantes, algunas todavía abriéndose. El cubo de trapeador de Riddley se había convertido en una gran maceta, de la que un enorme arbusto de hiedras se elevaban en un enredo de zarcillos, hojas, y…

—¿Qué son esas flores? —pregunté—. Esas flores azules… nunca antes he visto nada que se les parezca, y menos aún en una hiedra.

—Nunca antes has visto algo como esto, y punto —me dijo.

Tuve que admitir que nunca lo había hecho. En uno de los estantes, justo debajo de varias latas de cera para pisos que estaban casi sepultadas bajo una avalancha de hojas verdes, había una diminuta maceta de arcilla roja. Era en la que la planta había venido originalmente. Estaba seguro de eso. Tenía clavada una diminuta etiqueta de plástico. Me incliné hacia ella y leí lo que allí decía a través de un oportuno hueco entre las hojas:

**¡HOLA!**
**ME LLAMO ZENITH**
**SOY UN REGALO PARA JOHN**
**DE ROBERTA**

—Ese bastardo de Riddley —dije—. A propósito, ¿de verdad se supone que tenemos que creer que cualquiera que entre aquí verá nada más que una pequeña y modesta hiedra? Nada de todo esto… —señalé con el brazo.

—No puedo contestarte esa pregunta con seguridad, pero eso fue lo que dijo la señora ¿no? Y también dijo que cualquiera que entrara aquí podría no llegar a salir.

Observé que un tallo ya había crecido hasta fuera de la puerta.

—Mejor consigue un poco de ajo —susurré—. Y rápido.

Roger abrió la bolsa que había traído de Smiler’s. Miré en ella y no me sorprendió reparar que estaba llena de cabezas de ajo.

—Estás en todo —le dije—. Tengo que reconocerlo, Roger; estás en todo.

—Es porque soy el jefe —dijo solemnemente. Nos miramos por un instante, y luego comenzamos a reírnos como dos tontos. Fue un momento extraño… pero no *el* momento extraño. De repente comprendí que tenía una idea para una novela. Me vino, al parecer, desde el despejado cielo azul. *Ése* fue el momento extraño.

Y retornando a lo del despejado cielo azul. La idea se me ocurrió con la fragancia del café Five O'Clock, del tipo que yo solía moler para mi abuela en la tienda Price's All-Purpose, allá en Green Bay cuando el mundo era joven… o cuando yo lo era. Por cierto que no voy a resumir aquí mi Gran Idea —no a las doce y cinco de la noche— pero créeme si te digo que es una buena idea, que hace que *Maymonth* parezca lo que realmente era: una árida tesis de graduado que se hacía pasar por novela.

—Mierda santa —murmuré.

Roger me miraba, con algo de astucia. —¿Estás teniendo algunas ideas interesantes?

—Sabes que sí.

—Sí —reconoció—, lo sé. Supe que teníamos que ir a Central Falls para ver a esa mujer incluso antes de que me mostraras esa carta, Johnny. Tuve la idea aquí. Anoche. Vamos, salgamos de aquí. Dejemos… —Sus ojos chispearon de manera cómica. Ya había visto antes ese gesto, pero no podía recordar donde—. Dejemos que crezca en paz.

Nos pasamos los siguientes quince minutos pelando cabezas de ajo y frotándolas a los lados de la puerta, entre Recepción y Editorial. También sobre el dintel y la jamba. El olor me hizo lagrimear, pero supongo que para mañana estarán un poco mejor. Por lo menos eso espero. Para cuando terminamos, el lugar apestaba como una vivienda de Little Italy a comienzos de siglo, con todas esas mujeres preparando la salsa de los tallarines.

—Sabes qué —dije cuando finalizamos—, estamos chiflados si marcamos el límite aquí. Lo que *deberíamos* estar haciendo es poner ajo en la puerta del armario de Riddley. Manteniéndolo allí.

—No creo que ésa sea la forma en que se supone que funciona —explicó—. Creo que se supone que tenemos que dejarla más o menos libre en la Editorial.

—Que la veamos crecer —dije. Debería haber sentido miedo entonces —Dios sabe que ahora lo tengo— pero no lo sentí. Y había ubicado esa mirada en

sus ojos, también, esa chispa febril. Mi mejor amigo en quinto grado era un chico que se llamaba Randy Wettermark. Y un día, luego de la escuela, cuando nos detuvimos en la tienda de dulces para comprar Pez o algo, Randy se robó una revista de historietas de el Hombre Araña. Simplemente se la puso bajo la chaqueta y salió. Roger tenía ese mismo aspecto en su rostro.

Cristo, que día. Que día asombroso. Mi cerebro se siente del mismo modo en que lo hace el intestino cuando no sólo comes mucho sino que comes *demasiado*. Me iré a la cama. Espero poder dormir.

# Parte 5



# 57

DE *LAS INCURSIONES DE «TRIPAS DE HIERRO» HECKSLER*

1 Abr 81
0600 hrs
Pk Ave So NYC

La ciudad fue exitosamente ocupada. Objetivo a la vista. No en este instante por supuesto. Mi ubicación actual=callejón detrás del Mercado Smiler's, esquina Pk y 32. El lugar de trabajo del Judío Señalado casi enfrente de mi campamento. Me hice llamar «Guitarra Loca Gertie» y funcionó a las mil maravillas. Sin pistolas pero sí con un buen cuchillo en mi bolsa plástica n.º 1 de «persona sin hogar». Ayer por la tarde a las 1730 horas se presentaron 2 de los apóstoles del Anticristo que trabajan en Zenith, la casa de Satanás. Uno (su nombre en clave es ROGER DODGER) entró en el mercado. Por el olor compró ajo. Aparentemente para mejorar su vida sexual, ¡¡JA!! El otro (su nombre en clave es JOHN EL BAUTISTA) lo esperó afuera. Detrás mío. Pude haberlo matado sin inconvenientes. De una rápida cuchillada. Yugular y carótida. Vieja maniobra comando. Este perro viejo recuerda todos sus trucos viejos. No lo hice, por supuesto. Debo esperar al Judío Señalado. Si los otros permanecen fuera de mi camino, podrán vivir. Si no lo hacen, seguro que morirán. Nada de prisioneros. El BAUTISTA me dio dos dólares. ¡Amarrete! El mejor plan aún parece ser esperar hasta el fin de semana (o sea 4-5 de abr) y entonces infiltrarse en el edificio. Permanecer dentro hasta la mañana del lunes (o sea abr 6). Desde ya el J. S. puede llegar mucho

antes pero los cobardes viajan en manadas. Al final, su carne será mía, ¡JA! «Las playas son arenosas, algunas orillas son rocosas, y yo voy a reventar, a un *Mockie* Señalado». Más sueños de CARLOS (su nombre en clave es EL SUDACA SEÑALADO). Creo que está más cerca. Preferiría tener una foto. Debo ser precavido. La guitarra y la peluca=buenos refuerzos. EL DÍA DEL GENERAL en lugar de EL DÍA DEL CHACAL, ¡¡JA!! La guitarra necesita cuerdas nuevas. Aún toco bien y todavía canto «como un pájaro en un árbol». Conseguí supositorios. Me liberé del peso. Puedo pensar más claro a pesar de las transmisiones mata-cerebros.

Ahora debo jugar al juego de esperar.

No es la primera vez.

Cambio y fuera.

# 58

Del *The New York Times*, Página B-1, Informe Nacional, 1 de abril de 1981:

**MUEREN SIETE PERSONAS TRAS ESTRELLARSE AVIÓN EN R. I.**

Por James Whitney
(Especial para el *Times*)

CENTRAL FALLS, RHODE ISLAND: Un aeroplano Cessna 404 Titan propiedad de Líneas Aéreas Ocean State se estrelló ayer por la tarde luego de despegar de Barker Field, en la pequeña ciudad de Rhode Island, resultando muertos ambos pilotos y los cinco pasajeros. Desde 1977, las Líneas Aéreas Ocean State han estado realizando vuelos de transbordo a LaGuardia, en la Ciudad de New York. El OCA Flight 14 llevaba volando menos de dos minutos cuando se estrelló en un terreno vacío a sólo cuatrocientos metros del punto de despegue. Un testigo dijo que justo antes de estrellarse, el avión cayó en picada hacia un depósito, errándole al tejado por muy poco.

«Si algo tiene que salir mal seguro que va a salir mal», dijo Myron Howe, que estaba arrancando hierbas entre las dos pistas de aterrizaje de Barker Field cuando ocurrió el accidente. «Logró subir y luego intentó regresar. Escuché que fallaba un motor, y después el otro. Vi que ambos propulsores estaban muertos. Le erró al depósito y al camino de acceso, pero después le entró duro.»

Los informes preliminares no señalan problemas de mantenimiento con el C404, que es propulsado por dos turbinas de 375 caballos de fuerza. El modelo tiene un excelente récord de seguridad, y el avión que se estrelló tenía menos de

9000 horas de vuelo, según el Presidente de las Líneas Aéreas Ocean State, el señor George Ferguson. Los oficiales del Escuadrón Aeronáutico Civil (EAC) y la Administración Federal de Aviación (AFA) han emprendido juntos una investigación de la caída.

Las víctimas del accidente, los primeros en los cuatro años de historia de Ocean State, fueron John Chesterton, el piloto, y Avery Goldstein, el copiloto, ambos de Pawtucket. Robert Weiner, Tina Barfield, y Dallas Mayr fueron identificados como tres de los cinco pasajeros del avión caído. En cuanto a las identidades de los otros dos, de los que se cree que eran un matrimonio, sigue pendiente la notificación de parientes cercanos.

Normalmente, las Líneas Aéreas Ocean State son usadas por pasajeros que enlazan con las aerolíneas más grandes que operan fuera del Aeropuerto LaGuardia. Según el señor Ferguson, LAOS ha suspendido las operaciones por lo menos hasta el fin de la semana y quizás por más tiempo. «Estoy devastado por lo que pasó», dijo. «He volado esa nave en particular muchas veces, y habría jurado que no había un avión más seguro en los cielos, ya sea grande o pequeño. El lunes lo volé hasta Boston, y todo anduvo bien. No tengo ni idea de qué pudo causar que ambos motores se detuvieran de la forma en que lo hicieron. Uno, quizá, pero no ambos.»

# 59

*Del diario privado de John Kenton*

1 de abril de 1981

Hay una vieja maldición china que dice: «Puedes vivir en tiempos interesantes.» Me parece que debe de estar dirigida especialmente a las personas que llevan diarios (y si siguen la resolución de Roger, ese número pronto aumentará a tres: Bill Gelb, Sandra Jackson, y Herb «Dáme El Mundo Y Déjame Manejarlo» Porter). Anoche estuve sentado aquí, en mi pequeña oficina hogareña —que en realidad no es más que un rincón de la cocina a la que le he agregado un estante y una lámpara— aporreando las teclas de mi máquina de escribir durante casi cinco horas. Esta noche no será tan larga; entre otras cosas, tengo un manuscrito para leer. Y *voy* a leerlo, creo. La docena o así de páginas que terminé en mi camino a casa me han convencido de que éste es el que he estado buscando desde el principio, incluso sin saberlo realmente.

Pero al menos una persona de mis recientes conocidos no lo leerá. Ni aunque fuera tan bueno como *Grandes Esperanzas*. (No es que fuera a serlo; tengo que recordarme a cada momento que trabajo en Zenith House, no en Random House.) Pobre mujer. No sé si ella nos dijo la estricta verdad sobre eso de querer hacer un Buen Giro, pero aunque nos haya mentido, nadie merece morir así, cayendo desde el cielo y pulverizándose hasta morir dentro de un tubo de acero ardiente.

Hoy fui al trabajo más temprano todavía, con la idea de inspeccionar el

cuarto del correo. *La* OUIJA *dice que deje de perder el tiempo*, me aseguró ella. *El que usted está buscando se encuentra en la caja púrpura en el estante del fondo. Casi en la esquina.* Quería revisar ese rincón incluso antes de tomarme el café. Y también echarle otra mirada a Zenith la hiedra, mientras me encontrara allí.

Al principio pensé que esta vez le había ganado a Roger, porque no se escuchaba el clack-clack de su máquina de escribir. Pero la luz estaba encendida, y cuando espié por la puerta abierta de su oficina, allí estaba, sentado detrás del escritorio y mirando hacia la calle.

—Buen día, jefe —saludé. Pensé que estaría listo para empezar el día, pero tan sólo estaba allí sentado en una semi depresión, pálido y desaliñado, como si se hubiera pasado la noche entera agitándose y volviéndose de un lado para el otro.

—Te dije que no le dieras dinero —me dijo sin dejar de mirar la ventana.

Me acerqué y miré para afuera. La vieja señora con la guitarra, la de salvaje pelo blanco y el cartel que decía aquello de permitirle a Jesús crecer en tu corazón, estaba allí de nuevo, delante de Smiler's. Al menos no podía oír lo que cantaba. Con eso era suficiente.

—Parece que tuviste una noche difícil —dije yo.

—La mañana fue más dura. ¿Viste el *Times*?

Para decir verdad, lo había hecho, aunque nada más que la primera plana. Estaba el acostumbrado informe sobre la condición de Reagan, el acostumbrado material sobre la inquietud en el medio este, la acostumbrada historia de corrupción-en-el-gobierno, y el acostumbrado consejo de pie de página de apoyo a la Fundación Aire Fresco. Nada que captara tu atención de inmediato. No obstante, sentí que se me erizaban un poco los cabellos de la nuca.

El *Times* yacía plegado en la mitad de SALIDAS del cesto de ENTRADAS/SALIDAS de Roger. Lo tomé.

—La primera página de la sección B —me indicó, mirando todavía por la ventana. A la vagabunda, probablemente… ¿o a lo que podría llamarse una hembra de la especie de los vagabundetos?

Busqué el Informe Nacional y vi una foto de un aeroplano —o lo que quedaba de él, mejor dicho— en un campo de malezas repleto de partes de la máquina. Al fondo, tras un cerco para ciclones y tontos, se veía un grupo de personas de pie.

—¿Barfield? —pregunté.

—Barfield —asintió Roger.

—¡Cristo!

—Cristo no tiene nada que ver con esto.

Miré el artículo sin leerlo realmente, tan sólo buscando su nombre. Y allí estaba: Tina Barfield de Central Falls, fuente de aquel viejo adagio «si juegas con cuchillos demasiado tiempo, tarde o temprano alguien va a cortarse.» O quemarse vivo en un Cessna Titan, podría haber agregado.

—Dijo que estaría a salvo de Carlos si hacía un Buen Giro genuino —comentó Roger—. Esto podría llevar a la conclusión que lo que ella hizo fue justo lo contrario.

—Le creí cuando nos contó todo —dije. Considero que dijo la verdad, pero aunque no lo hiciera, no quería que Roger decidiera eliminar la hiedra que crecía en el armario de Riddley por lo que le había sucedido a Tina Barfield. Asustado como estaba, no quise que hiciera una cosa así. Entonces comprendí —o quizá intuí— que no era eso lo que Roger tenía en mente, así que me relajé un poco.

—En realidad, yo también le creí —confesó—. Al menos estaba *intentando* hacer un Buen Giro.

—Quizá no lo hizo a tiempo —agregué.

Él asintió.

—Quizá eso fue lo que pasó. Leí la historia corta que mencionó, mientra venía para acá; la de Jerome Bixby.

—«Es una Buena Vida.»

—Exacto. Para cuando llevaba leídas dos páginas, la reconocí como la base de un famoso episodio de *La Dimensión Desconocida* protagonizado por Billy Mumy. ¿Qué rayos habrá pasado con Billy Mumy?

Me importaba una mierda qué le había pasado a Billy Mumy, pero pensé que sería ser una mala idea decírselo a Roger.

—La historia trata sobre un muchacho que es un super psíquico. Destruye el mundo entero, aparentemente, con excepción de su pequeño círculo de amigos y parientes. Toma a esas personas de rehén, matándolas cuando se atreven a contradecirlo de alguna manera.

Recordé el episodio. El chico no le había arrancado el corazón a nadie ni había hecho que se estrellara ningún avión, pero sí había transformado a un

personaje —a su hermano mayor o tal vez a un vecino— en uno de esos muñecos con resorte dentro de una caja. Y cuando hizo un lío, simplemente lo envió bien lejos, y para siempre.

—Basándose en eso, te puedes imaginar cómo debe de haber sido vivir con Carlos —agregó Roger.

—¿Qué vamos a hacer, Roger?

Entonces se volvió desde la ventana y me miró fijamente. Parecía asustado —yo también lo estaba— pero también decidido. Lo respeté por eso. Y me respeté a mí mismo, también.

Creo.

—Si podemos, vamos a lograr que Zenith House produzca intereses rentables —dijo—, y después vamos a estrujar unos nueve galones de tinta negra sobre el ojo de Harlow Enders. Yo no sé si esa planta es o no una versión moderna del árbol de las habichuelas de Jack, pero si llega a serlo, vamos a escalarlo y conseguiremos el arpa dorada, el ganso dorado, y todos los doblones de oro que nos podamos llevar. ¿De acuerdo?

Extendí la mano.

—De acuerdo, jefe.

Él me la estrechó. No suelo tener muchos buenos momentos antes de las nueve de la mañana, al menos en mi vida de adulto, pero ése fue uno de ellos.

—Incluso vamos a ser cuidadosos —me advirtió—. ¿También estás de acuerdo?

—Por supuesto.

Nos quedamos hablando un rato más. Yo quería ir a visitar a Zenith; Roger sugirió que esperáramos a Bill, a Herb, y a Sandra, y que luego vayamos juntos. LaShonda Evans llegó antes que lo hicieran ellos, quejándose de que el área de recepción olía extraño. Roger estuvo de acuerdo, sugiriendo que podría ser el moho de la alfombra, y autorizó un pequeño gasto de dinero para comprar una lata de Glade, que podía adquirirse en Smiler’s, cruzando la calle. También le propuso que dejara solos a los editores durante el próximo par de meses; iban a estar todos trabajando muy duro, dijo, tratando de mantener las expectativas de la compañía dueña. Él no le dijo «las poco realistas expectativas», pero ciertas personas pueden cerrar un buen trato sin recurrir a otra cosa que no sea un firme tono de voz, y Roger es uno de ellos.

—No es mi política faltar a la discreción, señor Wade —dijo ella, de pie en la puerta de la oficina de Roger y hablando con gran dignidad—. Usted es normal… y lo mismo digo de usted, señor Kenton… la mayor parte del tiempo…

Se lo agradecí. He descubierto que luego de que tu chica te abandona por algún simplón de la Costa Oeste que probablemente domine Tai Chi, hasta los cumplidos dudosos te suenan bien.

—… pero esos otros tres juegan para el bando de los *raros*.

Y dicho eso, LaShonda se marchó. Imagino que tenía llamadas que hacer, algunas de las cuales incluso podrían tener que ver con el negocio de la publicación. Roger me miró, divertido, y se acomodó el cabello desarreglado.

—No sabía de qué era el olor —dijo.

—No creo que LaShonda se pase mucho tiempo en la cocina.

—Dudo que lo hicieras si fueras como LaShonda —me dijo Roger—. En la única ocasión que hueles el ajo es cuando el mozo te trae tu Camarón Mediterráneo.

—Y mientras tanto —agregué— tenemos el Glade. Y el tufo del ajo se habrá ido pronto, de todas formas. A menos que, por supuesto, seas un sabueso o una planta doméstica sobrenatural.

Nos miramos durante un instante, y luego reímos a carcajadas. Quizá sólo porque Tina Barfield estaba muerta y nosotros vivos. Suena horrible, lo sé, pero el día mejoró a partir de ese punto; tanto, al menos, que puedo asegurarlo.

Roger había dejado unas pequeñas notas en los escritorios de Herb, Sandra y Bill. Para las nueve y media estábamos todos reunidos en la oficina de Roger, que es el doble del cuarto de conferencias de la editorial. Roger comenzó diciendo que pensaba que tanto Herb como Sandra habían sido ayudados en sus inspiraciones, y sin más preámbulo que ese, les contó la historia de nuestro viaje a Rhode Island. Colaboré tanto como pude. Ambos tratamos de expresar cuán extraña había sido nuestra visita al invernadero, cuán fuera de este mundo, y creo que los tres entendieron la mayor parte de la historia. Sin embargo, cuando llegamos a Norville Keen, creo que ni Roger ni yo pudimos explicar el punto.

Bill y Herb estaban sentados lado a lado en el suelo, como lo hacen a menudo durante nuestras conferencias editoriales, tomando café, y les vi intercambiar una de esas miradas en las que los globos del ojo girando hacia el

techo juegan un papel esencial. Pensé en insistir en esa parte, pero no lo hice. Si puedo, imitaré la sabiduría de Norville Keen: «No puedes creer en un zombie, a menos que hayas visto a ese zombie.»

Roger terminó el asunto dándole a Bill la sección B del día del *The New York Times*. Esperamos hasta que se completó la ronda.

—Oh, pobre mujer —dijo Sandra. Se había acomodado en su sillón de oficina y estaba sentada en él con las rodillas rigurosamente juntas. Nada de sentarse en el suelo como la niñita del señor y la señora Jackson—. Nunca vuelo a menos que me vea obligada a hacerlo. Es *mucho* más peligroso de lo que dicen.

—Esto es una cagada —dijo Bill—. Quiero decir, te aprecio, Roger, pero de verdad es una cagada. Has estado presionado —tú también, John, especialmente desde que te enteraste de lo de tu novia— y, muchachos, me parece que… no lo sé… dejaron volar la imaginación.

Roger asintió como si no hubiera esperado otra cosa. Se volvió hacia Herb.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó.

Herb se puso de pie y tiró del cinturón en esa manera tan suya de yo-me-hago-cargo-de-todo.

—Creo que tendremos que ir a echar un vistazo a esa famosa hiedra.

—Yo también —dijo Sandra.

—No se lo estarán *creyendo* ¿no? —cuestionó Bill Gelb. Parecía tanto divertido como alarmado—. Quiero decir, aún no marquemos el 1-800-HISTERIA-EN-MASA, ¿de acuerdo?

—Ni creo ni dejo de creerlo —dijo Sandra—. No con seguridad. Todo lo que sé es que tuve mi idea del libro de chistes *luego* de haber estado allí. *Después* de que olí a galletitas cocinándose. ¿Y por qué olería el cuarto del conserje como la cocina de mi abuela?

—Tal vez por la misma razón que hace que el área de recepción huela a ajo —dijo Bill—. Porque estos tipos han estado bromeando. —Abrí la boca para decir que en el cubículo de Riddley, el día *anterior* a que Roger y yo hiciéramos nuestro viaje a Central Falls, Sandra había sentido olor a galletas y Herb a tostadas y mermelada, pero antes de que pudiera hacerlo, Bill preguntó: —¿Y qué hay de la planta, Sandy? ¿Viste a una hiedra creciendo por allí?

—No, pero no encendí la luz —respondió ella—. Yo sólo asomé la cabeza, y

entonces… no lo sé… me asusté un poco. Como si hubiera algo espectral.

—Era espectral a pesar del olor de las galletitas de la abuela, o debido a él? —preguntó Bill, como si fuera un fiscal de una serie de televisión zamarreando a algún desgraciado testigo de la defensa.

Sandra lo miró altaneramente y no dijo nada. Herb intentó tomarla de la mano, pero ella la puso fuera de su alcance.

Me puse de pie.

—Basta de charla. ¿Por qué describir a un invitado cuando tú mismo puedes ver a ese invitado?

Bill me miró como si yo me hubiera vuelto loco.

—¿*Qué* cosa?

—Creo que, a su propia e inigualable manera, John está intentando decir que hay que verlo para creerlo —dijo Roger—. Vamos a echar un vistazo. ¿Y puedo sugerirles que mantengan quietas las manos? No es que esté pensando en mordeduras —no las nuestras, de todas formas— pero me parece que lo más sensato es que seamos cuidadosos.

Me pareció un condenado buen consejo. Mientras Roger nos conducía por el pasillo, dejando atrás nuestras oficinas como una pequeña tropa, me encontré recordando las últimas palabras del general conejo en el libro *La Colina de Watership* de Richard Adams: «¡Vuelvan, tontos! ¡Vuelvan! ¡Los perros no son peligrosos!»

Cuando llegamos al lugar donde el pasillo gira hacia la izquierda, habló Bill:

—Eh, deténganse, sólo un maldito minuto. —Parecía bastante inseguro. Y también un poco impresionado, quizá.

—¿Qué pasa, William? —preguntó Herb, todo inocencia—. ¿Hueles algo rico?

—Palomitas de maíz —respondió. Sus manos estaban aferradas entre sí.

—¿Huelen bien? —preguntó Roger suavemente.

Bill suspiró. Sus manos se abrieron… y de repente los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Huele como El Nórdica —dijo—. El Teatro Nórdica, en Freeport, Maine. Es adonde solíamos ir a ver la función cuando era chico, en Gates Falls. Lo abrían sólo los fines de semana, y siempre había función doble. En el techo había grandes ventiladores de madera que giraban durante la función… *whush, whush,*

*whush*… y las palomitas de maíz siempre estaban frescas. Palomitas de maíz frescas con auténtica mantequilla en una simple bolsa marrón. Para mí ése siempre fue el olor de los sueños. Yo sólo… ¿esto *es* una broma? Porque si lo es, díganmelo ahora mismo.

—No es una broma —le aseguré—. Yo siento olor a café. De marca Five O'Clock, y con más fuerza que nunca. ¿Sandra, todavía hueles las galletas?

Ella me miró con ojos soñadores, y justo entonces entendí por qué Herb está tan rotundamente perdido por ella (sí, todos nosotros lo sabemos; creo que incluso Riddley y LaShonda lo saben; la única que ni se enteró es la propia Sandra). Porque ella era bonita.

—No —dijo—, huelo a Shalimar. Fue el primer perfume que tuve en mi vida. Mi tía Coretta me lo regaló para mi cumpleaños, cuando cumplí los doce. —Entonces miró a Bill, y sonrió cálidamente—. Así es como huelen los sueños para mí. A perfume Shalimar.

—¿Herb? —pregunté.

Durante un minuto pensé que no iba a decir nada; estaba decepcionado por la forma en que ella miraba a Bill. Pero luego debió haber decidido que esto era un poco más importante que su interés por Sandra.

—Hoy no se siente como tostadas y mermelada —dijo—. Hoy huele a automóvil nuevo. Para mí ése es el mejor aroma del mundo. Desde que tenía diecisiete años y no me podía permitir el lujo de tener uno, y supongo que todavía deben oler así.

Sandra dijo: —Todavía no puedes permitirte el lujo de tener uno.

Herb suspiró, encogiéndose de hombros.

—Sí, pero… recién encerado… con el cuero nuevo…

Me volví hacia Roger.

—¿Qué pasa con… —Entonces me detuve. Bill sólo estaba añorando, pero Roger Wade lloraba sin reservas. Las lágrimas le corrían por el rostro en dos silenciosos arroyos.

—El jardín de mi madre, cuando era muy pequeño —musitó con una voz espesa y ahogada—. Cómo quería esa fragancia. Y cómo la quise a ella.

Sandra le pasó un brazo por los hombros y le dio un pequeño abrazo. Roger se secó los ojos con una manga e intentó sonreir. Lo hizo bastante bien, demasiado, tratándose de alguien que recuerda a su querida madre muerta.

Ahora Bill avanzó a la cabeza del grupo. Yo dejé que lo haga. Lo seguimos a la vuelta del pasillo hasta la puerta a la izquierda de la fuente de agua, en la que se leía CONSERJE. La abrió, empezó a decir algo astuto —que podría haber sido *Salgan, salgan, dondequiera que estén*— y luego se detuvo. Sus manos subieron en un involuntario gesto de protección, y después cayeron de nuevo.

—Sagrado Jesús, levántate en la mañana —susurró, y el resto de nosotros nos apiñamos a su alrededor.

Tal como anoté ayer en este diario, el armario de Riddley se había transformado en una selva, salvo que ayer no sabía cómo era exactamente una selva. Sé que debe sonar extraño luego de mi gira al invernadero de Tina Barfield, en Central Falls, pero es cierto. Riddley ya no volvería a tirar los dados allí con Bill Gelb, eso puedo asegurarlo. El cuarto era ahora una masa densamente condensada de brillantes hojas verdes y de vides enredadas que subían desde el suelo hasta el techo. En su interior todavía se alcanzaba a ver algunos destellos de metal y madera —el balde trapeador, el mango de una escoba— pero eso era todo. Los estantes están sepultados. Las luces fluorescentes del techo casi no pueden verse. Los olores que nos asaltaron, aunque agradables, eran casi predominantes.

Y entonces sobrevino un suspiro. Todos lo oímos. Como una especie de susurrante y exhalada bienvenida.

Una avalancha de hojas y tallos cayó a nuestros pies y se extendió por el suelo. Varios zarcillos serpentearon sobre el linóleo. La velocidad con la que sucedió fue atemorizante. Si pestañeabas te lo perdías, como pudo haber dicho mi padre. Sandra gritó, y cuando Herb le pasó los brazos sobre los hombros, a ella no pareció molestarle en lo más mínimo.

Bill se adelantó y movió una pierna hacia atrás, con la evidente intención de darle de puntapiés a las veloces y serpenteantes ramas que salían del armario del conserje. O lo intentó. Roger lo tomó del hombro.

—¡No lo hagas! ¡Déjala tranquila! —le gritó— ¡No quiere lastimarnos! ¿No puedes sentirlo? ¿No te lo dice el olor?

Bill se detuvo, así que supongo que lo sintió. Contemplamos cómo varios zarcillos de hiedra subían por la pared del corredor. Uno de ellos comenzó a explorar los lados de acero gris de la fuente de agua, y cuando esta noche abandoné la oficina, la fuente estaba profundamente enterrada bajo el follaje.

Pareciera como si, de ahora en más, aquéllos de nosotros que quisiéramos tomar agua durante el transcurso del día, íbamos a tener que ir a comprar Evian a lo de Smiler's.

Sandra se puso en cuclillas y extendió una mano, de la forma en que uno podría ofrecerle la mano a un perro desconocido para que la olfateara. No me gustó verla haciendo eso, no mientras estuviera tan cerca de la verde avalancha que dejamos salir del armario del conserje. Bajo su sombra, por así decirlo. Tendí la mano para tirar de Sandra hacia atrás, pero Roger me detuvo. Tenía una curiosa sonrisita en su rostro.

—Déjala —me dijo.

Un zarcillo tan grueso como una rama se separó del casi sólido grupo de masa verde y pasó a través de la puerta. Palpitando, se extendió hacia Sandra, pareciendo olfatear su camino hasta ella. Se deslizó alrededor de su muñeca y ella abrió la boca. Herb comenzó a adelantarse y Roger lo hizo volver atrás de un tirón.

—¡Déjala sola! ¡Está todo bien! —le dijo.

—¿Puedes jurarlo?

Los labios de Roger se apretaron tanto que casi desaparecieron.

—No —respondió con una vocecita—. Pero lo *creo*.

—Todo está bien —dijo Sandra, soñadoramente. Observaba cómo el zarcillo le resbalaba delicadamente por el brazo desnudo en una espiral verde y marrón, como acariciándole la piel desnuda mientras lo hacía. Se veía como algún tipo de serpiente exótica—. Dice que es un amigo.

—Eso es lo que los conquistadores le dijeron a los indios —agregó Bill, fríamente.

—Dice que me ama —afirmó ella, ahora sonando casi en éxtasis. Contemplamos cómo el extremo del movedizo zarcillo se deslizaba bajo la corta manga de su blusa. Una pequeña hoja verde cercana a la punta se metió por debajo y alzó un poco la tela. Era como ver en acción a un nuevo tipo de *fakir* hindú, un encantador de plantas en lugar de un encantador de serpientes—. Dice que nos ama a todos. Y dice… —Otro zarcillo serpenteó flojamente alrededor de una de sus rodillas, y enseguida se le deslizó tiernamente por la pantorilla, como un rollo flojo.

—Dice que uno de nosotros está perdido —dijo Herb. Miré alrededor y vi

que los zapatos de Herb habían desaparecido. Estaba parado sobre la hiedra, hundido hasta los tobillos.

Roger y yo caminamos hasta la puerta del armario y nos quedamos allí, con las hojas rozándonos las pecheras de nuestras chaquetas. Pensé en qué fácil le resultaría a esa cosa agarrarnos de las corbatas. Un par de buenos tirones, y listo: dos editores estrangulados con sus propias corbatas. Entonces varios rollos de hiedra se enroscaron alrededor de mis muñecas como si fueran pulseras desabrochadas, y todos esos paranoicos y temerosos pensamientos me abandonaron.

Ahora, sentado en el escritorio de mi apartamento y aporreando mi vieja máquina de escribir (fumando una vez más como un horno, lamento decirlo), no logro recordar exactamente qué fue lo que pasó después… excepto que fue cálido y reconfortante y algo más que agradable. Fue encantador, como tomar un baño caluroso cuando te duele la espalda, o como sorber cubitos de hielo cuando tienes la boca caliente y la garganta seca.

No sé qué es lo que habría visto un intruso. Probablemente no demasiado, si Tina Barfield dijo la verdad cuando contó que nadie podría verla salvo nosotros; el intruso probablemente sólo hubiera visto a cinco editores ligeramente desaliñados, cuatro de ellos del lado de los juveniles (y a Herb, quien rondando los cincuenta, parecería joven en una mesa de conferencias en una editorial más respetable, donde las edades de la mayoría de los editores estarían entre los sesenta y cinco y la muerte), parados alrededor de la puerta del armario del conserje.

Lo que nosotros vimos fue *eso*. A la planta. Zenith la hiedra común. Ahora se había extendido (y relajado) alrededor nuestro, tanteando con sus zarcillos a lo largo del corredor y trepando por las paredes con sus rizomas, tan ávida y juguetona como un potro al que dejan salir del establo en una cálida mañana de mayo. Tenía atrapados los dos brazos de Sandra, tenía mis muñecas, y tenía a Bill y a Herb por los pies. A Roger le había crecido un verde y flojo collar, y no parecía angustiado en absoluto por eso.

Lo vimos y lo experimentamos. Tanto al hecho físico como al tranquilizante efecto mental de su presencia. El que lo experimentemos de la misma manera nos unió de una forma que nos convirtió en un coro mental pequeño pero perfecto. Y sí, lo que digo es exactamente lo que parezco estar diciendo, ya que

mientras estuvimos de pie bajo el poder de todos esos delgados pero resistentes zarcillos, compartimos un eslabón telepático. Vimos en cada mente y corazón de los demás. No sé por qué eso me tendría que parecer tan asombroso después de todo lo que había sucedido —sin ir más lejos, ayer vi a un hombre muerto leyendo un periódico— pero lo cierto es que me lo parece.

Zenith había preguntado por Riddley. Parecía tener un interés especial en el hombre que la había aceptado, le había dado un lugar en el que poder crecer, y el agua suficiente para permitirle un frágil simulacro de vida. Él (¿ella? ¿eso?) nos aseguró en nuestro coro de voces que Riddley estaba bien, que Riddley estaba lejos pero que regresaría pronto. La planta parecía satisfecha. Los zarcillos que sostenían nuestros brazos y piernas (por no mencionar el cuello de Roger) se aflojaron. Algunos cayeron al suelo, otros simplemente se retiraron.

—Vamos —dijo Roger en voz muy baja—. Salgamos de aquí.

Pero durante un momento nos quedamos allí parados, mirando maravillados. Pensé en lo que nos dijera Tina Barfield, aquello de que le diéramos a la planta una buena ducha de DDT cuando termináramos con ella, una vez que ya hubiéramos conseguido lo que necesitáramos de ella, y por un instante realmente me alegré de que la mujer estuviera muerta. La perra de corazón frío *se merecía* estar muerta, pensé. El hecho de hablar de matar algo que era tan poderoso e incluso tan obviamente dócil y amistoso… dejando la razón de lado, es algo enfermizo.

—De acuerdo —dijo Sandra por fin—. Vamos, muchachos.

—No puedo creerlo —dijo Bill—. Lo veo pero no lo creo.

Salvo que todos sabíamos que lo creía. Lo habíamos visto y sentido en su mente.

—¿Qué hacemos con la puerta? —preguntó Herb—. ¿La dejamos abierta o cerrada?

—No te *atrevas* a cerrarla —dijo Sandra, indignada—. Si lo hicieras le cortarías algunas de sus ramitas.

Herb cruzó la puerta y miró a Bill.

—¿Estás convencido, O Doubting Thomas?

—Sabes que lo estoy —dijo Bill—. No sigas insistiendo, ¿de acuerdo?

—Nadie va a insistir —dijo Roger bruscamente—. Tenemos cosas más importantes que hacer. Ahora vengan.

Nos llevó de nuevo hacia la Editorial, alisándose la corbata y acomodándosela bajo el cinturón mientras se iba. Yo me detuve solo una vez, en la curva del corredor, y miré hacia atrás. Estaba convencido de que se habría ido, de que toda la situación había sido algún tipo de alucinación de los cinco sentidos, pero sin embargo seguía allí, una verde inundación de hojas y un enredado montón pardusco de vides flexibles, una buena cantidad de ellas arrastrándose ahora por la pared.

—Asombroso —susurró Herb a mi lado.

—Sí —reconocí.

—¿Y toda esa historia de lo que ocurrió en Rhode Island? ¿Todo eso es cierto?

—Es todo verdad —asentí.

—Vamos —nos llamó Roger—. Tenemos mucho de qué hablar.

Empecé a moverme, pero entonces Herb me tomó del brazo.

—Casi estoy deseando que el viejo Tripas de Hierro no haya muerto —me dijo— ¿Puedes imaginarte cómo le haría volar la mente una cosa como esta?

No supe qué decirle, pero lo estuve pensando bastante, sobre todo lo que tiene que ver con la nota de Tina Barfield.

Volvimos a la oficina de Roger, con él detrás de su escritorio, yo en una silla a su lado, Sandra en su sillón, y Bill y Herb una vez más sentados en la alfombra, con las piernas estiradas y las espaldas contra la pared.

—¿Alguna pregunta? —consultó Roger, y todos negamos con la cabeza. Quien lea este diario —alguien ajeno a estos eventos, en otras palabras— no dudaría en encontrarlo increíble: ¿cómo pudiera ser, en el nombre de Dios, que no haya preguntas? ¿Cómo pudimos haber evitado perder como mínimo el resto de la mañana especulando sobre el mundo invisible? ¿O más probablemente el resto del día?

La respuesta es muy simple: debido a la mezcolanza de mentes. Habíamos llegado a una mutua comprensión que pocas personas pueden lograr. Y también está el pequeño hecho de que tenemos que salvar un negocio —nuestros cupones de comida, si quieres rebajarte y llamarlo de esa forma. Rebajarse me parece más fácil desde que Ruth me pateó; quizás mi meticulosidad sea la próxima en abandonarme. Eso espero, de todas formas. Te diré algo sobre los legendarios cupones de comida, ya que estoy en el tema. Te preocupan cuando estás en

peligro de perderlos, pero no te pones realmente frenético hasta que estás en peligro de perderlos *y además* comprendes que a lo mejor puedes salvarlos. Si es que, es decir, te mueves con la suficiente rapidez y no te tropiezas. La fatalidad es una acicate. Nunca antes lo supe, pero ahora sí lo sé.

Y una cosa más sobre aquello de «que no haya preguntas». La gente puede acostumbrarse casi a cualquier cosa: a la cuadriplegia, a la caída del cabello, al cáncer, incluso a descubrir que su querida hija única se unió a los Hare Krishnas y actualmente está en el Stapleton Internacional con un atractivo pijama naranja tratando de convertir a los viajantes comerciales. Nos adaptamos. Una invisible hiedra telepática es sólo una cosa más a la que acostumbrarse. Tal vez más tarde nos preocupemos por las ramificaciones. Pero en ese momento teníamos un par de libros en los que trabajar: *Los Chistes más Enfermos del Mundo* y *El General del Diablo*.

El único de nosotros que tuvo problemas en seguir con el programa era Herb Porter, y su distracción no tenía nada que ver con Zenith la hiedra común. Al menos no en forma directa. Continuó lanzándole consternadas miradas de reproche a Sandra, y gracias a la mezcolanza de mentes, supe por qué. Bill y Roger también lo supieron. Parece que durante el último medio año o cosa así, el señor Riddley Walker de Bug's Anus, Alabama, ha estado encerando algo más que los pisos aquí en Zenith House.

—¿Herb? —preguntó Roger—. ¿Estás con nosotros o en cualquier lado?

Herb miró sobresaltado alrededor, como un hombre al que despiertan de un sueño ligero.

—¿Huh? ¡Sí! ¡Por supuesto!

—No creo que lo estés, no del todo. Y te *quiero* con nosotros. La cubierta de la buena de *Zenith* se ha llenado de terribles filtraciones, en caso de que no lo hayas notado. Si queremos impedir que se hunda, necesitaremos que todas las manos se pongan a trabajar en las bombas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Lo entiendo —dijo Herb tétricamente.

Sandra, entretanto, le echó una mirada que no contenía otra cosa que no sea perplejidad. Creo que ella sabe lo que Herb sabe (y que todos nosotros sabemos). Ella no puede entender por qué, en el nombre de Dios, Herb se habría afligido. Los hombres no entienden a las mujeres, sé que eso es cierto… pero las mujeres no entienden *en lo absoluto* a los hombres. Y si lo hicieran, probablemente no

tendrían mucho que ver con nosotros.

—Bien —dijo Roger—, supongo que nos dirás que, al menos, algo estarás haciendo con el libro del General Hecksler.

Para deleite y asombro de Roger, se había avanzado mucho en la biografía de Tripas de Hierro, y en un tiempo muy corto. Mientras Roger y yo estábamos en Central Falls, Herb Porter fue como una pequeña abeja ocupada. No sólo comprometió a Olive Barker como escritora fantasma de *El General del Diablo,* sino que consiguió su solemne promesa de entregar un primer borrador de sesenta mil palabras en sólo tres semanas.

Sería demasiado moderado decir que me quedé sorprendido por esta rápida acción. En mi experiencia anterior, Herb Porter sólo se movía rápidamente cuando Riddley venía por el pasillo gritando, «Rosquillas de lo de Dey en la cocinita, y eyas etán muy buenas! ¡Rosquillas de lo de Dey en la cocinita, y eyas etán muy buenas!»

—Tres semanas, hombre, no lo sé —dijo Bill, como dudando—. Aún si dejamos de lado su ataque de apoplejía, Olive tiene aquel problemita. —Hizo el gesto de tragarse un manojo de píldoras.

—Ésa es la mejor parte —explicó Herb—. Mademoiselle Barker está limpia, por lo menos de momento. Va a esas reuniones y todo. Ya sabes que, cuando estaba bien, fue siempre la más rápida escritora a pedido que tuvimos.

—Y una copiona honesta, también —dije—. Por lo menos solía serlo.

—¿Piensas que puede mantenerse limpia durante tres semanas?

—Lo hará —aseguró Herb de forma severa—. Durante las próximas tres semanas, seré el asistente personal de Olive Barker. Me llamará tres veces por día. Si llego a oír tan solo una s arrastrada, me le voy a aparecer con un bombeador de estómagos. Y un paquete de enemas.

—Oh, *por favor* —se quejó Sandra, haciendo muecas.

Herb la ignoró.

—Pero eso no es todo. Esperen.

Se lanzó hacia afuera, cruzó el pasillo hacia el glorificado armario que es su oficina (en una pared tiene una fotografía tamaño póster del General Anthony Hecksler a la que Herb le tira dardos cuando está aburrido), y regresó con un fajo de papeles. Se veía extrañamente tímido cuando los puso en las manos de Roger.

En lugar de mirar el manuscrito —porque por supuesto de eso se trataba—

Roger miró a Herb, las cejas levantadas.

Por un momento pensé que Herb estaba sufriendo una reacción alérgica, quizás como resultado de cierta sensibilidad de la piel a las hojas de la hiedra. Entonces comprendí que se estaba ruborizando. Lo vi, pero la idea todavía me parece extraña, como pensar en Clint Eastwood sollozando en el regazo de su mamá.

—Es mi informe sobre el asunto de *Veinte Flores Psíquicas de Jardín* —dijo Herb—. Me parece que es bastante bueno, de verdad. Solamente un treinta por ciento es realmente verídico; nunca agarré a Tripas de Hierro ni lo puse de rodillas cuando se presentó aquí amenazando con un cuchillo, por ejemplo…

Bastante cierto, pensé, si se tiene en cuenta que Hecksler nunca se presentó aquí, por lo que sabemos, ni una sola vez.

—… aunque le hace bien a la narración. Yo… estaba inspirado.

—Herb bajó el rostro por un instante, como si la idea de la inspiración lo sacudiera de un modo vergonzoso. Entonces levantó la cabeza de nuevo y echó una mirada alrededor, mirándonos desvergonzadamente—. Por otro lado, el maldito chiflado está muerto, y no espero tener problemas por el lado de su hermana, sobre todo si la traemos a la tienda para ayudar con el libro y le pasamos un par de cientos para su… bien, llámenlo ayuda creativa. —Roger estaba pasando las hojas que Herb le había entregado, ignorando este desborde de verborragia.

—Herb —se asombró—. Hay… por lo que más quieras, hay *treinta y ocho páginas* aquí. Eso significa cerca de diez mil palabras. ¿Cuándo las escribiste?

—Anoche —respondió, mirando hacia el piso de nuevo. Sus mejillas estaban más encendidas que nunca—. Te lo dije, estaba inspirado.

Sandra y Bill parecían impresionados, aunque no tanto como lo estaba yo. Hasta donde sé, sólo Thomas Wolfe era un hombre de diez mil palabras por día. Por cierto que opaca mis lastimosos claqueteos en esta Olivetti. Y cuando Roger hojeó las páginas de nuevo, vi menos de una docena de borrones y tachaduras. Dios, *debe* haber estado realmente inspirado.

—Esto es extraordinario, Herb —dijo Roger, y no había ninguna duda de la sinceridad de su voz—. Si está bien escrito —y basándome en tus memos y resúmenes tengo razones para pensar que será así— éste va a ser el corazón del libro. —Herb se ruborizó nuevamente, aunque me parece que esta vez de placer.

Sandra estaba mirando su manuscrito.

—Herb, piensas que pudiste escribirlo tan rápido… quiero decir, crees que tiene algo que ver con… ya sabes…

—Seguramente —dijo Bill—. Tiene que estar relacionado. ¿No lo crees, Herb?

Yo podía notar cómo luchaba Herb para obtener todo el prestigio por las diez mil palabras que iban a formar el nudo dramático de *El General del Diablo*, y entonces (juro que es verdad) pude percibir que sus pensamientos se dirigían hacia la planta, a la espectacular viveza que desplegó cuando Bill Gelb abrió la puerta de repente y se desparramó fuera del armario.

—Por supuesto que fue la planta —admitió—. Quiero decir, tiene que haber sido. Nunca he escrito algo tan bueno en mi vida.

Y pude imaginarme quién iba a ser el héroe de la obra, pero mantuve la boca cerrada. En ese tema, al menos. En otro, creí prudente abrirla.

—En la carta que me envió Tina Barfield —intervine— decía que cuando nos enteráramos de la muerte de Carlos, no lo creyéramos. Luego agregó, «Como la del General.» Se los repito: "*Como la del General*'.

—Eso es pura mierda —dijo Herb, aunque parecía intranquilo, y mucho del color huyó de sus mejillas—. El tipo se arrastró por un maldito horno de gas y se aplicó un funeral vikingo. Los polis encontraron sus dientes de oro, cada uno de ellos grabado con el número 7, por el 7º Regimiento. Y por si eso fuera poco, también encontraron el encendedor que le dio Douglas MacArthur. Él nunca lo habría abandonado. Nunca.

—De modo que quizá esté muerto —dijo Bill—. Según Roger y John, este tal Keen también estaba muerto, aunque todavía seguía lo suficientemente vivo como para leer los avisos de autos usados en el periódico.

—Sin embargo, el señor Keen sólo tenía el corazón colgándole del pecho —dijo Herb. Habló casi con indiferencia, como si tener el corazón colgando del pecho fuera aproximadamente lo mismo que arrancarse una uña con la tapa del baúl del auto—. De tripas de Hierro no quedó nada, salvo cenizas, dientes, y unos montoncitos de huesos.

—Sin embargo, está ese asunto del *tulpa* —le recordó Roger. Todos nos sentamos alrededor y discutimos ese tema con una calma absoluta, como si se tratara de la trama del más reciente libro de bichos gigantes de Anthony

LaScorbia.

—¿Qué es un *tulpa* exactamente? —preguntó Bill.

—No lo sé —dijo Roger—, pero lo sabré mañana.

—¿Lo sabrás?

—Sí. Porque esta noche, antes de que te marches a casa, vas a investigar el asunto en la Biblioteca Pública de New York.

Bill gimió.

—¡Roger, eso no es justo! Si hay un *tulpa* de tipo militar allá afuera, es *el tulpa de Herb.*

—A pesar de eso, esta investigación en particular te pertenece —le aseguró Roger, y le echó una severa mirada a Bill—. A Sandra se le ocurrió el libro de chistes y a Herb el libro del chiflado. Me debes una inspiración. Y mientras tanto, espero que me investigues el maravilloso mundo de los *tulpas*.

—¿Y qué hay con *él*? —preguntó Bill, enfurruñado. Y me señaló a mí.

—John también tiene un proyecto —le respondió Roger—. ¿No es así, John?

—En eso estoy —repliqué, recordándome de nuevo no irme a casa sin sumergirme en la polvorienta atmósfera del cuarto del correo, al menos una vez más. Según Tina, lo que yo había estado buscando estaba en una caja púrpura, en el estante del fondo, y casi en la esquina.

No, no según Tina.

Según la OUIJA.

—Es hora de ir a trabajar —dijo Roger—, pero quiero hacerles tres sugerencias antes de dejarlos en libertad. La primera es que se mantengan alejados del armario del conserje, sin importar cuán atraídos hacia él puedan sentirse. Si el impulso se vuelve irresistible, hagan lo que hacen los adictos: llamen a alguien que tenga el mismo problema para hablar sobre eso hasta que pase el impulso. ¿De acuerdo?

Sus ojos nos barrieron: Sandra sentada una vez más, tan pulcra y remilgada como una novata en su primera reunión social de mujeres; Herb y Bill lado a lado en el suelo, el señor Stout y el señor Narrow. Roger me miró por último a mí. Ninguno de nosotros dijo nada en voz alta, pero Roger igual nos oyó. Así es como están las cosas en Zenith House. Es asombroso, y la mayor parte del mundo sin duda lo encontraría abrumadoramente increíble, pero así están. Para bien o para mal. Y como lo que él oyó era lo que quería escuchar, Roger asintió

y se echó hacia atrás en su sillón, algo más aliviado.

—Segunda sugerencia. Pueden sentir la necesidad de contarle a alguien fuera de esta oficina lo que ha ocurrido aquí… lo que está ocurriendo. Les suplico con todo mi corazón que no lo hagan.

No tiene por qué preocuparse. No lo haremos, ninguno de nosotros. Es por una cuestión de simple naturaleza humana el querer confiar un gran y maravilloso secreto a quien consideras un amigo íntimo, pero éste no es el caso. Y no necesité de la telepatía para saberlo; lo vi en sus ojos. Y recordé algo bastante desagradable de mi niñez. Había un chico que vivía en mi misma calle, que de ningún modo podía considerarse uno de los más simpáticos del mundo; se llamaba Tommy Flannagan. Era flaco como un riel. Tenía una hermana, tal vez uno o dos años menor, que era bastante molesta. Y a veces él la perseguía hasta hacerla llorar, gritándole *¡Tragona, tragona, tra-tra-tra-gona!* No sé si la pobre Jenny Flannagan era una tragona o no, pero lo que sí sé es que eso es lo que parecíamos nosotros cinco: un grupo de editores tragones sentados en la oficina de Roger Wade.

Esa mirada me obsesiona, porque estoy seguro de que también estaba en mi cara. La planta te hace sentir bien. Emana olores agradables. Su toque no es ni viscoso, ni repulsivo; se siente como una caricia. Una caricia que ofrece vida. Ahora, sentado aquí, con los ojos entrecerrados luego de otro largo día (y todavía tengo algo para leer, si es que alguna vez llego a terminar esta entrada), desearía poder sentirla de nuevo. Sé que me daría fuerzas y me reanimaría. Y ya que estamos, algunas drogas también te hacen sentir bien, ¿no es así? Incluso mientras te están matando, te hacen sentir mejor. Quizá no tenga sentido, quizá sea una reminiscencia puritana, como una memoria racial, o quizá no. En realidad no lo sé. Y de momento, supongo que no interesa. Todavía…

Tragona, tragona, tra-tra-tra-gona.

En la oficina hubo un momento de silencio y luego Sandra dijo:

—Nadie va desperdiciar los frijoles, Roger.

Bill:

—Tampoco se trata nada más que de salvar nuestros empleos en este piojoso molino de pulpa.

Herb:

—Queremos tratar a ese imbécil de Enders tan mal como lo hizo contigo,

Roger. Créenos.

—De acuerdo —dijo Roger—. Lo que me lleva a la última sugerencia. John ha estado llevando un diario personal.

Yo casi salté de mi asiento y empecé a preguntarme cómo lo supo —no se lo había contado—, pero comprendí que ya no necesitaba hacerlo. Gracias a Zenith, de allí de la región de Riddley Walker, ahora sabemos mucho sobre cada uno de los otros. Más de lo aconsejable, probablemente.

—Es una buena idea —prosiguió Roger—. Les sugiero que todos comiencen a llevar diarios.

—Si realmente vamos a trabajar en la producción de un nuevo grupo de libros, no voy a tener tiempo ni para lavarme el pelo —refunfuñó Sandra. Como si hubiera sido puesta a cargo de la corrección de un manuscrito recientemente descubierto de James Joyce en lugar de *Los Chistes Más Enfermos del Mundo.*

—Sin embargo, les aconsejo encarecidamente que encuentren tiempo para eso —advirtió Roger—. Escribirlos puede llegar a ser innecesario si las cosas resultan tal como lo esperamos, pero podrían llegar a ser inestimables si no… bueno, digamos que no tenemos una idea demasiado clara de con qué fuerzas estamos jugando aquí.

—Él que toma a un tigre por la cola no se atreve a soltarla —agregó Bill. Lo dijo en una especie de murmullo malvado.

—Tonterías —dijo Sandra—. Es sólo una *planta*. Y es *buena*. Lo sentí muy intensamente.

—Muchas personas creyeron que Adolf Hitler era tan sólo una abejita —le dije, con lo que me gané una cortante mirada de la señorita.

—Sigo volviendo a lo que dijo Barfield, aquello de que la planta necesita sangre para ponerse realmente en marcha —dijo Roger—. La sangre del mal o la sangre de la locura. En realidad no lo entiendo, y no me gusta nada. La idea de que estemos cultivando una parra vampiro en el armario del conserje…

—Y no *sólo* en el armario del conserje —agregué yo, ganándome fieras miradas de Sandra, de Herb, y de Bill, quien más que confundido se veía inquieto.

—Hasta el momento no probó sangre de ningún tipo, eso es todo —dijo Roger—. Por ahora las cosas están sucediendo según nuestros propósitos —se aclaró la garganta—. Creo que estamos jugando con explosivos de alto riesgo

aquí, señores, y en un caso así, llevar un registro puede llegar a ser conveniente. Notas y apuntes es todo lo que les estoy pidiendo.

—Es probable que si alguna vez llegaran a leerse esos diarios en la corte nos hagan terminar en Oak Cove —dijo Herb—. Allí terminó el chiflado de Tripas de Hierro, por si alguno lo olvidó.

—Es preferible Oak Cove que Attica —dije yo.

—Eso es alentador, John —dijo Sandra—. Es muy alentador.

—No te preocupes, cariño —dijo Bill, extendiendo la mano y palmeándole un tobillo—. Me parece que a las damas las envían a Ossining.

—Sí —dijo ella—. Donde puedo descubrir las delicias de un tonto amor con un jovencito de ciento treinta kilos.

—Ya está bien, suficiente —soltó Roger con impaciencia—. Es una precaución, nada más. En realidad no hay ningún costado oculto en esto. No si andamos con cuidado.

No fue hasta entonces que comprendí cuán desesperadamente Roger quiere que Zenith House se recupere, ahora que tiene la oportunidad. Cuánto desea salvar su reputación, ahora que existe la indudable oportunidad de salvarla. Otra vez recordé a aquel general conejo gritando, «¡Vuelvan, necios! ¡Los perros no son peligrosos!»

Opino que, en los días y semanas por venir, Roger Wade se mantendrá alerta. Los demás también. Y yo, por supuesto.

Tal vez yo más que todos.

—Creo que estoy preparado para unas pequeñas vacaciones en Oak Cove, de todas formas —bromeó Bill—. Siento como si estuviera leyéndoles las mentes, muchachos, y eso me está *volviendo* loco.

Nadie dijo nada. Nadie necesitó decirlo.

Querido diario, pasemos al siguiente punto.

Me pasé el resto del día reanudando mi existencia más o menos normal. Eliminé una larga y aburrida escena de una fiesta nocturna en la última novela de *Viento Flotante* de Olive y, atento a la difunta Tina Barfield, admití una escena de sexo rudo que ciertamente *era* rudo (en un momento dado un objeto inanimado es colocado en un dudoso lugar con dudosos y extasiantes resultados). Rastreé a una consejera culinaria a través de la Biblioteca Pública de New York, y accedió, por la suma de cuatrocientos dólares (un lujo que apenas

podemos permitirnos) a indagar entre las recetas de *Tu Nuevo Libro de Cocina Astral*, de Janet Freestone-Love, para tratar de cerciorarme de que no hay nada venenoso allí. Habitualmente, los libros de cocina son máquinas de hacer dinero, incluso los malos, pero poca gente fuera de este loco negocio entiende que también pueden ser peligrosos; la jodes en algunos ingredientes y las personas pueden morirse. Parece absurdo, pero pasa. Fui a almorzar con Jinky Carstairs, quien está novelando la obra de lesbo-vampiros de mierda con la que estamos atrancados (hamburguesas en Hamburguesas Cielo, como ya he dicho**)** y luego del trabajo tomé un trago con Rodney Slavinksy, que escribe los westerns de Coldeye Denton bajo el seudónimo de Bart I. Straight. Los Coldeyes no lograron gran cosa en el mercado americano, pero por alguna razón encontraron su público en Francia, Alemania, y Japón. Nosotros tenemos esos derechos. Tragón, tragón.

Antes de la reunión con Rodney —que es un cowboy gay, compadre— volví al cuarto del correo, y para llegar allí tuve que caminar sobre un retorcido tapete de ramas y tallos de hiedra. Todavía se puede pasar sin verte obligado a pisar ninguna, por lo que estoy agradecido. Lo último que necesitaba a las tres de la tarde era el dolorido grito de una hiedra psíquica sufriendo un mal caso de aplastamiento de los dedos del pie.

En su mayor parte, Zenith parece estar creciendo por la pared, a ambos lados del cubículo del conserje, creando un complejo modelo de verdes y marrones, a través del que se asoma, en agradables modelos geométricos, el empapelado color crema de la pared. Aunque en esta ocasión no le escuché suspirar, podría jurar que le oí respirando, calurosa, profunda y placenteramente, justo por debajo del límite de la capacidad auditiva. Y de nuevo había un aroma, esta vez no a café pero sí a madreselva. Ese olor también me produce cariñosos recuerdos de la niñez; tienen que ver con la biblioteca donde pasé muchas horas felices, cuando era chico. Y cuando caminé a su lado, un ramal de hiedra se extendió y me tocó la mejilla. Y no fue *nada más* que un toque. Fue una caricia. Una gran cosa que he descubierto acerca de llevar un diario: si en otra parte no lo soy, sí puedo ser sincero aquí, y en este caso lo suficientemente sincero como para reconocer que ese frondoso contacto me hizo pensar en Ruth, que me tocaba justo de esa manera.

Me quedé absolutamente tranquilo mientras ese delicado tallo se deslizaba

por mi sien, me exploraba una ceja, y luego se retiraba. Antes de que lo hiciera, tuve un pensamiento muy claro, y sé positivamente que vino de Zenith en lugar de mi propia mente:

*Encuentra la caja púrpura.*

La encontré, exactamente donde Barfield —o su tabla Ouija— dijo que estaría, en el estante del fondo, casi en la esquina, detrás de un par de enormes mailers atiborrados de cartas. Es el tipo de caja en la que viene el papel para mecanografiar de mediana calidad. El que la envió —un tal James Saltworthy de Queens— lo único que hizo fue cerrar la caja con cinta y colocar una calcomanía de envío sobre el logotipo de RAGLAND BOND. Su dirección está ubicada en la esquina superior izquierda, en otra calcomanía. Me resulta sorprendente que los del correo aceptaran semejante paquete y lo enviaran aquí, pero lo hicieron, y ahora es todo mío. Sentado en el suelo del cuarto del correo, oliendo a polvo y a madreselva, rompí la cinta y levanté la tapa de la caja. Dentro había una copia de unas aproximadamente cuatrocientas páginas, según estimo, debajo de un título que decía:

EL ÚLTIMO SOBREVIVIENTE

Por James Saltworthy

Y en la esquina inferior:

Derechos Norteamericanos en venta
Agente literario: Yo mismo
Aprox. 195,000 palabras

También había una carta, dirigida de esta forma: AL EDITOR, O A QUIENQUIERA QUE DEVUELVA ESTAS COSAS AL LUGAR DE DONDE PROCEDEN. Al igual que hice con la carta de Tina Barfield, la he agregado aquí. No voy a criticarla ni analizarla, y probablemente no haya ninguna razón para hacerlo, en absoluto. Los escritores que han estado intentando publicar sus libros por un largo periodo de tiempo —cinco años, a veces diez, y una vez en toda mi experiencia quince años completos que abarcaron diez novelas inéditas, tres de ellas muy extensas — comparten un tono similar que podría describir como una delgada chaqueta de cínica autocompasión extendida sobre un charco de desesperación creciente y,

en muchos casos, histeria. En mi imaginación, que probablemente sea demasiado gráfica, estos tipos siempre se parecen a mineros que de algún modo lograron sobrevivir a un terrible hundimiento, gente que está atrapada en la oscuridad y gritando *¿Hay alguien allá afuera? ¿Por favor, hay alguien allí? ¿Pueden oírme?*

Lo que pensé cuando devolví la carta al sobre fue que si alguna vez hubo un nombre que sonara como perteneciente a un escritor, ese nombre era James Saltworthy. Mi siguiente pensamiento consistió simplemente en devolver la caja a su lugar y abandonar cualquier cosa que estuviera bajo la página del título, ya fuera buena o mala, hasta llegar a casa. Pero hay una pequeña Pandora en la mayoría de nosotros, creo, y no podía resistir echarle un vistazo. Y antes de que lo comprendiera, ya estaba leyendo las primeras ocho o nueve páginas. Se lee tan fácil, tan naturalmente. No puede ser tan bueno como parece serlo, lo sé, o no estaría aquí. Y hay una parte de mí que todavía me susurra al oído que no puede ser cierto. Él es su propio agente, y los escritores que hacen eso son como abogados defendiéndose a sí mismos: tienen a tontos como clientes.

Las páginas que leí eran lo bastante buenas como para que estuviera impaciente por leer el resto desde que salí de la oficina; mi mente sigue volviendo a Tracy Nordstrom, el encantador psicópata que aparentemente va a ser el personaje principal de Saltworthy. Hay una guerra desarrollándose en mi cabeza; a un lado los ejércitos de la Esperanza, los del Cinismo en el otro. Presiento que este conflicto va a resolverse en las dos horas que median entre ahora y la medianoche, cuando lo termine de leer. Pero antes de abandonar la silla de la máquina de escribir en la cocina para ir a mi silla de lectura en la sala de mi departamento, debo agregar algo más. Cuando me puse de pie con la caja púrpura de Saltworthy bajo el brazo, noté que Zenith la hiedra común había atravesado la pared entre el armario del conserje y la sala de correo, al menos en tres docenas de lugares. Hay diez estantes de acero montados en esa pared, simples cosas grises utilitarias que ahora están vacías por completo; los limpié en mi orgía de trabajo post-Ruth, sin encontrar nada ni remotamente publicable. En la mayoría de los casos no se trata de incompetencia —son narraciones aburridas y de prosas torpes— sino de un sincero analfabetismo. No uno sino varios de los manuscritos que llenaron esos estantes grises se garabatearon con lápiz.

Pero dejemos eso de lado. Lo importante aquí es tan sólo que pueda ver esa pared, porque las pilas mezcladas de cajas, de bolsas y mailers, han desaparecido. Ahora el empapelado color crema está perforado por una galaxia de estrellas verdes. En muchos casos las puntas de las ramas de la hiedra recién han empezado a penetrar, pero en otros, los largos y frágiles enramados ya se deslizaron a través de ella. Están creciendo a lo largo de los vacíos estantes de acero, encontrándose, retorciéndose, subiendo, descendiendo. En otras palabras, marcando el nuevo territorio. La mayoría de las hojas todavía están herméticamente plegadas, como criaturas durmiendo, pero algunas ya han empezado a abrirse. Tengo la fuerte sospecha de que dentro de una o dos semanas, un mes a lo sumo, la sala del correo va a estar tan repleta de Zenith como lo está ahora el cubículo de Riddley.

Lo que me lleva a una pregunta divertida aunque absolutamente válida: ¿dónde vamos a poner a Riddley cuándo regrese? ¿Y qué será, exactamente, lo que él haga?

Es suficiente. Es la hora de ver qué es lo que hay en la caja de James Saltworthy.

2 de abril de 1981

Querido Dios. Oh mi Dios querido. Me siento como alguien que arrojó la línea de pescar en un pequeño arroyo rural y enganchó a Moby Dick. Incluso llegué a marcar los primeros cinco dígitos del número de Roger Wade antes de darme cuenta de que son las malditas dos de la mañana. Tendrá que esperar, pero no sé cómo haré para esperar. Me siento a punto de explotar. Nombres y títulos de libros continúan dando vueltas por mi cabeza. *El Desnudo y el Muerto*, de Norman Mailer. *El Condado de Raintree*, de Ross Lockridge. *Peyton Place*, de Grace Metalious. *El Padrino*, de Mario Puzo. *El Exorcista*, de William Peter Blatty. *Tiburón*, de Peter Benchley. Diferentes clases de libros, diferentes tipos de escritores, algunos buenos, otros sólo competentes, pero todos ellos creadores de una especie de relámpago embotellado, de historias que millones de personas no pueden dejar de leer. *El Último Sobreviviente* de Saltworthy encaja perfectamente en ese grupo. No tengo ninguna maldita duda al respecto. No creo que haya encontrado una Obra Maestra, pero sé que he encontrado La Próxima Gran Cosa.

Si dejamos que esto se nos escape, me voy a pegar un tiro.
No.
Caminaré hasta el armario de Riddley y le pediré a Zenith que me estrangule.
Dios mío, qué libro increíble. Qué historia increíble.

# 60

19 de febrero de 1981

Redacción y/o Personal de correo

Zenith House, Editores
Avenida South Park 490
Nueva York, Nueva York 10017

AL EDITOR, O A QUIENQUIERA QUE DEVUELVA ESTAS COSAS AL LUGAR DE DONDE PROCEDEN:

Mi nombre es James Saltworthy, y soy el autor del albatros adjunto. Cuando escribí la novela *El Último Sobreviviente*, en 1977, estaba ambientada cinco años en el futuro, ¡y por Dios que ahora el futuro ya casi está aquí! Me resulta un poco gracioso. Esta novela, que fue revisada por mi esposa y mi departamento de dirección (enseño 5.$^{to}$ grado de inglés en Nuestra Señora de la Esperanza, en Queens), fue enviada a un total de veintitrés editores. Probablemente no debería estar contándole esto, pero ya que Zenith House es la parada final de este manuscrito en lo que ha sido un largo y extremadamente lento paseo en tren hacia ninguna parte, he decidido «dejar que siga cayendo», como solíamos decir por allá por los sexi años sesenta, cuando todos creíamos que teníamos en nuestro interior como mínimo una gran novela.

Puedo suponer que en algunas de las casas editoriales que *El Último*

*Sobreviviente* visitó —como una especie de inoportuno pariente político del que tienes que librarte lo antes posible— realmente fue leído (*parcialmente* leído podría ser una mejor manera de describirlo). De Doubleday llegó la respuesta «Estamos buscando una ficción más optimista.» ¡Animo! De Lippincott: «La escritura es buena, los personajes son desagradables, la narración francamente increíble.» ¡Mazel tov! De Putnam vino aquel viejo favorito: «Nosotros ya no aceptamos material que llegue sin un agente literario». ¡Hurra! Agentes; el primero que tuve se me murió; tenía ochenta y un años y estaba senil. El segundo era un estafador. El tercero me dijo que amaba mi novela, y luego ofreció venderme algún Amway.

Estoy adjuntando 5 dólares para la estampilla de retorno. Si usted quiere utilizarlos para devolverme la historia luego de no haber podido terminar de leerla, está bien. Si quiere usarlos para comprarse un par de cervezas, todo lo que puedo decirle es ¡Alegría! ¡Mazel tov! ¡Hurra! Mientras tanto, advierto que Rosemary Rogers, John Saul, y John Jakes siguen vendiendo mucho, así que supongo que la literatura americana está andando bien y marchando valientemente hacia el siglo 21. ¿Quién necesita a Saltworthy?

Me pregunto si se podrá hacer algo de dinero escribiendo manuales de enseñanza. Por cierto que no se hace demasiado enseñando a alumnos de quinto, cuando algunos portan sevillanas y venden drogas a la vuelta de la esquina. Supongo que ellos no le creerían eso a Doubleday, ¿no es así?

Cordialmente,

Jim Saltworthy
73 Aberdeen Road
Queens, Nueva York 11432

# 61

*Del Contestador Automático de la Oficina de Roger Wade, 2 de abril de 1981*

**3:42 A. M.: Hola, usted se ha comunicado con Roger Wade en Zenith House. En este momento no puedo tomar su llamada. Si se trata de facturas o de contabilidad, tiene que llamar a Andrew Lang de la Corporación Apex de América. El número es 212-555-9191. Pregunte por la División Publicaciones. Si quiere dejarme un mensaje, espere la señal. Gracias.**

Roger, soy John, tu viejo compañero de safari de Central Falls. Te estoy llamando a las cuatro de la mañana del 2 de abril. Hoy no iré a trabajar. Acabo de terminar de leer el más increíblemente jodido libro de mi vida. Dios santo, jefe, siento como si alguien me hubiera atado al cerebro en un maldito trineo con cohetes. Tendremos que ser muy astutos; el libro tendrá que ser de tapa dura, un verdadero *lanzamiento* con pitos y maracas y, como sabes, Apex no tiene ninguna casa que publique en tapa dura. Como la mayoría de las compañías que irrumpen en el negocio del libro, no tienen ni idea de nada. Pero nosotros estamos en una situación mejor. Nosotros tenemos una maldita pista. ¿Quién crees que pueda ser la mejor editorial en tapa dura? ¿Y en cual confías? Si perdemos los derechos de bolsillo de este libro durante el proceso de conseguirle un editor de tapa dura a Saltworthy, me mataré. Yo

**3:45 A. M.: Hola, usted se ha comunicado con Roger Wade en Zenith**

**House. En este momento no puedo tomar su llamada. Si se trata de facturas o de contabilidad, tiene que llamar a Andrew Lang de la Corporación Apex de América. El número es 212-555-9191. Pregunte por la División Publicaciones. Si quiere dejarme un mensaje, espere la señal. Gracias.**

John el charlatán, hasta en la maldita máquina contestadora, ¿no, Roger? Ni siquiera puedo recordar de qué te estaba hablando. Es que estoy mareado. Me voy a la cama. No sé si lograré dormirme. Si no puedo, quizá vaya a trabajar, de todas formas. ¡Probablemente en mis putos pijamas! [*Risas*] Si no, lo primero que haga el viernes será un Informe del Manuscrito, ¿está bien? Por favor no dejes que la caguemos, Roger. Por favor. Bien, me voy a acostar.

**3:48 A. M.: Hola, usted se ha comunicado con Roger Wade en Zenith House. En este momento no puedo tomar su llamada. Si se trata de facturas o de contabilidad, tiene que llamar a Andrew Lang de la Corporación Apex de América. El número es 212-555-9191. Pregunte por la División Publicaciones. Si quiere dejarme un mensaje, espere la señal. Gracias.**

Jesús, Roger. Nada espera hasta leer a este hijo de puta. Tan solo espera.

**3:50 A. M.: Hola, usted se ha comunicado con Roger Wade en Zenith House. En este momento no puedo tomar su llamada. Si se trata de facturas o de contabilidad, tiene que llamar a Andrew Lang de la Corporación Apex de América. El número es 212-555-9191. Pregunte por la División Publicaciones. Si quiere dejarme un mensaje, espere la señal. Gracias.**

Si alguien llegara a hacerle algo a esa planta, se muere. ¿Me captas? El muy maldito… se *muere*.

# 62

**ZENITH HOUSE, INFORME DEL MANUSCRITO**

**EDITOR**: John Kenton
**FECHA**: 3 de abril de 1981
**TÍTULO DEL MANUSCRITO**: *El Último Sobreviviente*
**NOMBRE DEL AUTOR**: James Saltworthy
**FICCIÓN/NO FICCIÓN**: F
**ILUSTRACIONES**: N
**AGENTE**: Ninguno
**DERECHOS OFRECIDOS**: El autor ofrece los norteamericanos, pero no sabe de qué está hablando.

RESUMEN: Esta novela se sitúa en el año 1982, pero fue escrita originalmente en 1977. Para mantener la intención del escritor, el tiempo tendría que ser cambiado por lo menos a 1986, 1987, o a cinco años desde el momento de su publicación.

La premisa básica es insólita y excitante. Una cadena televisiva que no anda demasiado bien con las mediciones de rating (el autor la llama EUA, Emisora Unida de América, pero se parece a la CBS) propone una extraordinaria idea para un show de juegos. Se dejan veintiséis personas en una isla desierta, donde deben sobrevivir durante seis meses. Tres camarógrafos especializados están entre los competidores. De hecho, cada competidor tiene un «trabajo» en la isla, y los camarógrafos tienen que entrenarlos en el uso del equipo. Otros rivales son «granjeros», «pescadores», «cazadores», y así sucesivamente. La idea es que

cada semana y durante veintiséis, los oponentes *agrupados* deben elegir por votación a la persona que abandone la isla. El primer desterrado gana un dólar. El segundo gana diez. El tercero gana cien. El cuarto gana quinientos. Y el último sobreviviente se lleva nada más que un millón. Sé que esta idea suena poco creíble, pero Saltworthy realmente nos hace creer que semejante programa podría estar en el aire algún día, si una red se encontrara lo suficientemente desesperada por los ratings (y si tuviera el suficiente mal gusto, pero en las cadenas de TV eso nunca ha sido un problema).

Lo que hace brillante a la historia es la delineación de personajes que Saltworthy imagina. Los espectadores de la tele ven a los oponentes de formas muy simples —la Joven Madre Buena, el Atleta Alegre, el Viejo Insociable, la Viuda Cruel Pero Religiosa. Por debajo, sin embargo, ellos son sumamente complejos. Y uno de ellos, un joven y atractivo camionero llamado Tracy Nordstrom, es en realidad un peligroso psicópata quien es capaz de hacer cualquier cosa con tal de ganarse el millón de dólares. En una escena intensamente organizada a comienzos del libro, él le envenena la comida al Viejo Insociable, sustituyendo hongos alucinógenos por los inofensivos que recogió una de las granjeras, una dulce ex-hippie que está angustiada porque comprendió su error y que luego intenta suicidarse (cosa que la red oculta, ya que *El Último Sobreviviente* se ha vuelto un hit monstruoso). Irónicamente, Nordstrom es el más aceptado de los oponentes, tanto por todos los demás de la isla como por la gran audiencia televisiva. (Saltworthy logró que este lector creyera que semejante show pudiera volverse una obsesión nacional.)

Sólo una persona, Sally Stamos (la Joven Madre Buena), sospecha cuán maligno es Tracy Nordstrom en realidad. Con el tiempo Nordstrom comprende que ella está en su contra, y se propone silenciarla. ¿Podrá Sally convencer a los demás sobre lo que está sucediendo? ¿Volverá ella alguna vez con sus hijos?

Saltworthy elabora el suspenso como un auténtico profesional, y ya no pude abandonar el libro… ni volver las páginas con la suficiente velocidad. La novela finaliza con una gran tormenta que logra lo que hasta entonces no había sido más que una cínica ilusión de la TV: los oponentes están aislados de todo, auténticos náufragos en lugar de fingidos. Lo que tenemos aquí es un híbrido de muy buena calidad entre *Y Entonces No Hubo Nadie* y *El Señor de las Moscas*. No quiero agregar la conclusión en este resumen; necesita ser leído y saboreado en la

vívida prosa del autor. Sólo déjame decirte que es tan chocante que todos los editores que lo leyeron hasta ahora soltaron el libro como si fuera una patata caliente. Pero funciona, y creo que el público americano que pudo aceptar los horrores sobrenaturales de *El Bebé de Rosemary* y los criminales de *El Padrino* lo recibirá con los brazos abiertos, lo recomendará a sus amigos, y hablará sobre él durante años.

**RECOMENDACIÓN EDITORIAL**: Tenemos que publicarlo. Es la mejor y más comercial novela inédita que alguna vez haya tenido el placer de leer. Si hay un libro que podría poner a una editorial en carrera, es éste.

John Kenton

# 63

*de EL LIBRO SAGRADO DE CARLOS*

SAGRADO MES DE ABRA (Entrada N.º 77)

El momento casi ha llegado. Las estrellas y los planetas están casi alineados, alabado sea Démeter. BIEN, puesto que mi tiempo es corto. Me deshice de la perra traidora de la Barfield, el hechizo funcionó y el avión cayó. Ya no tengo problemas por ese lado, alabado sea Abbalah, pero al final ella igual me traicionó. La perra ladrona tomó mi Talismán (en realidad era un Pico de Búho). He buscado por todas partes pero mi Pico desapareció. Apostaba a que ella lo tenía en el bolsillo cuando el avión se estrelló. ¡Quemado! ¡¡Nada más que CENIZAS!! Con mi Protección desaparecida, mi Tiempo es corto. No importa, de todas formas ya estoy harto de ser Carlos. Llegó el momento de la fase siguiente pero primero me libraré de «Soretito» Kenton. ¡Yo REALMENTE te enseñaré qué SIGNIFICA el rechazo, so Judas! Deja que la planta cuide del resto de ellos cuando llegue la Sangre Inocente.

He estado por los alrededores del barrio donde trabaja Kenton. Son casi todos edificios de oficinas, excepto por el pequeño mercado que está cruzando la calle. Hay una vagabunda vieja y loca afuera. Una Mujer con una Guitarra. La toca casi tan mal como «Soretito» Kenton revisa libros. ¡Ja! Pensé en utilizarla, como Sangre Inocente, pero también es Loca, así que no sirve. «No puedes trabajar la madera si la madera no trabaja» como me decía el señor Keen. Un hombre sabio a su manera.

Se ven unos pocos «regulares» más en la calle. Un tipo que vende relojes y

chucherías en una mesa plegable. No significa un problema, pero el fin de semana sería lo más conveniente. Encontraré una manera de entrar, lo más adecuado será hacerme pasar por alguien que esté «haciendo algunas horas extras». Subiré furtivamente a sus oficinas y abandonaré la farsa cuando ellos se despidan hasta el lunes por la mañana. Planeo cortarle la garganta a «Soretito» Kenton con el Sagrado Cuchillo de los Sacrificios. Si es posible, le arrancaré el corazón. Cuando su sangre fluya por mis manos podré morir feliz, alabado sea Abbalah, alabado sea Démeter. ¡Salvo que no moriré! Sólo me desplazaré hasta el siguiente nivel de existencia.

VEN GRAN DÉMETER!

¡VEN VERDE!

# 64

*de EL LIBRO SAGRADO DE CARLOS*

SAGRADO MES DE ABRA (Entrada N.º 78)

Debo tener cuidado con una cosa. Continúo teniendo sueños sobre «El General». Quién es «El General.» Por qué él piensa en los supositorios. Por qué él piensa en el Jugo Señalado. Qué es el Jugo Señalado. Quizás una bebida sagrada como la perdición del grosellero o leche de nuez moscada. No lo sé. Siento peligro. Entretanto he encontrado un hotel barato a unos 3 bloques de Z. H. Ya no puedo esperar. 1. Podría llamar la atención. 2. No puedo seguir soportando a la Vagabunda que toca la Guitarra. Alguien debería enroscarle la guitarra alrededor del cuello. Muchacho, toca como la mismísima mierda. ¡Quizá sea John Kenton disfrazado! Jaaaa jaaaaa jaaaa.

El fin de semana casi está aquí. Las sentencias y tribunales ya casi han llegado. Kenton, cabeza de mierda, usted pagará por rechazarme el libro y por enviar a la Policía a por mí.

Quién es «El General.» Quién será.

No interesa. El fin de semana casi está aquí.

¡VEN VERDE!

# 65

*Del diario privado de Sandra Jackson*

3 de abril de 1981

No he llevado un diario desde que era una chica de once años, cuando tenía pechos como chichones de mosquito y una vida amorosa que consistía en suspirar por Paul Newman y Robert Redford con mis amigas Elaine y Phyllis, pero aquí va. Voy a pasar a escribir sobre la planta, ya que estoy segura de que John y Roger habrán tratado el tema de manera bastante completa (habiendo leído algunos de los memos de John, probablemente DEMASIADO completa). Mucho de lo que TENGO que decir, por lo menos en esta entrada, es de naturaleza personal, por no decir de naturaleza sexual. ¡Ya no soy esa niñita, como puedes ver! Durante mucho tiempo estuve pensando duramente sobre si debo anotar esto, hasta que finalmente dije «¡por qué no!» En todo caso, probablemente nunca lo lea nadie excepto yo, y aun cuando alguien lo lea, ¿con eso qué? ¿Se supone que deba avergonzarme por mi sexualidad en general, o por mi atracción por el mortalmente guapo Riddley Walker en particular? Creo que por ninguno de los dos casos. Soy una mujer moderna, me escucho rugir, y no veo ninguna razón para estar avergonzada de *a)* mi intelecto *b)* mis ambiciones de trabajo (que van mucho más allá que el agujero del culo conocido como Zenith House, créeme) o c. mi sexualidad. Verás, no tengo miedo de mi sexualidad; no de hablar sobre ella, y ciertamente tampoco de confesar mucho más que el ocasional paseo por el parque. Todo esto se lo dije ayer a Herb Porter cuando me

enfrentó. El solo recordarlo me fastidia (pero también me hace reír, tengo que reconocerlo). Como si él tuviera el DERECHO de enfrentarme. Yo ser Tarzán, tú Jane, y éste ser cinturón de castidad.

Herb entró en mi oficina a eso de las diez y cuarto, sin pedir permiso, cerró la puerta, y simplemente se quedó allí de pie, mirándome ceñudo.

—Entra, Herb —dije yo—, y por qué no cierras la puerta para que podamos hablar en privado.

No intentó ni siquiera la insinuación de una sonrisa. Él sólo siguió mirándome malhumorado. Pienso que se suponía que yo debía sentirme aterrada. Por cierto que Herb Porter es lo bastante grande como para aterrar; él debe medir un metro noventa y pesar unos cien kilos, y debido a su color oscuro (ayer por la mañana estaba tan rojo como el costado de un camión de bomberos, y no estoy exagerando ni un poquito), me preocupa un poco su presión sanguínea y su corazón. También habla fuerte, aunque yo andaba por los alrededores cuando comenzó a llegar el correo de odio del General Hecksler, y esas cartas acobardaron a Herb. De la misma forma se comportó el miércoles, cuando John sugirió que, contrario a todas las evidencias, el General Hecksler AÚN puede estar vivo.

—Te has estado revolcando con Riddley —denunció Herb. Probablemente debía suponerse que eso sonara como la acusación de un profeta del Viejo Testamento, pero surgió en un inexpresivo graznido seco. Se quedó parado junto a la puerta, abriendo y cerrando las manos. Con su traje verde y la cara roja, parecía un anuncio navideño en el infierno—. ¡Te has estado revolcando con el maldito CONSERJE!

La semana pasada eso habría bastado para sacarme de mis casillas, pero las cosas han cambiado por aquí desde entonces. Creo que tomará algo de tiempo acostumbrarse al Nuevo Orden. De lo que estoy hablando es de TELEPATÍA, mi estimado y pequeño diario. Por supuesto. PES. Percepción Extra Sensorial. Definitivamente. LECTURA DE LA MENTE. No hay ninguna duda. En otras palabras, supe lo que Herb tenía en mente desde el instante en que cruzó la puerta, y eso anuló el alcance del susto.

—¿Por qué no me cuentas el resto? —pregunté.

—No tengo ni idea de qué estás hablando. —Ya estaba hablando con aquel fanfarroneo marca Herb Porter.

—Sí que la tienes —le aseguré—. El hecho de que esté jodiendo con el conserje te molesta mucho menos que el hecho de que esté jodiendo con el conserje NEGRO. Un GUAPO conserje negro.

Esos fueron los primeros *jodiendo*. Ya los tenía en marcha. Debería sentirme avergonzada al decirte cuánto lo disfruté, diario, pero no lo estoy.

—El hecho es, Herbert —dije yo— que lo hace como un semental. Semejante equipo no es propiedad única de los negros, al contrario de lo que piensan los bulos racistas, pero algunos hombres, blancos *o* negros, saben usar lo que Dios y la genética les ha dado. Riddley lo hace. Y ameniza una barbaridad un pesado día en este basurero, créeme.

—¡No puedes… ¡No puedo… ¡él no es… —Luego siguió balbuceando. Pero, gracias al mencionado Nuevo Orden en la vieja Zenith House, ya no hay más frases a medias por aquí. Para mejor o para peor, cada pensamiento se termina. Lo que yo no podía oír con mis oídos podía escucharlo en mi mente.

¡No puedes… HACER ESTO!

¡No puedo… PERMITIRLO!

¡él no es… UNA PERSONA COMO NOSOTROS!

Como si Herb Porter, el Republicano Enfurecido, fuera MI tipo de persona. (Lo es, por supuesto, de algunas formas importantes: a) es un editor b) ama los libros c) está compartiendo la extraña experiencia de Vivir Con La Hiedra.)

—Herb —dije.

—¿Qué pasa si te pescas una enfermedad? —expuso Herb—. ¿Qué pasa si le habla a sus amigos de ti, cuándo están sentados bebiéndose sus CIs?

—Herb —dije.

—¿Y qué pasa si tiene el hábito de la droga? ¿O amigos delincuentes? ¿Y si…

Y hubo algo de dulzura al final de esa frase, algo que hizo que el corazón se me derritiera un poco. Para ser un Republicano racista, Herb Porter no es realmente un mal tipo.

¿Y si… ES MALO PARA TI?

Así fue como acabó la última frase, y después de eso Herb solo se quedó allí de pie con los hombros caídos, mirándome.

—Ven aquí —le dije, dándole unas palmaditas al sillón que está detrás de mi escritorio. Yo tenía para revisar alrededor de mil millones de chistes podridos

sobre bebés muertos, sobre monjas ninfómanas, y sobre europeos estúpidos («Anuncio del Servicio Público Polaco: ¡Son las diez! ¿Sabe *usted* que hora es?»), pero en ese momento me sentí muy cerca de Herb. Sé cuán extraño puede parecerle esto a John, que probablemente cree que Herb Porter es de otro mundo (del Planeta Reagan), pero Herb no lo es. Herb Porter no es más que un jodido Terrícola.

¿Sabes qué pienso en realidad? Creo que la telepatía lo cambia todo.

Absolutamente TODO.

—Escúchame —le aclaré—. Lo primero que quiero decirte es que es más probable que Riddley se pesque algo de mí que yo de él. Según mi opinión, él es la persona más saludable de esta oficina. Por cierto que está en forma. La segundo es que él es como nosotros más de lo que tú piensas. Está trabajando en un libro. Lo sé porque un día vi uno de sus anotadores. Estaba en su escritorio, y lo espié.

—¡Imposible! —exclamó Herb—. ¡La idea del CONSERJE escribiendo un LIBRO… sobre todo el conserje de ESTE LUGAR…!

—La tercera cosa es que dudo muchísimo que él se siente a beber sus CIs con sus amigos. Riddley tiene un maravilloso departamentito en Dobbs Ferry, una vez tuve el privilegio de estar allí, y no creo que en ese barrio sean muchos los que se emborrachen.

—A mí me parece que la dirección de Riddley en Dobbs Ferry es una ficción por conveniencia —dijo Herb con su más pomposa voz de oh-querida-parecería-que-tengo-un-palo-en-el-culo—. Si te llevó a algún lugar de allí, dudo muchísimo que se tratara de SU lugar. En cuanto al supuesto libro, ¿cómo empezaría una novela de Riddley Walker? «¿Vente pa’cá, que quiero conta’te una i’toria?»

Si bien aquello fue extremamente desagradable, lo dijo con muy poca malicia. Gracias a Zenith, cuya consoladora atmósfera tiene saturadas completamente nuestras oficinas, supe que lo que Herb realmente sentía entonces era una aturdida sorpresa… e insuficiencia. Creo que su mente subconsciente ha sido consciente durante mucho tiempo de que hay más en Riddley de lo que se ve a simple vista. Además tengo razones para creer que Herb y la insuficiencia van juntos, como el caballo y el carro, como dice la canción. Al menos hasta ayer. Ésa es la parte a la que estoy llegando.

—La última cosa es esta —le dije (tan suavemente como pude)—. Si Riddley es malo conmigo, tendré que arreglarlo con él. Y puedo hacerlo. Lo he hecho antes. Ya no soy una niña, Herb. Soy una mujer adulta. —Y luego agregué: — También sé que has estado entrando aquí cuando estoy en otra parte y has estado olfateando el asiento de mi sillón. Realmente creo que esto tiene que terminar, ¿no te parece?

Todo el color desapareció de su rostro, y por un momento creí que iba a desmayarse. Tengo la impresión de que la telepatía pudo haberlo salvado. Así como supe que él entraría para acusarme, *él* supo —aunque con sólo unos pocos segundos de anticipación— que ahora soy consciente de su pequeña manía. De modo que lo que dije no fue como si se le precipitara desde un cielo azul *totalmente* despejado.

Empezó a jadear de nuevo, un poco de color le volvió a la cara… y luego simplemente se marchitó. Eso hizo que me sintiera mal por él. Cuando los tipos como Herb Porter se marchitan, no resultan una vista agradable. Imagina una medusa abandonada sobre la playa.

—Lo siento —dijo, y se volvió para irse—. Lo siento mucho. Hace un tiempo que sé que tengo… ciertos problemas. Supongo que es hora de buscar ayuda profesional. Mientras tanto me mantendré alejado de tu camino tanto como sea posible, y te agradecería que te mantengas fuera del mío.

—Herb —lo llamé.

él tenía una mano en el tirador de la puerta. No salió, pero tampoco se dio vuelta. Percibí tanto esperanza como miedo. Dios sabe que él también lo percibió, viniendo de mí.

—Herb —lo llamé de nuevo.

Nada. El pobre Herb simplemente se quedó allí con los hombros hundidos casi hasta las orejas, y yo con la certeza de que intentaba duramente no llorar. Las personas que se ganan la vida leyendo y escribiendo pueden ser muchas cosas, pero ninguna de ellas es ser inmune a la vergüenza.

—Date vuelta —le dije.

Herb permaneció de pie durante un interminable momento, preparándose para la prueba, y luego hizo lo que le pedí. En lugar de llorar o ponerse pálido, le habían aparecido tres manchas tan brillantes que parecían rouge, una en cada mejilla y otra corriéndole por la frente en una gruesa línea.

—Tenemos mucho trabajo para hacer por aquí —dije— y el que pase esto entre nosotros no ayudará. —Le estaba hablando con mi voz más tranquila y razonable, pero estaría mintiendo si no dijera que también sentía una cosquillas de excitación agradablemente sucias en el estómago. Tengo cierta idea de lo que Riddley piensa de mí, y aun cuando no esté completamente en lo cierto, tampoco está absolutamente equivocado; admito que tengo ciertos caprichos bastante bajos. Bien, ¿y qué hay con eso? Algunas personas comen tripas durante el desayuno. Y todo lo que puedo hacer es remitirme a los hechos. Uno de ellos es este: algo en Sandra Georgette Jackson se interesó por Herb lo suficiente como para inspirar varias expediciones secretas de olfatear asientos. Y eso *me* ha encendido. Hasta ayer nunca pensé en mí como alguien del tipo Eula Varner, pero…

—¿De qué estás hablando? —preguntó Herb ásperamente, aunque esas manchas de rojo se estaban extendiendo, desvaneciéndole la palidez. Él sabía perfectamente de qué estaba hablando. Bien podíamos estar llevando carteles alrededor de nuestros cuellos que dijeran ¡CUIDADO! ¡TELEPATÍA TRABAJANDO!

—Creo que necesitamos llegar más allá que esto —dije—. De eso es de lo que estoy hablando. Si sirve de ayuda el que tengas algo conmigo, entonces estoy dispuesta.

—¿Algo así como ingresar a uno nuevo en el equipo, eh? —dijo. Estaba intentando sonar sarcástico e indecente, pero no me engañó. Y él *supo* que no me había engañado.

Todo me resultaba delicioso, en una extraña forma.

—Llámalo whatcha wanna —dije—, pero si estás leyendo mi mente tan claramente como yo estoy leyendo la tuya, sabes que eso no es todo. Estoy… digamos que estoy interesada. Me siento aventurera.

Todavía intentando sonar indecente, Herb dijo:

—Digamos que tienes ciertos apetitos, ¿no? Jugar al camionero y la autostopista con Riddley, por ejemplo. O molestar al charlatán de tu compañero Herb Porter.

—Herb —le dije— ¿piensas quedarte allí hablando durante el resto del día, o quieres hacer algo?

—Es tan solo que tengo cierto problema —dijo Herb. Se mordisqueaba el labio inferior, y noté que estaba bañado en sudor. Yo estaba encantada. ¿Crees

que eso sea muy malo?—. Se trata de un problema que afecta a los hombres de todo las edades y de todos los estilos de vida. Es…

—¿Es más grande que una caja de pan, Herb? —dije con mi tono más tímido.

—Bromea todo lo que quieras —dijo Herb malhumoradamente—. Las mujeres pueden hacerlo, porque tan sólo tienen que quedarse allí quietas y tomarlo. Hemingway tenía mucha razón.

—Sí, cuando les llega la Dolencia del Pito Flácido, un buen número de eruditos literarios parecen creer que Papa escribió el libro —dije, ahora en mi tono más perverso. Herb, sin embargo, no me prestó atención. No creo que haya hablado sobre la impotencia en toda su vida (los Auténticos Hombres no lo hacen), pero aquí estaba, fuera del armario y bien vestido de gala para una noche en el pueblo.

—Este pequeño problema, del que tantas mujeres parecen pensar que es divertido, me ha arruinado la vida —dijo Herb—. Arruinó mi matrimonio, en primer lugar.

Yo pensé: *no sabía que estabas casado*, y su pensamiento regresó en seguida, llenando mi cabeza en un instante: *Fue hace mucho tiempo, antes de que terminara en este agujero de mierda.*

Nos miramos fijamente, bien grandes los ojos.

—Guau —dijo él.

—Sí —dije—. Sigue, Herb. Y aun cuando no esté hablando en nombre de todas las mujeres, ésta en particular nunca en su vida se ha burlado de la impotencia.

Herb continuó, un poco más tranquilo.

—Lisa me dejó cuando yo tenía veinticuatro años, porque no podía satisfacerla como mujer. Nunca la odié por eso; ella dio lo mejor de sí durante dos años. No debe haber sido nada fácil. Desde entonces, creo que lo he logrado… ya sabes, *unas*… quizá tres veces. —Pensé en aquello y mi mente flaqueó. Herb afirma tener cuarenta y tres, pero gracias a nuestro PES hiedra-inducida, sé que tiene cuarenta y ocho años. Su esposa lo abandonó en busca de pastizales más verdes (y de penes más tiesos) media vida atrás. Si él sólo tuvo tres relaciones sexuales exitosas desde entonces, eso significa que consiguió ponerla cada vez que Neptuno le da una vuelta al sol. Ay, querido, querido,

querido.

—Hay una buena razón médica para esto —dijo él, con mucha seriedad—. De los diez años a los quince —mis años de desarrollo sexual— fui repartidor de diarios, y…

—¿Ser un diariero te hizo impotente? —pregunté.

—¿Podrías estar callada durante un minuto?

Hice el gesto de una cremallera cerrándome los labios y me acomodé en mi sillón. Disfruto de una buena historia tanto como cualquiera; casi no he visto tantos en Zenith House.

—Yo tenía una bicicleta Raleigh de tres velocidades —comenzó Herb—. Al principio estaba todo bien, y entonces, un día mientras estaba estacionada detrás de la escuela, algún agujero del culo vino y le sacó el asiento. —Herb hizo una pausa, dramáticamente—. Ese agujero del culo me arruinó la vida.

*Tal cual*, pensé yo.

—Aunque —continuó Herb —el miserable de mi padre también tendría que cargar con parte de la culpa.

*Suficiente culpa como para andar repartiendo*, pensé. *Todos consiguen ayuda salvo uno.*

—Escuché eso —dijo ásperamente.

—Estoy segura de que lo hiciste —dije yo—. Sólo continúa con tu historia.

—La bicicleta estaba evidentemente arruinada, pero ¿acaso me compró ese miserable una nueva?

—No —respondí—. En lugar de una nueva bicicleta, el miserable te consiguió un asiento nuevo.

—Así es —dijo Herb, en este punto demasiado inmerso en su propia narración como para comprender que yo estaba robando todas sus mejores líneas directamente de su cabeza. Lo cierto es que Herb ha estado contándose esta historia durante muchos años. Para él, *Mi Papá Arruinó Mi Vida Sexual* es algo tan cierto como *Los Demócratas Estropearon la Economía* y *Liberen A Los Adictos Y Termina El Problema De La Droga En América*—. La tienda de bicicletas no tenía un asiento de Raleigh, y ¿podía mi padre aguardar a que llegara uno? Oh no. Yo tenía diarios para entregar. Además, el asiento sin marca que el tipo le mostró era diez dólares más barato que el repuesto de Raleigh del catálogo. Por supuesto, también era mucho más *pequeño*. De hecho, era un

asiento de bicicleta para *pigmeos*. Este pequeño triángulo cubierto de vinilo que se te clavaba justo hasta… bien…

—Justo hasta *el fondo* —le dije, queriendo ser útil (también queriendo volver a trabajar en algún momento antes del cuatro de julio).

—Así es —dijo—. Justo hasta *el fondo*. Durante casi cinco años rodé por Danbury, Connecticut, con ese maldito asiento de bicicleta pigmea clavándose en la región más delicada del cuerpo de un joven muchacho. Y mírame ahora. —Herb levantó los brazos y luego los dejó caer, como para indicar en qué lastimosa y arruinada criatura se había convertido. Lo cual es bastante cómico, cuando uno considera el tamaño que tiene—. En la actualidad mi idea de una experiencia física significativa con una mujer consiste en bajar al Landing Strip, donde le podría poner un billete de cinco dólares en la tanga a una bailarina.

—Herb —dije—. ¿Logras ponerla dura cuando haces eso?

él se envaró, y yo vi una cosa interesante: Herb tenía una condenadamente buena justo *entonces*. ¡Hubba, hubba!

—ésa es una asquerosa pregunta personal, Sandra —dijo con un tono de voz grave y pesado—. Demasiado personal.

—¿Logras ponerla dura cuando te masturbas?

—Déjame contarte un secretito —dijo—. Hay jugadores de basquetbol que pueden lanzar desde el centro de la cancha, hacer nada más que red hasta que termina la práctica y suena el timbre. Pero luego cada tiro es un ladrillazo.

—Herb —dije yo—, déjame contarte un secretito. La historia del asiento de bicicleta ha estado dando vueltas desde que se inventaron las bicicletas. Antes de eso eran las paperas, o quizá una mirada de reojo de la bruja del pueblo. Y no necesito telepatía para conocer la respuesta a las preguntas que he estado haciendo. Tengo ojos. —Y los dejé caer justo en la zona debajo de su cinturón. Para entonces parecía que tuviera una media de buen tamaño escondida allí.

—No dura mucho —me dijo, y en ese instante pareció tan triste que yo también me sentí triste. Los hombres son criaturas frágiles, y cuando lo entiendes, descubres que son como auténticos animales en una jaula de vidrio—. Una vez que comienza la acción, el Sr. Johnson prefiere ver la vida desde el último escalón. Donde nadie llama la atención y nadie lo saluda.

—Estás atrapado en un círculo vicioso —dije—. Todos los hombres que sufren de impotencia crónica lo están. No puedes levantarla porque tienes miedo

de no ser capaz de hacerlo, y tienes miedo de no ser capaz porque…

—Gracias, Betty Freidan —interrumpió—. Lo que pasa es que hay una gran cantidad de causas físicas de impotencia. Probablemente algún día haya una píldora que solucione el problema.

—Probablemente algún día haya Holiday Inns en la luna —dije yo—. Y mientras tanto, ¿no te gustaría hacer algo un poco más interesante que olfatear el asiento de mi sillón?

él me miró desdichadamente.

—Sandra —dijo, sin ningún rastro de su acostumbrado fanfarroneo—, no puedo. Simplemente no puedo. Lo he hecho bastantes veces —he *intentado* hacerlo, mejor dicho— como para saber lo que sucede.

Entonces me vino la inspiración… aunque no creo que haya que darle el crédito a él. Las cosas han cambiado por aquí. Nunca pensé que me alegraría llegar a la oficina, pero creo que durante el resto del año vendré corriendo en ropa interior con tal de llegar temprano. Porque las cosas han cambiado por aquí. Destellos que nunca hasta el momento *imaginé* me han dominado la mente (y otras partes, también)

—Herb —le ordené—. Quiero que vayas al cubículo de Riddley. Quiero que te quedes allí y que mires la planta. Y más importante aún, quiero que hagas cuatro o cinco inhalaciones muy profundas; aspirándolas bien, hasta el fondo de tus pulmones. Quiero que efectivamente huelas esos olores tan agradables. Y luego vuelve aquí en seguida.

Miró inquieto a través del cristal de mi puerta. John y Bill estaban allí afuera, hablando en el pasillo. Bill vio a Herb y le hizo un pequeño ademán.

—Sandra, si fuéramos a tener sexo, no me puedo ni imaginar que tu oficina fuera un lugar…

—Deja que yo me ocupe de eso —dije—. Tan sólo vete allí, y haz unas profundas inspiraciones. Y luego regresa. ¿Lo harás?

él lo pensó, y luego asintió renuentemente. Empezó a abrir la puerta, luego miró atrás.

—Valoro que te preocupes por mí —dijo—, y más aún si se tiene en cuenta que te hice pasar semejante momento. Solo quería decírtelo.

Pensé en decirle que la generosidad no forma una parte demasiado importante de la naturaleza de Sandra Jackson —mi motor ya se estaba

recalentando para ese entonces— y decidí que probablemente él ya lo sabía.

—Sólo vete —le dije—. No tenemos todo el día.

Cuando se hubo ido, saqué mi bloc y garrapateé una nota en él: «El cuarto de señoras del sexto piso suele estar desierto a esta hora del día. Estaré allí los próximos veinte minutos o así con la falda levantada y la bombacha baja. Un hombre de firme corazón (o *algo* firme) podría acompañarme». Hice una pausa, luego agregué: «Un hombre de mediana inteligencia como así de firme corazón podría echar esta nota al canasto antes de partir hacia el sexto piso.»

Subí al seis, donde el baño de mujeres casi *siempre* está vacío (se me cruzó por la mente que quizás hoy por hoy no haya ninguna empleada en ese piso del 490 de Park Avenue South), entré en el excusado del fondo, y me quité ciertas prendas. Entonces esperé, no muy segura de lo que pudiera pasar a continuación. Y eso es lo que quiero decir. El alcance de cualquier telepatía que pudiera haber en las oficinas del quinto piso de Zenith House es aún más corto que el de una estación de FM universitaria.

Pasaron cinco minutos, luego siete. Cuando ya me había convencido de que él no vendría, rechinó la puerta al abrirse, muy cautelosamente, y una voz muy anti-Porter susurró:

—¿Sandra?

—Ven aquí, al último —dije yo —y apresúrate.

Llegó y abrió la puerta del excusado. Decir que parecía entusiasmado sería subestimarlo. Y ya no parecía como si tuviera una media abultándole la parte delantera de los pantalones. Para entonces se veía más bien como un martillo de albañil de buen tamaño.

—Gee —le dije, extendiendo la mano para tocarlo—, a lo mejor el efecto de aquel asiento de bicicleta finalmente se te pasó.

él empezó a tironear de su cinturón. Se le escapaba entre los dedos. Resultaba un poco cómico, pero también muy dulce. Le aparté las manos y lo hice yo misma.

—Rápido —jadeó—. Oh, rápido. Antes de que se me baje.

—Este muchacho no se va a ninguna parte —dije, aunque en realidad tenía en mente cierto sitio de almacenaje a corto plazo—. Relájate.

—Fue la planta —dijo—. El olor… oh Dios mío, el olor… aromatizado y *oscuro*, de algún modo… de la misma forma en que siempre imaginé que olerían

los campos en aquel condado sobre el que escribió Faulkner, el del nombre que nadie puede pronunciar… ¡oh Sandra, por Cristo, la siento como si fuera un *tronco*!

—Cállate e intercambiemos los lugares —dije—. Tú te sientas y yo…

—Al diablo con eso —dijo, y me alzó. Él es fuerte —mucho más fuerte de lo que hubiera imaginado— y prácticamente antes de que supiera lo que estaba pasando, ya estábamos en carrera.

En cuanto a carreras de este tipo, no fue ni la más larga ni la más rápida en la que alguna vez haya participado, pero no estuvo nada mal, sobre todo considerando que Herb Porter la puso por última vez para la época de la renuncia de Nixon, si es que no me mintió. Cuando finalmente me la puso, había lágrimas en sus mejillas. Y no sólo eso: antes de salir él: a) me agradeció y b) me besó. Yo no soy muy apegada a los ideales románticos, soy más del estilo Dorothy Parker («las muchachas buenas van al cielo, las muchachas malas van a todos lados»), pero la ternura me cautiva. El hombre que se marchó delante mío (haciendo una pausa en la puerta y comprobando ambos caminos antes de salir) parecía muy diferente del hombre que vino furtivamente a mi oficina con un lastre en las pelotas y una astilla en el hombro. Ése es el tipo de juicio que sólo el tiempo puede confirmar, y yo sé muy bien que, por lo general, luego del sexo los hombres se convierten exactamente en los mismos hombres que eran antes del sexo, pero tengo esperanzas en Herb. Y nunca quise cambiarle la vida; todo lo que pretendí fue apartar de entre nosotros tanta mierda como pudiera, para que podamos trabajar como un equipo. Hasta esta semana, nunca entendí cuánto quería a este trabajo. Cuánto deseaba que este trabajo fuera un *éxito*. Si chupársela a aquellos cuatro tipos de Times Square al mediodía contribuyera a que eso sucediera, iría corriendo hasta Game Day en la calle 53 y me compraría un par de rodilleras.

Me pasé el resto del día trabajando en el libro de chistes. Qué sucio en su concepto, qué escabroso en su ejecución… y qué éxito va a ser en una Norteamérica que todavía desea la pena de muerte y que cree en secreto (no todos, pero apostaría a que un importante número de ciudadanos) que Hitler tuvo una buena idea con las eugenesias. No escasean estos asquerosos tipos de espíritu malvado, pero lo verdaderamente raro es cuántos chistes estoy inventando yo misma. ¿Qué cosa es roja y blanca y tiene problemas para doblar

las esquinas? Un bebé con una jabalina atravesada en la cabeza.

¿Qué cosa es pequeña, marrón, y crepita? Un bebé en una sartén.

Una pequeña se despierta en el hospital y dice, «¡Doctor! ¡No puedo sentir mis piernas!» a lo que el doctor contesta, «Eso es normal en los casos en que amputamos los brazos.»

Estoy siendo grosera por mi propia inventiva. La pregunta es, ¿*es* mía? ¿O estoy recibiendo estas ideas del mismo lugar donde Herb Porter hizo su nuevo alquiler de vida sexual?

No importa. El fin de semana ya casi está aquí. Aparentemente va a ser caluroso, y si es así voy a irme a Cony Island con mi sobrina favorita, en nuestro rito anual de primavera. Un par de días alejada de este lugar puede ayudar a poner todas los asuntos en perspectiva. Y tengo la deuda con Riddley la semana próxima. Espero poder consolarlo en este momento de duelo tanto como me sea posible.

Escribir un diario personal me recuerda lo que el viejo Doc Henry dijo luego de darme la inyección antitetánica cuando tenía diez años: «¿Viste, Sandra, que no era tan terrible?»

Para nada. Para nada.

# 66

de la oficina del editor en jefe

PARA: John
FECHA: 3/4/81

MENSAJE: En cuanto terminé de leer tu Informe del Manuscrito hice dos llamadas. La primera fue a ese astuto joven empresario y magnífico tipo, Harlow Enders. Le arrojé un globo de prueba, comentándole sobre un posible libro de tapa dura editado por Zenith House, y a pesar de usar una frase que pensé que atraería su presunta imaginación (si te lo estás preguntando, fue «El Suceso de la Publicación»), él en seguida me lo tiró abajo. La razón que planteó fue que no tenemos la infraestructura necesaria para publicar en tapa dura, ni en Zenith ni en el inmenso mundo de Apex Corporation, aunque ambos sabemos bien de qué se trata. El auténtico problema es la falta de confianza. Bien, perfecto, okay.

La segunda llamada fue a Alan Williams, el editor en jefe de Viking Press. Williams es uno de los mejores en el mercado, y ahorra tu sucia («¿Entonces cómo lo conoces?») pregunta. La respuesta es: del torneo de pelota-paleta del New York Health Club, donde los dioses del azar nos reunió hace tres años. Desde entonces jugamos de vez en cuando. Alan dice que si la novela de Saltworthy es tan buena como aseguras que lo es, entonces quizás podamos cerrar un trato de tapa blanda-a-dura, con Viking lanzando la versión en tapa dura y Zenith la de bolsillo. Sé que no es precisamente lo que pretendíamos, John, pero considéralo de la siguiente manera: ¿alguna vez en tu vida creíste que

podría llegar el día en que publicaríamos la edición de bolsillo de un libro de Viking Press? ¿El pequeño Zenith? Y en cuanto al cínico señor Saltworthy, creo que se podría decir que le ha cambiado la suerte, y con creces. Podríamos haberle girado 20,000 dólares, y eso sólo si hubiéramos logrado subir entusiastamente a Enders a bordo. Con Viking como compañero, somos capaces de anotarle a este tipo un adelanto de 100,000 dólares. Ése es mi sueldo de casi cuatro años.

Williams quiere ver el manuscrito. Tan pronto como sea posible. Llévale tú mismo una copia a sus oficinas de Madison Avenue. Ponle un título que diga algo como LA ÚLTIMA ESTACIÓN, por John Oceanby. Discúlpame por tanta capa y espada, pero Williams cree que es necesario, y yo también.

Roger

P. D.: Hazme una copia para que pueda llevármelo a casa para leerlo durante el fin de semana, ¿de acuerdo?

# 67

*memorándum interno de oficina*

PARA: Roger
DE: John
REF: «LA ÚLTIMA ESTACIÓN», por «John Oceanby»

¿Quiere decir que pusiste todo esto en movimiento *sin leer el libro*? Eso me quita la respiración.

John

# 68

de la oficina del editor en jefe

PARA: John
FECHA: 3/4/81

MENSAJE: Eres mi hombre, John. Puede que de vez en cuando hayamos tenido nuestras diferencias, pero nunca, ni una sola vez, he dudado de tu juicio editorial. Si dices que éste es el libro, entonces lo es. Con respecto a eso, la hiedra no hace la diferencia. Eres mi hombre. Y aunque probablemente no necesite decírtelo, lo haré: nada de contactar a James Saltworthy hasta que tengamos noticias de Alan Williams. ¿Estamos?

Roger

# 69

*memorándum interno de oficina*

PARA: Roger
DE: John
REF: Voto de confianza

Decir que estoy conmovido por tu confianza en mí no lo describe adecuadamente, jefe. Sobre todo después de la metida de pata con Detweiller. Lo cierto es que estoy sentado aquí en mi escritorio y fastidiosamente cerca de lloriquear sobre el papel secante. Todo será como tú dices. Mis labios están sellados.

John

P. D.: ¿Sabías, no, que Saltworthy ya le debe haber enviado el libro a Viking?

# 70

de la oficina del editor en jefe

PARA: John
FECHA: 3/4/81

MENSAJE: Primero, nada de andar lloriqueando sobre el secante; los secantes cuestan dinero, y, como ya sabes, ahora todos los gastos deben remitirse a la compañía semana a semana (si necesitáramos otra señal de que El Final Se Acerca, por cierto que ésa lo es). Llora en tu cesto… o vete al antiguo cuarto de Riddley y riega a la planta con tus agradecidas lágrimas.

(Sí, sé perfectamente bien que nadie le está prestando la más mínima atención a mi firme recomendación de que nos mantengamos alejados de la hiedra. Supongo que podría ponerlo por escrito, pero no sería más que una pérdida de tinta. Especialmente si se tiene en cuenta que yo mismo he estado allí una o dos veces, respirando profundamente y obteniendo inspiración.)

Segundo, ¿cómo puedes llamar al asunto de Detweiller una metida de pata, considerando cómo resultaron las cosas? Harlow Enders y Apex no tienen forma de saber que estamos preparados para doblar la esquina hacia un glorioso futuro, ¡pero nosotros sí lo sabemos!

Tercero, Alan Williams registró los archivos allí. *El Último Sobreviviente* supuestamente fue leído (o examinado, o quizás sólo lo cambiaron del sobre en el que llegó al que lo devolvieron) y rechazado en noviembre de 1978. El editor que lo rechazó fue un tal George Flynn, que dejó la editorial hace un año para

poner su propio negocio de impresión en Brooklyn. Según AW, y lo cito, «George Flynn tenía las antenas editoriales de un nabo.»

Cuarto, no le des el manuscrito a LaShonda. Haz tú mismo las copias, *y recuerda lo del título falso.*

Quinto (estoy dispuesto a un quinto, créeme), por favor no más memos, por lo menos hasta la tarde. Se que dije «todo por escrito» de aquí en adelante, pero me está empezando a doler la cabeza. Recibí uno de Bill que ni siquiera he mirado.

Roger

# 71

*memorándum interno de oficina*

PARA: Roger
DE: Bill Gelb
REF: Posible Bestseller

Nos pediste ideas, y se me acaba de ocurrir una que podría servir, jefe. Me cruzé hasta lo de Smiler's hoy a la mañana temprano (una advertencia: esa estúpida mujer con la guitarra todavía está enfrente; espero que si llega a rehabilitarse e institucionalizarse, el juez la envíe a una escuela de música) y revisé su stand de libros de bolsillo. Lo tiene bastante bien surtido (es decir, muchos Libros de Bolsillo, Signets, Avons, Bantams, y nada de Zeniths Houses, excepto por un polvoriento ejemplar de *Viento Flotante* que publicamos hace 2 años). Conté cinco libros de no ficción, que trataban sobre los aliens y/o platillos voladores, y *seis* sobre las inversiones en el mercado accionario de la Era Reagan. Mi idea es: supongamos que combinamos ambos temas.

En esencia, el concepto es el siguiente: un accionista es raptado por pequeños hombrecitos grises, al que primero le leen las ondas cerebrales, le extraen sangre de sus cavidades nasales, y le sondean el ano; material standard, en otras palabras: si-estás-allí te-hacen-eso. Pero luego, para recompensarlo por las molestias, ellos le brindan información accionaria basada en su conocimiento seguro del mercado, obtenido en viajes al futuro más rápidos que la luz. La mayor parte sería material zen como «Nunca construyas tu túmulo con ladrillos

viejos» o «Las estrellas antiguas ofrecen la mejor navegación.» Toda esta mierda estaría condimentada, sin embargo, con algunos consejos más prácticos como «Nunca vendas bajo en un mercado en alza» y «A la larga, el poder y las pequeñas acciones siempre suben.» Podríamos llamarlo *Inversión Alienígena*. Sé que al principio la idea parece un poco chiflada, pero ¿quién habría imaginado que pudiera existir un exitoso bestseller llamado *El Zen y el Arte del Mantenimiento de las Motocicletas*?

Incluso tengo un escritor en mente: Dawson Postlewaite, más conocido como Nick Hardaway, el mismísimo Macho Man. El mercado accionario es el hobby de Dawson (mierda, es su manía, que lo mantiene pobre y por esa razón en nuestro establo) y creo que hasta lo haría gratis.

¿Qué te parece? Y siéntete libre de decirme que estoy chiflado, si eso es lo que piensas.

Bill

# 72

de la oficina del editor en jefe

PARA: Bill Gelb
FECHA: 3/4/81

MENSAJE: No creo que estés chiflado. No más que el resto de nosotros, en definitiva. Y es un gran título, es casi un tómalo-y-échale-un-vistazo garantizado en un stand de libros de bolsillo. Por el momento, *Inversión Alienígena* tiene luz verde. Casi puedo ver en la tapa una fotografía de la Bolsa de Valores con un extraterrestre en el medio, disparando rayos cósmicos (verdes, como el color del dinero) desde sus grandes ojos negros. Pon a trabajar en seguida a Postlewaite. Sé que tiene fecha límite para *Fresno Firestorm*, pero veré que consiga la prórroga necesaria.

R.

# 73

***¡MIENTRAS ESTABAS FUERA!***

**LLAMADA DE:** Riddley Walker

**PARA:** Roger Wade

**FECHA:** 3 de abril de 1981

**HORA:** 12:35 PM

**MENSAJE:** Riddley volverá el miércoles o el jueves de la semana próxima. Solucionar los asuntos de su madre le tomó mucho más tiempo del que pensaba; tiene dificultades con su hermano y hermana. Especialmente con la hermana. Le pide que riegue usted la planta pero que no le diga a J. Kenton que está haciéndolo. Dice «la hiedra hace q'el muchacho se ponga mucho nervioso.» Signifique lo que signifique.

**MENSAJE TOMADO POR:** LaShonda

# 74

*Del Diario Personal Grabado de Roger Wade, Cassette 1*

3 de abril de 1981

Hoy es viernes tres de abril. Por la tarde. Bill Gelb ha propuesto una idea. Y es muy buena, para colmo. No me sorprende. Dado todo lo que está pasando, el esplendor que tenemos por aquí casi es una conclusión previsible. Cuando volví del almuerzo… con Alan Williams… qué tipo macanudo es, y no lo digo porque me haya invitado a Onde's, un lugar que arruinaría mi magra cuenta de gastos del mes… pero en fin, cuando volví observé una cosa divertida. Bill Gelb estaba sentado en su oficina con los dados rodando sobre el escritorio. Estaba demasiado concentrado como para notar mi presencia. Los hacía rodar, anotaba algo en uno de esos blocs legales en miniatura, luego los hacía rodar de nuevo, y luego otra anotación. Desde ya, todos nosotros sabemos que él tira los dados con Riddley en cada oportunidad en que puede hacerlo, pero Riddley está en Alabama y no regresará hasta mediados de la semana próxima. ¿Así que para qué lo estaría haciendo? ¿Para no perder la práctica? ¿Estaría probando algún nuevo método? Todos los jugadores tienen sus propios métodos, ¿no? Sólo el diablo lo sabe. Él tuvo una gran idea… *Inversión Alienígena*… y que merece un poco de tiempo del editor excéntrico.

Herb Porter se ha pasado todo el día con una sonrisa grande y tonta en el rostro. Está siendo realmente *agradable* con la gente. ¿A qué, en el nombre de Dios, puede deberse? Como si yo no lo supiera, niuck-niuck-niuck.

Pero no interesan ni Bill ni Herb. Tampoco importan los muslos calientes de Sandra. Tengo otra cosa más interesante en la que reflexionar. Cuando volví del almuerzo había un aviso rosa de los de MIENTRAS ESTABAS FUERA sobre mi escritorio. Riddley llamó y LaShonda tomó el mensaje. Dice que no regresará hasta el próximo miércoles por lo menos, porque solucionar los asuntos de su madre le está llevando mucho más tiempo del que supuso. Pero ésa no es la parte interesante. LaShonda escribió, y yo la cito, «Tiene dificultades con su hermano y hermana. Especialmente con la hermana». ¿Es posible que Riddley le contara eso? Ellos nunca parecieron particularmente amigables, de hecho siempre he tenido la impresión de que LaShonda considera que Riddley está muy por debajo de ella, quizá porque cree en el acento de Amos'n Andy… a pesar de que es un poco difícil de tragar. Aunque más que nada creo que se debe a que él viene a trabajar con su desgastado guardapolvo gris y ella siempre se presenta vestida como para un nueve… y algunos días como para un diez.

No, no creo que Riddley le *contara* algo sobre tener problemas con sus hermano y hermana. Creo que L. simplemente… lo *supo*. Zenith no llega hasta el área de recepción; hasta ahora el ajo parece estar funcionando y la planta se está extendiendo principalmente en la otra dirección… hacia el extremo del pasillo y la ventana que mira hacia el pozo del edificio… aunque su *influencia* puede haber alcanzado el área de recepción.

Creo que LaShonda le leyó la mente. Se la leyó a través de dos mil quinientos kilómetros de comunicación telefónica. E incluso sin saberlo. Tal vez esté equivocado pero…

No, no estoy equivocado.

Porque le *estoy* leyendo la mente, y lo *sé*.

[*Pausa de cinco segundos en la cinta*]

Uauu, Jesús.

Jesucristo, esto es grande.

Esto es jodidamente *grande*.

# 75

*Del Diario de Bill Gelb*

3/4/81

Aunque esta noche esté en mi departamento, mi mente ya está pensando en Paramus, New Jersey, en la noche de mañana. Allí los sábados hay una partida de poker que dura toda la noche, con apuestas bastante altas, vinculada con la Hermandad Italiana, si es que entiendes lo que quiero decir. Por lo que oído, el juego es de Ginelli (pertenece al grupo de la mafia que es dueño de Four Fathers, a dos manzanas de aquí). Sólo he pasado por allí un par de veces y perdí hasta la camisa en ambas ocasiones (y pagué, también; con los señores italianos no se jode), aunque tengo el presentimiento de que esta vez las cosas van a cambiar.

Hoy, en mi oficina, luego de que R. W. le diera el visto bueno a mi idea del libro (*Inversión Alienígena* va a vender 3 millones de copias por lo menos, no me preguntes cómo lo sé pero así es), saqué mis dados del cajón del escritorio donde los guardo y empecé a tirarlos. Al principio apenas le prestaba atención a lo que hacía, pero luego lo estudié algo más de cerca y, mierda santa, no pude creer lo que estaba viendo. Me conseguí un block de contaduría y anoté los cuarenta resultados de cuarenta tiradas.

Treinta y cuatro sietes.

Seis onces.

Ningún ojo de serpiente, ni un solo vagón. Ni siquiera un solo punto.

Ensayé el mismo experimento aquí en casa (de hecho, tan pronto como

atravesé la puerta), no muy seguro de que funcionara porque la telepatía no se extiende más allá del quinto piso del 490 Park. Lo cierto es que puedes sentir como se agota cada vez que bajas (o subes) en el ascensor. Se escurre como agua vaciándose por un fregadero, y te deja una sensación de tristeza.

Sin embargo, esta noche, tirando cuarenta veces los dados en la mesa de mi cocina salieron veinte sietes, seis onces, y catorce «puntos»; en otras palabras, combinaciones que suman tres, cuatro, cinco, seis, ocho, nueve, y diez. Ningún ojo de serpiente. Ningún vagón. La suerte no es tan poderosa lejos de la oficina, pero veinte sietes y seis onces son bastante asombrosos. Lo más sorprendente de todo es que no me salió crap *ni una sola vez*, ni en el 490, ni tampoco aquí en casa.

¿Andaré así de bien con las cinco cartas cuando esté del otro lado del Hudson, o mucho mejor todavía?

Sólo hay una forma de averiguarlo, nene. Esperar hasta mañana por la noche.

Apenas puedo creer lo que está pasando, pero no existe la más mínima duda de que realmente está sucediendo. Roger sugirió que nos mantengamos apartados de la planta, y *eso* sí que fue una broma. Lo mismo podría haber insinuado que la marea no sube, o que Harlow Enders no es un pelotudo. (Enders es un fanático de Robert Goulet. Lo único que tienes que hacer para saberlo es observarlo).

Me encontré vagando hacia el armario de Riddley una o dos veces por hora, durante todo el día, tan sólo para tomarme un buen respiro aclarador de cerebro. A veces huele como palomitas de maíz (el Teatro Nórdica, donde me toqué por primera vez… no le conté esa parte a los demás aunque, dadas las actuales circunstancias, estoy seguro de que ya deben saberlo), otras veces huele a césped recién cortado, otras como Aceite Wildroot Crème, que es lo que yo siempre quería que el barbero me aplicara en el pelo como toque final cuando no era más que un muchacho. En varias ocasiones los demás ya estaban allí cuando yo llegaba y, justo antes de irnos, todos nos volvíamos al mismo tiempo, parados lado a lado y respirando profundamente, acumulando esos agradables aromas —y buenas ideas, tal vez— para el fin de semana. Supongo que le habríamos parecido alegres a un intruso, como una caricatura muda del *New Yorker* (¿necesitaríamos palabras para ser graciosos? Creo que no), pero créeme, allí no había nada divertido. Nada atemorizante, tampoco. Era agradable, eso es todo.

Lisa y llanamente agradable.

¿Es adictivo aspirar a Zenith? Supongo que debe serlo, pero no se siente como una adicción dura o esclavizante («esclavizante» puede ser una palabra desacertada, pero es la única que se me ocurre). No es como el hábito del cigarrillo, por ejemplo, o la afición a la marihuana. La gente dice que la marihuana no es adictiva, pero luego de mi primer año en Bates lo entendí mejor; esa mierda casi hizo que me suspendan. Pero repito, esto no es lo mismo. No parezco extrañarla cuando estoy lejos de ella, como lo estoy ahora (al menos no todavía). Y en el trabajo tengo la indescriptible sensación de ser uno con mis compañeros. No sé si llamarlo telepatía, exactamente (Herb y Sandra lo hacen, John y Roger parecen un poco menos seguros). Se parece más a cantar en armonía, o a caminar juntos en un desfile, paseando a paso tendido. (No marchando, sin embargo, no se siente tan organizado.) Y aunque tanto John como Roger, Sandra, y Herb se fueron por caminos separados por el fin de semana y estaremos todos lejos de la planta, aún me siento en contacto con ellos, como si pudiera extender la mano y conectarme si realmente lo quisiera. O si lo necesitara.

Ahora el cuarto del correo está casi completamente vacío de manuscritos, lo cual es algo condenadamente bueno porque ahora está casi completamente saturado de Zenith. Z también se ha desparramado por las paredes del corredor, aunque mucho más densamente en dirección sur, es decir hacia el pozo y la parte trasera del edificio. Para la otra dirección enroscó sus amistosos (nosotros asumimos que son amistosos) zarcillos alrededor de las puertas de Sandra y de John, que está ubicada enfrente de la de ella, pero hasta allí fue lo más lejos que había progresado a las cuatro de la tarde, que fue cuando me marché. Parece razonable asumir que la Barfield tenía razón cuando dijo que el ajo y el hedor — al que nosotros, meros humanos, no podemos soportar durante demasiado tiempo— lo retrasaría, al menos en aquella dirección. Al sur del armario del conserje y del cuarto del correo, sin embargo, el corredor está camino a convertirse un sendero selvático. Hay Z por las paredes (está ocultando las cubiertas de libros enmarcadas, lo cual es *todo* un alivio), y también hay enormes manojos de Z-hojas colgantes. También ha producido varias Z-flores azul oscuro que tienen su propio y agradable olor. Se parece a la cera ardiente (un olor que asocio con las velas de las calabazas de Hallowen de mi juventud).

Nunca he visto flores creciendo en una hiedra, pero ¿qué puedo saber yo sobre plantas? La respuesta es no demasiado.

Hay una ventana reforzada con malla de alambre que mira hacia el pozo del edificio, y Z también ha empezado a crecer allí, con todas las hojas (y flores) apuntando al sol. Herb Porter dice que vio cómo una de esas hojas atrapaba a una mosca que se estaba arrastrando por el vidrio de la ventana. ¿Locura? ¡Indudablemente! Pero: ¿locura verdadera o falsa? Verdadera, creo, que hace pensar en las desagradables posibilidades que ofrece el hecho de acercarse para respirar aquellos deliciosos olores. Pero no quiero preocuparme por eso este fin de semana.

Adonde yo quiero ir este fin de semana es a Paramus.

Quizá con una parada en mi OTB local como buena medida.

Probablemente no debería decirlo, pero ¡Dios! ¡Esto es más divertido que Studio 54!

# 76

*De los diarios privados de Riddley Walker*

4/4/81
12:35 DE LA NOCHE
*A bordo del Silver Meteor*

Pregunta: ¿Estuvo Riddley Pearson Walker alguna vez en su vida tan desconcertado, tan descorazonado, tan agitado, tan absolutamente triste?

Creo que no.

¿Alguna vez Riddley Pearson Walker sufrió una semana más difícil en sus veintiséis años de vida?

Sin duda que no.

Estoy a bordo del Tren 36 de Amtrak, dirigiéndome a Manhattan con al menos tres días de anticipación. Nadie sabe que estoy llegando, pero después de todo, ¿a quién le importa? ¿A Roger Wade? ¿A Kenton, quizás? ¿A mi casero?

Busqué un avión que saliera de B'ama, pero no había asientos disponibles hasta el domingo. No podía obligarme a permanecer en Blackwater —o en cualquier otra parte al sur de la línea Mason-Dixon—todo ese tiempo. Por eso viajo en tren. Y por eso es que, con el sonido de los ronquidos a mi alrededor, y a pesar del movimiento oscilante del vagón en los rieles, estoy escribiendo este diario. No puedo dormir. Quizás pueda hacerlo cuando vuelva a Dobbs Ferry en algún momento de esta tarde, pero la tarde parece toda una eternidad. Recuerdo la narración de presentación de aquella vieja serie de TV, *El Fugitivo*. «Richard

Kimball mira por la ventana y sólo puede ver la oscuridad», William Conrad lo decía cada semana. Luego continuaba, «Pero en esa oscuridad, el Destino mueve su mano colosal.» ¿Will, esa mano colosal me controla a mí? No lo creo. No le temo. A menos que haya un destino en la hiedra de John Kenton, ¿y cómo puede el destino —o El Destino— habitar en una planta tan pequeña y vulgar? Qué idea loca. Sólo Dios sabe qué pudo ponerla en mi cabeza.

Mi recibimiento en Blackwater fue calurosa sólo por parte de los McDowells; mi tío Michael y mi tía Olympia. La hermana Evelyn, la hermana Sophie, la hermana Madeline (siempre fue mi favorita, lo cual hace que esto me duela tanto), y el hermano Floyd se comportaron todos fríos, reservados. Hasta la tarde del viernes me dediqué a las distracciones que brinda el desconsuelo, y nada más. Indudablemente sobrellevamos bien los dolorosos rituales del entierro. Mamá Walker descansa al lado de mi padre, en el cementerio del pueblo. En la fracción *negra* del cementerio del pueblo, ya que allí las normas de la discriminación se mantienen tan firmes como siempre, no como si existiera una ley escrita si no como lo que son: las leyes de la costumbre familiar; ni dichas, ni impresas, pero tan poderosas como las lágrimas y el amor.

Fuera de mi ventana puedo ver una luna llena montada serenamente en el cielo del sur, una luna como un dólar de plata color panqueque. Así la llamaba Mamá, y esta noche ha salido sin ella. Por primera vez en sesenta y dos años la luna llena ha salido sin ella. Estoy aquí sentado, escribiendo, y puedo sentir cómo las lágrimas me resbalan por las mejillas. ¡Oh Mamá, cuánto lloro por ti! ¡Tal como lo hacía de pequeño, aquel que los blancuchos llamaban negrito triste, como aquel chico e'toy llorando! ¡Esta noche soy un verda'ero negro de Stephen Foster! ¡Siuro! ¡Mamá en el helado'lado'lado suelo! ¡Sí se'ora!

También estoy alejado de mis hermanas y hermano. ¿Dónde me enterrarán, me pregunto? ¿En qué tierra desconocida?

Sin embargo, logró brotar. Toda la amargura. ¿Y el odio? ¿Fue odio lo que vi en sus ojos? ¿En los ojos de mi estimada Maddy? ¿La que me llevaba de la mano cuando íbamos a la escuela, y quien me consolaba cuando los demás me fastidiaban y me llamaban negro triste o encías tristes o Pequeño Heinie por culpa de aquella vez en primer grado en que se me cayeron los pantalones? Desearía decir no y no y no, pero mi corazón me niega ese no. Mi corazón me dice que lo vi. Mi corazón dice sí y sí y sí.

Esta tarde hubo una reunión familiar en la casa, el último acto del tristemente prosaico drama que comenzó con el ataque cardíaco de Mamá del día 25. Michael y Olympia fueron los organizadores y anfitriones. Empezó con el café, pero pronto el vino estuvo circulando en el salón y algo un poco más fuerte en el porche de la parte trasera. No vi ni a mi hermano ni a ninguna de mis hermanas en la casa, así que fui a ver al porche. Floyd estaba allí, tomándose un pequeño vasito de whisky y «memoreando» (la expresión que usaba Mamá cuando hablaba de los recuerdos) con algunos de sus primos, con Orthina y Gertrude, de su círculo de libros (ambas señoras muy decorosas, pero indudablemente borrachas), y con Jack Hance, el marido de Evvie. No había señales de la propia Evvie, ni de Sophie, ni de Madeline.

Anduve buscándolas, preocupado de que no se encontraran bien. Sus voces finalmente me llegaron desde arriba, desde el cuarto al final del pasillo donde Mamá durmió sola los últimos doce años, desde que murió Pop. Estaban murmurando; también se escuchaban suaves risas. Me dirigí hacia allí, con mis pasos amortiguados por la espesa alfombra del pasillo, teniendo una pequeña «memoración»: recordé las amargas quejas de Mamá sobre esa espesa alfombra y sobre cómo dejaba ver toda la suciedad. Ella nunca la cambió. Cómo desearía que hubiera podido. Si ellas me hubieran escuchado llegar —tan sólo el simple sonido de mis pasos aproximándose— todo podría haber sido diferente. No es tan fácil, por supuesto; la aversión es aversión, el odio es odio, esas suposiciones son como mínimo cuasi-empíricas, lo sé. Es de mis ilusiones de lo que estoy hablando. Mis ilusiones en lo concerniente el afecto de mi familia, mis creencias en lo que ellos pensaban de mí: el valiente Riddley, el graduado de Cornell que ha soportado una larga serie de trabajos indignos, con el cuerpo en funcionamiento mientras la mente le permanece libre y despejada y capaz de continuar trabajando en el Gran Libro, una especie de *fin de siecle del Hombre Invisible*. ¡Cuan a menudo he invocado al espíritu de Ralph Ellison! En una oportunidad incluso me atreví a escribirle, y recibí una amable y alentadora respuesta. Cuelga enmarcada en la pared de mi departamento, por encima de mi máquina de escribir. Nadie sabe si seré capaz de seguir adelante después de esto… y no obstante siento que debo seguir. Porque sin el libro, ¿qué me queda? ¡Na'más qu'el mango de la escoba! ¡La lata de cera Johnson pa'l piso! ¡El escurridor pa'las ventanas y el cepillo pa'los tualéts! ¡Siuro!

No, el libro tiene que continuar. A pesar de todo, y debido a todo, este libro tiene que continuar. En un sentido muy real, es todo lo que tengo. Bien. Ya tuvimos suficientes lloriqueos de bebé. Empecemos.

Ya me he referido a la lectura del testamento y última voluntad de Mamá que se llevó a cabo el día entre el de su velorio y el de su entierro, y de cómo Law Tidyman, su amigo de toda la vida, lo registró para poder darlo a conocer en sus propias palabras. En ese momento me pareció un poco extraño (aunque no lo dije ya que estaba cansado y sacudido por el dolor, estados de notable semejanza) que Mamá le hubiera pedido a Law que lo haga, así fuera un viejo amigo o no, en lugar de decírselo a su propio hijo, quien actualmente es considerado uno de los mejores abogados de cualquier color, al menos en esta parte de Birmingham. Ahora quizás lo comprendo un poco mejor.

En su testamento, Mamá reveló que quería «que todo el dinero en efectivo, del que tengo un poco, vaya al Fondo de la Biblioteca de Blackwater. Todos los artículos negociables, de los que todavía me quedan algunos, deben venderse por mi albacea al máximo precio aprovechable dentro de los veinte meses siguientes a mi muerte, y todos los beneficios donados al Fondo Becario de la Escuela Secundaria de Blackwater, con la condición de que cualquier beca resultante, la que podría llamarse Becas Fortuna Walker si el Comité resolviera honrarme, debe ser otorgada sin tenerse en cuenta raza o religión, puesto que durante toda mi vida, yo, Fortuna Walker, he opinado que los Blancos son tan buenos como los Negros, y que los Católicos son *casi* tan buenos como los Bautistas del Sur.»

¡Cómo nos reímos entre dientes de ese ejemplo casi perfecto de su ingenio! Pero esta tarde no hubo risas. Por lo menos, no después de que mis hermanas me miraran desde la cama, donde estaban sentadas, y me vieran parado en la puerta, angustiado.

Para entonces ya había visto todo lo que necesitaba ver. «Cualquiera que esté un paso por encima de ser un idiota sabe *de qué* se trata», como sin duda habría dicho Mamá; sigo con las memoraciones. Y lo que vi en la alcoba de mi madre muerta quedará grabado en mi memoria hasta que cesen las propias memoraciones.

Los cajones de su cómoda estaban abiertos, todos. Sus permanencias todavía seguían en algunos, aunque varias de sus blusas y polleras colgaban por sobre los bordes, dejando de manifiesto que todo había sido revuelto y manoseado;

hasta un idiota podía notarlo. Pero las cosas que habían estado en los dos cajones del fondo habían sido extraídas y desparramadas de cualquier modo sobre su alfombra rosada, la que nunca había mostrado suciedad porque a nada que fuera sucio se le permitía la entrada en ese tranquilo cuarto. Al menos hasta la tarde pasada, cuando ella ya estuvo muerta y no pudo impedirlo. Lo que lo hizo peor, lo que hizo que me resultaran tanto piratas como saqueadores, fue el hecho de que allí estuvieran tirados sus prendas íntimas. La ropa interior de mi madre muerta, el infierno esparcido para desayuno de sus hijas, que hicieron que Lear me pareciera amable en comparación.

¿Soy demasiado cruel? ¿Un virtuoso de mí mismo? Ya no lo sé. Lo único que sé es que mi corazón se desangra y mi cabeza aúlla de confusión. Y sé lo que vi: sus cajones abiertos, sus combinaciones y bragas y sus impecables fajas Playtex desparramadas por el suelo. Y ellas en la cama, riendo, con una caja de estaño rojo frente a ellas, sobre el cobertor; una caja roja con su tapa de Sweetheart Girl separada y puesta a un lado. Había estado llena de dinero y joyas. Ahora se encontraba vacía y eran sus manos las que estaban repletas de los billetes y herencias de Mamá. ¿Cuál habría sido el valor? Tal vez no fuera una gran suma, pero sin duda nada despreciable; algunos de los alfileres y broches podrían ser cachivaches para vestidos, pero distinguí dos anillos cuyas piedras eran, según la misma Mamá, de diamantes. Y Mamá no mentía. Uno de ellos era su anillo de compromiso.

Eso pasó un minuto antes de que me descubrieran. Yo no dije nada; estaba literalmente mudo de la impresión.

Evelyn, que parece joven a pesar de su pelo gris y de ser la más vieja, tenía las manos colmadas de viejos billetes de diez y de cinco, olvidados por mi madre con el correr de los años.

Sophie contaba con sus enérgicos dedos papeles de aspecto oficial que podrían ser certificados accionarios o depósitos de tesoro, apresurados como los de un cajero de banco listo para cerrar su caja por el fin de semana.

Y mi hermana más joven, Maddy. Mi ángel guardián de la escuela. Sentada con sus palmas repletas de perlas (probablemente ilustradas, se lo concedo) y de pendientes y collares, clasificándolos, tan absorta como un arqueólogo. Eso fue lo que más me hirió. Ella me abrazó y lloró contra mi cuello cuando bajé del avión. Ahora seleccionaba el material bueno del falso entre las posesiones de su

madre muerta, sonriendo como un ladrón de joyas tras un robo exitoso.

*Todas* sonreían sinceramente. Todas reían.

Evvie tomó el dinero y dijo:

—¡Aquí hay más de ocho mil! ¡Cómo va a gritar Jack cuando se lo cuente! Y apuesto a que no es todo. Apuesto…

Entonces notó que Sophie ya no la miraba, ni sonreía. Evvie volvió la cabeza, y Madeline también lo hizo. El color abandonó las mejillas de Maddy, dándole un aspecto aturdido.

—¿Y cómo pensaban dividírselo? —me escuché preguntar con una voz que no sonaba como la mía, en absoluto—. ¿En tres partes? ¿O Floyd también está metido en esto?

Y de atrás mío, como si hubiera estado esperando una señal, el mismo Floyd dijo:

—Floyd está metido en esto, hermanito. Oh sí, de verdad. Fue Floyd quien les dijo a las señoras cómo era esa caja y donde podía estar. La vi el invierno pasado. Se le escapó a mamá mientras tenía uno de sus arrebatos. Pero tú no sabes nada sobre sus arrebatos, ¿verdad?

Me di vuelta, sobresaltado. Por el olor a whisky en el aliento de Floyd y el matiz rojo oscuro en los bordes de sus ojos, lo poco que le había visto beber en el porche no fue lo primero del día. Ni lo tercero, ya que estamos. Me empujó hacia el interior de la habitación, y le dijo a Sophie (siempre fue *su* favorita):

—Ewie tiene razón; tiene que haber más. Creo que en esa caja está la mayor parte, pero no es todo, sin duda.

Se volvió hacia mí y dijo:

—Ella era como una manada de ratas. En eso fue en lo que se convirtió en los últimos años. O una de las cosas en que se convirtió, en cualquier caso.

—Su testamento… —empecé a decir.

—Su testamento, ¿qué hay con él? —preguntó Sophie. Dejó caer sobre el cubrecama los papeles que había estado examinando, haciendo un gesto de desprecio con sus pequeñas manos marrones, como si se desentendiera de todo el asunto—. ¿Te piensas que tuvimos una oportunidad de hablar con ella sobre eso? Nos dejó afuera. Mira a quién le hizo preparar su última carta. ¡A Law Tidyman! ¡A ese viejo Tío Tom!

El desprecio con el que lo dijo me sacudió profundamente, no tanto por lo

que sentí si no por el simple hecho de que apenas media hora antes había visto a Sophie y a Evelyn y al Jack de Evvie riéndose y hablando con Law Tidyman y con Sulla, la mujer de Law. Se veían como si fueran los mejores amigos.

—No sabes cómo se comportó estos últimos años, Rid —dijo Madeline. Estaba allí sentada, con toda la falda rebosante con los recuerdos y billetes de su madre, sentada y defendiendo lo que estaba haciendo: lo que *ellos* estaban haciendo—. Ella…

—No tuve forma de saber cómo se *comportó* —dije yo— pero sé condenadamente bien lo que *deseaba*. ¿Acaso no estuve allí, con el resto de ustedes, cuando Law leyó su testamento? ¿No nos sentamos todos en círculo, como en una maldita sesión de espiritismo? ¿Y no fue eso lo que sucedió, con Mamá comunicándose con nosotros desde el otro lado de la tumba? ¿No la escuché decir a través de la voz de Law Tidyman que quería que esto —y señalé al saqueo que estaba sobre la cama— vaya a parar a la biblioteca del pueblo y al fondo de becas de la escuela secundaria? ¿Y a su nombre, si fuera posible?

Mi voz se estaba elevando, y yo no podía impedirlo. Porque ahora Floyd estaba sentado en la cama con ellas, con un brazo rodeando los hombros de Sophie, como para animarla. Y cuando la mano de Maddy se deslizó en la suya, él la aferró de la forma en que tomas la mano de una niñita asustada. Para animarla, también. Ellos estaban en la cama y yo en la puerta, y vi sus ojos y supe que estaban en mi contra. Incluso Maddy estaba en contra mío. *Sobre todo* Maddy, al parecer. Mi ángel de la escuela.

—¿Acaso no me vieron, asintiendo porque comprendí lo que quería? Sé que te vi a ti —a todos ustedes— haciendo el mismo gesto. Ahora me parece como si lo estuviera soñando. Porque no puede ser que la gente con la que crecí en este punto del mapa olvidado por Dios se haya convertido en profanadores de cementerio.

La cara de Maddy se contrajo y empezó a llorar. Y me alegró hacerla llorar. Así de furioso estaba, tan furioso como todavía lo estoy cuando los recuerdo allí sentados, a la luz de la lámpara. Cuando pienso en la caja de estaño con su tapa de Sweetheart Girl a un costado, con todo su contenido revuelto. Cuando pienso en sus manos y regazos llenos de sus pertenencias. En sus *ojos* llenos de sus objetos. Y en sus corazones, también. No en *ella*, pero sí en sus *cosas*. En lo que quedaba de ella.

—Oh, tú, pequeño y arrogante *engreído* —dijo Evelyn—. ¡Y *siempre* lo serás!

Se puso de pie y se pasó las manos por las mejillas, como para limpiarse las lágrimas… pero no había lágrimas en aquellos ardientes ojos suyos. No esta tarde. Esta tarde vi a mi hermano y a mis tres hermanas con sus máscaras puestas de lado.

—Ahórrate las acusaciones —dije. Ella nunca me gustó; la auténtica Evelyn, cuyos ojos estaban tan fijos en el afecto que nunca le tuvo a su hermano pequeño… ni a nadie que no pensara que las estrellas alterarían sus cursos para observar a Evelyn Walker Hance recorrer su encantador paso por la vida—. Es difícil señalar con el dedo cuando tus manos están llenas de bienes robados. Podrías dejar caer tu botín.

—Pero ella tiene razón —dijo Madeline—. *Eres* un engreído. Te crees superior a nosotros.

—Maddy, ¿cómo puedes decirme eso? —le pregunté. Los otros no podían lastimarme, no lo creo, al menos no de a uno; sólo ella podía hacerlo.

—Porque es la verdad. —Ella se soltó de la mano de Floyd, se levantó y me enfrentó. No creo que pueda olvidar ni una sola de las palabras que me dijo. Más memoraciones, Dios me ayude.

—Tú estuviste aquí durante el funeral, estuviste aquí durante la lectura de un testamento, el hijo que nunca fue lo bastante bueno como para escribir; estuviste en el entierro, estuviste cuando terminó, y estás aquí ahora, viendo cosas que no entiendes y declarando una disparatada opinión debido a todo lo que no sabes. A las cosas que pasaron mientras estabas allá arriba en New York, persiguiendo el premio Pulitzer con una escoba en la mano. Allá en New York, jugando a ser el negro y contándote a ti mismo cualquier mentira con tal de poder dormir por la noche.

—¡Amén! ¡Así se habla! —exclamó Sophie. Sus ojos también resplandecían. Eran casi como los ojos de un demonio. ¿Y yo? Yo estaba callado. Aturdido hasta el silencio. Henchido de esa horrible emoción, que es casi como una muerte, que se siente cuando finalmente alguien saca los trapos sucios. Cuando finalmente entiendes que la persona que ves en el espejo no es la que ven los demás.

—¿Y en definitiva, dónde estabas cuando ella murió? ¿Dónde estabas

cuando tuvo los seis o siete ataques cardíacos leves que la llevaron al grande? ¿Dónde estabas cuando tuvo todos esos ataques pequeños y se volvió mal de la cabeza?

—Oh, estaba en New York —formuló Floyd animadamente—. Empleaba sus bellas artes fregando los pisos de la oficina editorial de algún blanco.

—Se trata de una investigación —dije con una voz tan baja que apenas pude oírme. De repente sentí que me iba a desmayar—. Una investigación para el libro.

—Una investigación, eso lo explica —dijo Evelyn con una inclinación, volviendo a poner el dinero en la caja—. Para eso ella se quedó sin almuerzos durante cuatro años, para poder pagar tus libros de la escuela. Para que pudieras estudiar el maravilloso mundo de la ciencia custodial.

—Oh, eres una perra —le dije… como si no hubiera escrito muchas de esas mismas cosas sobre mi trabajo en Zenith House, no una sino varias veces, en las páginas de este diario.

—Cállate —soltó Maddy—. Tan sólo cállate y escúchame, fanfarrón. —Lo expresó con una voz baja y furiosa que nunca antes le había oído, que nunca habría imaginado que pudiera venir de ella—. Tú, el único de nosotros que sigue soltero y sin niños. El único con el lujo de ver a una familia a través de esta… esta… no se…

—Esta dorada confusión de la memoria —sugirió Floyd. Tenía una pequeña botella plateada en el bolsillo de los pantalones. La sacó y se tomó un sorbo. Maddy asintió—. No tienes la menor idea de lo que necesitamos, ¿no es así? De en qué situación estamos. Floyd y Sophie tienen chicos que están a punto de ir a la universidad. Los de Evvie ya se fueron, y tiene facturas pendientes para demostrarlo. Los míos están próximos a ir. Y sólo tú…

—¿Por qué no le pides a Floyd que te ayude? —le pregunté—. En una carta que Mamá me escribió me dijo que ganó un cuarto de millón el año pasado. ¿No lo ven… ninguna de ustedes entienden lo que esto significa? ¡Es como robar centavos ante los ojos de una muerta! Ella…

Floyd se levantó. Sus ojos tenían una mirada mortal. Levantó un puño apretado.

—Sigue hablando así, Riddie, y te romperé la nariz.

Hubo un momento de tenso silencio, y luego nos llamó desde abajo la tía

Olympia, con la voz alta, jovial y nerviosa.

—¿Chicos y chicas? ¿Todo bien allá arriba?

—Todo bien, tía Olly —le gritó Evelyn. Su voz sonó ligera y descuidada; sus ojos, que nunca abandonaron los míos, eran despiadados—. Hablando de los viejos tiempos. Bajamos en un momento. Sigue con lo tuyo ¿si?

—¿Están seguros de que están bien?

Y yo, Dios me asista, sentí el insensato impulso de gritar: *¡No! ¡No estamos bien! ¡Ven aquí! ¡Tú y el tío Michael, suban aquí! ¡Suban aquí y rescátenme! ¡Sálvenme del beso de las aves de rapiña!*

Pero mantuve la boca cerrada, y Evvie cerró la puerta.

Habló Sophie:

—Mamá te escribió todo el tiempo, lo sabíamos, Rid. Siempre fuiste su favorito, ella te malcrió, sobre todo después de la muerte de Pop, cuando no tuvo en quien apoyarse. Ten la seguridad de que ella lo comprendió.

—Eso no es cierto —dije.

—Pero lo es —dijo Maddy—. ¿Y sabes qué? La forma que tenía Mamá de ver las cosas era bastante selectiva. Te habló del dinero que Floyd hizo el año pasado, no tengo la menor duda, pero dudo que te contara cómo el compañero de Floyd le robó todo a lo que pudo echarle el guante. Hey, hola, soy Oren Anderson, largándome a la Bahamas con mi robo del mes.

Me sentía como si fuera una sanguijuela. Miré a Floyd.

—¿Eso es verdad?

Floyd tomó otro sorbito del frasco plateado que había sido de Pop antes de que se lo apropiara y me sonrió. Fue una mueca horrible. Sus ojos estaban más rojos que nunca y tenía saliva en los labios. Parecía un hombre al final de una borrachera de un mes de duración. O al comienzo de una.

—Tan cierto como puede serlo, hermanito —dijo—. Yo estafaba como un aficionado. Creo que voy a poder escapar de ésta, aunque todavía no es cosa segura. Me acerqué a ella por un poco de ayuda y me dijo que estaba pelada. Nunca pudo superar haberte ubicado en Cornell, eso fue lo que me dijo. ¿Te parece que eso que está sobre la cama es estar sin blanca, hermanito? Ocho mil en efectivo… como mínimo… y el doble en joyas. Treinta mil en acciones, quizá. Y ella quería donarlo a la *biblioteca.* —Un gesto de desprecio le deformó la cara, como un calambre—. Jesús, por favor.

Miré a Evvie.

—Tu marido, Jack… el negocio de la construcción…

—Jack ha tenido dos años duros —dijo—. Está en problemas. Cada banco en cincuenta kilómetros a la redonda tiene sus papeles. Sus deudas son todo lo que está sosteniéndolo. —Aunque se rió, sus ojos parecían asustados—. Sólo hay una cosa más que no sabías. Randall, el marido de Sophie está algo mejor…

—Nos estamos defendiendo, pero ¿salir adelante? —Sophie también se rió —. No creo que lo logremos. Floyd nos ayudó siempre que pudo, pero desde que Oren lo traicionó…

—Esa *víbora* —dijo Maddy—. Esa maldita *víbora*.

Yo me volví a Floyd, y señalé la botella.

—Quizá has estado tomando demasiado de eso. Quizá por eso es que no te preocupaste algo más por tus negocios… cuando todavía tenías un negocio del que preocuparte.

El puño de Floyd apareció de nuevo. Esta vez me rozó en el mentón. Te lo aciertan cuando ya casi ni te preocupas más. Ahora ya lo sé.

—Continúa, Floyd. Si hace que te sientas mejor, entonces adelante. Y si te parece que veinte o incluso cuarenta mil dólares van a alcanzarte para la fianza, entonces no te detengas. No puedes ser más imbécil.

Floyd echó el puño hacia atrás. Me habría dado duro, pero Maddy se interpuso entre nosotros. Ella me miró, y yo di vuelta la cara. No pude soportar lo que vi en sus ojos.

—Tú y tus citas —dijo ella suavemente—. Siempre con tus citas citables. Bien, aquí tienes una, señor Estirado: «Quien tuvo esposa e hijos le dio rehenes a la fortuna.» Lo dijo Francis Bacon hace casi trescientos años, y era de gente como nosotros de la que hablaba, no de alguien como tú. No de tipos a los que les lleva veinte o treinta mil dólares educarse, para que luego tenga que investigar fregando suelos. ¿Cuánto le devolviste a tu familia? ¡Yo te diré cuánto! ¡*Nada*! ¡Y *nada*! ¡Y *nada*!

Me gritaba tan de cerca y tan violentamente cada uno de los *nada* que la saliva le saltaba de los labios hasta mí.

—Maddy, yo…

—Cállate —me espetó—. *Soy yo* la que está hablando ahora.

—¡Así se habla! —exclamó Sophie alegremente. Fue una pesadilla, te lo

aseguro. Una pesadilla.

—Me largo de aquí —dije, y empecé a volverme.

Ellos no me lo permitieron. Al igual que en las pesadillas; no te dejan escapar. Evelyn me agarró de un lado, Floyd del otro.

—No —dijo Evvie, y pude oler la borrachera en su aliento. Del vino que estaban tomando en la planta baja—. Tienes que escuchar. Por una vez en tu maldita vida, tienes que escuchar.

—No estuviste aquí cuando se volvió loca, pero *nosotros* sí —dijo Maddy—. Los ataques le afectaron la mente. A veces salía a vagabundear por ahí, y teníamos que ir a buscarla y traerla de vuelta. Una vez lo hizo por la noche y tuvimos a medio pueblo fuera, buscándola con linternas. Hasta donde puedo decirlo, tú no estabas presente cuando finalmente la encontramos a las dos de la mañana, acurrucada en la orilla del río, dormida, con media docena de rollizas viudas negras a no más de tres metros de sus pies desnudos. Hasta donde yo sé, en ese momento tú estabas en tu departamento de New York, durmiendo plácidamente.

—Así se habla —dijo Floyd con frialdad. Todos se comportaban como si yo viviera en el edificio Dakota, en un ático, en lugar de en mi pequeño departamento de Dobbs Ferry… y mi pequeño departamento es bastante agradable, ¿no? Decididamente económico, incluso teniendo un sueldo de conserje, para un hombre sin vicios y sin rehenes para la fortuna.

—A veces se ensuciaba —dijo Maddy—. A veces decía locuras en la iglesia. Visitaba su círculo de libros y deliraba media hora sobre algún libro que leyó veinte años atrás. Volvía a la normalidad por un rato… tuvo unos cuantos días buenos hasta los últimos meses… pero tarde o temprano las locuras empezaban de nuevo, cada vez un poco peor, y cada vez por más tiempo. Y tú no sabías nada de eso, ¿no?

—¿Cómo saberlo? —pregunté— ¿Cómo iba a enterarme, si nadie me escribió ni me lo dijo? ¿Ni siquiera una palabra?

Ése fue el único de mis disparos que dio en el blanco. Maddy se ruborizó. Sophie y Evvie miraron para otro lado, vieron el tesoro esparcido sobre la cama, y luego apartaron la vista de allí, también.

—¿Habrías venido? —preguntó Floyd con cierta reserva—. ¿Si te hubiéramos escrito, Riddie, habrías venido?

—Por supuesto —dije yo, y pude oír la horrible falsedad en mi voz. Al igual que ellos, por supuesto… y la ventaja moral me abandonó. Por esta noche, posiblemente para bien, hasta donde ellos saben. No dudo que su propia posición moral fuera al menos en parte una excusa para su censurable conducta. Pero su furia para conmigo era genuina, y quizás hasta justificada, no lo dudo.

—Por supuesto —dijo, asintiendo y sonriendo ampliamente con su mueca de ojos rojos—. *Por supuesto*.

—Cuidamos de ella —dijo Maddy—. Nos unimos y cuidamos de ella. No hubo ni hospitales ni geriátricos, ni siquiera cuando comenzó a vagar. Tras la aventura de la ribera me quedé a dormir aquí algunas noches; lo mismo hizo Sophie; lo mismo hicieron Evelyn y Floyd. Todos salvo tú, Rid. ¿Y cómo nos agradeció? Dejándonos una casa sin valor, un granero sin valor y cuatro acres de tierra casi sin valor. Todo aquello que *valiera* algo —el dinero que podría haber pagar las tarjetas de crédito que Floyd usa en su negocio y darle a Jack un respiro— nos lo negó. Así que lo incautamos. Y llegas tú, entra el Astuto Señor Negro del Norte, y nos dice que somos profanadores que roban los centavos ante los ojos de una muerta.

—Pero Maddy… ¿no ves que si le quitas lo que no quiso darte, sin importar cuán lejos o qué segura estés, ni cuánto lo necesites, se lo estás robando? ¿Qué se lo estás robando a tu propia madre?

—*¡Mi madre estaba loca!* —me aulló con un chillido musitado. Agitó sus diminutos puños en el aire, como para expresar su frustración ante el hecho de que yo continúe fracasando en entender un punto que para ella estaba tan claro… quizás porque había estado allí, había visto madurar la locura de Mamá, y yo no —. *¡Ella vivió la última parte de su vida loca y se murió loca! ¡Ese testamento era una locura!*

—Nos lo *merecemos* —dijo Sophie, acariciando la espalda de Maddy y apartándola suavemente de mí—, así que no nos interesa tu cháchara sobre el robo. Ella pretendió regalar lo que nos pertenece. No la culpo por eso, *estaba* loca, pero no va a quedar así. Riddie, tú simplemente llévate de aquí todos tus ideales de Boy Scout y déjanos terminar con nuestro asunto.

—Así es —dijo Evvie—. Vete abajo y consíguete un vaso de vino. Si es que los Boy Scouts toman vino, claro. Diles que bajaremos en seguida.

Miré a Floyd. Él asintió; ya no sonreía. Para entonces nadie sonreía. Las

sonrisas habían terminado.

—Así es, hermanito. Y no me preocupa ese gesto de oh-pobre-de-mí que tienes en la cara. Metiste la nariz en donde no debías. Si una abeja te la picara, nadie lo notaría, salvo tú mismo.

A la última que miré fue a Maddy. Como esperanzado. Bueno, con la esperanza en una mano y la mierda en la otra; hasta un idiota lo sabe.

—Vete —dijo ella—. No soporto mirarte.

Volví abajo como un hombre en un sueño, y cuando tía Olympia me pasó la mano por el brazo y me preguntó qué era lo que andaba mal allí arriba, le sonreí y le dije nada, simplemente hablábamos de los viejos tiempos y nos exaltamos un poco. Lo más distinguido de la familia sureña; al estilo Tennessee Williams. Le dije que me marchaba al pueblo para conseguir algunas cosas, y cuando tía Olly me preguntó qué cosas —en el sentido de qué era lo que ella había olvidado, ya que fue ella la que preparó todo para la última fiesta de Mamá— no le contesté. Simplemente me fui, andando hacia adelante con esa sonrisita sin expresión en el rostro, y entré en mi automóvil rentado. Básicamente, lo que hice desde entonces es seguir huyendo. Abandoné algo de ropa y un libro de bolsillo, y en lo que me concierne, pueden quedarse allí hasta el fin de los tiempos. Y todo el rato que me he estado moviendo también estuve rememorando lo que vi mientras estaba en su puerta, inadvertido: los cajones arrancados y la ropa interior esparcida y ellas en la cama con las manos repletas de sus posesiones y la tapa de la caja de estaño puesta a un lado. Y todo lo que dijeron pudo haber sido verdad, o parcialmente cierto (creo que las mentiras más convincentes casi siempre *tienen* algo de verdad), aunque lo que recuerdo con más claridad son sus risas, que no pegaban para nada ni con compañeros huyendo, ni con maridos balanceándose al borde de la ruina, ni con las deudas de la tarjeta de crédito, selladas con esa horrible tinta de color rojo. Nada que ver con niños que necesitan dinero para la universidad, tampoco. La amarga suma, en otras palabras, era cero. La risa que oí de casualidad era la de piratas o trolls que encontraron un tesoro enterrado y están dividiéndoselo, reunidos bajo la luz de una luna como un dólar de plata color panqueque. Bajé las escaleras y los escalones del porche trasero y me alejé de ese lugar como un hombre en un sueño, y aún soy ese soñador, sentado en un tren, manchado con tinta desde la mano a la muñeca y con varias páginas de garabatos, acaso indescifrables, recién

terminados. Qué absurdo es escribir, qué lastimoso baluarte contra las duras realidades de este mundo y las amargas verdades del hogar. Qué terrible es decir, «Esto es todo lo que tengo.» Me duele todo: la mano, la muñeca, el brazo, la cabeza, el corazón. Voy cerrar los ojos y tratar de dormir… o al menos dormitar.

Es la cara de Maddy la que me aterra. La codicia la ha transformado en una extraña. Una terrible extraña, como uno de esos monstruos femeninos de los mitos griegos. No hay duda de que *soy* un presumido, como me llamaron, puedo creerme superior a ellos, pero nada cambiará lo que vi en sus ojos mientras no sabían que los estaba mirando.

Nada.

Más que mi libro, me parece que lo que anhelo son las simplezas del trabajo; como el agónico e interminable auto-análisis de Kenton, la divertida obsesión de Gelb por los dados, la aún más divertida obsesión de Porter con el sillón de la oficina de Sandra Jackson. No me molestaría volver a hacerlo con ella, protagonizando una de sus fantasías. Adoro la simplicidad de mi cubículo de conserje, donde todas las cosas son conocidas, normales, sin sorpresas. Quiero ver si esa pequeña y lastimosa hiedra se sigue manteniendo viva.

A eso de la medianoche, el Silver Meteor cruzó la línea Mason-Dixon. Ahora mis hermanas y hermano quedaron del otro lado de esa línea, y eso me alivia. Estoy impaciente por volver a New York.

Más tarde / 8 de la mañana

Dormí durante casi cinco horas. Tengo el cuello duro y siento la espalda como si me la hubiera pateado una mula, pero en general me siento un poco mejor. Por lo menos pude tragar un pequeño desayuno. La sensación la tuve al despertar y al acercarme al coche comedor, y ha permanecido clara. La idea —la intuición— es que si estuviera en la oficina en lugar de viajando en un tren traqueteante hacia Dobbs Ferry, me sentiría mucho mejor. Me siento arrastrado hacia allí. Es como si hubiera tenido un sueño sobre el lugar, uno que no puedo recordar.

Quizá sea la planta: Zenith, la hiedra. Mi subconsciente me dice que entre y riegue a la pobrecita antes de que se muera de sed.

Bien… ¿por qué no?

# 77

DE *LAS INCURSIONES DE «TRIPAS DE HIERRO» HECKSLER*

4 Abr 81
0600 hrs
Pk Ave So NYC

La hora cero se acerca. Planeo hacer mi entrada en la Casa de Publicaciones de Satanás de enfrente en 2-3 horas. Me saqué el disfraz de «Guitarra Loca Gertie». Ahora soy un respetable hombre de negocios con ropa de fin de semana, ¡JA!

Tú cuídate, Judío Señalado. Para el mediodía estaré en tu oficina, esperando.

El lunes a la mañana tu culo será mío.

No tuve más sueños sobre CARLOS. Tal vez se haya marchado. Bien. Algo menos de qué preocuparse.

# 78

*de EL LIBRO SAGRADO DE CARLOS*

SAGRADO MES DE ABRA (Entrada N.º 79)

Mañana del sábado. En cuanto termine esta entrada, salgo hacia Zenith House de Kaka-Poop. Tengo en mi poder el «maletín especial» con todos los cuchillos del sagrado sacrificio. ¡Y encima están «bastante afilados»! Estoy bien vestido, como un hombre de negocios que pasa un sábado en la ciudad. No debería tener ningún problema en penetrar en esa casa de ladrones y farsantes.

Me pregunto si Kenton tendrá mi «pequeño presente.»

Me pregunto si sabe lo que le está pasando a su novia, o tal vez debería decir ex-novia. ¡Qué lástima que él tenga que morir antes de que ella pueda entregarle su «cosita»! ¡Sangre inocente! ¡Primero la sangre inocente de ella y de ningún otro!

Ordené matar una virgen y estoy contento.

Espero y confío en estar recluido en la oficina de Kenton para el mediodía de hoy. Tengo bocadillos suficientes y dos gaseosas junto a mis cuchillos y podré «mantenerme» hasta el lunes.

No tuve más sueños de «El General» y su Jugo Señalado. Una carga menos en mi mente.

Y ahora iré a por ti, John Kenton. El traidor de mis ilusiones, el ladrón de mi libro. ¿Por qué esperar que el abbalah haga lo que puedo hacer por mí mismo?

¡VEN GRAN DÉMETER!

¡VEN VERDE!

# Parte 6



# 79

Nota del Editor

Z probablemente sea el documento más interesante de la colección que forma esta historia. Aunque coherente en su mayor parte, el lector cauteloso podrá descubrir en él el trabajo de varias voces, la mayoría de las cuales (o todas ellas) ya fueron descriptas en la gran cantidad de memorándums, cartas y diarios personales que se presentaron hasta el momento. Además, el manuscrito descubierto (perjudicaría al desarrollo de la historia hablar demasiado sobre las circunstancias de ese descubrimiento) muestra diferentes tipografías y manos editoriales. Alrededor del treinta por ciento fue mecanografiado en una Olivetti portátil, que puede identificarse positivamente como la de John Kenton por la d flotante y por la grieta que atraviesa a la S mayúscula. Otro treinta por ciento es sin duda el trabajo de la Underwood 1948 modelo oficinista de Riddley Walker, que fue encontrada en el escritorio de su estudio en Dobbs Ferry. Las otras tipografías fueron producidas por el tipo de IBM Selectrics que se usaba por aquel entonces en las oficinas de Zenith House. El diez por ciento del manuscrito fue tipeado con la IBM type-ball «Script», la preferida de Sandra Jackson. Un veinte por ciento está en el formato de una IBM «Courier» que usaban tanto Herb Porter como Roger Wade. El trabajo restante está en una IBM «Letra Gótica», que puede encontrarse en varias (aunque no en todas) de las cartas comerciales y en los memorándums internos de Bill Gelb.

Lo más llamativo de esta colaboración, que se unifica notablemente a pesar de la interacción estilística, es el hecho de que esté narrado en tercera persona, y con un estilo omnisciente. Los testimonios se dan a conocer con el uso de una

perspectiva cambiante, e incluyen varios sucesos en los que ninguno de los narradores —ya sean Kenton, Wade, Jackson, Gelb, o Walker—estaban presentes. El lector se preguntará si estos pasajes (varios de los cuales se entrelazarán a continuación) son simples conjeturas basadas en las evidencias disponibles, o si son pura imaginación, no más creíbles que las historias de «bichos gigantes» de los libros de Anthony LaScorbia. Ante estas posibilidades, el editor preferiría antes que nada recordarle al lector que hubo un *sexto* participante en Zenith House durante aquellos meses de 1981, para luego sugerirle que si lo que sospechaban Kenton, Wade, *et. al*. Era cierto —que la hiedra que les enviaron era telepática y hasta cierto punto manipuladora— entonces quizás el auténtico narrador de Z fue el mismísimo Zenith la hiedra común (o la *mismísima*, si se quiere emplear el pronombre más utilizado por Riddley Walker.)

Aunque parezca demente según todas las pautas generales de la lógica, la idea posee un cierto encanto persuasivo cuando se la considera en el contexto de otros eventos de aquel año —comprobables en su mayoría, como la caída del avión en el que viajaba Tina Barfield— y al menos ofrece una explicación de la aparición del manuscrito. La idea de que una planta telepática convirtiera las máquinas de escribir de cinco editores anteriormente normales en tablas Ouija es un insulto al pensamiento racional; ninguna persona sensata puede estar de acuerdo con semejante cosa. Pero aún así la idea tiene cierto atractivo, por lo menos para este lector, ya que deja la sensación de que sí, así fue como estas cosas sucedieron, y sí, así fue como toda la verdad de esos días llegó a ser registrada.

S. K.

# 80

*De Z, un manuscrito inédito*

**4 de abril de 1981**
**490 Park Avenue South**
**New York City**
**Cielo despejado, vientos suaves, temperatura 10°C**

**9:16 de la mañana**

Bebidas Suaves RainBo tiene sus oficinas neoyorkinas en el tercer piso del edificio ubicado en el 490 de Park Avenue South. Aunque sea pequeña (su porción del mercado desde el 1/3/81es del 6.5%), RainBo es una empresa entusiasta, de inquietudes jóvenes y firmes. A comienzos de abril de 1981, los de gaseosas RainBo tienen algo por lo que sentirse entusiasmados: consiguieron los derechos (a un precio que pueden darse el lujo de pagar) para poder explotar comercialmente la clásica composición de Harold Arlen «Somewhere Over the Rainbow». Actualmente están preparando toda una nueva campaña publicitaria centrada en esa canción.

En esta mañana de sábado, el vicepresidente ejecutivo George Patella[11] («Soy un hombre rodilla» es su frase favorita en los bares para hombres solos… no dice que sea soltero) ha conducido todo el camino desde su casa en Westport porque se le ocurrió una brillante idea en la mitad de la noche. Piensa escribir un memorándum y dejarlo sobre el escritorio de su jefe para antes del mediodía. Y es que además hay cierto bar nuevo en la séptima avenida en el que piensa curiosear al mediodía.

Con la cabeza llena de animadas botellas de gaseosa bailando sobre el arco iris con habilidosos zapatitos rojos, George Patella apenas le presta atención al hombre que lo sigue, toma la puerta y murmura un «Gracias» luego de que George usara su llave. Apenas advierte la presencia de un señor viejo, que pasa de los sesenta años, o con setenta recién cumplidos, guapo en su estilo demacrado, que lleva un uniforme militar verde.

Si más tarde se le pidiera ser más específico sobre este uniforme, el señor Patella sería incapaz de agregar gran cosa, a pesar de que por naturaleza sea un hombre amistoso y servicial (aunque con cierta tendencia a esconder su anillo de bodas en el compartimiento trasero de su billetera en ciertas ocasiones.) Si su cabeza no hubiera estado atestada de esas danzantes botellas de gaseosa, podría haber notado que el anciano del corte cepillo de color gris acero no llevaba ningún distintivo ni ninguna insignia de rango. Si se le obligara a recordarlo todo (o si se lo hipnotizara para que lo hiciera), Patella podría haber dicho lo siguiente del hombre que viajó en el ascensor con él aquella mañana de sábado: vestía una camisa verde oscura, una corbata negra que hacía juego con la camisa, y unos pantalones verde oscuro, esmeradamente planchados y doblados, sobre unos resplandecientes zapatos negros. Un atuendo de *aspecto* militar, en otras palabras, pero que podría comprarse en la tienda del ejército de la otra cuadra por un costo total de menos de cuarenta dólares.

Es la *forma* de lucir lo que lleva puesto lo que da la impresión de indumentaria militar; una vez que el viejo caballero ha presionado el botón de su piso (George Patella no tiene ni idea de cuál pueda ser), permanece de pie autoritariamente erguido e inmóvil, con las manos unidas delante de él y los ojos fijos en el indicador luminoso de los pisos. No está inquieto ni llama la atención de forma alguna, y por cierto que no intenta charlar. Y no hay nada en su postura que haga pensar en la incomodidad. Éste es un hombre que ha estado de pie —no tanto en posición de firmes, pero indudablemente no a gusto— muchas veces antes. Su cara lo dice. Eso, y la impresión de que quizás disfrute de dicha postura.

Pese a todo, no sorprende que George Patella, inmerso en sus propias preocupaciones (está demasiado concentrado en ellas como para darse cuenta de que está silbando suavemente «Somewhere Over the Rainbow»), no se cuestione las razones que pueda tener el hombre para estar allí. Dejando eso de lado, el

hombre de camisa verde y de pantalones irradia esa impresión de estar en el lugar y en el momento correctos. Y por cierto que George Patella no reconoce al hombre con el que comparte el ascensor como el General Anthony «Tripas de Hierro» Hecksler (retirado del ejército norteamericano), loco, asesino, y fugitivo de la justicia. Patella se baja en el tercer piso para escribir su memo sobre el baile de las botellas de gaseosa. El hombre de pantalones verdes y camisa se queda dentro del ascensor. Patella, el vendedor de bebidas suaves, tiene una última visión del militar cuando él (Patella) dobla la esquina del corredor hacia las oficinas de RainBo: un señor mayor que permanece de pie erguido y callado, con las manos unidas delante de él, los dedos de esas manos ligeramente deformados por la artritis. Simplemente parado allí, simplemente esperando que suba el ascensor, para poder continuar con sus propios asuntos.

Cualquiera sean esos asuntos.

**4 de abril de 1981**
**Cony Island**
**Cielo despejado, vientos suaves, temperatura 11° C**

**9:40 de la mañana**

En cuanto Sandra Jackson y Dina Andrews se bajan del tren, Dina, de once años, expresa su deseo de dar una vuelta en la Rueda Maravillosa, que ha reanudado su labor durante una nueva temporada.

Mientras se encaminan hacia allá, encuentran alegres buhoneros a ambos lados del camino casi vacío de gente. Un grito hace sonreír a Sandra:

—¡Eh, la señora rubia! ¡Eh, tú, pelirroja bonita! ¡Vengan aquí y prueben su suerte! ¡Sálvenme el día!

Sandra se desvía hacia la Rueda de la Fortuna y examina el juego. Es como una ruleta, sólo que ganas premios en lugar de dinero. Aciertas rojo o negro, par o impar, y te ganas un premio pequeño. Si le aciertas a una de las docenas te ganas uno más grande. Si le aciertas a los cuatro te ganas uno más grande todavía. Y si escoges un solo número y la pegas, te llevas el premio de los premios: el gran osito rosa. ¡Todas estas posibilidades por un cuarto de dólar!

Sandra se vuelve hacia Dina (quién de hecho es pelirroja y bonita.)

—¿Qué nombre le vas a poner a tu nuevo oso? —le pregunta.

El tipo que maneja la Rueda de la Fortuna sonríe.

—¡Eso es tener confianza! —pregona—. ¡Cariño, esa es la mejor cosa en la vida!

—Lo llamaré Rinaldo —responde Dina con prontitud—. Si lo ganas.

—Oh, claro que lo ganaré —asegura Sandra. Toma veinticinco centavos de su cartera y examina los números, que van desde el uno hasta el treinta y cuatro e incluye casillas tales como VUELTA GRATIS, ADIÓS, PRUEBE DE NUEVO, y el doble cero. Ella observa al buhonero, que le está repasando el busto, con una mirada fija que no llega a ser escalofriante.

—Amigo —le dice ella—, quiero que recuerde que estoy apostando mi confianza en usted. Desde este punto, su puesto sólo va a mejorar.

—Vaya que *está* segura —dice él—. Bien, escoja su número.

Sandra coloca su moneda en el diecisiete. Tres minutos después el buhonero se queda mirando con ojos asombrados como la bonita señora y su joven amiguita siguen su camino hacia la Rueda Maravillosa, con la joven amiguita ahora en posesión de un osito rosa casi tan grande como ella.

—¿Cómo lo haces, tía Sandy? —quiere saber Dina. Está a punto de reventar de la excitación—. ¿Cómo lo *haces*?

Tía Sandy se da unos golpecitos sobre la frente y sonríe.

—Ondas psíquicas, cariño. Llámalo así. Vamos, veamos cómo se ve el mundo desde allá arriba.

A veces la vida revela (o parece revelar) un esquema extraordinario. Éste es ciertamente uno de esos casos. Porque, cuando las dos empiezan a correr de la mano hacia la Rueda Maravillosa, Sandra Jackson comienza a cantar «Somewhere Over the Rainbow» y Dina se une rápidamente a ella.

**4 de abril de 1981**
**490 Park Avenue South**

**9:55 de la mañana**

¡Diablos, qué bien que la está pasando el viejo Tripas de Hierro! ¡Que vengan a hablar de aprovechar tu tiempo de la mejor manera! ¡Que vengan a hablar de que

tus brumosos sueños nocturnos en el manicomio puedan volverse realidad!

Al principio tuvo ciertas dudas. Incluso hasta se alarmó. Cuando apenas llevaba unos momentos allí, luego de que forzara la cerradura de la puerta del pasillo (no le ocasionó ningún problema, podría haberlo hecho dormido) y entró en la recepción de Zenith House, algo en la parte trasera de su cerebro realmente intentó transmitirle un Alerta Rojo. Fue como si todos aquellos instintos de caimán que le sirvieron tan bien en tres guerras y en media docena de escaramuzas hubieran percibido algo allí afuera y estuvieran intentando advertírselo. Pero un jefe de comando sencillamente no abandona una misión por un simple temor a la trinchera. Lo que un jefe de comando hace es recordarse a sí mismo su objetivo.

—El Judío Señalado —murmuró Hecksler. *Ése* era su objetivo. El farsante que lo había traicionado y luego le había robado sus mejores ideas.

No obstante siguió sintiendo ese eléctrico cosquilleo de inquietud que se experimenta al ser observado. Al ser observado por las mismísimas paredes, como parecería ser el caso.

Miró perspicazmente a lo largo de esas paredes, fijando la mirada por sobre el nivel del ojo y observando con especial atención todos los rincones. No se veían cámaras de vigilancia. Así que por *ese* lado estaba todo bien.

Respiró profundamente, separando las aletas de su nariz, dilatando los viejos orificios nasales.

—Ajo —murmuró—. Sin duda. Lo he conocido y sentido. Toda mi vida. ¡Ja! Y…

Algo más, definitivamente había algo más, pero no lograba reconocerlo. Al menos no en el área de recepción.

—Maldito ajo —dijo—. Es como un latoso en una fiesta. Un latoso de voz chillona.

En el portal que conduce a las oficinas editoriales, esa voz interior de advertencia habló de nuevo. Sólo dos palabras, pero Hecksler las oyó claramente: ¡*VETE YA*!

—No está pasando —dijo, y le mostró al silencioso mundo de sábado de Zenith House una mueca tirante y desagradable que probablemente le habría helado la sangre en las venas a Herb Porter si la hubiera visto—. Gritona águila solitaria. Esta es una misión suicida, si es que hay que llegar a eso. Nadie se

vuelve a casa.

Dio un paso más allá y el olor a ajo desapareció, como si alguien lo hubiera frotado solamente en los alrededores de la puerta. Lo que lo reemplazó fue un olor extasiante que Hecksler conocía muy bien y al que amaba por sobre todas las cosas: el picante, el amargo olor de la pólvora encendida. El olor de la batalla.

El General, que se había encorvado un poco sin siquiera darse cuenta (sabía que el primer impulso que se tiene al entrar en una zona desconocida y posiblemente peligrosa era proteger las joyas de la familia), ahora se incorporó. Echó un vistazo alrededor con una mirada de loco que habría hecho algo más que helarle la sangre a Herb; le habría enviado huyendo con un ataque de pánico ciego. Al instante siguiente se relajó. Y ahora, debajo de los saltones ojos, los labios primero se separaron y luego comenzaron a estirarse. Alcanzaron el punto donde uno diría que los labios tienen que detenerse, pero sin embargo siguieron extendiéndose, hasta que las comisuras parecieron llegar a la altura de los saltones ojos azules de Hecksler. La sonrisa se transformó en una mueca; la mueca se transformó en una gran mueca; la gran mueca se transformó en una contorsión; la contorsión se transformó en el rostro de un caníbal; el rostro del caníbal se transformó en el rostro de un caníbal demente.

—¡*Zenith House, aquí estoy*! —rugió en el corredor vacío, con su descolorida alfombra de color gris industrial y sus portadas de libros enmarcadas en las paredes, de pechugonas doncellas y bichos gigantes. Se golpeó el pecho con el puño—. ¡*Casa de bribones, aquí estoy! ¡Cubil de ladrones, aquí estoy! ¡Judío Señalado, AQUÍ ESTOY!*

Su primer impulso, sólo contenido con dificultad, fue sacar su no despreciable pene de los pantalones y orinar por todas partes: en la alfombra, en las paredes, incluso sobre las portadas enmarcadas si su reconocidamente envejecido bombeador de pis pudiera lanzar el arroyo tan alto (por Dios, veinte años antes podría haber lavado el techo), como un perro que marca su territorio. La cordura no se afianzó porque ya no había nadie en su trastornada cabeza con corte de cepillo, aunque aún le quedaba la suficiente astucia. Nada debía parecer fuera de lugar aquí en el vestíbulo. No eran demasiadas las probabilidades de que el lunes fuera el J. S. el primero en llegar.

—Un maldito vago es lo que es —dijo Hecksler—. Un maldito comisario

vaquero. ¡Ja! ¡He visto miles como tú!

Así que caminó por el corredor principal tan decorosamente como una monja, pasando puertas señaladas como WADE EDITOR EN JEFE, KENTON, y GELB (que era otro judío, indudablemente, pero no *el* judío) antes de llegar a la que decía… PORTER.

—Síiiii —susurró Hecksler, pronunciando la palabra como un largo y satisfecho siseo, como de vapor.

Ni siquiera tenía necesidad de forzar la cerradura; la puerta del J. S. estaba abierta. El General se mete dentro. Y ahora… ahora que se encuentra en un lugar donde ya no necesita ser cuidadoso…

La orina que el General Hecksler contuvo en el vestíbulo va a parar a los cajones del escritorio de Herb Porter, comenzando con el más bajo y siguiendo por el superior. Incluso le alcanza un chorro final para el teclado de la máquina de escribir.

Hay una bandeja de ENTRADAS/SALIDAS llena de lo que parecen ser cartas de presentación, informes de manuscritos, y una carta personal (aunque mecanografiada) encabezada con un *Estimado Fergus*. Hecksler las rompe a todas y desparrama los pedazos sobre el escritorio como si fueran confeti.

Junto al ENTRADAS/SALIDAS hay un sobre rotulado GOTHAM COLLECTIBLES, dirigido al Sr. Herbert Porter a cargo de Zenith House, y marcado como CONFIDENCIAL. Adentro, el General encuentra tres artículos. Uno es una carta que dice, en esencia, que los tipos de Gotham Collectibles estaban sumamente felices de haber podido localizar la rareza adjunta para un cliente tan estimado. La rareza consiste en una tarjeta de béisbol de Honus Wagner dentro de un sobre plastificado. La última carta es una factura por doscientos cincuenta dólares. El General se asombra y se ofende, ultrajado. ¿Doscientos cincuenta dólares por un jugador de béisbol judío? Y desde ya, *se trata* de un judío; Hecksler puede reconocerlos donde sea que estén. ¡Miren ese pedazo de nariz, Jesús bendito! (No advierte que la nariz de Honus Wagner es muy parecida a la del mismo Anthony Hecksler.) Tripas de Hierro saca la tarjeta del sobre, y muy pronto la imagen de Honus Wagner se ha unido al confeti, considerablemente menos valioso, que está desparramado sobre el escritorio de Herb.

Hecksler empieza a canturrear suavemente un comercial de cerveza:

—Llegó para ti… para todos ustedes… para ti, Judío Se-ÑAYY-la-do…

Allí están los archivadores. Podría volcarlos, pero ¿qué pasaría si alguien de abajo oyera el porrazo? Y parece una acción bastante estúpida. Además ya sabe lo que encontrará si los abriera: simplemente más papel. Ya está harto de tanto papel por un día, por Dios. Para colmo, se está sintiendo un poco exhausto. Ésta fue una mañana agotadora (una semana agotadora, un mes agotador, una maldita *vida* agotadora.) Si acaso pudiera encontrar tan sólo una cosa más… la cosa más *significativa*…

Y allí está. La mayoría de las cosas que hay en las paredes es poco interesante —las tapas de los libros que editó el J. S., fotografías del J. S. con varios hombres (y una mujer) que el General supone que son escritores pero que le resultan sospechosamente parecidos a unos auténticos pajeros—, pero hay un cuadro que es diferente. No sólo porque está alejado de los otros, en su propio espacio reducido, sino porque el Herb Porter que allí aparece tiene una *expresión* auténtica en el rostro. En las demás fotos, pareciera que está diciendo algo así como oh-mierda-estoy-logrando-que-vuelvan-a-sacar-mi-jodida-foto, pero en ésta realmente está *sonriendo*, y es una sonrisa de amor incuestionable. La mujer a la que le sonríe es más alta que el J. S. y aparenta unos sesenta años. Sostenido delante de ella está la clase de gran cartera negra que por ley tan sólo una mujer de sesenta años o más puede llevar.

—Me veo a mí, te veo a ti, veo a la madre, de un Judío Señalado —canturrea Hecksler.

Saca el cuadro de la pared, lo da vuelta, y descubre el tipo de cartón posterior que había esperado. Oh sí, él conoce a su hombre: trucos furtivos por delante, cartón posterior por detrás.

Hecksler primero arranca el cartón y luego la foto de Herb y su querida *marmar*, que fue tomada en la fiesta del veinticinco aniversario que Herb le organizó a sus padres en Mountauk, en 1978. Tripas de Hierro se baja los pantalones (que bajan demasiado rápido, quizás debido al enorme cuchillo plegado que guarda en el bolsillo delantero derecho), se agarra un flaco cachete del culo y le da un rápido tirón al costado, para poder presentar mejor la puerta trasera, el oscuro agujero, el siempre querido camino de la porquería. Entonces el que otrora fuera General de los Estados Unidos, condecorado personalmente por Dwight Eisenhower en 1954, se refriega el culo bien a fondo y vivamente con esta foto que Herb ama por sobre todas las demás.

¡Diablos, que bien que la estamos pasando!

Pero los buenos tiempos desgastan a una persona, sobre todo a un *viejo*, y sobre todo a un viejo *chiflado*. Bastante es suficiente, como Amos le diría a Andy. El General se sube los pantalones, se acomoda la ropa, y luego se sienta en la silla de oficina de Herb. Él no orinó en esta silla, más que nada porque no se le ocurrió, de modo que el asiento está limpio y seco.

Lo hace girar lentamente alrededor y mira por la ventana de Herb. No hay vista; tan sólo unos pocos centímetros de espacio vacío y luego las ventanas de otro edificio de oficinas. La mayoría de ellas están cerradas con persianas venecianas, y donde no están corridas, se alcanza a ver oficinas absolutamente vacías. No caben dudas de que en alguna parte de aquel edificio, como también en éste, habrá ejecutivos soportando algunas horas extras, aunque no a la vista de la ventana de Herb Porter.

La luz del sol incide de costado sobre el rostro del General Hecksler, dejando cruelmente en evidencia su piel devastada por la edad y las reventadas venas de sus sienes; otra vena, de color azul, late firmemente en el centro de la frente acanalada. Los arrugados párpados comienzan a cerrársele. Y cada vez más, a medida que el General (que en varias semanas ha cabeceado pero no dormido en serio) comienza a moverse en la frontera que divide la tierra del insomnio con la del Dormitar.

Se le cierran del todo… y permanecen así, pareciendo más tersos ahora… y entonces se abren de nuevo, descubriendo unos descoloridos ojos azules que parecen desconfiados y locos, pero por sobre todo cansados hasta la muerte. ¿No será que alcanzó el cruce fronterizo —una tregua temporaria más allá de las mentiras— …y se atreverá a aprovecharlo? ¿Se atreverá a cruzarlo? Aún quedan tantos enemigos, un mundo repleto de judíos maquinadores, de italianos violentos, de homosexuales cobardes, y de negros ladrones; tantos enemigos declarados del General y del país que él ha jurado defender… y ¿podría pasar que estuvieran aquí ahora? ¿Justo ahora?

Por un instante sus párpados recuperan su arrugado aspecto anterior, como los ojos bien abiertos y vigilantes que escudriñaban de reojo, pero sólo dura un momento. La voz que le advirtió en la recepción se ha quedado callada, aunque él todavía alcanza a oler un leve toque de humo de pólvora, tan reconfortante como lo recuerda.

*A salvo*, le susurra ese olor. Es, por supuesto, el olor y la voz de Zenith, la hiedra común. *Estás a salvo. La casa es el cazador, la casa de la colina, y estarás a salvo durante las próximas cuarenta horas y más. Duérmete, General. Duérmete.*

El General Hecksler reconoce un buen consejo cuando lo escucha. Sentado en la silla de su enemigo, reclinado sobre el escritorio de su enemigo (en el que ha derramado el pis justiciero), el General Hecksler se duerme.

No puede ver la hiedra que ya ha entrado en este cuarto y que ha crecido, invisible, alrededor de sus zapatos y sobre las paredes. Oliendo a pólvora y soñando con antiguas batallas, el General Hecksler empieza a roncar.

**4 de abril de 1981**
**490 Park Avenue South**
**New York City**
**Cielo despejado, vientos suaves, temperatura 13° C**

**10:37 de la mañana**

Cuando Frank DeFelice llega al 490 de Park Avenue South, desciende de un taxi y deja una propina de exactamente diez centavos, no presenta el mismo tipo de humor distraído de George Patella, el amigo de las bebidas suaves, pero tampoco está demasiado preocupado. DeFelice trabaja en la Oficina de Suministros Tallyrand del séptimo piso, y se ha olvidado de cierto papel que necesita para la reunión de pre-inventariado del lunes a las nueve de la mañana. Su única intención es precipitarse en la oficina, agarrar los resúmenes del inventario, y volver corriendo a la estación Grand Central. DeFelice vive en Croton-on-Hudson, y planea pasarse la tarde trabajando en el patio de su casa. Este viaje del sábado a través de la ciudad es el típico DEEC: Dolor En El Culo

Apenas repara en el hombre de traje de negocios color arena que está parado a la izquierda de la puerta; el hombre sostiene un gran maletín y mira su reloj. Es demasiado joven para usar traje, pero tiene buen aspecto y está bien arreglado: es rubio, de ojos azules. Por cierto que Carlos Detweiller, quien tiene los genes nórdicos de su madre, no se parece a la imagen que alguien pueda tener de un sudaca, señalado o no.

Cuando DeFelice abre la puerta del vestíbulo con su llave, el joven del maletín suspira y murmura:

—¿Podría dejarla abierta un segundo?

Frank DeFelice sostiene la puerta cortésmente y cruzan el vestíbulo juntos, con los tacones resonando y creando ecos.

—No deberían permitirle a la gente llegar tarde los sábados —comenta el joven, y DeFelice le corresponde con una sonrisita sin sentido. Su mente está a un millón de kilómetros de allí… bueno, a sesenta, mejor dicho, trajinando con sus bulbos primaverales y sus fertilizantes.

Quizás esta fuga de pensamiento de deba a que nota cierto curioso olor viniendo del joven cuando entran juntos en el ascensor; un cierto olor *terroso*, casi como de turba. ¿Será alguna nueva colonia para después del afeitado? ¿Algo llamado Jardín Primaveral o Deleite de Abril?

DeFelice presiona el siete.

—Ya que está allí, ¿podría presionar el cinco? —solicita el joven del traje color arena, y DeFelice nota algo interesante: el maletín del tipo tiene una cerradura de combinación. *Es justo lo que ando buscando*, piensa, y ese pensamiento lo lleva a otro: no falta mucho para el día del padre. Si dejara caer algunas indirectas en el lugar correcto (a la madre de sus hijos en vez de a los mismos hijos, en otras palabras) no puede fallar. De hecho…

—… cinco? —pregunta de nuevo el joven del traje color arena, y DeFelice presiona el cinco. Entonces señala el maletín.

—¿Abercrombie? —le pregunta.

—Kmart —responde el joven, y le dedica una sonrisa que pone ligeramente nervioso a DeFelice. Tiene un vacío que va más allá de la demencia. Los dos hombres viajan en silencio luego de aquello, subiendo con el débil aroma a turba.

Carlos Detweiller se baja en el quinto. Camina junto a la pared donde están las flechas que señalan a las distintas empresas: Barco Novel-Teaz, Crandall & Ovitz, Abogados, Ediciones Zenith. Está examinándolas cuando las puertas del ascensor se cierran. Frank DeFelice experimenta un momentáneo alivio, y luego vuelve a concentrarse en sus propios asuntos.

**10:38 de la mañana**

Como el General Hecksler ha forzado la cerradura en lugar de romperla del todo, Carlos ingresa en Zenith House sin considerar sospechoso que la puerta principal esté abierta —después de todo, él es jardinero, escritor y Sirviente Psíkiko, no detective—. Además, se ha pasado tantos años haciendo lo que quería que ha llegado a considerarlo como algo normal.

En el área de recepción advierte el olor del ajo y asiente vigorosamente, como lo hace un hombre cuando sus sospechas se ven confirmadas. Aunque en realidad se trate de algo más que sospechas; después de todo, él está en contacto con ciertos Poderes, y ellos lo han mantenido por delante de la curva (como dirían ejecutivos de mediano nivel como Frank DeFelice y George Patella) en un montón de aspectos. Uno de los aspectos en los que estos Poderes lo han dejado *por detrás* de la curva, tiene que ver con la presencia actual de Tripas de Hierro Hecksler en las oficinas de Zenith. Los resultados a los que se llega en los asuntos de tipo sobrenatural siempre son un negocio riesgoso, aunque de esto podríamos asumir que los Poderes de la Oscuridad disfrutan de una broma tanto como el resto de nosotros.

¿Es que acaso Carlos no huele otra cosa que el olor del ajo? Es cierto que frunce el ceño, nublando su rostro blando y guapo, pero luego se tranquiliza. Descarta el débil soplo de locura del General, ya que su entrenado olfato lo ha catalogado como un simple dejo reminiscente del perfume de la recepcionista. (¿Cómo, se pregunta uno, podría llamarse semejante perfume? ¿*Paranoia en París*?)

Carlos se mueve por el cuarto y se detiene. Aquí el olor del ajo es más intenso. *Ella les dijo cómo mantenerlo en su sitio*, piensa él, refiriéndose a la difunta Tina Barfield. ¿Les habrá dicho también que, si se ofrenda el sabor de la sangre correcta, tales precauciones serían inútiles? Quizás. En todo caso, ya no le preocupa. A estas alturas, él no necesita cuidarse. Probablemente, Zenith debería cuidarse de proporcionarle demasiado tiempo a John Kenton, pero «probablemente» no es lo bastante bueno para Carlos Detweiller, y él ya no tiene tiempo. Quizás tampoco quede tiempo para hacer de John Kenton su esclavo

zombi, pero el lunes por la mañana tendrá todo el tiempo del mundo para rebanar un poco al mentiroso de Kenton, para quitarle el corazón del pecho. Carlos tiene suficientes cuchillos en su Folio Sagrado, por no mencionar la nueva tijera podadora del *Jardinero Americano*. Tiene la esperanza de usarla para arrancarle el cuero cabelludo al señor John «Soretito» Kenton. Incluso puede usarlo de sombrero mientras se desayuna con las válvulas y los ventrículos de «Soretito».

Carlos entra en el pasillo que hay más allá de la recepción y se detiene de nuevo. Se queda parado exactamente en el mismo lugar donde se quedó Hecksler cuando anunció su presencia a las oficinas vacías. Advierte (no sin admiración) las tapas enmarcadas de los libros: una hormiga gigante inclinada sobre una mujer medio desnuda gritando; un mercenario disparando a un escuadrón de soldados orientales mientras una ciudad que se parece a Miami se incendia al fondo; una mujer en camisón en los brazos de un pirata de pecho desnudo que parece tener una erección del tamaño de un accesorio de plomería industrial dentro de sus pintorescos pantalones; un hombre de ojos inyectados en sangre observando la aproximación de una mujer joven en una calle desierta; dos o tres libros de cocina, sólo de especias.

Carlos piensa con cierto anhelo que en un mundo mejor, donde la gente fuera honesta, la portada de su propio libro también podría estar allí. *Verdaderos Cuentos de las Plagas Demoníacas*, con una fotografía del inigualable Carlos Detweiller en la tapa. Fumando una pipa, quizás, y mirando a lo Lovecraft. Eso no pudo ser… pero ellos lo pagarán. *Kenton*, al menos, lo pagará.

El corredor parece vacío salvo por las portadas enmarcadas y las puertas a los despachos editoriales que hay más allá, pero el recién es precavido. «Carlos, tú no naciste ni ayer ni el día anterior», como habría dicho el señor Keen en tiempos más felices, cuando las personas no olvidaban quién se suponía que tenía que ganar todas las partidas de cartas.

Que parezca vacío, sin embargo, puede ser algo engañoso.

Con el portal fregado con ajo a sus espaldas, Carlos puede oler con facilidad a la hiedra *kadath* tibetana que le envió a John Kenton, y huele su verdadero aroma: no el de palomitas de maíz, chocolate, café, madreselva, o perfume Shalimar, sino un olor más oscuro, áspero y picante. No es aceite de clavo de olor, pero se le parece bastante. Es el olor que Carlos ha encontrado emanando

de sus propios sobacos las veces que ha sido intensamente psíkiko.

Cierra los ojos y susurra:

—*Talla. Démeter. Abbalah. Gran Opoponax.*

Respira profundamente y el olor se intensifica, inundándole la cabeza, zambulléndolo en oscuras visiones, repletas de revoloteos asombrosamente fríos. Son las visiones de la tierra a la que irá pronto, el lugar donde concretará su transición de mortal terrestre a *tulpa*, una criatura del mundo invisible capaz de regresar a éste y poseer los cuerpos de los que continúan vivos. Quizás utilice este poder; quizás no. En este momento, tales detalles carecen de importancia.

Vuelve a abrir sus ojos y sí, allí está la *kadath*. Se extiende por las paredes y la alfombra, cada vez más delgada mientras avanza hacia la recepción, pero espesa y exuberante corredor abajo. Carlos sabe que por allí, en alguna parte, está el lugar donde aún se encuentra la maceta original, sepultada bajo ondulantes matorrales verdes qué resultan invisibles para todos aquellos que no creen en el poder de la planta. El lejano extremo del pasillo parece tan impenetrable como una selva, oculto por toda esa vegetación que se eleva hasta los fluorescentes del techo, pero Carlos sabe que las personas pueden pasear alegremente a todo lo largo de ese corredor sin tener la más mínima idea de lo que están atravesando… a menos, desde ya, que Zenith *quiera* que se enteren. En cuyo caso sería lo último que se enterarían *en su vida*. Básicamente, en este momento Zenith House es una gigantesca trampa para osos de color verde, lista para actuar.

Carlos empieza a bajar por el corredor, con el Folio del Sakrificio Sagrado apretado contra su pecho. Pasa por encima de los primeros brotes de Zenith, luego sobre un completo manojo de ramas y rizomas entrelazadas. Una de ellas se agita y le toca un tobillo. Carlos la deja hacer pacientemente, y luego de un momento la rama se aleja. Aquí, a la izquierda, está la oficina de WADE EDITOR EN JEFE. Carlos le echa un vistazo sin mucho interés, y después continúa hacia la puerta siguiente. Aquí la hiedra creció mucho más espesa, cubriendo con sus ramas la parte inferior de la puerta en zigzag y retorciéndose alrededor del picaporte como si fuera un flojo abrazo de amante. Otra rama se aferra al panel superior de vidrio, tachando el nombre como un relámpago verde.

—Kenton —dice Carlos en voz baja—, maldito farsante.

**10:44 de la mañana**

En la oficina de Herb Porter, el General Anthony Hecksler abre los ojos. Un pensamiento —que más que soñar escuchó—, le cruza por la mente. Lo que oyó fue esto: *Kenton, maldito farsante.*

Alguien más se encuentra en las oficinas de Zenith House.

Alguien más en esa mañana de sábado.

Y Tripas de Hierro tiene una idea bastante aproximada de quién pueda ser.

—Ado, ado —susurra, con unos labios que apenas se mueven—. El Sudaca Señalado.

Mientas dormitaba, Hecksler se resbaló un poco de la silla de Porter. Ahora se deja caer más aún, para estar absolutamente seguro de que la parte superior de su cabeza no se vea si el S. S. pasa por el pasillo. Lo bueno sería que «Carlos» vea el *lío* que hay aquí, pero no que vea al *hombre* que hay aquí.

Silencioso como un suspiro, Hecksler mete la mano en el bolsillo de sus pantalones y extrae otra de sus compras en la tienda del ejército: un cuchillo de cazador con mango de hueso y hoja de tungsteno de veinte centímetros de largo.

Se escucha el más débil de los clic cuando el General pulsa el botón que despliega la hoja y la mantiene en posición. Lo sostiene contra su pecho, con la punta casi tocando su barbilla rigurosamente afeitada, y aguarda a que pase lo que tenga que pasar.

**Central Park**
**Cielo despejado, vientos suaves, temperatura 16° C**

**10:50 de la mañana**

Bill Gelb está tan entusiasmado con su planificada excursión a Paramus que apenas pudo dormir la anoche anterior, y todavía se siente con todas las energías en esta mañana de sábado, completamente animado. No podría quedarse en el maldito apartamento, *claro* que no. La pregunta era, ¿a dónde ir? Por lo general, pensaría en ir a ver una película, Bill ama las películas, pero hoy no podría estarse quieto para ver una entera. Y entonces, en la ducha, se le ocurre la

respuesta.

En las mañanas de sábado de Central Park, sobre todo en una mañana primaveral como la de hoy, se llevan a cabo unos auténticos juegos olímpicos, que van desde el patinaje y el sóftbol hasta el ajedrez y las damas.

También habrá un juego de dados disputándose al borde de Sheep Meadow; de eso Bill está casi seguro. Puede llegar a estar inhabilitado, aunque no podría imaginarse por qué razón los polis clausurarían un juego tan inocuo: apuestas bajas, jóvenes blancos tirando los dados y pretendiendo ser fulanos piolas. Sietes y onces, el nene necesita un par nuevo de zapatillas Adidas. Una botella o dos de vino barato completarán la ronda y les permitirán a los jugadores no sentirse avergonzados, por no decir decadentes, por estar tirando los dados y bebiendo Tren Nocturno a las once de la mañana.

Bill ha jugado allí quizá media docena de veces en los últimos dos años, siempre que el tiempo esté caluroso. Le gusta jugar, pero… ¿ir a Central Park a tirar los dados cuando la temperatura está por debajo de los cinco grados? Ni loco. Aunque en la radio anunciaron que hoy el mercurio puede llegar hasta unos prematuros veintiún grados, y además… ¿qué otra forma puede haber de averiguar si la fuerza todavía lo acompaña?

Razón por la cual —mientras el tren de Riddley se aproxima a Manhattan, mientras Sandra y su sobrina continúan su desenfrenada gira en la inauguración de los entretenimientos de Cony Island, mientras Carlos Detweiller empieza a inspeccionar los archivos de «Soretito» Kenton y el General Hecksler está despatarrado en la silla de Herb Porter, con su cuchillo lanzando destellos bajo la luz del sol— encontramos a Bill Gelb arrodillado entre un círculo de gritones, jocosos tipos blancos que se sienten felices de perder el dinero. El afortunado hijo de perra entró al juego, le apostó a dos de los tipos (y ganó), y luego él mismo tomó los dados. Desde entonces viene sacando cinco sietes seguidos. Ahora les está prometiendo un sexto siete, y *para colmo* les asegura que será de seis y uno. El fulano está loco, así que ellos se sienten felices de poder desplumarlo. Y Bill también está feliz. Tan feliz como nunca lo ha estado en su vida, le parece. Vino hasta Meadow con sólo quince dólares en el bolsillo, dejando deliberadamente el resto de su dinero en casa; ya triplicó esa suma. ¡Y esto, por Dios, es tan sólo la entrada! Esta noche, en Paramus, él se sentará frente al plato fuerte.

—Que Dios bendiga a esa loca planta doméstica —susurra, y hace rodar los dados hacia la reja pintada que sirve como hoyo. Rebotan, ruedan, dan unas volteretas…

… y los yupis, los artistas de los dados de los sábados a la mañana, se quejan en un lamento entremezclado de escepticismo, desesperanza y asombro.

Son un seis y un uno.

Bill arrebata el fajo de dinero que está en la abertura de la reja que dice CASA, le da un sonoro beso, y lo sostiene en alto, hacia el luminoso cielo azul, riendo.

—¿No me daría los dados, señor suertudo? —le pregunta uno de los otros jugadores.

—¿Cuándo vengo tirando así? —Bill Gelb se inclina hacia adelante y recoge los dados—. De ninguna maldita manera. —Se sienten calientes en su mano. Alguien le pasa una botella de Boone's Farm y echa un trago—. De ninguna maldita manera pienses que te los voy a pasar —repite—. Caballeros, pienso tirar estos dados hasta que se les borren los puntos.

**11:05 de la mañana**

La *kadath* penetró en la oficina de Kenton por entre las rendijas de los bordes de la puerta, creciendo exuberantemente por las paredes, pero Carlos apenas lo nota. La hiedra no significa nada para él, en uno u otro sentido. Ya no. Si no fuera por Tina Barfield, habría sido divertido acomodarse lejos y verla en acción, ya que la perra le robó su pico de búho y él se quedó sin tiempo. Dejará que Zenith se encargue de los demás si ella lo desea; pero Kenton es suyo.

—Maldito farsante —repite—. Maldito ladrón.

Tal como en la oficina de Herb, hay fotos de varias personas en las paredes de Kenton. A Carlos le tienen sin cuidado todos los demás (también a él le parecen unos bribones), pero observa fijamente aquellas donde aparece Kenton, memorizando el rostro delgado con su gran mata de largo pelo negro. *¿Quién se cree que es?* se pregunta Carlos con indignación. *¿Una maldita estrella de rock? ¿Un Beatle? ¿Un Rolling Stone?* De pronto se le ocurre el nombre de un grupo de rock al que Kenton podría pertenecer: Johnny y Los Soretitos.

Como siempre, Carlos se sorprende de su propio ingenio. Como suele

permanecer serio durante largos períodos de tiempo, siempre se sorprende del buen sentido de humor que tiene. Ahora ladra una risa.

Aún riéndose entre dientes, prueba los cajones del escritorio de Kenton, pero, a diferencia de los Herb, éstos están cerrados con llave. Hay una bandeja de ENTRADAS/SALIDAS sobre el escritorio, pero, también a diferencia de la de Herb, está casi totalmente vacía. La única hoja de papel tiene anotadas varias líneas que Carlos no comprende en absoluto:

*Juego de jockey de leprosos: en la esquina de enfrente.*

*6 o 7 para llevar el ataúd, 1 para llevar el bombo.*

*No importa la mermelada en tu boca, pero ¿qué está haciendo la manteca de maní en tu frente?*

*«Jode al cartero, dale un dólar y un rollo dulce».*

*Tapa anaranjada de la boca de inspección en Francia=Howard Johnson.*

¿Qué será toda esa mierda, en el nombre de Démeter? Carlos no lo sabe y decide que tampoco le interesa.

Se acerca a los archivadores de Kenton, temiendo que también éstos estén cerrados con llave, pero tiene un largo fin de semana por delante y, si se aburre, puede abrir el escritorio y los archivos. En el Folio del Sakrificio tiene las herramientas necesarias para encargarse de ese trabajo. Pero los cajones de los armarios resultan estar abiertos, después de todo.

Carlos comienza a inspeccionar los archivos con un alto grado de interés que se desvanece rápidamente. Los archivos del «Soretito» están ordenados alfabéticamente, aunque después del de CURRAN, JAMES (el autor de cuatro originales de bolsillo entre 1978 y 79, con títulos como *Extraño Deleite de Amor* y *Extraña Obsesión de Amor*), viene el de DORCHESTER, ELLEN (con seis breves informes de manuscrito, cada uno firmado por Kenton y adjuntado a una carta de rechazo.) No hay ningún archivo marcado como DETWEILLER, CARLOS.[12]

El único elemento de interés que Carlos descubre está al fondo del cajón, detrás de unos pocos archivos eliminados rotulados con W-Z. Se trata de una fotografía enmarcada que indudablemente adornaba hasta hace poco el escritorio de Kenton. En ella, Kenton y una bonita joven oriental están de pie en la pista de patinaje de la Plaza Rockefeller, abrazados y sonriéndole a la cámara.

Una sonrisa de indecencia extrema despunta en el rostro de Carlos. La mujer está en California, pero para un Sirviente Psíkiko genuino como él, unos pocos

miles de kilómetros no representan absolutamente ningún problema. La señorita Ruth Tanaka ya está descubriendo que ella le ha apostado el caballo equivocado en las Loterías del Romance. Carlos sabe que ella pronto regresará a Nueva York, y cree que puede hacer una breve parada en Zenith House tras su arribo. Kenton estará muerto para ese entonces, pero ella tendrá preguntas para hacerle ¿no? Sí. Las mujeres siempre tienen preguntas para hacer.

Y cuando llegue…

—Sangre inocente —murmura Carlos. Tira la foto enmarcada de vuelta al cajón y el vidrio se rompe en pedazos. En la silenciosa oficina, el sonido parece ruidosamente satisfactorio. Cruzando el pasillo, el General Hecksler pega un brinco en la silla de Herb, evitando por muy poco clavarse su propio cuchillo.

Carlos cierra de un puntapié el cajón del archivador, se dirige al escritorio de Kenton y se sienta en su silla. Se queda allí durante un ratito, tamborileando con los dedos de una mano en el Folio del Sakrificio y toqueteando ociosamente su erección con los dedos de la otra. Es muy probable que dentro de un rato, piensa, se masturbe; es algo que hace a menudo y bien. Sin saber, por supuesto, que sus días de abuso ya casi están a punto de terminar.

En la oficina de enfrente, Tripas de Hierro ha tomado posición contra la pared a la izquierda de la puerta de Herb Porter. Puede ver un reflejo de la otra oficina en la ventana de Herb: débil, pero bastante bueno. Cuando «Carlos» salga, ya sea antes o después, el General estará preparado.

**11:15 de la mañana**

Resulta que Carlos tiene hambre. Y resuelta que ha olvidado de traerse algo para comer. En el escritorio de Kenton podría haber barras de caramelo o algo así —al menos chicles, todos tenemos siempre algunos chicles dando vueltas por ahí —, pero la maldita cosa está cerrada con llave. Revolver en los cajones en busca de algo que tal vez ni siquiera esté allí parece representar demasiado trabajo.

Aunque ¿qué hay con las demás oficinas? Tal vez incluso hasta haya una cantina, con refrescos y todo. Carlos decide ir investigar. Después de todo, tiempo tiene de sobra.

Se levanta, camina hasta la puerta y sale. Una vez más la hiedra le toca los

zapatos; una rama se le enrosca alrededor de un tobillo. Una vez más Carlos se queda quieto pacientemente hasta que la rama se retira. Las palabras *adelante, amigo* se susurran en su mente.

Carlos se dirige a la próxima puerta pasillo abajo, en la que dice JACKSON. No escucha nada cuando la puerta de Herb Porter se abre sigilosamente detrás de él; no percibe al viejo alto con un cuchillo en la mano que mide la distancia con fríos ojos azules… y la encuentra aceptable.

Cuando Carlos abre la puerta de la oficina de Sandra, Tripas de Hierro se abalanza. Un antebrazo —viejo, huesudo, horriblemente fuerte— se cierra alrededor de la garganta de Carlos y lo deja sin aire. Carlos alcanza a tener tiempo para sentir una nueva emoción: terror absoluto. Entonces una sensación de calor, como un relámpago, le cruza por el bajo vientre. Él piensa que se quemó con algo, y habría gritado si no fuera porque tiene la tráquea cerrada. Ni se imagina que está parcialmente destripado, y evita que la acción se complete al tambalearse a la izquierda, golpeando al General contra el borde de la puerta de Sandra Jackson, y haciendo que la cuchillada salga alta y no tan profunda como la planeó.

—Estás muerto, MARICÓN —Hecksler susurra estas palabras en el oído de Carlos tan tiernamente como un amante. Carlos puede oler a Rolaids y a locura. Se tira hacia la derecha, contra el otro lado de la puerta, pero el General está prevenido y se monta sobre él tan fácilmente como un cowboy en un viejo rocín. Levanta el cuchillo de nuevo, con la intención de abrirle la garganta a Carlos. Y entonces vacila.

—¿Qué clase de sudaca tiene el cabello rubio y los ojos azules? —le pregunta—. ¿Qué…

Siente el roce de la mano de Carlos contra su muslo con un segundo de retraso. Antes de que pueda echarse atrás, el sudaca señalado le aferra los testículos y se los aplasta con el puño de hierro del que está luchando por su vida y lo sabe.

—¡*AHUUUÚ*! —grita Hecksler, y la llave se afloja solo por un instante en la garganta de Carlos. Aunque sea insoportable, no es el dolor la causa del debilitamiento de la toma mortal; Tripas de Hierro le ha consagrado toda una vida a vivir con y a través del dolor. No, es la sorpresa. Está estrangulando al S. S., ha acuchillado al S. S., y éste continúa peleando.

Carlos se sacude nuevamente hacia la izquierda, aplastando el hueso del hombro del General contra la jamba de la puerta. La llave de Hecksler se afloja otro poco, y antes de que pueda recuperarse, Zenith —con un sentido del humor más bien travieso— lo toma de la mano.

Pero en realidad, es de los *pies* del General de los que la hiedra se prende, envolviéndolos con un veloz puño verde y tirándolos hacia atrás. Aunque las ramas aún sean recientes y delgadas (algunas terminan arrancadas por el peso de Hecksler), la agarrada de Z es sorprendentemente fuerte. Y sorpresa, por supuesto, es la palabra clave. Si Tripas de Hierro hubiera esperado semejante ataque del chivato pusilánime, casi seguro que se habría cuidado los pies. En cambio, cae pesadamente sobre sus rodillas.

Carlos gira rápidamente en el umbral, abriendo la boca, tosiendo y tratando de recuperar el aire. Todavía siente esa franja de calor cruzándole la barriga, que parece estar extendiéndose. *El bastardo me quemó*, piensa. *Tiene una de esas cosas, una de esas cosas láser ilegales.*

Necesita volver a la oficina de Kenton, en donde fue tan idiota de dejar el Folio del Sakrificio; pero, cuando comienza a avanzar, el General tira unas cuchilladas al aire. Carlos retrocede lo suficientemente rápido como para salvarse la nariz. El General le muestra los dientes a Carlos; o al menos aquellos que sobrevivieron a la Funeraria Resto Sombrío. Manchas de color brillante adornan sus mejillas.

—¡Sal de mi camino! —estalla Carlos— *¡Abbalah! ¡Abbalah can tak! ¡Démeter can tah! ¡Gah! ¡Gam!*

—Guárdate tus estupideces de sudaca para alguno de los tuyos —dice el General. No hace ningún esfuerzo por levantarse, simplemente oscila de un lado para el otro, sobre sus rodillas, luciendo tan misterioso (y tan mortífero) como una serpiente encantada, asomada del cesto por la flauta de un faquir—. ¿Quieres pasar a través mío, hijo? Entonces, ven. Vamos, inténtalo.

Carlos mira por sobre el hombro del viejo y ve que todavía quedan algunas verdes ramas de hiedra enredadas alrededor de sus tobillos.

—*¡Kadath!* —clama Carlos—. *¡Cam-ma! ¡Can tak!* —En sí mismas, estas palabras no significan nada. Son de naturaleza invocatoria, la forma que tiene Carlos Detweiller de enviarle a la hiedra una orden telepática. Acaba de pedirle a Zenith que le dé un nuevo tirón al viejo, que lo arroje directamente en la masa

principal de vegetación del pasillo, y que luego lo triture.

Pero en vez de hacer eso, los lazos que envuelven los tobillos del General se desatan y las ramas se alejan, arrastrándose.

—¡No! —vocifera Carlos. No puede creer que los Poderes Oscuros lo hayan abandonado—. ¡No, regresa! *¡Kadath! ¡Kadath can tak!*

—Mejor échate un vistazo, hijo —sugiere maliciosamente el General Hecksler.

Carlos baja la vista y ve que su traje de color arena se ha vuelto de un rojo brillante, desde los bolsillos de la chaqueta y hacia abajo. Tiene una larga y andrajosa rasgadura cruzándole por el medio; el extremo de su corbata está indiscutiblemente rebanado. Alcanza a ver algo brillante y purpúreo en la cuchillada y, con incrédulo desmayo, comprende que se trata de sus intestinos.

Mientras está distraído, Hecksler arremete contra él y lo ataca con su cuchillo de nuevo. Esta vez secciona el hombro de Carlos hasta el hueso.

—*¡Ole!* —grita Tripas de Hierro.

—*¡Maldito viejo loco!* —aúlla Carlos, y lo ataca con un pie. Esto le produce un terrible y embotado calambre de dolor a través de su barriga, y un reguero de sangre se le derrama sobre los pantalones, pero el zapato alcanza al General Hecksler justo en su flaca nariz y se la rompe. Se derrumba hacia atrás. Carlos empieza a adelantarse pero el viejo bastardo se arrodilla de nuevo, en un maldito parpadeo, lanzando cuchillazos en todas direcciones. ¿De qué estará hecho, de hierro?

Carlos se escabulle en la oficina de Sandra, jadeando, y cierra la puerta justo cuando Hecksler flexiona los dedos de su mano libre alrededor de la jamba. Cuando le aplasta los dedos, Hecksler articula un aullido que es como música para los oídos de Carlos. Pero el viejo hijo de puta no se detendrá. Es como un robot con su interruptor trabado en la opción MATAR. Carlos escucha el golpe de la puerta de la oficina al abrirse detrás de él mientras se tambalea por la oficina de Sandra, con el brazo izquierdo de su chaqueta tornándose carmesí, y con una mano en su vientre acuchillado, intentando contener esas cosas purpúreas en su lugar. Oye el áspero jadeo, como de perro, que emite el chiflado cuando el aire entra y sale rápidamente de sus viejos pulmones. En un segundo el robot estará de nuevo encima de él. El robot tiene un arma; Carlos no tiene ninguna. Aún cuando tuviera su Folio del Sakrificio, el robot no le daría tiempo para abrir la

combinación.

*Voy a morir*, piensa Carlos, maravillado. *Si no hago algo enseguida, realmente voy a morir*. Por supuesto que sabía que la muerte estaba en camino, pero hasta este minuto había sido un concepto más bien académico. Sin embargo, no hay nada de académico en tener un robot loco detrás de ti mientras la sangre te chorrea sobre el brazo y las piernas.

Carlos mira el escritorio de Sandra, que es un desordenado enredo de papeles esparcidos. ¿Tijeras? ¿Un cortapapeles? ¿Tal vez un maldito alicate? Algo… oh, Buen Démeter, ¿qué es eso?

Reposando junto al papel secante, en parte disimulado por una fotografía enmarcada de Sandra y Dina de su viaje a Nova Scotia de dos años antes, hay un gran objeto plateado que parece un cañón. Sandra, con la mente llena de libros y plantas y manuscritos y cuentos de zombis ancianos de Rhode Island, se ha olvidado de guardar el cañón en su cartera, cuando salió en la tarde del viernes. Lo que sucede es que ahora es fácil para ella olvidarse: la planta le ha proporcionado un nuevo sentido de la seguridad y el bienestar. Este objeto ya no le parece tan vital.

Sin embargo, para Carlos sí es vital.

Carlos acaba de encontrar al Amigo de las Noches Lluviosas de Sandra.

**11:27 de la mañana**

—¿Qué te pasa, tía Sandra? —pregunta Dina. Un momento antes ambas volvían juntas por el paseo, comiendo las deliciosas salchichas asadas que sólo en Cony puedes encontrar. Entonces Sandra se detiene, con la boca abierta, y apoya una mano sobre su estómago—. ¿Tu hot dog está feo?

—No, está bien —le responde Sandra, aunque de hecho siente un súbito dolor cruzándole la panza. No era el tipo de dolor que asociaba con la comida en mal estado, pero de todas maneras ella se vuelve y tira lo que queda de su hot dog en un barril para la basura. Ya no estaba hambrienta.

—¿Y entonces qué te pasa?

Había una voz en su cabeza, llamando. Pero si le dijera eso a Dina, su sobrina probablemente pensaría que estaba loca. Sobre todo si le dijera que era

una voz *verde*.

—No lo sé —dijo Sandra—, pero quizá deba llevarte a casa, cariño. Si voy a enfermarme, no quiero hacerlo mientras estamos aquí.

**11:27 de la mañana**

John Kenton estaba preparando unos huevos en su pequeña cocina, silbando «Chim-Chim-Chiree» de *Mary Poppins* mientras los revolvía con su batidor. El dolor lo golpea como el relámpago desde un cielo azul, rasgándolo por el medio.

Grita y se sacude hacia atrás, volcando la sartén de la hornalla con el batidor y desparramando los huevos medio cocinados sobre el linóleo. Tanto los huevos como la sartén le erran a sus pies desnudos, cosa que casi podría calificarse como un milagro.

*La oficina*, piensa. *Tengo que llegar a la oficina.* Algo salió mal. Y entonces, repentinamente, su cabeza se llena de sonido y grita.

**11:28 de la mañana**

Roger Wade se está dirigiendo hacia la puerta de su apartamento cuando el sobrenatural aullido del Amigo de las Noches Lluviosas de Sandra inunda su mente, amenazando con hacérsela estallar de adentro hacia afuera. Se deja caer de rodillas como un hombre que sufre un ataque cardíaco, tomándose la cabeza y profiriendo unos gritos que no puede escuchar.

**11:28 de la mañana**

Al borde de Sheep’s Meadow, el grupito de jugadores de esa mañana de sábado observa con desconcertada sorpresa al hombre que huye. El tipo los estaba desplumando, honradamente y en tiempo récord; pero entonces, de repente, pegó un grito y se tambaleó sobre sus pies, primero agarrándose la barriga y luego presionándose las orejas con las palmas de las manos, como si estuviera siendo atacado por algún sonido monstruoso. Como para confirmarlo, él había gritado

«*¡Oh Dios, apágalo!*» Después huyó, tambaleándose de un lado para el otro como un borracho.

—¿Qué le sucede? —preguntó uno de los jugadores de dados.

—No lo sé —dijo otro—, pero sí sé una cosa: dejó el dinero.

Durante un instante simplemente se quedan mirando la desordenada pila de billetes que está junto al lugar vacante de Bill Gelb. Entonces, casi espontáneamente, los seis empiezan a aplaudir.

**4 de abril de 1981**
**En alguna parte de New Jersey**

**A bordo del Silver Meteor**

**11:28 de la mañana**

En su asiento junto a la ventanilla, Riddley está durmiendo y soñando con días más felices. De hecho está soñando con el año 1961. En su sueño, él y Maddy caminan de la mano hacia la escuela bajo un brillante cielo de noviembre. Cantan juntos su vieja favorita, que ellos mismos inventaron: «¡Whamma-jamma-Alabama! Cucaracha, Katzenjamma! ¡Devuélveme mi maldito martillo! Whamma-jamma-Alabamma»! Luego sueltan unas risitas.

Es un buen día. El asunto con los cubanos que asustó a todos hasta la muerte, ya ha terminado. Rid ha dibujado un jarrón, y cree que la señora Ellis le pedirá que se lo muestre al resto de la clase. A la señora Ellis le encantan sus jarrones.

Entonces Maddy se frena, de repente. Desde el norte se acerca un retumbar creciente. Ella lo mira solemnemente.

—Ésos son los bombarderos —le explica—. Finalmente sucedió. Es la Tercera Guerra Mundial.

—No —dice Riddley—. El problema ha terminado. Los rusos retrocedieron. Kennedy los asustó de verdá. E'tos pobres rusos les ordenaron a sus barcos que den la vuelta y regresen a casa. Lo dijo mamá.

—Mamá está loca —le contesta Maddy—. Duerme en la ribera. Duerme con las viudas negras.

Y como para demostrarlo, la sirena de ataque aéreo de Blackwater empieza a

aullar, ensordeciéndolo…

**11:29 de la mañana**

Riddley se incorpora y mira fijamente el paisaje de New Jersey: de hecho, mira exactamente el mismo tipo de terreno baldío y pantanoso que visitará esa noche.

El hombre del otro lado del pasillo levanta la vista de su libro de bolsillo.

—¿Se encuentra bien, señor? —pregunta.

Riddley no puede oírlo. La sirena de alarma lo ha perseguido desde su sueño. Está colmando su cabeza, haciendo estallar su cerebro.

Entonces, de repente, se interrumpe. Cuando el hombre del pasillo lo interroga de nuevo, esta vez con auténtica preocupación, Riddley lo escucha.

—Sí, gracias —le responde con una voz que casi suena firme. En su cabeza, resuena la vieja rima: *Whamma-jamma-Alabama*—. Estoy bien.

Pero cierta gente no lo está, piensa. *Cierta gente no, definitivamente.*

**490 Park Avenue South**
**Quinto piso**

**11:29 de la mañana**

En el año 1970, un gran número de oficiales norteamericanos celebraban en un bar y burdel de Saigón llamado Haiphong Charlie’s. Desde Washington había llegado el rumor de que la guerra continuaría al menos otro año más, y estos soldados de carrera, que durante los últimos veinte meses o así habían recibido la gran patada en el culo de su vida, estaban allí reunidos. El milagro consistió en que hubo una falla en la bomba que un mozo anónimo había plantado, y en lugar de rociar el cuarto entero con clavos y tornillos, sólo alcanzó a aquellos soldados que pasaban cerca de la barra, donde había estado oculta en un arreglo floral. Uno de los desafortunados fue el ayudante de campamento de Anthony Hecksler. El pobre hijoputa perdió ambas manos y un ojo mientras preparaba los frug o los Watusi o lo que fuera.

El propio Hecksler se encontraba en un extremo del cuarto, conversando con

Westy Westmoreland, y aunque varios clavos volaron entre ellos —ambos hombres pudieron oír el silbido que hicieron al pasar— ninguno sufrió nada más serio que un rasguño en el lóbulo de la oreja. Pero el sonido de la explosión en ese pequeño cuarto fue enorme. A Tripas de Hierro no le había molestado ahorrarse los gritos de los heridos, pero pasaron nueve días enteros antes de que su oído comenzara a funcionarle de nuevo. Le quedó esa sensación como de muerto cuando finalmente regresó a casa (y durante una semana o más, cada conversación había sido como una llamada telefónica transatlántica en los años veinte.) Desde aquella vez sus oídos han sido sensibles a los ruidos fuertes.

Razón por la cual, cuando Carlos tira del anillo del centro de la cosa plateada, accionando la sirena de altos decibeles, Tripas de Hierro retrocede con un áspero gruñido de sorpresa y dolor —*¿AHHH?*— y se aprieta las manos sobre las orejas.

De repente el cuchillo apunta hacia el techo en lugar de a Carlos, y Carlos no duda en tomar ventaja. Aún malherido y *sorprendido*, nunca ha estado ni medio paso más allá del borde del pánico. Sabe que en esta oficina sólo hay dos salidas, y que una caída de cinco pisos desde las ventanas que están detrás de él es algo inaceptable. Tiene que escapar por la puerta, y eso significa que tiene que vérselas con el General.

Cerca del extremo del cilindro chillón, a unos veinte centímetros más allá del anillo, hay un prometedor botón rojo. Cuando el General arremete de nuevo, Carlos le apunta con el mecanismo del cilindro y presiona el botón. Espera que salga ácido.

Una nube de sustancia blanca se expande desde el agujerito de la misma punta del cilindro y envuelve al General. El gas Hi-Pro no es ácido —no exactamente—, pero tampoco es algodón de azúcar. El General siente como si un enjambre de punzantes insectos (los Mosquitos del Infierno) se hubiera establecido en las partes húmedas y delicadas de sus ojos. Estos mismos insectos penetran por sus orificios nasales, y el General contiene la respiración enseguida.

Al igual que Carlos, él tampoco pierde el control. Sabe que lo están gaseando. Y aunque esté cegado, puede vérselas con eso, ya ha tenido que hacerlo antes. Es la *sirena* la que realmente lo está volviendo loco. Le está apaleando los sesos.

Retrocede hasta la puerta, presionándose la oreja izquierda con su mano libre

y enarbolando el cuchillo delante de él, creando lo que confía en que sea una zona donde pueda provocar lesiones serias.

Y entonces, oh alabado sea Dios, la sirena se apaga. Quizá sus circuitos taiwaneses sean defectuosos; quizá la batería de nueve voltios que la impulsaba simplemente se agotó. A Hecksler no le importa ni medio carajo cuál pueda ser la razón. Lo único que sabe es que puede pensar de nuevo, y esto llena de gratitud a su corazón de soldado.

Pero, con un poco de suerte, el S. S. ni se imagina que él se recobró. Un poco de actuación servirá. Todavía gritando, Hecksler se tambalea contra el marco de la puerta. Deja caer el cuchillo. Sus ojos, lo sabe, se le están inflamando. Si Carlos se traga la artimaña…

Carlos se la traga. La puerta está despejada. El hombre encorvado contra el marco de la misma está fuera de acción, *tiene* que estarlo después de aquello. Carlos trata de echarle otra rociada como medida de seguridad, pero esta vez, cuando presiona el botón, no sale nada más que un *ffut* impotente y una pequeña bocanada de algo parecido a vapor. No importa. Carlos se tambalea hasta la puerta de la oficina, con los pantalones empapados en sangre adhiriéndose a sus piernas. Ya está pensando, de manera histérica e infantil, en cuartos de emergencia y en nombres falsos.

El General está cegado y ensordecido, pero su nariz no está *completamente* cerrada y puede captar ese oscuro, ese turboso olor que Frank DeFelice notó en el ascensor. Se incorpora y pestañea hacia el origen del olor. El cuchillo de caza del ejército penetra en el pecho de Carlos hasta el puño, ensartando al corazón del Floricultor Loco como un pedazo de carne en una brocheta. Si hubiera estado en Cony Island con Sandra y Dina, Tripas de Hierro indudablemente se habría ganado un osito.

Carlos da dos lentos pasos hacia atrás, arrebatando el cuchillo del puño del General. Se mira hacia abajo, incrédulamente, y profiere una única e incoherente palabra. Suena como a *Iggala* (no es que el General pueda oírla), pero probablemente sea *Abbalah*. Trata de liberarse del cuchillo y no lo logra. Sus piernas se vencen y se deja caer de rodillas. Todavía está tirando débilmente del mango cuando cae hacia adelante, empujando la punta de la hoja hasta el fondo de su espalda. Su corazón da un espasmo final alrededor del cuchillo que lo ha ultrajado y por último se detiene. Carlos experimenta la sensación de volar

cuando el mancillado e impuro pedazo de porquería que es su alma finalmente vuela más allá de la línea de su vida, para entrar en el mundo que pueda llegar a existir más allá.

**11:33 de la mañana**

Tripas de Hierro no puede ver nada, pero percibe cuándo muere su enemigo; siente el paso del alma del hijo de mil puta, gracias a Dios. Está en el umbral de la puerta, tambaleante, perdido en un mundo de espacio negro y resplandecientes puntitos blancos como galaxias.

—¿Y ahora qué? —grazna.

Lo primero que tiene que hacer es alejarse de la nube de gas que el Sudaca Señalado le roció en la cara. Hecksler retrocede por el pasillo, respirando tan superficialmente como puede, y entonces le habla una voz.

*Por este camino, Tony,* dice serenamente. *Voltea hacia la puerta trasera. Voy a guiarte afuera.*

—¿Doug? —vuelve a graznar Hecksler.

*Sí. Soy yo*, responde el General MacArthur. *No pareces tener muy buen aspecto, Tony, pero continúas de pie luego de la pelea, y eso es lo más importante. Ahora voltea hacia la puerta trasera. Camina cuarenta pasos, y te llevarán al ascensor.*

Tripas de Hierro ha perdido su normalmente formidable sentido de la orientación, pero con esa voz guiándolo, él ya no lo necesita. Se desvía hacia la puerta trasera, que suele estar en la dirección contraria de la recepción y el ascensor. Ciego, enfrentándose al lejano extremo del pasillo, saturado de hiedra, comienza a caminar, tanteando con una mano a lo largo de la pared. Al principio piensa que los suaves toques que se deslizan alrededor de sus hombros lo producen las manos de Dougout Doug al guiarlo… pero ¿cómo pueden ser tan delgadas? ¿Cómo pueden tener tantos dedos? ¿Y qué es ese olor amargo?

Entonces Zenith se le envuelve alrededor del cuello, dejándolo sin aire, tirando de él hacia adelante con su abrazo caníbal. Hecksler intenta gritar. Ramas repletas de hojas, esbeltas pero horriblemente poderosas, le saltan con ansiedad dentro de la boca. Una se le enrolla alrededor de la carne correosa de la lengua y

tira hacia afuera. Otras se le precipitan por el viejo gaznate, ansiosas por probar el guisado digestivo de la última comida del General (dos buñuelos, una taza de café negro, y medio paquete de antiácidos.) Zenith retuerce pulseras hechas de hiedra alrededor de sus brazos y muslos. Le forma un nuevo cinturón alrededor del talle. Revisa sus bolsillos, desparramando un montón de basura absurda: recibos, ayuda memorias, una púa para la guitarra, veinte o treinta dólares en cambio variado y monedas, uno de los anotadores de S&H en los que apuntó sus expediciones.

Anthony «Tripas de Hierro» Hecksler es arrojado bruscamente en la selva que ahora invade la parte trasera del quinto piso, con la ropa hecha jirones y los bolsillos dados vuelta, alimentando a la planta con la sangre de la locura, ofrendándole toda su vida y conocimientos, y aquí desaparece de nuestra historia para siempre.

# 81

*Del diario privado de John Kenton*

4 de abril de 1981

Son las once menos cuarto de la noche, y estoy aquí sentado, esperando que suene el teléfono. Recuerdo haber estado en esta misma silla, no hace tanto, esperando la llamada de Ruth y pensando que no debe haber cosa peor que ser un hombre enamorado enviándole ondas mentales al teléfono, tratando de hacerlo sonar.

Pero esto es peor.

Esto es mucho peor.

Porque ¿qué pasaría si cuando el teléfono finalmente llame, no sean ni Bill ni Riddley los que están del otro lado de la línea? ¿Qué pasaría si se trata de algún policía de New Jersey deseando averiguar…

No. Me niego a dejar que mi mente vaya en esa dirección. Cuando suene *va a ser* uno de ellos. O quizá sea Roger, si ellos lo llaman a él primero y le piden que se comunique conmigo. Pero todo va a salir bien.

Porque ahora tenemos protección.

Permíteme remontarme al momento en que volqué la sartén de la hornalla (qué resultó ser algo casi milagroso; cuando volví al departamento unas horas después, descubrí que había dejado el fuego encendido.) Me agarré de la mesa de la cocina y quité mis pies del camino, y entonces esa maldita sirena sonó en mi cabeza.

No sé cuánto tiempo habrá pasado; el dolor realmente nubla el mismo concepto del tiempo. Afortunadamente, el criterio inverso también parece ser cierto: con el tiempo, hasta el dolor más horrible pierde su inmediatez, y ya no puedes recordar con exactitud cómo se sentía. Y fue malo, lo sé muy bien; fue como tener los más delicados tejidos de tu cuerpo repetidamente rastrillados por algún objeto afilado y con púas.

Para cuando finalmente se detuvo, me encontré acurrucado contra la pared que divide la cocina y mi combinación de living / estudio, tembloroso y sollozante, con las mejillas empapadas de lágrimas y mi labio superior chorreado con mocos.

El dolor se había ido, pero la sensación de urgencia no. Necesitaba ir a la oficina, y tan rápido como fuera posible. Ya casi estaba en el vestíbulo del edificio cuando me acordé de fijarme si me había puesto algo en los pies. Al hacerlo, vi un viejo par de mocasines. Debía haberlos sacado del armario que está junto a la tele, aunque que me condenen si puedo recordar esa parte. No estoy del todo seguro de que hubiera sido capaz de regresar al noveno piso en el caso de *haber* estado descalzo. Así de poderosa era aquella sensación de urgencia.

Desde ya, yo sabía qué fue lo que produjo la sirena en mi cabeza, aunque nunca me hubieran dado una demostración real del Amigo del Día Lluvioso de Sandra, y creo que también sabía qué era lo que me estaba llamando: nuestra nueva mascota.

No tuve problemas para encontrar un taxi —agradezcamos a Dios por los sábados—, y el trayecto desde casa hasta Zenith House fue veloz. Bill Gelb estaba parado en la entrada, balanceándose hacia atrás y adelante con la camisa fuera y colgándole sobre el cinturón, pasándose las manos por el pelo, que se le estaba parando y encrespando. Parecía tan loco como la vieja del frente de Smiler, y…

Fue un pensamiento cómico. Porque no había ninguna vieja delante de Smiler, en realidad. Ahora ya lo sabemos.

Me estoy adelantando de nuevo, pero es difícil escribir de manera coherente cuando no puedes dejar de mirar el teléfono, queriendo mandar a la maldita cosa al demonio y terminar con el suspenso, de una u otra forma. Pero lo intentaré. Creo que debo intentarlo.

Bill me vio y se abalanzó sobre el taxi. Me agarró de un brazo mientras yo todavía estaba intentando pagarle al chofer, tirando de mí hacia el bordillo como si me hubiera caído en una piscina infestada de tiburones. Dejé caer algunas monedas y empecé a seguirlo.

—¡Apresúrate, por el amor de Cristo, apresúrate! —me ladró—. ¿Tienes tus llaves? Me dejé las mías en el escritorio de casa. Salí a dar… —*A dar un paseo* era lo que quiso decir, pero en lugar de finalizar la frase soltó una especie de ahogada risita. Una mujer que pasaba junto a nosotros le echó una fea mirada y empezó a caminar un poco más rápido—. Oh, mierda, ya sabes lo que estaba haciendo.

Claro que lo sabía. Él había estado tirando los dados en Central Park, aunque había dejado la mayor parte del dinero en su escritorio (junto con el llavero de la oficina) porque tenía otros planes para esa cantidad. Si hubiera querido, yo habría podido averiguar en qué consistían esos otros planes, pero no lo hice. Una cosa era obvia: el alcance telepático de la planta se había vuelto más fuerte. *Mucho más*.

Nos encaminamos hacia la puerta, y justo entonces llegó otro taxi. Herb Porter se bajó de él, con el rostro tan rojo como nunca se lo había visto. El hombre parecía estar a punto de sufrir un ataque. Yo nunca lo había visto con vaqueros, tampoco, ni con la camisa desabotonada. Además, la tenía pegada al cuerpo y su cabello (lo poco que tiene; lo lleva siempre muy corto) estaba húmedo.

—Me encontraba en la maldita ducha ¿estamos? —dijo—. Vamos.

Fuimos hasta la puerta y luego de tres intentos logré introducir mi llave en la cerradura. La mano me temblaba tanto que tenía que sostenerme la muñeca con la otra para mantenerla firme. Por suerte, durante el fin de semana no hay personal de seguridad en el vestíbulo del que tener que preocuparse. Supongo que ese virus de paranoia en particular se extenderá por Park Avenue South en el futuro, pero, de momento, la dirección del edificio todavía asume que si tienes el juego correcto de llaves, es porque debes estar en el lugar correcto.

Herb se detuvo cuando atravesamos la puerta, sosteniendo mi antebrazo con una mano y el de Bill con la otra. Una sonrisa nerviosa le estaba apareciendo en la cara, donde su cutis había empezado a menguar a un rosa más normal.

—Está muerto, muchachos. Antes no lo estaba, pero ahora sí. ¡Ding-dong, el

General ha muerto! —Y para mi asombro absoluto, Herb Porter, el Barry Goldwater del 490 de Park Avenue South, levantó sus manos, comenzó a chasquear los dedos, y ejecutó un pequeño paso del baile mejicano del sombrero.

—Estás enfermo, Herb —le dijo Bill.

—Pero también tiene razón —agregué—. El General está muerto y eso…

Desde la puerta de calle llegó un desorganizado alboroto. Nos hizo pegar un salto y agarrarnos unos de otros. Debíamos parecernos a Dorothy y a sus amigos en el Camino de Ladrillos Amarillos, enfrentados con algún nuevo peligro.

—Eh, ustedes, suéltenme —dijo Bill—. Sólo es el jefe.

En efecto era Roger, aporreando la puerta y asomándose para vernos, con la punta de su nariz aplastada contra el vidrio, como si fuera una pequeña y blanca moneda de diez centavos. Bill lo hizo pasar. Roger se nos unió. También él se veía como si alguien le hubiera encendido fuego y luego lo hubiera apagado, pero por lo menos estaba vestido, con los calcetines y todo. En cualquier caso, lo más probable es que hubiera estado a punto de salir.

—¿Dónde está Sandra? —fue lo primero que preguntó.

—Iba a ir a Cony Island —respondió Herb. Le estaba volviendo el color, y comprendí que se estaba ruborizando. Resultaba algo atractivo, por decirlo de forma exagerada—. Aunque bien podría estar regresando. —Hizo una pausa—. Si es que llega hasta tan lejos. Esta cosa telepática, quiero decir. —Parecía casi tímido, una expresión que nunca esperé ver en la cara de Herb—. ¿Qué piensan, muchachos?

—Creo que podría estar haciéndolo —dijo Roger—. ¿Fue aquel chisme suyo el que sonó en nuestras cabezas, no? El como-se-llame de la Noche Oscura y Tormentosa —asentí. También lo hicieron Bill y Herb.

Roger inspiró profundamente, contuvo la respiración, y después la soltó.

—Vamos, veamos en qué clase de lío estamos metidos —hizo una pausa—. Y si podemos salir de él.

El ascensor parecía subir eternamente. Ninguno de nosotros dijo nada, al menos no en voz alta, y cuando descubrí que podía reprimir el curso de sus pensamientos, lo hice. Escuchar todas aquellas voces murmurando retorcidas en el medio de tu cabeza es algo desesperante. Creo que ahora sé cómo se sienten los esquizofrénicos.

Cuando la puerta se abrió en el quinto piso y el olor nos sacudió, todos

pusimos la misma mueca. No de repugnancia, sino de sorpresa.

—Hombre —dijo Herb—, se siente desde aquí, desde el puto *pasillo*. ¿Ustedes creen que nadie más pueda olerlo? ¿Quiero decir, nadie que no seamos nosotros?

Roger agitó la cabeza y se encaminó hacia la oficina de Zenith, con los puños apretados. Se detuvo junto a la puerta de la oficina.

—¿Quién de ustedes tiene la llave? Porque me dejé la mía en casa.

Yo las estaba buscando intensamente en mis bolsillos cuando Bill se adelantó y probó el picaporte. La puerta se abrió. Nos miró con las cejas levantadas, y luego entró.

Podría describir lo que aspiramos cuando se abrió la puerta del ascensor en el quinto como una fragancia. En la recepción era mucho, mucho más potente: lo que uno llamaría humareda, si hubiera sido desagradable. No lo era, así qué ¿cómo definirlo? Picante, supongo; un olor penetrante, terroso.

ésta es la parte más difícil. Hasta este punto he estado yendo deprisa, con la intención de llegar a lo que encontramos (y a lo que no encontramos), pero aquí me tendré que mover mucho más despacio, buscando la manera de describir lo que es, básicamente, indescriptible. Y ocurre que es muy poco frecuente que nos veamos obligados a escribir sobre olores y las poderosas formas en que nos afectan. El olor en la Casa de Flores de Central Falls era similar a éste en fuerza, pero en otro sentido, en otro *importante* sentido, completamente diferente. El olor del invernadero era amenazante, siniestro. Éste era como…

Bien, habrá que decirlo. Era como llegar a casa.

Roger nos miró a Bill y mí y nos echó una mirada que nos podría haber dedicado el Procurador del Distrito.

—¿Tostadas y mermelada? —interrogó—. ¿Palomitas de maíz? ¿Madreselva? ¿Un maldito automóvil nuevo?

Negamos con la cabeza. Zenith había dejado de lado sus diversos disfraces, quizás porque ya no los necesitaba para tentarnos. Me conecté de nuevo con sus pensamientos, apenas lo suficiente para saber que Bill y Roger sentían lo mismo que yo. Había variaciones, estoy seguro, puesto que no hay dos juegos de percepciones iguales (por no decir dos juegos de receptores olfativos), pero básicamente era la misma cosa. Verde… fuerte… amistoso… *hogar*. Tan sólo espero y confío en no estar equivocado con respecto a la parte amistosa.

—Vamos —dijo Roger.

Herb lo tomó del brazo.

—¿Y si alguien…

—No hay nadie aquí —le aseguré—. Estaban Carlos y el General, pero ellos… bueno, tú sabes… desaparecieron.

—No esquives el bulto —dijo Bill—. Están muertos.

—Vamos —repitió Roger, y lo seguimos.

La recepción estaba despejada ya que el ajo aún mantenía acorralado a Zenith, pero los primeros exploradores verdes ya habían conseguido invadir un metro y medio de la sección editorial (no hay puertas al extremo del vestíbulo de la recepción, sólo un arco cuadrado flanqueado por los pósters de Macho Man.) A unos cinco o seis metros pasillo abajo, donde la puerta de la oficina de Roger se abre a la izquierda, la vegetación se había espesado considerablemente, cubriendo la mayor parte de la alfombra y trepando por las paredes. Por la zona donde están enfrentadas las oficinas de Herb y de Sandra, sustituyó a la vieja alfombra gris por una nueva alfombra de un verde puro, como así también envolvió la mayoría de las paredes. También ha crecido hacia el techo, colgando de las luces fluorescentes en hatos viscosos. Algo más allá, hacia la sección de Riddley, el pasillo se ha vuelto una selva. Y supe que si yo caminara por allí, se abriría para dejarme pasar.

*Pasa, amigo, ven a casa*. Sí, podía oírla susurrándome aquello.

—San… ta… mier… da —dijo Bill.

—Hemos creado a un monstruo —comentó Herb, e incluso en ese momento de tensión y sorpresa se me ocurrió que había estado leyendo demasiadas novelas de Anthony LaScorbia.

Roger empezó a caminar pasillo abajo, moviéndose lentamente. Cada uno de nosotros escuchó *pasa, amigo,* y todos sentimos esa innegable bienvenida, pero también estábamos listos para salir corriendo. Todo era demasiado nuevo, demasiado extraño.

Aunque hay sólo un corredor que comunica con toda la serie de oficinas, por la mitad hace un pequeño zigzag. A la parte que atraviesa los despachos editoriales la llamamos «el corredor delantero». Más allá del zigzag se encuentra el cuarto del correo, el cubículo del conserje, y un cuarto utilitario al que se supone que sólo el personal del edificio tiene acceso (aunque sospecho que

Riddley tiene una llave.) Esta parte se llama «el corredor trasero».

En el corredor delantero hay tres oficinas a la izquierda: la de Roger, la de Bill, y la de Herb. A la derecha hay un armarito de suministros de oficina principalmente ocupado por nuestra caprichosa máquina fotocopiadora, luego viene mi oficina, y por último la de Sandra. Las puertas que dan a las oficinas de Roger, Bill, y el armario de suministros estaban todas cerradas. Mi puerta, la de Herb y la de Sandra estaban todas abiertas.

—*Jodee-eer* —susurró Herb, horrorizado—. Miren el umbral de la puerta de Sandra.

—No se trata de Kool-Aid, puedo asegurarlo —dijo Bill.

—Y hay más sobre la alfombra —agregó Roger. Herb volvió a pronunciar la palabra que empieza con j, nuevamente alargándola entre las dos sílabas.

Noté que no había nada de sangre sobre las alfombras de hiedra, y aunque no quise pensar demasiado en ese detalle, creo saber la razón. A nuestro compañero le había entrado el hambre, ¿y acaso no tiene bastante sentido? Ahora hay mucho más de él por todos lados, nuevos fortines y colonias, y nuestras vibraciones psíquicas tal vez sólo puedan ofrecerle una cierta forma de sustento, pero no todo. Existe una vieja canción de blues al respecto. «La arenilla no es comestible», dice el estribillo. De la misma forma, los pensamientos amistosos y los editores serviciales no son…

Bueno, no son sangre.

¿Y los otros?

Roger miró en la oficina de Herb y yo en la mía. Mi parte parecía estar bien, aunque tuve la maldita seguridad de que Carlos había estado allí, y no sólo debido al elegante maletín apoyado encima del escritorio. Yo casi podía olerlo.

—Las cosas están todas desordenadas en tu despacho, Herbert —dijo Bill con un tono verdaderamente terrible de mayordomo inglés. Quizá fuera su manera de intentar aflojar la tensión—. De hecho, creo que alguien ha estado orinando un poco por allí.

Herb echó un vistazo, vio los destrozos, y gruñó un juramento que sonó casi distraído antes de dirigirse hacia la oficina de Sandra. Para ese entonces, yo ya me estaba formando un cuadro de situación bastante claro. Dos hombres locos, ambos con rencores hacia diferentes editores de Zenith House. No me importaba ni cómo se las arreglaron para entrar o quién llegó primero, aunque sí me

intrigaba saber qué tan lejos habían llegado. Si se hubieran encontrado en el vestíbulo y hubieran tenido su lunática pelea allí, nos habrían ahorrado muchos problemas. Sólo que probablemente no fuera esa la forma en que Zenith lo quería. Aparte del hecho que Carlos pueda haber tenido una deuda importante con algo (o Algo) en el Gran Más allá, está el hecho de que la arenilla no es comestible. Al parecer, las plantas telepáticas se sienten más que solitarias.

Por cierto que se trata de algo a tener en cuenta.

—¿Roger? —preguntó Herb. él estaba parado junto a su puerta, y parecía de vuelta tímido—. ¿Ella… ella no se encuentra allí, verdad?

—No —dijo Roger, ausente—, sabes que no. Sandra está regresando desde Cony Island. Pero nuestro amigo de Central Falls se hizo presente por fin.

Nos reunimos alrededor de la puerta y miramos el interior.

Carlos Detweiller yacía boca abajo en lo que Anthony LaScorbia sin duda llamaría «una repugnante pileta desbordante de sangre». La parte de atrás de su chaqueta se elevaba en forma de tienda, y la punta de un cuchillo sobresalía a través de ella. Sus manos estaban extendidas hacia el escritorio. Sus pies apuntaban hacia la puerta y ya estaban parcialmente cubiertos de delgados lazos verdes de hiedra. Zenith le había sacado uno de los mocasines y se había abierto camino por dentro del calcetín. Quizá al principio el calcetín tuviera un agujero, pero por alguna razón no lo creo. Porque, verás, había ramas rotas de hiedra. Como si hubiera tratado de empujar a Carlos, de alejarlo hacia la masa principal de vegetación, y no lo hubiera logrado. Casi se podía sentir el hambre. El anhelo de apropiarse de su cadáver, de la misma manera que sin duda ya tenía el del General.

—Es aquí donde lucharon, por supuesto —señaló Roger, usando todavía ese tono ausente de voz. Vio al Amigo de los Días Lluviosos tirado en el piso, lo recogió, olfateó el agujerito de la punta, e hizo una mueca. Los ojos le empezaron a lagrimear de inmediato.

—Si llegas a poner de nuevo en funcionamiento la sirena de esa cosa, me veré obligado a matarte tan muerto como el agujero del culo que está a tus pies —aseguró Bill.

—Me parece que las baterías están fritas —dijo Roger, aunque acomodó la cosa con sumo cuidado sobre el escritorio de Sandra, asegurándose además de no pisar la mano extendida de Detweiller.

Carlos había estado en mi oficina, porque yo era contra el que él había proyectado su rencor. Pero luego la abandonó por alguna razón.

—Creo que fue debido a la comida —conjeturó Bill—. Le entró el hambre y fue en busca de comida. El General se le echó encima. Carlos tomó la cosa de Sandra antes de que Hecksler lograra asestarle el golpe de gracia, pero no fue suficiente. ¿Ves esa parte, John?

Negué con la cabeza. Quizás simplemente no *quería* verlo.

—¿Qué es esto? —Bill estaba afuera, en el pasillo. Se agachó sobre una rodilla, hizo a un lado un matojo de hiedra, y nos mostró una púa de guitarra. Como las mismas hojas de Zenith, la púa estaba tan limpia como un silbato. Quiero decir que no tenía sangre.

—Tiene algo impreso —dijo Bill, y lo leyó—. Dice: TAN SÓLO UN PASO MAS CERCA DE TI.

Roger me miró, finalmente expulsado de su aturdimiento.

—¡Buen Dios, John —me dijo—, era él! ¡él era *ella*!

—¿De qué están hablando? —preguntó Bill, pasando la púa por entre sus dedos—. ¿Y en qué están *pensando*? ¿Quién es Guitarra Loca Gertie?

—El General —le solté sencillamente, y me pregunté si habría tenido el cuchillo cuando le di los dos dólares. Si aquel día Herb hubiera estado allí, ahora estaría muerto. No tenía absolutamente ninguna duda al respecto. Y yo tuve la suerte de seguir vivo.

—Bueno, yo *no estuve* allí, y tú sigues vivo —dijo Herb. Habló con su viejo e irritante tono de no-me-molestes-con-los-detalles, pero su cara todavía estaba pálida y asustada, la cara de un hombre que sigue corriendo nada más que por instinto—. Y tú Gelb, felicitaciones por dejar tus huellas en esa púa de guitarra. Sería mejor que las limpies.

Podía ver otro tipo de cosas desparramadas entre medio de la espesura verde del extremo del pasillo: pedazos de ropa hecha tiras, unos trozos de lo que parecía ser algún tipo de folleto, billetes, monedas.

—Las huellas digitales no significan un problema porque nadie va a ver ninguno de los chismes del viejo pájaro —explicó Roger. Le pidió la púa a Bill, examinó brevemente la leyenda, y luego se alejó un poco por el corredor. Los amasijos de hiedra se retiraron para dejarlo pasar, justo como había imaginado que lo harían. Roger arrojó la púa. Una hoja la envolvió y la hizo desaparecer.

Así de fácil.

Entonces, escuché la voz de Roger en mi cabeza. *¡Zenith!* Como si estuviera llamando al perro. *¡Cómete esta mierda! ¡Hazla desaparecer!*

Y por primera vez la oí decir una respuesta coherente. *No hay nada que pueda hacer con las monedas. O con* estas *condenadas cosas.*

En la pared, a mitad de camino del techo y apenas más allá de la puerta de la oficina de Herb, se desenrolló una lustrosa hoja verde que casi tenía el tamaño de un plato de cocina. Algo brillante cayó sobre la alfombra, con un tintineo. Me acerqué y recogí la placa identificatoria del ejército de Tripas de Hierro, colgada de una cadena plateada. Sintiéndome muy extraño —tienes que creerme si te digo que las palabras no pueden describirlo— me la guardé en un bolsillo de mis pantalones. Entretanto, Bill y Herb estaban juntando el cambio del General. Mientras sucedía todo esto, se escuchaba un sonido bajo, susurrante. Los pedazos de ropa y tiras de papel iban desapareciendo en la selva, donde el corredor delantero se convierte en el trasero.

—¿Y Detweiller? —preguntó Bill, con una voz inexpresiva—. ¿Va tener el mismo trato?

Por un instante, los ojos de Roger se encontraron con los míos, interrogantes. Entonces negamos con las cabezas, los dos al mismo tiempo.

—¿Por qué no? —preguntó Herb.

—Es demasiado peligroso —dije.

Esperamos que Zenith volviera a hablar, tal vez para contradecirnos, pero no dijo nada.

—¿Y entonces? —preguntó Herb, melancólicamente—. ¿*Qué* se supone que haremos con él? ¿Qué se supone que haremos con su maldito portafolios? Y ya que estamos, ¿qué se supone que haremos con los pedacitos del General, que están todos desparramados en el corredor trasero? ¿Con la hebilla de su cinturón, por ejemplo?

Antes de que cualquiera de nosotros pudiera contestar, sonó la voz de un hombre desde la recepción.

—¿Hola? ¿Hay alguien aquí?

Nos miramos unos a otros, absolutamente sorprendidos, en ese primer momento demasiado shoqueados como para asustarnos.

# 82

*De los diarios privados de Riddley Walker*

5/4/81

Cuando llegué a la estación de trenes acomodé mi maleta en el primer armario a monedas desocupado que encontré, saqué la llave de gran cabeza anaranjada de la cerradura, y me la guardé en el bolsillo, donde indudablemente se quedará como mínimo hasta mañana. Ya ha pasado lo peor —por ahora—, pero no puedo ni pensar en cargar con mi equipaje, ni en hacer ningún tipo de tareas cotidianas. Todavía no. Estoy demasiado exhausto. Físicamente, sí, pero te diré qué es lo peor de todo: estoy *moralmente* exhausto. Creo que es el resultado de regresar tan pronto a Zenith House tras la pesadilla que viví con mis hermanas y hermano. Cualquiera que hayan sido las elevadas razones morales por las que pude haberme enorgullecido cuando el tren partió de Birmingham, ya desaparecieron, puedo asegurarlo. Es difícil sentirse honesto después de haber cruzado el puente George Washington con un cadáver escondido en la parte trasera de la camioneta. De hecho, es muy duro. Y no me puedo quitar de la cabeza esa maldita canción de John Denver. «Hay un fuego ardiendo suavemente, una cena en el horno; vaya que es bueno volver a casa». Como diría el tío Michael, *«é'te e un taco difícil 'e ma'ticar»*

Pero el 490 de Park Avenue se sentía como si fuera mi casa. *Se siente*. A pesar de todo el horror y la extrañeza, se siente como si fuera el hogar. Kenton lo sabe. Los otros también, pero sobre todo Kenton. Todos ellos han llegado a

gustarme (a mi manera reconocidamente complicada), pero Kenton es el único al que respeto. Y creo que si esta situación empezara a descontrolarse, es a Kenton a quien recurriría. Aunque debo agregar algo más antes de meterme de lleno en la narración: en estos momentos tengo miedo de mí mismo. Estoy asustado de mi capacidad de hacer el mal, y de continuar haciendo el mal hasta que sea demasiado tarde para dar marcha atrás y efectuar las reparaciones.

En otras palabras, puede que la situación ya esté fuera de control, y yo con ella.

*Vaya que es bueno volver a casa.*

Bien, olvidémoslo. Y sería lo mejor, ya que estoy cansado y aún tengo mucho que decir. Siento como una picazón en el tracto moral al escabullirme, pero mejor lo dejamos para otro día ¿te parece?

Le pedí al taxista que me llevara al 490, aunque luego cambié de idea y le dije que me dejara en la esquina de Park con la Veintinueve. Supongo que quería hacer un poco de reconocimiento. Conocer la disposición de la tierra y arrastrarme por el lado ciego. Es importante dejar algo en claro: aunque sea más amplio, el rango telepático generado por la planta aún se limita a los alrededores del edificio… excepto cuando la situación sea extrema, como lo fue durante la pelea a muerte entre Hecksler y el Floricultor Loco.

No sé si esperaba encontrar a la policía, a los equipos de SWAT, o a los camiones de bomberos, pero a la única que vi fue a Sandra Jackson, deambulando de aquí para allá delante del edificio, luciendo medio distraída, preocupada e indecisa. Ella no me vio. Y me parece que no habría visto ni siquiera a Robert Redford, aunque se hubiera paseado completamente desnudo. Cuando caminé hacia ella, se acercó a la puerta del edificio, hizo sombra con las manos a los lados de su cara, y pareció llegar a una decisión. Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la calle, con la clara intención de cruzarse a la vereda de enfrente.

—¡Sandra! —la llamé, echando a correr—. ¡Sandra, espera!

Ella se volvió, al principio sobresaltada, luego aliviada. Noté que llevaba un gran botón rosa en su abrigo, que decía I LUV CONY ISLAND! Empezó a correr hacia mí, y yo comprendí que era la primera vez que la veía llevando un par de zapatillas. Se arrojó a mis brazos tan fuerte que casi me tumba en mitad de la acera.

—Riddley, Riddley, gracias a Dios que volviste antes —balbuceó—. Hice en taxi todo el trayecto desde Cony Island… me costó una fortuna… mi sobrina piensa que estoy o loca o enamorada… yo… ¿qué estás *haciendo* aquí?

—Simplemente imagina que soy como la caballería en una película de John Wayne —le dije, y le junté la espalda con los pies. No costó demasiado. Si ella no se dejara hacer, pensé, no podría ser. Se me pegó como un percebe.

—Dime que tienes tus llaves de la oficina —dijo ella, y pude oler algo dulce en su aliento; algodón de azúcar, tal vez.

—Las tengo —la tranquilicé—, pero no podré llegar hasta ellas si no me sueltas, mi dulce niña. —La llamé así sin ningún tipo de ironía. Así era como siempre nos llamaba mamá cuando llegábamos con las rodillas raspadas, o entristecidos por las burlas.

Ella me soltó y me miró solemnemente, con los ojos tan grandes como una huérfana en una de esas pinturas aterciopeladas.

—Hay algo diferente en ti, Riddley. ¿Qué es?

Me encogí de hombros y meneé la cabeza.

—No lo sé. Quizá podamos discutirlo en otro momento.

—El enemigo de John está muerto. Además del de Herb. Creo que se mataron entre ellos.

No era eso lo que ella pensaba, no exactamente, pero la tomé del brazo y la llevé de vuelta hasta la puerta. Lo único que yo quería en ese momento era mantenerla alejada de la calle. La gente nos miraba con curiosidad, y no porque ella fuera blanca y yo negro. Y la gente que ve a una mujer llorando en una soleada tarde de sábado es capaz de recordarla, incluso en una ciudad donde la amnesia instantánea es la regla en lugar de la excepción.

—Todos los demás están allí arriba —me dijo—, y yo me olvidé de mis condenadas *llaves*. Acababa de decidir cruzarme hasta lo de Smiler’s e intentar llamarlos cuando tú llegaste. Y gracias a Dios que lo hiciste.

—Gracias a Dios que lo hice —convine, y usé mis llaves para ingresar en el vestíbulo.

Lo olimos en cuanto nos bajamos en el quinto piso, y en la recepción de Zenith House era lo bastante fuerte como para derribarte. Un aroma picante. Y verde. Sandra me agarraba la mano tan fuerte que dolía.

—¿Hola? —llamé—. ¿Hay alguien aquí?

En un primer momento todo fue silencio. Luego escuché decir a Wade: «Es Riddley». A lo que Porter contestó: «no seas idiota». A lo que *Gelb* contestó: «Sí. Lo es». «¿Están bien, chicos?», preguntó Sandra. Todavía me llevaba de la mano, arrastrándome hacia el pasillo. Al principio no quise ir… pero después sí.

Rodeamos el escritorio de LaShonda y allí estaban ellos. Creo que al primer vistazo apenas los noté. Sólo tenía ojos para la planta. Ya no era la marchita y pequeñita hiedra en una maceta. La selva brasileña había sido trasplantada a la Park Avenue South. Estaba por *todas partes.*

—Riddley —dijo Kenton con evidente alivio—. Sandra.

—¿Qué estás haciendo aquí, Riddley? —preguntó Gelb—. Pensé que no volverías hasta mediados de la semana próxima.

—Cambiaron mis planes —respondí—. Me bajé del tren hace menos de una hora.

—¿Y qué le pasó a tu acento? —preguntó Porter. Estaba allí parado con esa planta loca extendiéndose alrededor de sus pies, *acariciándole los tobillos*, por el amor de Dios, y *mirándome* con sospecha, el ceño fruncido. ¡A mí con sospechas!

—¡*Ahí está*! —susurró Sandra—. *Ésa* era la diferencia.

Liberé mi mano de la suya, creyendo que podría necesitar un razonable funcionamiento en mis dedos antes de que el día termine. La imagen (o una imagen, en cualquier caso) iba apareciendo claramente en mi cabeza: de hecho, se trataba de una especie de película muda. Una parte de ella la recibía de ellos y otra parte de Zenith.

La sospecha había abandonado la cara de Herb Porter. Era sólo mi falta de acento lo que lo había fastidiado, no yo. Lo que sentí mientras estábamos allí parados en medio de esa locura verde fue la sensación de ser una familia, la sensación de ser todo aquello que había perdido allá en Alabama, y lo acepté. Estando lejos de la planta aún se puede cuestionar, desconfiar. ¿Pero dentro de su rango de influencia? Nunca. Estos eran mis hermanos, y Sandra mi hermana (aunque la relación entre ella y yo es reconocidamente incestuosa.) ¿Y la planta? Es nuestro padre, Zenith. El color de nuestra piel —blanco, negro, verde— era por entonces lo menos importante. Esta tarde éramos nosotros contra el mundo.

—Por el momento, no entraría en tu oficina, Sandra —dijo Roger—. El señor Detweiller está actualmente en tu mansión. Y no tiene buen aspecto.

—¿Y el General? —preguntó ella.

—Lo atrapó la planta —contestó John, y en ese instante Zenith devolvió los pedazos restantes de Hecksler que había decidido que no podía digerir, tal vez arrastrándolos todo el camino desde la parte trasera de la oficina. Las cosas cayeron sobre la alfombra en un lluvioso y metálico tintineo. Había un reloj de bolsillo, lo que había sido la cadena (en tres piezas), una hebilla de cinturón, una caja de plástico muy pequeña, y varios pedacitos de metal. Herb y Bill recogieron todas estas chucherías.

—Por Dios —dijo Bill, observando la caja—. Es su marcapasos.

—Y éstos son clavos quirúrgicos —agregó Herb—. Los usan los amables cirujanos ortopédicos para mantener unidos los huesos.

—Muy bien —dijo Wade—. Admitamos que la planta se está ocupando del cuerpo del General. Creo que está bastante claro que, si quisiéramos, podemos disponer de sus… accesorios sobrantes… sin problemas. También del maletín de Detweiller.

—¿Qué crees que pueda haber dentro? —preguntó Sandra.

—No quiero saberlo. La pregunta es qué hacer con su cuerpo. Estaba a punto de decir que no deberíamos alimentar a la planta con él. Me parece que ya tiene todo la… toda la nutrición que necesita.

—Toda la que seguramente va a tener —dijo John.

—Quizá más —agregó Bill.

En este punto tengo que detenerme sólo lo suficiente para decir que, aunque esté presentando todo esto como si fuera una conversación hablada, una gran parte de la misma se desarrolló de mente a mente. No recuerdo cuál era cuál y, de todas formas, no sabría expresar la diferencia. Incluso no creo que importe. Lo que recuerdo con más claridad es aquella sensación de absurda felicidad. Tras nueve meses de manejar la escoba o empujar el carrito del correo, estaba asistiendo a mi primera reunión editorial. ¿Acaso no era eso lo que estábamos haciendo? ¿Revisando la situación, o preparándonos para ella?

— *Deberíamos* llamar a la policía —dijo Roger, y cuando tanto Bill como John empezaron a protestar, alzó una mano para detenerlos—. Simplemente estoy exponiendo la idea. Sabemos que no verán a la planta.

—Pero pueden *sentirla* —dijo Sandra, claramente desanimada—. Y Roger…

—Zenith podría decidir almorzarse a alguno de ellos —completé en su lugar

—. *Filet de flic*, el especial del día. Podría no estar dispuesto a ayudarse a sí mismo. O a sí misma. Zenith puede o no ser nuestro verdadero amigo, pero esencialmente es un comedor de hombres. No deberíamos olvidarlo.

Tengo que admitir que encontré deliciosa la manera en que Herb Porter me estaba mirando. Fue como si, mientras estuviera de visita en el zoológico, escuchara que uno de los monos empezaba a recitar a Shakespeare.

—Vayamos a lo importante —dijo John—. ¿Puedo hacerlo, Roger?

Roger asintió con la cabeza.

—Hemos logrado poner a esta editorial culo roto al borde de algo —explicó John—, y no me estoy refiriendo a una mera solvencia financiera. Estoy hablando del éxito financiero. Con *El último Superviviente*, con el libro de chistes, y con el libro sobre el General, no sólo vamos a hacer algo de ruido en la industria editorial; vamos a producir un maldito estampido sónico que los asustará a todos hasta cagarse. Mucha gente va a darse vuelta para ver que pasa. Y para mí, eso ni siquiera es lo mejor de todo. Lo mejor de todo es que vamos a pegarles una sacudida a esos culones de Apex.

—¡Así se habla! —gritó Bill salvajemente, y me dio un escalofrío. Eso fue lo que Sophie le había dicho a mi hermana Maddy, cuando Maddy me acusó de jugar al negrata en New York. En otras palabras, fue como escuchar a un fantasma. Porque eso es lo que mi familia era para mí ahora, todos ellos. Fantasmas.

—Se necesitó magia para hacer posible el repunte —continuó John—, y lo admito. Pero toda publicación es una especie de magia, ¿no? Y no sólo la publicación. Toda compañía que le acerque al público exitosamente las artes creativas, está creando magia. Es como hilar la paja en oro. ¡Mírennos, por el amor de Cristo! Contables de día, soñadores de noche…

—Y un montón de mierda por la tarde —añadió Herb—. No la olvides.

—Quizá *puedas* volver al punto, John —asintió Roger.

—El punto es: nada de policías —dijo John bruscamente. Y, así me lo pareció, con admirable brevedad—. Nada de extraños. Esa hiedra nos está ayudando a solucionar nuestros problemas, y nosotros vamos a solucionarle los *suyos*.

—Están los muertos, sin embargo —dijo Sandra. Se veía algo pálida, y cuando buscó mi mano de nuevo, dejé que me la tomara. El simple contacto me

alegró—. Estamos hablando de personas muertas.

—Estamos hablando de un par de patanes muertos que se asesinaron el uno al otro —dijo Herb—. Por otro lado, hay un sólo cadáver.

Se hizo un momento de silencio cuando lo asimilamos. Creo que fue el momento crucial. Porque, allá en lo profundo, todos sabíamos que, mientras que el General pudo haber matado a Carlos, fue *Zenith* la que se encargó de Hecksler.

—Aquí no pasó nada malo —dijo Bill, como hablándose a sí mismo.

— *Tienes* razón —dijo Herb—. ¿Alguien quiere defender la postura de que el mundo haya empeorado porque esos dos acuchillados ya no siguen en él?

Un momento de silencio, y luego John Kenton dijo:

—Si no vamos a alimentar a la planta con Detweiller, ¿*cómo* vamos a librarnos de él?

Bill Gelb dijo:

—Tengo una idea.

—Pues si es así —dijo Roger—, entonces éste parece ser un buen momento para escucharla.

# 83

*Del Diario de Bill Gelb*

5/4/81

Al principio tuvieron ciertas dudas, pero te diré una cosa: la lectura de la mente puede pasar por sobre un montón de mierda, tanto en lo emocional como en los simples problemas cotidianos que la gente tiene al tratar de comunicarse con la palabra hablada. Estoy bastante seguro de que lo que los convenció fue mi confianza, mi sensación de que tenía la idea correcta y que podíamos llevarla a cabo. Fue como me sentí en el parque, jugando a los dados con el resto de la escoria yuppi. Sólo lamento haberme perdido la partida de póquer. Oh, bueno habrá otra oportunidad.

Además, *fui* a Paramus.

# 84

*De los diarios privados de Riddley Walker*

5/4/81 *(continuación)*

El camión era viejo y traqueteante, con un parabrisas lechoso en los bordes; la calefacción no funcionaba y los pistones petardeaban; los asientos eran duros y el hedor de la combustión subía desde el panel del piso, probablemente desde un destruido caño de escape. Pero el controlador del peaje del GW jamás te mira dos veces, cosa que consideré más que bonita. Además, la radio funcionaba. Cuando la encendí, lo primero que sintonicé fue a John Denver: *«¡Vaya que es bueno volver a casa! A veces esta vieja granja se parece a un añorado amigo perdido…»*

—Por favor —se quejó Bill— ¿Tienes que hacerlo?

—Me gusta —le dije, y empecé a seguir el ritmo con los pies. Entre nosotros había una bolsa de papel que tenía el logotipo de Smiler. En su interior estaban algunos de los efectos del General que Zenith encontró indigestos. El portafolios del Floricultor Chiflado se encontraba bajo el asiento, emitiendo algunas vibraciones muy sucias. Y no, *no* creo que fuera tan sólo mi imaginación.

—¿Te gusta *esto*? Riddley, no hago referencia a tu color, pero ¿por lo general, los afro americanos como tú no prefieren a tipos como Marvin Gaye? ¿Los Temptations? ¿Los Stylistics? ¿James Brown? ¿Arthur Conley? ¿Otis Redding?

Pensé en decirle que Otis Redding estaba tan muerto como el colega que

estaba en la caja de la ruidosa camioneta con la que en este instante cruzábamos el Río Hudson, pero luego decidí mantener la boca cerrada, por esta vez.

—Sucede que disfruto de esta melodía en particular —de hecho, lo hacía—. Mira afuera, Bill. La luna sube por un lado y el sol se pone por el otro. Es lo que mi mamá llamaba doble deleite.

—Lamenté enterarme de lo de tu mamá, Riddley —me dijo, y lo bendije por eso. Sin embargo, lo hice dentro de mi cabeza, donde no pudiera oír la bendición. No desde el instante en que nos alejamos del edificio donde tiene sus dominios Zenith, la hiedra común.

—Gracias, Bill.

—¿Ella… ya sabes, ella sufrió?

—No. No creo que lo hiciera.

—Bien. Eso es bueno.

—Sí —dije.

La canción de John Denver terminó y fue reemplazada por algo infinitamente peor: Sammy Davis Jr., cantando sobre el hombre de los caramelos. ¿Quién puede tomar un arco iris, sumergirlo en un sueño? Apagué la radio, estremeciéndome. Pero la canción de John Denver permaneció en mi cabeza: *Vaya que es bueno volver a casa.*

Nos apeamos del lado de Jersey, yo en el asiento del pasajero y Bill tras el volante de la vieja camioneta con descoloridas calcomanías de Panadería Holsum a los lados. Él se lo había pedido prestado a un amigo, que por suerte no tenía ni idea de lo que estábamos transportando, enrollado en una antigua alfombra de saldo que Herb Porter encontró en el armario de suministros.

Algunas horas antes, cuando Bill terminó de perfilar su plan, Roger preguntó:

—¿Quién va ir contigo, Bill? No puedes hacerlo solo.

—Quiero ir —dije.

—¿Tú? —preguntó John—. ¡Pero tú sólo eres… —entonces se detuvo, pero como aún estábamos en el quinto piso, todavía en presencia de Zenith, todos pudimos oír la continuación de su pensamiento—… *el conserje!*

—No, ya no lo es —dijo Roger—. Por la presente, te contrato con facultades ejecutivas, Riddley. Si es que lo aceptas, claro.

Le dediqué mi sonrisa Número Uno de Negro Jim, la que deja ver

aproximadamente dos mil enormes dientes blancos.

—¡Voy a'sé un editó en e'ta compañía fina! *¡Por qué no!* ¡Va a'sé una buena fie'ta!

—Pero no si hablas así —dijo John.

—¡Voy a tratá de hacerlo mejó! ¡Y tratá de mejorar la calidá de mi dicsión, también!

—Esto me huele a soborno —dijo Sandra. Me apretó la mano y miró a Roger con desconfianza.

—Sabes que no —le dijo Roger, y por supuesto que ella lo sabía. Esa sensación de ser una familia era demasiado fuerte como para negarla. Sólo Dios sabe lo que nos espera, pero estamos juntos en esto. De eso no queda ya ninguna duda.

—¿Y con qué piensas pagarle? —quiso saber Herb—. ¿Con los cupones de descuento de Smiler's? Enders nunca aprobaría el salario de otro editor. Y si descubriera que estás ascendiendo al conserje, podría llegar a cagarse.

—De momento, para los propósitos de la nómina, Riddley continuará con sus facultades de conserje —dijo Roger. Parecía absolutamente sereno, seguro de sí mismo—. Más tarde, vamos a disponer de todo el dinero que necesitemos para pagarle un sueldo completo. ¿Riddley, qué te parecen 35.000 dólares al año? ¿Retroactivos a partir del día de hoy, 4 de abril de 1981?

—¡Qué bondadosos ser *conmigo*! ¡Soy el negrata más importante del Club del Algodón!

—A mí también me parece justo —dijo John—, puesto que es cinco mil más al año de los que gano actualmente.

—Oh, no te preocupes por eso —lo tranquilizó Roger—. Tú, Herb, Bill, y Sandra tienen un aumento de… veamos… cuarenta y cinco al año.

—¿Cuarenta y cinco *mil*? —susurró Herb. Sus ojos despedían un destello sospechoso, como si estuviera a punto de quebrarse y llorar— ¿Cuarenta y cinco mil *dólares*?

—Retroactivos al 4 de abril, al igual que Rid —se volvió hacia mí—. Y en serio, Rid; olvida ese acento rasta.

—Ya no existe más a partir de ahora —le dije.

Él asintió.

—En cuanto a mí —dijo— ¿qué es lo que dice la Biblia? «El trabajador debe

ser digno de su salario». Actualmente cobro cuarenta. ¿Cómo cuánto debería cobrar por pilotear al buen barco *Zenith* hacia mar abierto, lejos de los arrecifes, donde soplan los vientos alisios?

—¿Algo así como sesenta? —preguntó Bill.

—Digamos sesenta y cinco —propuso Sandra, como mareada. Después de todo, era el dinero de Sherwyn Redbone el que Roger estaba gastando.

—No —dijo Roger—, no hay necesidad de ser exagerado, al menos durante el primer año. Opino que cincuenta mil estarán bien.

—Tampoco nos parece mal a nosotros, considerando que es la planta la que lo está haciendo todo —dijo Bill.

—Eso no es cierto —objetó John, algo orgulloso—. Siempre hemos tenido la habilidad que se necesita para realizar este trabajo, todos nosotros. La planta simplemente nos está dando la oportunidad.

—Por otro lado —agregó Herb—, está ocupando una habitación. ¿Qué más requiere? Una hiedra no necesita exactamente un nuevo automóvil, ¿no? —miró a Bill—. ¿Estás seguro de que no quieres que me una a tu tripulación? Lo haré, si me lo pides.

Bill Gelb lo pensó un poco y luego agitó la cabeza.

—Con dos de nosotros bastará. Aunque tendremos que poner a… tú sabes, los restos… dentro de algo. Me pregunto qué podría servir…

Allí fue cuando Herb entró en el armario de suministros, revolvió por un rato, y después salió arrastrando detrás de él la alfombra de saldo.

Terminó siendo del tamaño correcto. Bill y yo fuimos liberados de la tarea de envolver para regalo a Carlos Detweiller, y pensé que Sandra se quedaría con nosotros afuera en el pasillo (liberándose a sí misma, en virtud a su sexo), pero ella ayudó por su propia voluntad. Y alrededor nuestro Zenith ronroneó satisfecho, formando un piso debajo nosotros, enviando aquello que los Beach Boys (otros de mis blanduchos preferidos) probablemente llamarían «buenas ondas».

—La telepatía parece optimizar el trabajo en equipo —comentó Bill, y tuve que admitir que era cierto. Sandra y Herb extendieron la alfombra junto al escritorio de Sandra. Roger y John alzaron a Detweiller y lo depositaron boca abajo en un extremo de la alfombra. Luego, ayudándose unos a otros, simplemente lo enrollaron como un pastel Devil Dog, asegurándolo todo con la

soga más dura que pudo proporcionar el armario de suministros.

—Amigo, el tipo sangró un montón —dijo Bill—. Esa alfombra está echa un desastre.

—La planta se va a chupar la mayor parte entre hoy y el domingo —le aseguré.

—¿Realmente lo crees?

Lo creía. También creía que yo iba a poder limpiar casi todo lo que quedara con una buena aplicación de Limpiador de Alfombras Genie. El resultado final podría no engañar a un forense pero, de todas formas, si la policía se daba una vuelta por aquí, es muy probable que termináramos todos con los culos al aire. A un extraño cualquiera, la mancha remanente en la alfombra de Sandra le parecerá como si a alguien se le hubiera derramado una taza de café unos meses atrás. Quizá la única pregunta importante es si Sandra podrá o no vivir con aquella sombra del mantarayo en el sitio donde ella se gana el pan de cada día. Si no puede, supongo que puedo reemplazar ese pedazo de alfombra en particular. Porque como dice Roger: gastos mínimos como esos muy pronto dejarán de molestarnos.

—¿Estás seguro de que podrás conseguir este camión? —manifestó Roger desde la oficina de Sandra. Estaba sentado sobre sus talones y limpiándose la frente con una manga—. ¿Y si el tipo se largó durante el fin de semana?

—Está en su casa —afirmó Bill—, o por lo menos lo estaba hace una hora y media. Lo vi mientras estaba de camino. Y por cincuenta dólares, me alquilaría hasta a su abuela. Es bastante buen tipo, pero tiene este pequeño problema. —Hizo el gesto de olfatear algo, primero cerrando un orificio nasal y después el otro.

—Asegúrate de que esté allí —dijo Roger, luego se dirigió a John—. Pagas extras y gratificaciones de Navidad para todos nosotros. Toma nota.

—Seguro, sólo que no voy a registrarlo en tu informe mensual —dijo John, y todos nos reímos. Imagino que debe parecer repugnante, pero fue la más alegre risa de colegial que alguna vez hayas oído. Creo que fue Sandra, con una diminuta mancha de la sangre de Carlos Detweiller en su antebrazo y otra en su palma derecha, la que más se rió de todos.

Bill entró en su oficina y tomó el teléfono. Roger y John arrastraron a Carlos, ahora envuelto con la alfombra de saldo marrón, hasta al área de recepción,

detrás del escritorio de LaShonda.

—Alcanzo a verle los zapatos —señaló Sandra—. Se le están asomando un poco.

—No te preocupes, va a estar bien —dijo Herb, y así de fácil entendí que ha estado practicando la danza horizontal con la hermosa dama. Bueno, mejó para él, es todo lo que e'te colega puede decí. Ya no habrá má juegos del camionero y la chica auto'topista, alabado sea el Señó.

—Nada va a estar bien hasta que nos ocupemos de ese idiota homicida —dijo Sandra. Se empezó a tirar del pelo hacia atrás, vio la sangre en su mano, e hizo una mueca.

Bill salió de su oficina, sonriendo.

—Una vieja pero todavía utilizable camioneta, a nuestra disposición —anunció—. Tiene los logos de la panadería a los costados, muy descoloridos. Riddley, nos la llevamos esta tarde a las cuatro —en menos de tres horas, en otras palabras— y la devuelvo más tarde a la noche. No me preguntó nada, aunque tuve que ponerme de acuerdo con el kilometraje. No más de cien. ¿Está bien, jefe?

Roger asintió.

—¿Este tipo vive en el piso debajo del tuyo, verdad?

—Así es. Es accionista. Compra vehículos subastados y los vuelve a hacer circular. Y me parece que también esconde algunos arreglitos con las compañías de seguros cuando puede. Yo podría haber conseguido un coche fúnebre, realmente, pero habría parecido un poco… no lo sé… ostentoso.

A mí, la idea de llevar a Detweiller a un basural de Jersey en una furgoneta prestada no me parecía ostentosa sino francamente escalofriante. Sin embargo, mantuve la boca cerrada.

—Y este sitio en Paramus —preguntó John—. ¿Es seguro? ¿Relativamente seguro?

—De acuerdo con algunas de las conversaciones que he escuchado en las partidas de Ginelli, es tan seguro como una tumba —Bill vio nuestras caras e hizo una mueca—. Por decirlo de alguna manera.

—Muy bien —dijo Roger con firmeza—. La oficina de Sandra parece estar más o menos bien. Limpiemos la de Herb y la de John y luego larguémonos de aquí.

Lo hicimos, y luego suspendimos el trabajo para ir a la cafetería de la otra manzana a conseguir algo para comer. Ninguno de nosotros tenía mucho apetito, y Bill se fue antes para finiquitar las negociaciones con su vecino del piso de abajo.

Ya fuera de la cafetería, en el bordillo, John me tomó del brazo. Parecía cansado pero sereno. En realidad, se veía en mejor forma que antes de que yo me fuera a casa.

—¿Riddley, estás de acuerdo con esto?

—Sí, claro —dije.

—¿Quieres que te acompañe?

Lo pensé mejor, y luego negué con la cabeza.

—Tres son multitud. Te llamaré cuando hayamos terminado. Aunque puede llegar a hacerse tarde.

Él asintió y empezó a alejarse, pero retrocedió y sonrió de corazón. Había algo dolorosamente grato en la situación.

—Bienvenido a la Sociedad Editorial de los Pulgares Verdes —me dijo.

Esbocé un pequeño saludo.

—Es estupendo estar aquí.

Porque lo era. Y después de eso, cuando fui rápidamente a lo de Bill, la vieja camioneta ya estaba aparcada en el bordillo. Bill estaba parado junto a ella, fumando un cigarrillo y luciendo completamente en paz.

—Recojamos la carga y llevémosla a Jersey —dijo.

Lo palmeé en el hombro.

—Yo soy tu hombre —le dije.

Regresamos al 490 a eso de las cinco menos cuarto. Era sábado a la tarde, y a esa hora el edificio está más silencioso que nunca. Absolutamente muerto, por decirlo de otra forma. El Némesis de John yacía donde lo habíamos dejado, pulcramente empaquetado en su envoltura de alfombra.

—Mira la planta, Riddley —señaló Bill, pero yo ya lo había hecho. Las primeras ramas se habían abierto camino hasta el extremo del corredor. Allí se arracimaron, apenas detenidas por el ajo que John y Roger habían frotado a los lados de la puerta. Las puntas estaban levantadas, y podía ver cómo temblaban. Pensé en comensales hambrientos mirando por la ventana del restaurante, y me estremecí un poco. Si no fuera por el ajo, esos tentáculos de avanzada ya se

hubieran abierto paso en la alfombra y alrededor de los pies del cadáver. Estoy bastante seguro de que Zenith está de nuestro lado, pero me temo que ni un pene tieso ni una barriga hambrienta tienen mucho que ver con la conciencia.

—Saquémoslo de aquí —dije.

Bill asintió.

—Y toma nota de reponer el ajo en esa puerta. Quizá mañana.

—No creo que el ajo pueda detenerlo siempre —dije.

—¿Qué quieres decir?

Como estábamos de nuevo bajo el paraguas telepático de Zenith, pensé mi respuesta en lugar de decírsela en voz alta: *Tiene que crecer. Si no puede crecer, morirá. Pero antes de morir, puede…*

*¿Ponerse mal?* terminó Bill en mi lugar.

Asentí. Sí, podría ponerse mal. Estoy seguro de que Detweiller y el General Hecksler dirían que ya se había puesto bastante mal.

Bajamos el rollo de alfombra hasta el vestíbulo en el ascensor, que se abrió al toque de un botón. No había más nadie en el edificio como para desviarnos por otra dirección, de eso estaba convencido. Habríamos escuchado sus pensamientos.

—No vamos a tener ningún problema en absoluto ¿verdad? —le pregunté a Bill cuando llegamos abajo. El señor Detweiller yacía entre nosotros, un tipo molesto próximo a ganarse una residencia permanente en New Jersey—. Nada de inesperados toquecitos a lo Hitchcock.

Bill sonrió.

—Creo que no, Riddley. Vamos a sacar todos sietes. Porque la fuerza está con nosotros.

De modo que así fue.

Cuando los faros de la camioneta iluminaron la señal al final de la Ruta 27 —DISPOSICIÓN DEL BASURERO DE PETERBOROUGH CO. **ABSOLUTAMENTE PROHIBIDO EL PASO**—, estaba todo oscuro y la luna cabalgaba bien alta en el cielo. Alta y soñadora. Se me cruzó por la mente que la misma luna estaba mirando hacia abajo, a la reciente tumba de mi mamá en Blackwater.

Había una cadena atravesada en el mugriento camino que conduce al basural, pero parecía estar doblada sobre los postes a ambos lados, en lugar de estar cerrada con candado. Me apeé, desenrollé una de las vueltas, y entonces Bill

pudo pasar por allí. Una vez que se encontró del otro lado, volví a dejar la cadena en su lugar y regresé a la camioneta.

—La gentuza usa este lugar ¿puede ser? —pregunté.

—Eso se rumorea. —Bill bajó un poco la voz—. Le escuché decir a uno de los compinches de Richie Ginelli que Jimmy Hoffa está al costado del camino, tomándose unas prolongadas vacaciones.

—Bill —dije—, por cierto que el editor más joven de Zenith House no quiere interferir en tus asuntos…

—Suéltalo, MacDuff —dijo, sonriendo.

—… pero una partida de póquer donde uno puede escuchar semejantes informaciones extrañas no debería ser el sitio para un inofensivo editor de originales de bolsillo.

—Eso es lo que tú piensas —dijo, y aunque todavía sonreía, no creo que lo que siguió fuera un chiste—. Si los chicos malos me hacen enojar, simplemente les mando a mi planta.

—Eso fue lo que pensó Carlos Detweiller, y ahora *él está* haciendo su peregrinación final en la parte trasera de un camión de pan —le advertí.

Me miró, con la sonrisa borrándosele un poco.

—Puedes llegar a tener razón allí, compañero.

*Tenía* razón, pero dudo que disuadiera a Bill de llevar a cabo sus correrías de póquer de fin de semana. Así como dudo que Sandra Jackson tuviera éxito en impedir que Herb Porter continuara con las ocasionales expediciones clandestinas al olfateo-de-asiento. Solemos decir «fulano debería de entenderlo» cuando el fulano se hace un daño, pero hay todo un mundo de diferencia entre *entenderlo* y *hacerlo*. Como dice la Biblia, nos revolcamos en nuestros vicios como un perro sobre su propio vómito, y cuando uno piensa en esos términos, desconfío de nuestra evidente determinación de convivir con Zenith la hiedra común. La de pensar que ella —o eso— pueda mejorar tanto nuestra situación como a nosotros mismos.

Después de considerar lo que he escrito, tengo que reírme. Soy como un adicto entre sus dosis, temporalmente sobrio y pontificando sobre los males de la droga. Una vez que esté al alcance de esas intensas buenas ondas, todo cambiará. Lo sé tan bien como conozco mi propio nombre.

Entre dicho y hecho… hay *mucho* trecho.

Durante unos cuatrocientos metros el camino de barro y mugre atravesó bosques de torcidos pinos, y luego nos condujo a un inmenso círculo de porquería repleto de basura, electrodomésticos desechados, y una pared de automóviles apilados. Bajo la luz de la luna llena, parecía la muerte de toda civilización. En el extremo más alejado había un vertedero, con sus empinados costados cubiertos por más basura. Al fondo, las excavadoras parecían ser del tamaño de los juguetes de un chico.

—Entierran toda la mierda allí abajo y luego la cubren —explicó Bill—. Lo llevaremos unos cinco o diez metros cuesta abajo, y entonces lo sepultamos. Traje las palas. También conseguí guantes. Me han dicho que allí hay ratas tan grandes como terriers.

Pero todo eso terminó siendo innecesario; tal como dijera Bill, la fuerza estaba con nosotros y sacamos todos sietes. Cuando condujo lentamente hacia el vertedero y basurero propiamente dicho, pasando entre aquellos mohosos cenotafios de basura, distinguí un grupo de objetos azules a la izquierda. Parecían cubículos de plástico del tamaño de un hombre, puestos de pie.

—Conduce hacia allí —le dije, señalando.

—¿Por qué?

—Es sólo un presentimiento. Por favor, Bill.

Se encogió de hombros y enfiló la camioneta en aquella dirección. A medida que nos acercábamos, una gran mueca se le comenzó a formar en la cara. Se trataba del tipo de baños portátiles que puedes encontrar en lugares en construcción y al costado del camino en algunas áreas de descanso, aunque éstos habían sido tratados como el infierno: tenían los techos abollados, las puertas rotas, y agujeros abiertos en algunos de los lados. Se alzaban a unos doce metros del buche de una silenciosa máquina que sólo podía ser una trituradora.

—¿Crees que nos sacamos el premio gordo, no, Rid? —preguntó Bill, sonriendo abiertamente—. Tengo la impresión de que nos sacamos el premio gordo. De hecho, creo que eres un genio del carajo.

Había una larga cinta amarilla atada alrededor del grupo de cajas azules, con unos NO ACERCARSE NO ACERCARSE NO ACERCARSE en grandes letras negras, repetidas interminablemente. Adherida a ella con un trozo de cinta aislante había una nota escrita en un pedazo de cartón, con letras grandes y apresuradas. Me apeé y la leí bajo el débil resplandor de los faros de la camioneta:

**¡TURCO! Éstos son de los que te hablé, de la ciudad de Para. Por favor sácame este condenado Mintz de encima y ¡APLÁSTALOS ESTE PUTO LUNES! ¡Antes que nada! Gracias Buddy, «te debo una».**

**FELIX**

Bill se me había unido y también leyó la nota.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Pienso que Carlos Detweiller va a reunirse con el universo formando parte de un baño desechado de la ciudad de Paramus —le dije—. Bien temprano en la mañana del lunes. Vamos, terminemos con esto. Este sitio me produce un grave caso de escalofríos.

Sopló una ráfaga de viento, agitando la basura y haciendo rodar algunas latas con un sonido que se parecía a una risa mohosa. Bill, nervioso, echó una mirada a su alrededor.

—Sí —asintió—. A mí también. Aguanta mientras apago los faros de la camioneta.

Luego de que apagara las luces pasamos a la parte trasera de la camioneta, de donde sacamos la alfombra enrollada con nuestro *compadre* Carlos dentro. La luna se había ocultado detrás de una nube, y cuando nos agachamos bajo la cinta amarilla con la leyenda NO ACERCARSE volvió a salir, iluminando una vez más el baldío. Me sentía como un pirata en una novela de Robert Louis Stevenson. Pero en lugar de «Yo-jo-jo y una botella de ron», la melodía que me daba vueltas por la cabeza era esa condenada cosa de John Denver sobre cuán bueno era volver a casa. Bajo esa luz lunar evocadora de los dioses del consumo conspicuo, oí palabras nuevas, mis propias palabras: *Hay una trituradora retumbando suavemente, unas ratas en la basura; vaya que es bueno volver a casa.*

—Sostenla, sostenla —dijo Bill, tanteando detrás de él con una mano y sosteniendo la alfombra con una rodilla levantada. Parecía alguna rara especie de cigüeña.

Por fin consiguió abrir la puerta de uno de los baños portátiles. Cargamos nuestro peso dentro y lo acomodamos entre el urinario de plástico gris y el asiento del retrete. El lugar aún retenía un vago tufo a orina y a fantasmas de pedos viejos. En una esquina del techo había una telaraña con el cadáver de una antigua mosca balanceándose en ella. Leí, a la luz de la luna, dos líneas

garabateadas. «*PARA UNA X-CELENTE CHUPADA ESTAR AQUÍ A LAS 10 DE LA NOCHE TE MUESTRO QUÉ BIEN LA TRAGO*«, decía una. La otra, infinitamente más perturbadora, decía: «*LO HARÉ DE NUEVO Y DE NUEVO Y DE NUEVO. HASTA QUE ESTÉ LLENO*».

De repente quise encontrarme a varios kilómetros de allí.

—Vamos —le dije a Bill—. Por favor, hombre. Vamos.

—Sólo un segundo más.

Regresó a la camioneta y tomó la bolsa con los efectos finales del General: la hebilla, el marcapasos y los clavos osteopáticos. Levantó la tapa del retrete, luego agitó su cabeza.

—La caja de colección desapareció. Se quedará en el suelo.

—Tampoco tienes el maldito portafolios —dije.

—No podemos dejar eso aquí —dijo Bill—. Podría tener algo que lo identificara.

—Rayos, si alguien lo encontrara allí lo identificarían sus *huellas digitales*.

—Quizá. Pero no sabemos lo que hay en el portafolios ¿no? Mejor lo arrojamos al Hudson cuando volvamos. Es más seguro.

Aquello tuvo sentido.

—Alcánzame la bolsa —dije, pero antes de que lo hiciera le arrebaté la bolsa de Smiler's. Corrí hasta el borde del vertedero y la arrojé tan lejos como pude. La observé dar vueltas y más vueltas a la luz de la luna; incluso imaginé que podía escuchar cómo se sacudían los clavos que habían mantenido unidos los huesos del viejo soldado. Después desapareció.

Regresé junto a Bill, quien había cerrado el pestillo de la puerta del baño. Por un milagro, era uno de los menos golpeados. Ocultaría el secreto que nosotros necesitábamos ocultar.

—¿Va a funcionar ¿no? —preguntó Bill.

Asentí. No tuve ninguna duda entonces y tampoco la tengo ahora. Estamos siendo protegidos. Lo único que necesitamos hacer es tomar precauciones razonables. Y tener cuidado con nuestro nuevo amigo, además.

La luna volvió a hundirse entre las nubes. En la súbita oscuridad los ojos de Bill relucieron como los ojos de un animal. Que era, por supuesto, lo que nosotros éramos. Dos perros de gallinero, uno con la piel blanca y otro con la piel marrón, rondando entre la basura. Un par de perros de gallinero que habían enterrado sus huesos exitosamente.

Entonces tuve un momento de lucidez. Un momento de cordura. Soy un graduado de Cornell, aspirante a novelista, editor novato (puedo hacer el trabajo al que Roger Wade me ha ascendido, de eso no tengo la menor duda.) Bill Gelb es un graduado de William y Mary, donante de sangre de la Cruz Roja, un hombre que hace lectura para ciegos una vez por semana en The Lighthouse. Acabábamos de dejar el cuerpo de un hombre asesinado en un reconocido cementerio de la mafia. Fue el General quién lo apuñaló, aunque ¿no somos todos cómplices, en cierta medida?

Quizás sólo John Kenton se salve de la culpa en este asunto. Después de todo, él me *dijo* que tirara la hiedra. Incluso tengo el memo en alguna parte.

—Estamos chiflados —le susurré a Bill.

Su cuchicheo sonó suave y mortal.

—No doy una mierda.

Nos miramos durante un instante, sin hablar. Entonces la luna salió de nuevo, y ambos bajamos la mirada.

—Vamos —dijo—. Larguémonos de aquí.

Y así lo hicimos. Regresamos a la ruta 27, luego a la autopista de peaje, luego al puente George Washington. A esa hora no había nadie detrás nuestro, y la caja con la cerradura de combinación de Carlos Detweiller fue a parar al agua. Sin ningún problema; una fácil navegación. Sábado por la noche y no vimos ni siquiera a un policía. Y durante todo el trayecto, esa canción siguió sonando en mi cabeza: Vaya que es bueno volver a casa.

# 85

*Del diario privado de John Kenton*

5 de abril de 1981
1:30 de la mañana

Riddley acaba de llamar. Misión cumplida. El General desapareció, y ahora el Floricultor Loco y su maletín también desaparecieron.

Aunque tal vez él no.

Acabo de releer en estas páginas la conversación que Roger y yo mantuvimos con Tina Barfield, y lo que allí leí, aun cuando no fuera completamente preciso, es muy poco alentador. Ella nos dijo que pronto estaríamos leyendo el anuncio de la muerte de Carlos; lo que ella olvidó decirme (probablemente porque no lo sabía) fue que yo me estaría escribiendo esto. También nos dijo que luego de que nos enteráramos de su muerte siguiéramos comportándonos como si Carlos siguiera vivo. Porque, dijo, él regresará.

Como una *tulpa*.

Ni siquiera ahora sé exactamente qué es eso, aunque te digo esto con una certeza absoluta, con la convicción más absoluta, y con una completa lucidez mental: nosotros seis no hemos pasado por todo esto para ser detenidos por ningún ser viviente, menos aún por un muerto. Vamos a hacer que todo New York hable de Zenith House; por no decir que va a hacerlo el mundo de la publicación, de New York y más allá.

Y que Dios ayude a quienquiera que se interponga en nuestro camino.



STEPHEN KING. El maestro indiscutible de la narrativa de terror contemporánea, con más de treinta libros publicados. En 2003 fue galardonado con la Medalla de la National Book Foundation, por su contribución a las letras estadounidenses, y en 2007 recibió el Grand Master Award, que otorga la asociación Mystery Writers of America. Entre sus títulos más célebres cabe destacar *El misterio de Salem's Lot, El resplandor, Carrie, Christine, La zona muerta, Ojos de fuego, It, Maleficio, La milla verde, Cell, Duma Key* y las novelas que componen el ciclo *La Torre Oscura*. Vive en Bangor, Maine, con su esposa Tabitha King, también novelista.

# Notas

[1] La logorrea (del griego *logos* y *rheo* fluir) es un trastorno comunicativo, a veces clasificado como enfermedad mental, carecterizado por una locuacidad incoherente. (N. del E. D.) <<

[2] Mamá Bell es el apodo con el que se conoce a la compañía Bell Telephone. (N. del T.) <<

[3] Gear: voz del argot del Village cuya traducción es «maravilloso»: Richard Maravilloso sería el nombre del actor Richard Gere. (N. del T.) <<

[4] Démeter: diosa griega de las cosechas, hija de Rhea y Cronos, madre de Perséfone. (N. del T.) <<

[5] Juego de palabras intraducible: tal como aparece en el original girlfriend significa «novia» y girlFIEND puede traducirse como «DIABLEZA». (N. del T.) <<

[6] Ivy League: nombre por el que se conoce a ocho universidades de gran prestigio del nordeste de los EE. UU., entre las que se encuentran Harvard, Yale y Princeton. (N. del T.) <<

[7] Otra forma coloquial de denominar a la compañía telefónica. (N. del T.) <<

[8] «Apex» (como Apex Corporation) significa «ápice» en inglés. (N. del T.) <<

[9] «Hey, I’m Uncle Ray from Green Bay. / Hey, Ray, what do you say? / Can ya stay, or do ya have to leave today?» (N. del T.) <<

[10] «Come on, John. / Let’s get it on». (N. del T.) <<

[11] «Patella» significa «rótula» en inglés (N. del T.) <<

[12] Por cierto que tal archivo existía por ese entonces, y además contenía el material suficiente como para que Detweiller explotara de la rabia, pero estaba bien guardado en la editorial, detrás de un cuadro de la oficina de Roger Wade. Ni Hecksler ni Detweiller entraron en esa oficina. Ese archivo también contenía material concerniente al General y a la nueva mascota de la compañía. (N. del T.) <<